C.M. Bowra

# LA ATENAS DE PERICLES

ALIANZA EDITORIAL



La ciudad griega de Atenas fue escenario, durante el siglo V a.d.C., de un extraordinario florecimiento cultural. C. M. BOWRA estudia esa «edad de oro» que se abre con la derrota de los persas en Salamina, es atravesada por las guerras del Peloponeso y concluye con la victoria de Esparta. La personalidad y la vida de Pericles —encarnación de las tendencias de la época y agente de sus transformaciones— están íntimamente asociados con los momentos culminantes de aquella excepcional centuria. Ahora bien, la clave de LA ATENAS DE PERICLES fue el sistema democrático, que liberó las energías creadoras del pueblo ateniense y estableció un modelo de gobierno que ha inspirado a lo largo de los siglos las luchas de los hombres por la libertad y las instituciones representativas. Otras obras sobre la antigua Grecia publicadas por Alianza Editorial: «La democracia ateniense» (AU 107) y «El mundo de la lírica griega antigua» (AU 288), de Francisco Rodríguez Adrados; «Los griegos en ultramar» (AU 140), de John Boardman; «Los griegos y lo irracional» (AU 268), de E. R. Dodds, «Antología de la poesía lírica griega» (LB 782), de Carlos García Gual, y «Los griegos» (LB 810), de Isaac Asimov.

El libro de bolsillo Alianza Editorial

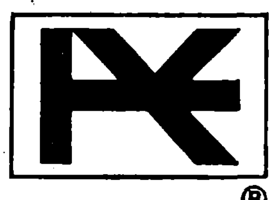
C. M. Bowra:
La Atenas de Pericles

EX LIBRIS



ARMAUIRUMQUE

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



®

Título original: *Periclean Athens*
Traductor: Alicia Yllera

Publicado por acuerdo con the Dial-Press,
Nueva York, N.Y., USA

Primera edición en "El Libro de Bolsillo": 1974
Segunda edición en "El Libro de Bolsillo": 1979
Tercera edición en "El Libro de Bolsillo": 1981
Cuarta edición en "El Libro de Bolsillo": 1983


Calle Milán, 38; ☎ 200 00 45
ISBN: 84-206-1514-5
Depósito legal: M. 14.832-1983
Impreso en LAVEL. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid).
Printed in Spain

A W. G. Forrest

# Prefacio

Son innumerables los autores que han estudiado, desde todos los ángulos, la historia de Atenas en el siglo v a. C., especialmente en los años centrales asociados a Pericles; puede, por ello, parecer innecesario volver a abordar el tema. Y sin embargo, cada generación, involuntariamente, ve el pasado a su manera y halla en él algo aplicable a sus propias necesidades y experiencias. Este continuo cambio de enfoque mantiene vivo el pasado. La Atenas de Pericles tiene aún mucho que revelarnos y enseñarnos y espero que esto justifique mi empresa. No cabe duda de la primordial importancia que tuvo tanto por sus realizaciones efectivas como por su influencia sobre el curso de la historia. He intentado captar algunas de las principales características de este período y hacerlas menos abstractas ilustrándolas con hechos y citas. Si este período no puede reducirse a la guerra, ésta determinó su desarrollo por lo que era necesario tratarla con cierto detalle, aunque sólo fuese para mostrar qué factores imprevistos decidieron la marcha de los acontecimientos. El tema de este libro es la Atenas de Pericles, pero he intentado situarla en su justa perspectiva, aludiendo a lo que la precedió y siguió. Tampoco me he limitado a la historia política, ya que es una época en la que factores muy diversos forjaron unos resultados ricos y complejos.

Agradezco la inestimable ayuda que, para esta tarea, me han prestado el profesor A. Andrewes y el señor W. G. Forrest, quienes han leído la obra mecanografiada y corregido diversos errores tanto de dato como de enjuiciamiento. Sólo me queda desear que lo que presentamos sea, dentro de lo posible, digno de la magnitud de su saber y conocimientos.

Quiero igualmente expresar mi agradecimiento a diversos autores y editores por su autorización a citar de sus textos, principalmente a Rex Warner y Penguin Books por *Thucydides: the Peloponnesian War (Tucídides: la Guerra del Peloponeso);* al profesor George Thomson y a Cambridge University Press por *The Orestia of Aeschylus (La Orestiada de Esquilo);* a T. F. Higham y Clarendon Press por dos citas de *The Oxford Book of Greek Verse in Translation (El Libro de Oxford del Verso Griego traducido),* y a la misma editorial por unas líneas de G. M. Cookson.

C. M. Bowra.

# 1. Introducción

Ciertos períodos del pasado descuellan con singular resplandor por la amplitud y riqueza de sus realizaciones. Sin ser edades de oro en un sentido utópico, apenas podemos evitar dejarnos fascinar por ellas. Pueden ser tan diferentes entre sí como la Roma de Augusto, el Bizancio de Justiniano, la Inglaterra Isabelina y la Francia de Luis XIV, pero cada una a su manera presenta un grado de perfección notable tanto cualitativa como cuantitativamente. Aunque los éxitos guerreros generalmente influyen, no siempre son decisivos y los conquistadores más victoriosos, Atila, Genghis Khan, Tamerlán, Napoleón y Hitler, poco enriquecieron el conocimiento humano y la comprensión del universo. Paralelamente, aunque ciertas personalidades relevantes puedan imponer su nombre a una época, no es el caso, por ejemplo, del Islam en el siglo VIII, de Florencia en el siglo XV o de España en el siglo XVI. Incluso cuando surgen estas figuras, son tanto el producto de su tiempo como inspiradoras de él. Encarnan tendencias latentes en la mente de sus compatriotas. Lo que dichas épocas tienen en común, lo que atrae nuestra curiosidad e imaginación, es una explosión prolongada de vigor en acción y espíritu que transforma todo el carácter de una sociedad y deja monumentos persistentes no

sólo en las artes, sino también en las costumbres humanas. Las causas de aparición de estas épocas es materia para interminables especulaciones. No hay motivo para suponer que todas estén gobernadas por las mismas leyes de nacimiento y desarrollo, pero nos obligan a considerarlas y nos proporcionan bases para la comparación de los alternantes momentos de esplendor y decadencia de la historia de la humanidad.

Un ejemplo clásico de estas edades es el de Atenas en el siglo v a. C. Su superioridad es más insigne al haber desaparecido muchas de sus obras e incluso muchos de los indicios de ellas; nuestra opinión ha de formarse sobre una reducida selección resultado del azar mucho más que de una elección consciente. Podría objetarse que, casi inconscientemente, nos guía la concepción que Roma se hizo de Atenas y que la búsqueda de la Antigüedad, tanto del Clasicismo como del Romanticismo, es una visión romana adaptada a épocas posteriores. Mas, de hecho, conocemos mucho menos a Atenas a través de sus admiradores e imitadores que a través de sus auténticos restos propios. Algunos de ellos se encuentran hoy en estado fragmentario o en ruinas, mas siguen produciendo un arrollador impacto y excitando una apasionada curiosidad. La época de apogeo de Atenas ha dejado testimonios palpables en las ruinas de la Acrópolis, en diversas piedras esculpidas y vasijas pintadas, en inscripciones administrativas con gran belleza plasmadas en piedra. Si esto sería suficiente para despertar nuestra admiración maravillosa, además está apoyada por una inestimable contrapartida en la literatura ateniense, de la cual una parte considerable, tanto en prosa como en verso, pervive. Esto proporciona un comentario coherente a lo que deducimos vagamente de los objetos plásticos. De nuestro extrañado y maravillado conocimiento se desprende una imagen que revela la más excepcional exuberancia y originalidad y un grado de perfección igualmente perceptible en su actuación política, poesía, historia, bellas artes, arquitectura, ciencia y filosofía. Cada logro aislado descubre una amplia variedad en su propio dominio y, al intentar hacernos una idea global del genio ateniense, nos aturde el ver su riqueza y facilidad para reconciliar ideas e ideales diferentes. Ninguna edad de oro iguala totalmente a la ateniense en la amplitud de su realización o en la categoría sustentada por las obras que han sobrevivido. Nos incita a preguntarnos qué tipo de sociedad las alentó. En una búsqueda de este tipo incluso los pequeños indicios fragmentarios de conocimiento

pueden arrojar una luz reveladora y descubrir no únicamente los cimientos sobre los que se elevan las estructuras notables sino también el funcionamiento práctico de una comunidad que, a partir de una sencillez fundamental, fue capaz de producir resultados bellos y completos.

Los límites cronológicos de la edad de oro ateniense, sin ser tajantes, son más fáciles de establecer que los de las restantes épocas análogas. Comienzan con la derrota de los invasores persas en 480-79. En la batalla de Salamina la flota ateniense jugó un papel decisivo en la victoria y gracias a su heroico esfuerzo los atenienses, que anteriormente se habían visto obligados a abandonar al enemigo su ciudad y región, lograron recuperarlas a pesar de que los persas habían destruido las murallas de la ciudad, las casas, templos y monumentos. Esta victoria colocó a Atenas a la cabeza de la política griega y ratificó la alta opinión que se había hecho de sí misma. Si Esparta estimuló a los griegos en la victoria terrestre, Atenas inspiró la victoria naval. En adelante anhelaría asegurar y extender su poder haciéndose cada vez más temida por otras ciudades. Esta situación nos da la pauta de la historia griega durante el resto del siglo v. De 479 a 462 hubo un incómodo equilibrio entre Atenas y sus aliados de una parte, y Esparta y los suyos de otra; luego, sin diferirse, durante el resto del siglo Atenas luchó para incrementar su poder enfrentándose con una oposición formidable. De 462 a 454 se configura una nueva línea política en la que participa Pericles sin ocupar el primer puesto. En 454 fue elegido general y desde entonces hasta su muerte irá dominando progresivamente los asuntos atenienses, constituyendo estos años la época de Pericles propiamente dicha, aunque se inspirasen en hechos anteriores y después de su muerte, al menos hasta la paz con Esparta en 421, las ambiciones de Atenas aún llevan su impronta.

El período subsiguiente, que acaba con la rendición de Atenas a Esparta en 404, muestra nuevos aspectos del genio nacional y de su estrategia. Aunque se suela considerar un período de decadencia moral e intelectual de Atenas, sus habitantes mantuvieron con indómita persistencia la lucha contra Esparta, y sus escritores y artistas poco perdieron de su entusiasmo creador. Incluso después de que, en 413, Atenas perdiese su ejército y su armada en Sicilia siguió luchando durante ocho años.

El siglo v supone el apogeo de la grandeza de Atenas y, aun

aportando el *siglo* IV *nuevos triunfos* en otros *dominios*, el siglo V es el momento de los avances sin precedentes. Dentro de él, los años más activos son los que coinciden con la ascensión y predominio de Pericles. En ellos se agolpan una serie de desarrollos paralelos en actividad y pensamiento. Cada uno de ellos refuerza los otros, mas todos avanzan por su propio impulso interno. Los diversos elementos forman un conjunto rico y complejo que presenta diversos problemas para el análisis.

Afortunadamente, podemos tejer, a partir de indicios dispersos, un conocimiento global de esta época. Los materiales indispensables para la historia aparecen en las diversas inscripciones en piedra en la que los atenienses grababan sus principales decisiones administrativas sobre finanzas y asuntos públicos. De ellos podemos deducir una descripción fidedigna de la organización del gobierno. Pero para entender lo que impulsó a los atenienses a actuar como lo hicieron y el espíritu y motivos que los guiaron, necesitamos el soporte de los historiadores, y en este aspecto, realmente, nos hallamos en una situación privilegiada. Los griegos inventaron la historia en sentido moderno, y tanto Heródoto, «el padre de la historia» (485-429 a. C.), como su sucesor Tucídides (460-400 a. C.) escribieron sobre Atenas. Heródoto, cuya viva y ávida curiosidad escudriñó diversos rincones raros del mundo, centró su atención en las guerras pérsicas, presentando únicamente comentarios incidentales que esbozan lo que sucedería posteriormente. Esta sería la tarea de Tucídides, cuyo relato de la segunda guerra entre Atenas y Esparta se enriquece con inestimables comentarios sobre lo que le precedió, y manifiesta a lo largo de su obra momentos de aguda penetración analizando las fuerzas que hicieron de Atenas lo que era. A él debemos sobre todo lo que pensamos del carácter, del genio y de la actuación ateniense. No podemos evitar ver el apogeo ateniense a través de sus ojos, e incluso estando en guardia contra su persuasiva y dominante influencia, determina, no obstante, nuestra opinión al ser el más completo, crítico y consciente testigo que poseemos.

Tucídides fue el segundo padre de la historia al insistir sobre la necesidad de tomar todas las precauciones posibles para hallar la verdad. Sabía con cuánta rapidez y facilidad ésta se falsea, cuán difícil es decidir entre dos testimonios contradictorios, cómo, incluso, caso de narrar varios la misma historia, pueden estar todos equivocados. Comprendió la im-

portancia de la cronología, de la topografía, de las expediciones marítimas, de las epidemias, armaduras y armas; mas, a diferencia de Herodoto, cuya curiosa mente exploró el mundo en busca de nuevos asuntos de diversa índole, Tucídides concentró su atención sobre la historia política y particularmente sobre la guerra entre Atenas y Esparta de 431 a 404 que siguió desde el principio hasta el final. Su interés primordial se cernió sobre el poder, sobre su adquisición y mantenimiento y examinó la guerra desde este punto de vista. Completó su historia hasta los acontecimientos de 411, pues, aunque vivió los últimos sucesos de la guerra, la muerte le impidió relatarlos. Su historia ilustra mejor que nada el ejercicio del poder, sus derechos y sus cargos. Juzgó a los políticos por su ejercicio y a las ciudades por su aptitud para adquirirlo y conservarlo. Con todo, un espíritu imaginativo y apasionado envuelve su severa y restringida mirada. A pesar de que Tucídides procedía de una familia aristocrática, dueña de minas de oro en Tracia y tradicionalmente opuesta a Pericles y a su política interior y exterior, se volvió, con todo el celo de un convertido, su ferviente admiración e hizo de él una figura clave de su historia. Sintió la grandeza y el peligro de la visión que de Atenas tuvo Pericles; aplicó a ello su brillante capacidad de análisis, diagnosticando sus errores y dictaminando que el fallo no radicaba en la política de Pericles ni en su ejecución, sino en los hombres que le sucedieron en el cargo y gobernaron Atenas después de su muerte. A pesar de su aspecto de austero despego e imparcialidad, Tucídides estaba influido por fuerzas poderosas y, a pesar de su inflexible realismo al apreciar las actuaciones políticas, poseía unos principios morales rígidos y estaba profundamente impresionado por la corrupción de costumbres que trajo la guerra. Bajo la grandiosa e impasible superficie existen conflictos y contradicciones que nos previenen de que Tucídides, pese a su brillante penetración y su incorruptible integridad, puede no haber dicho la última palabra sobre Atenas y de que no hemos de verla únicamente a través de sus ojos.

En 424 Tucídides era un general al mando de tropas y navíos en el norte del Egeo. Los espartanos habían llegado bajo Brasidas; Tucídides fracasó en su cometido de socorrer Anfípolis frente a ellos, por lo que fue destituido y condenado al exilio, donde permaneció veinte años, hasta la amnistía general después de la guerra. Como Maquiavelo, aprovechó su destierro para reflexionar sobre la política, especial-

mente la política concerniente a la guerra y para plasmar sus conclusiones en una historia iniciada al estallar el conflicto. Pudo descubrir numerosos datos, de los que habría carecido si hubiese ocupado puestos de responsabilidad en el servicio activo. Su información recogida de ambos bandos en diversos lugares es inapreciable, y si no llegó a terminar su historia fue en gran parte por el enorme cuidado con el que la realizó, siendo un artista tan fino en la narración y análisis que arrastra a sus lectores y les impide casi que pongan en duda sus juicios. Empezó su historia pronto e hizo correcciones y adiciones importantes después de la rendición de Atenas en 404, cuando regresó gracias a la amnistía general, mas, aunque manejó diversas fuentes y es posible que obtuviese informaciones privadas de Alcibíades, también en el exilio parte del tiempo, no pudo asistir a los debates en Atenas que decidieron el curso de la guerra después de 424 o ver en su trabajo a las personalidades que gobernaron la ciudad en los años subsiguientes y en los últimos años de la lucha. Su conocimiento de Atenas, en los años que median entre 424 y 404, es de segunda mano, y no pudo evitar ser influenciado por la presión emocional que sufriría incluso el más imparcial de los desterrados.

Tucídides había visto a Pericles en su ascensión, y esto moldeó su lealtad y su pensamiento. Si la muerte de Pericles deificó su recuerdo para Tucídides, el paso de los años confirmó su admiración por el hombre y su política. Admiró a Pericles como hombre y como estadista, particularmente por la habilidad con la que gobernó a Atenas. Pero sentimentalmente estaba mucho más comprometido. Cuando al comienzo de la guerra cita un elogio fúnebre pronunciado por Pericles, debía de saber que muchos de sus lectores iban a contestar con todas sus fuerzas el ideal así presentado. Pero esto no significaba que al historiador le gustase y admirase la democracia en todos los momentos y bajo todas sus formas. Aunque no le gustaba el gobierno oligárquico de los cuatrocientos, vigente en Atenas en 411, alababa el sistema democrático restringido del gobierno de los cinco mil que pronto lo sustituyó. Prefería a los políticos que mostraban un enjuiciamiento claro de los hombres y de los acontecimientos, y éstos no eran todos demócratas. En la Atenas de Pericles vio una democracia que lejos de reprimir las inteligencias descollantes —como se suponía que una democracia haría— las favorecía. Esto ganó su admiración, pero ésta era más emotiva e imagi-

nativa de lo que se esperaría en este hombre rigurosamente intelectual. En él el artista no siempre estuvo necesariamente en perfecto acuerdo con el pensador, y lo que cautivaba su imaginación pudo infundir reparos en el agudo crítico analista.

Si él mismo Tucídides era capaz de modificar sus puntos de vista, otros pueden haberlo hecho más palpablemente, siendo, de este modo, difícil forjarse una concepción única de Atenas. Hemos de intentar extraer de las diversas fuentes que poseemos una idea de las principales fuerzas en juego y ver el grado de aproximación entre ellas en la imagen total.

La prodigiosa ascensión de Atenas era imprevisible en el siglo VI. Atenas era entonces en numerosos aspectos muy semejante a cualquier ciudad-estado griega e incluso en situación de inferioridad respecto a algunas de ellas por la escala de sus empresas. Su literatura no resistiría la comparación con la de las ciudades griegas jónicas o con los primitivos cantos corales espartanos; no poseía científicos o filósofos dignos de mención. No obstante, existían síntomas de que era, en cierto modo, diferente y de que empezaba a moverse en una dirección nada corriente. Ciertamente, no había enviado a ultramar vastos grupos de colonos con gobierno autónomo, como mucho antes Corinto los había enviado a Siracusa y Corcira, que se convirtieron en ricos y alarmantes estados, pero a principios de siglo se había apoderado de Sigeo en la Tróade, y en los años cincuenta Milcíades el Viejo estableció una colonia en la orilla oeste de los Dardanelos. Los abundantes restos de la primitiva escultura ateniense poseen indiscutiblemente afinidades con otras obras griegas, mas muestran una nueva penetración y delicadeza en su tratamiento de las mujeres y de los ropajes femeninos. Sus vasijas pintadas hallaron un amplio mercado; tenía la suerte de poseer un barro que se cocía en formas excelentes, mientras que sus artistas sobresalían en la firme y segura línea que es indispensable a todo buen dibujo. En política Atenas podía parecer más atrasada que otros estados, especialmente que la isla de Quíos, que poseía ya en el siglo VI una forma moderada de democracia. Pero Atenas inició afortunadamente el siglo con las reformas de Solón, que frenaban la rapacidad de los ricos y daban cierta seguridad a los pobres. Incluso cuando Pisístrato se adueñó del poder, a pesar de ser un tirano, en el sentido de que era un déspota militar, se preocupó por el populacho a su manera y, para sus propios intereses, conservó las leyes existentes, in-

cluso cuando él era el principal ejecutante, y pagó tributo al gobierno, autorizado para construir una nueva Cámara de Consejo. El y su familia permanecieron, a intervalos, en el poder hasta el año 510, cuando su primogénito Hipias fue desbancado, no por los rebeldes atenienses, sino por un ejército espartano al mando del rey Cleómenes, quien, evidentemente, pensó que, bajo un tirano, Atenas era más peligrosa que bajo sus antiguos nobles. Pisístrato proyectó, y en ocasiones terminó, amplios edificios y alentó la escultura a amplia escala para decorarlos. Es cierto que Atenas no poseía nada comparable al avance de la ciencia y de la matemática entre los griegos de Jonia, mas al menos mostraba síntomas de vida que, considerados restrospectivamente, contenían grandes promesas.

Aunque realmente ningún estado griego había sido extraordinariamente dotado por la naturaleza, el Atica no lo era menos que la mayoría. Si carecía de regiones realmente bien provistas de agua y fértiles, como existían en Laconia y Tesalia, o de islas como Corcira y Rodas, poseía otras ventajas. Su extensión era superior a la de la mayoría de las ciudades-estados. Su suelo, soleado y no demasiado abundante, era apropiado para el olivo; los ásperos montecillos en la falda de las montañas alimentaban a las omnívoras cabras; por tres lados el mar añadía variedad a su régimen alimenticio y proporcionaba manjares mucho más valiosos. Los atenienses fueron lentos en dedicarse al comercio marítimo, pero estaban bien emplazados para ello. El Atica poseía un cierto número de pequeños puertos útiles para el comercio marítimo, y con el Pireo tenía el mayor y más protegido puerto de la Grecia continental. Aunque durante muchos años los atenienses prefirieron encallar sus barcos en la expuesta costa de Falerón, esto no era sino una prueba más de su primitiva falta de iniciativa. Para construcciones, Atica contenía inagotables reservas de mármol de primera calidad que clamaba porque los escultores tallasen en él figuras expresivas, mas otros lugares tenían un mármol igualmente bueno o podían importarlo de las canteras insulares de Paros y Naxos. Estratégicamente el Atica no tenía un emplazamiento desfavorable. Al Norte la frontera con Beocia si no impedía las invasiones al menos las dificultaba, mientras que al Sur la estrecha carretera a lo largo de la faja montañosa al norte del Istmo de Corinto, apoyada por el pequeño pero tenaz estado de Mégara, presentaba una frontera que podía ser rápidamente defendida en un momento

de peligro. Es más, el Atica era consciente de su unidad. Ninguna parte estaba bajo dominación extranjera en términos de esclavitud o de casi-esclavitud, como los mesinos, poseían amplias partes del territorio espartano. Los habitantes del Atica estaban orgullosos de su país y proclamaban haber existido como un solo estado durante siglos, desde que el legendario Teseo los unió. Los pueblos tenían vida autónoma, mas los mantenía unidos la lealtad a Atenas. Atenas estaba capacitada para aumentar su poder y desarrollar sus artes, y en el siglo v procedió a hacerlo con una energía sin precedentes. Fue esta liberación de fuerzas lo que hizo avanzar a la Atenas de Pericles por nuevos y venturosos caminos.

Hasta el siglo v Atenas no sacó provecho de sus recursos naturales, convirtiéndose en una de las grandes potencias de Grecia. El impulso conductor de este proceso fue su sistema democrático y las energías que liberó y puso en marcha. Esto recibió una dirección especial con su control, desde 477 en adelante, de la gran alianza de ciudades griegas que transformaría, a su debido tiempo, en un imperio. Esta combinación de democracia e imperio era única en la historia de Grecia y venía a alterar totalmente los esquemas de la política griega. Todos sus resultados no fueron al principio evidentes y posiblemente la mayoría de los atenienses ni se dieron cuenta de las posibilidades subyacentes en dicha unión. Entre 477 y 462 Atenas halló su lugar en el equilibrio de poderes griegos, suscitando envidias mas no hostilidades decisivas; sus figuras dominantes se conformaban con que no se inmiscuyese en los asuntos griegos, mientras continuaban hostigando a Persia. Incluso en el interior, la democracia que había empezado con tal esplendor se mantenía a raya, sin permitirle extender sus poderes. Era bastante lógico tras el esfuerzo que supusieron las guerras pérsicas, mas no iba a durar. El nuevo espíritu podía contenerse durante unos años, pero ambicionaba las verdes praderas y pronto iba a encontrarlas: el período que empieza hacia 462 vio una acumulación de fuerza y el crecimiento de un nuevo espíritu que se abriría camino por entre las responsabilidades de la alianza. Para apreciar a Atenas en su mayor gloria tendremos que considerar antes los preliminares.

# 2. La democracia ateniense antes de Pericles

La democracia ateniense existía antes de Pericles y, desde el principio, contenía muchos de sus rasgos característicos. Surge poco después de la expulsión del último tirano, Hipias, en 510, y alcanza una insigne nueva configuración entre 509-507. Al ser abolida la tiranía, podía suponerse que el poder iba a recaer sobre las familias ricas que se habían opuesto a los tiranos y estaban preparadas para tomar la dirección de Atenas, gobernándola como una oligarquía basada en el requisito de la riqueza. Pero este esquema tenía fallos que lo llevarían a consecuencias imprevistas. No existía buen entendimiento entre las familias ricas, ni deseos de cooperación. Entre ellas los Alcmeónidas habían mantenido, sin éxito, una política de resistencia a los tiranos y ahora anhelaban el poder como recompensa por sus sacrificios. Para triunfar necesitaban un apoyo mayor del que poseían. Uno de ellos, Clístenes, resolvió ingeniosamente el problema. En boca de Herodoto «hizo entrar al pueblo en el consorcio» [1]. El «pueblo» era la muchedumbre sin privilegios, cuya pobreza hacía que nada importase ni pudiese. Bajo los tiranos habían estado mejor tratados que antes, pero ahora sus perspectivas volvían a ser poco esperanzadoras.

Nada harían por ellos los ricos y nada podían ganar con el

líder oligárquico Iságoras. Clístenes tomó el mando de estas masas e hizo realidad un derecho político que desde hacía tiempo reclamaban, pero de cuyo disfrute se les había mantenido alejados. De este modo Clístenes estableció una auténtica democracia. Iságoras apeló a los espartanos, quienes expulsaron a setecientas familias hostiles a Iságoras e intentaron restaurar la oligarquía. Pero el pueblo de Atenas entró en acción. El rey espartano, Cleómenes, se encontró cercado en la Acrópolis y obligado a rendirse; Clístenes pagó a sus partidarios populares creando un nuevo sistema de gobierno democrático. No podía obrar de otro modo. Había pedido ayuda al pueblo y con él había derrotado a Esparta y a la oligarquía ateniense. Es posible que Clístenes no pretendiese complacer una virtud tan ajena a la política como la de la gratitud, pero comprendía dónde estaba la fuerza de Atenas y estaba dispuesto a sacar partido de ella.

Las reformas de Clístenes fueron ingeniosas, complejas y de largo alcance. Los habitantes del Atica estaban tradicionalmente divididos en cuatro tribus, cada una de ellas con su propia estructura interna en forma de pirámide. Este hecho habría carecido de importancia política si la división en tribus no fuese reflejo de adhesiones y lealtades locales. Pero lo era y, en consecuencia, era una fuente de discordia y desórdenes, no por aversiones entre las clases sociales propiamente dichas, sino por diferencias regionales no menos difíciles de controlar y en gran parte condicionadas por el poder y prestigio de los propietarios. Clístenes abolió este sistema y creó diez nuevas tribus, cada una de las cuales contenía elementos pertenecientes a zonas muy diversas del país. Esto hizo desaparecer la importancia del sentimiento local como fuerza política, puesto que dejó de ser relevante en las acciones de las diversas tribus. La desaparición de las viejas fronteras tribales supuso que el Atica respondiese con mayor facilidad a la llamada a una unidad nacional que trascendiese las adhesiones particulares y que la influencia de los señores terratenientes se viese considerablemente reducida. Atenas no sólo era una verdadera democracia, sino que estaba bien organizada contra las disensiones internas.

Al mismo tiempo Clístenes reformó el antiguo Consejo, instituido hacia 594 por el legislador Solón, aumentando el número de sus miembros de cuatrocientos a quinientos para adaptarlo al aumento de las tribus a diez. El Consejo, en el que todas las regiones del Atica estaban representadas, era la

autoridad administrativa suprema del estado. Administraba las finanzas por medio de funcionarios especiales, poseía ciertos poderes judiciales y podía multar a los altos funcionarios. Entendía de obras públicas e incluso del desarrollo de la guerra, aunque no podía declararla ni negociar la paz. El Consejo era un órgano deliberativo y tenía la iniciativa en la confección de las leyes. Preparaba los asuntos para la Asamblea, a la que todo varón adulto y libre pertenecía y que no podía reunirse sin él. En sesiones plenarias el Consejo se abría con un número de miembros fijo para todo el año, pero, para decisiones inmediatas, el año se dividía en diez partes y los representantes de las tribus actuaban rotativamente, ocupándose de los asuntos durante la décima parte del año. Así el Consejo se convirtió en un organismo representante del pueblo, pero la Asamblea, que decidía las cuestiones importantes, controlaba y moderaba sus poderes.

La constitución ateniense podía permitirse llevar las decisiones finales a la Asamblea, puesto que la población total no era lo suficientemente numerosa para producir una reunión masiva. La influencia del Consejo era sumamente considerable, puesto que preparaba los asuntos, pero la Asamblea tenía la última palabra. El poder del Tribunal de Aerópago, como protector de las leyes, se redujo sin ser abolido y, aunque pudiese parecer relegado, podía seguir interviniendo en los asuntos públicos y era un instrumento poderoso contra la democracia. Pero, por el momento, la democracia estaba en pleno triunfo. Los que ansiaban poder podían obtenerlo mediante su esfuerzo personal. Atenas se había convertido en una democracia sin apenas parangón con otro estado griego, con absoluta igualdad ante la ley, libertad de expresión y libertad para votar en todas las decisiones públicas. Tal vez la plebe, frente a su sorprendente revolución, tardase en comprender el poder que podía conseguir si se lo proponía; de momento se conformaba con lo que había obtenido. Su surgimiento se había producido con rapidez y éxito; correspondía a la nueva democracia y a sus líderes lograr que los enormes progresos realizados no se desvaneciesen. Se pusieron al trabajo con diligencia, como comenta Herodoto: «Si Atenas fue antes importante, se hizo mucho más importante al deshacerse de los tiranos» [2], y su grandeza se manifestó en diversos aspectos. El primero fue en la extensión de sus territorios a expensas de sus vecinos. Pese a la considerable ofensiva de Esparta, Tebas y Calcis, Atenas se apoderó de una

rica llanura en Eubea, donde estableció colonos atenienses. Este primer éxito fortaleció la confianza de los atenienses en sí mismos, a la par que reflejaba y procedía de este mismo sentimiento. Como los restantes griegos, estaban orgullosos de mostrar su superioridad frente a los restantes estados, pero ahora se consideraban superiores en un sentido muy peculiar: cuando defendían su tierra, defendían un modo de vivir que no compartían o entendían los demás griegos. Como los ejércitos de la Revolución francesa, «sabían por qué luchaban», y esto les daba un impulso elevado tanto más fuerte porque sabían que desconfiaban de ellos y los temían poderes tan reaccionarios como Esparta y Tebas.

Las insólitas circunstancias bajo las que se estableció la democracia en Atenas ejercieron una influencia duradera sobre su desarrollo ulterior. En primer lugar, aunque los desprivilegiados fueron en gran parte responsables de los primeros acontecimientos, sus líderes eran aristócratas. Clístenes era un Alcmeónida y, aunque todos los Alcmeónidas no compartían sus ideas, proporcionó un precedente que posteriormente Pericles, pariente suyo por línea materna, seguiría con entusiasta convicción. Esto conllevó el que la democracia ateniense conservase un estilo aristocrático y todo el refinamiento y distinción desarrollados bajo los tiranos. En segundo lugar, aunque Atenas siguió teniendo una política de partidos distintos y no permaneció mucho tiempo unida en sus posiciones democráticas, sus diferentes grupos fueron dirigidos por hombres de origen semejante, y cuando se hundió el nivel social de los políticos, las doctrinas, si no las maneras, de los nobles populares se mantuvieron en gran parte. En tercer lugar, la Atenas democrática mostró desde el principio sus ansias de poder y de expansión. No se conformó con sus antiguas fronteras y con representar un modesto papel en la política helénica. Deseaba influencia y dominio, y confiaba en alcanzarlo. En cuarto lugar, sean cuales fuesen los motivos de Clístenes para establecer la democracia, no cabe duda de su escrupulosidad para con ella y de su aceptación como hecho trascendente por sus sucesores políticos. Si el motivo inicial fue la necesidad de obtener ayuda para luchar contra sus rivales, comprendió que para conservar esta ayuda tenía que hacer de la democracia una realidad. No hay por qué asumir que desconociese los considerables principios involucrados en este cambio. Una vez realizado, debió de ver el vigor con el que impulsaba a un gran número de atenienses a tra-

bajar e infundía un nuevo espíritu a todo un pueblo. Finalmente, Esparta y Tebas se opusieron vigorosamente a la implantación de la democracia ateniense, y al derrotarlas cesó el temor de Atenas hacia ellas. Y, comprobando el profundo recelo que sentían por ella, comprendió también que sólo debía contar con sus propios esfuerzos y no repetir la triste experiencia de Iságoras, que puso su confianza en Esparta y resultó lamentablemente humillado. Eran importantes lecciones que los más activos demócratas atenienses no olvidarían. Todas estas lecciones modelaron de un modo u otro el sistema que Clístenes había fundado y que otros se encargarían de fortalecer, controlar y proclamar al mundo griego.

Era poco antes de que Atenas, reconstruida y fortalecida militarmente, se sometiese a pruebas de una extrema dureza, que superaría gloriosamente. En 490, fuerzas navales y terrestres persas la invadieron para castigar su ayuda, de escasa eficacia, a los griegos jónicos cuando en 498 se sublevaron contra Persia. Los persas desembarcaron en Maratón, y allí, entre las montañas y el mar, los atenienses, gracias a la unión de una táctica diestra, una moral elevada y una competencia física, los obligaron a retroceder hasta sus barcos. Tras esto, durante diez años, Atenas se vio libre para ocuparse de sus defensas y preparar tanto el futuro de Grecia como el de sí misma.

Aunque la batalla de Maratón dio el espaldarazo a la democracia ateniense, el general responsable de la victoria, Milcíades, era un aristócrata que había poseído y perdido grandes bienes fuera de Atica, y era el centro de un círculo rico y culto. Poco después de la victoria sus adversarios políticos lo acusaron de levantar falsas esperanzas cuando tropezó en un imprudente ataque a Paros, y murió poco después. Con los años el mito de Maratón se empleó para oponerse abiertamente a la causa democrática. Se elevó a una suntuosa exaltación heroica y se honró como réplica moderna a la perfección legendaria de los héroes del pasado. En el Pórtico de los Frescos de la Plaza del Mercado de Atenas, Micón ejecutó una gran pintura de la batalla en sus diversos momentos con retratos reconocibles de los principales combatientes. En las monedas atenienses se coronó a la diosa con una rama de olivo, símbolo de la victoria. El haber luchado en Maratón era la cumbre de la búsqueda del honor por un hombre. Es significativo que al morir el gran poeta Esquilo en Sicilia su epitafio, redactado por él mismo, no hace alu-

sión a su poesía, sino que proclama: «Su glorioso valor será celebrado por los bosques de Maratón y por Meda, la de los largos cabellos, que lo conoce» [3]. Los muertos fueron enterrados en un único túmulo, que aún se eleva en el campo de batalla, y el aniversario de la lucha se celebraba con el sacrificio de trescientas cabras a Artemis.

Maratón era una victoria nacional sobre un enemigo temible. Como tal, era el orgullo de todo ateniense, mas, siendo Milcíades un rico aristócrata, la batalla se celebraba con la satisfacción de algo propio en los círculos que sostenían sus puntos de vista. En años posteriores los atenienses que no compartían la idea de una democracia integral añoraban la batalla como una edad de oro. Los hombres que en ella lucharon eran honrados como modelos de lo que los atenienses debían ser, y los que criticaban el presente innovador veían en ellos el mejor ejemplo de la hombría ateniense. Ya en 425 Aristófanes, obsesionado por otra guerra, caracterizó a sus audaces aldeanos como el tipo de hombres capaces de actuar valientemente en ella:

Acarnienses, hombres de Maratón, duros en grano
Como sus propios robles y arces; toscos y resistentes [4].

Esta manera de pensar no era realmente antidemocrática, pero servía de correctivo a un pensamiento democrático más avanzado. Maratón era un mito nacional sin ser un mito democrático. Podría haber trascendido la división en partidos, y, de hecho, era una justificación de la nueva democracia, pero no se consideró bajo este aspecto. Para resaltar la fuerza de la democracia ateniense se requería una tradición semejante e incluso rival; esto sobrevendría con la siguiente ola de invasión persa en 480-479. En este caso todo el pueblo ateniense participó en las victorias de Salamina y Platea y sus jefes fueron hombres destacados del bando democrático.

La batalla de Maratón relegó momentáneamente las controversias políticas, pero no las hizo olvidar. Después los líderes de los diversos grupos maniobraron buscando el poder y explotaron el nuevo e ingenioso ardid del ostracismo. Este recibió su nombre del *ostrakon* o casco de vasija en el que el votante escribía el nombre de algún personaje del que quería deshacerse por motivos políticos. Se han hallado en Atenas varias vasijas de este tipo en las que figuran escritos nombres famosos. El ostracismo se convirtió en la manera de exi-

liar a un hombre durante diez años sin que perdiese sus bienes y, acaso, de intentar refrenar de este modo la violencia de los rencores personales o entre partidos. No dejaba de ser más genoroso y humano que la mayoría de los castigos y venganzas infligidos por las democracias de reciente aparición. Toda la Asamblea votaba y la decisión no era válida si no se recolectaban tres mil votos. De este modo los políticos atenienses se deshacían de sus adversarios disponiendo al pueblo en contra de ellos. De 486 a 482 se manejó con éxito contra Megacles, líder de los Alcmeónidas; contra Jantipo, padre de Pericles, y contra Arístides, luego llamado «el justo». Afortunadamente a los tres se les permitió regresar a Atenas antes de la invasión persa de 480. El peligro nacional cancelaba por el momento las disensiones entre grupos políticos.

En esta época la democracia ateniense se adentraba penosamente en su segunda fase. Durante unos años el hombre más poderoso de Atenas era, no un miembro de un partido o grupo social importante, sino un individuo que se fraguó su ascensión a base de puro ingenio, dominio de las resoluciones políticas y clara comprensión de dónde se hallaban las ventajas y peligros de Atenas. Temístocles, hijo de Neocles, procedía de una buena familia, mas no de una familia rica. Ya en 492 era *arconte* o primer magistrado; posteriormente luchó en Maratón y después de la batalla desempeñó importantes funciones. Su previsión y resolución salvaron a Atenas cuando los persas volvieron a atacar en 480. Comprendió que para que Atenas aprovechase al máximo su situación geográfica tenía que contar con una armada que protegiese sus largas costas y transportase rápidamente a sus soldados a otros frentes. Temístocles supo sacar una lección de cuando, en 506, los atenienses tomaron Calcis y capturaron veinte barcos, pero no sabiendo qué hacer con ellos los quemaron. Atenas necesitaba poseer su propia flota, para lo que tenía un magnífico puerto esperando; para lograrlo Temístocles contaba con un poderoso argumento como era la presencia en el Pireo del poder marítimo de Egina, ciudad situada a pocas millas de distancia al otro lado del golfo de Sarónica. Constantemente estaba Atenas en guerra con Egina con muy escasos progresos, ya que sin flota era imposible sojuzgarla, como tampoco era posible para Esparta, que lo había intentado y había fracasado. En 483 se encontró en Laurion (Atica) un nuevo y rico filón argentífero. Temístocles se opuso a la solicitud de re-

partirlo entre el pueblo, y convenció a la Asamblea, gracias esencialmente a su prestigio, de que el dinero debía emplearse en construir al menos un centenar de barcos. Los navíos estuvieron dispuestos justo a tiempo de emplearlos contra la invasión persa de 480, y su actuación en Sarónica cambió el curso de la historia atenienses, griega y europea. El futuro de Atenas estaba en el mar. Era la segunda etapa del crecimiento de Atenas como democracia, etapa que podemos identificar al nombre de Temístocles. Este tendría que enfrentarse en esos años con una oposición considerable, pero por el momento estaba en pleno triunfo.

La construcción de una armada tuvo, en Atenas, repercusiones que sobrepasaron cualquier objetivo inmediato. Había que tripular a los barcos y entrenar a los hombres para lograr un alto grado de eficacia. Era más fácil reclutar los hombres entre los sectores más pobres de la población que no estaban demasiado estrechamente ligados a la tierra o al taller de alguna diestra artesanía. Podía emplearse esclavos para los trabajos más serviles o mecánicos, pero la esencia de la nueva clase marinera fue el estar constituida por hombres libres que tenían poco que perder y mucho que ganar adoptando un nuevo medio de vida. No procedían todos, necesariamente, de las regiones costeras del Atica, puesto que la mayoría de los atenienses tenían ciertas nociones de navegación. Muchos de ellos provenían de las clases desprivilegiadas, a las que Pisístrato había dado seguridad y Clístenes había introducido en su consorcio. Este urgente llamamiento nacional buscando hombres les proporcionaba una ocasión espléndida, y entretanto la mayoría de los marineros parecían haber hallado una nueva solidaridad en su profesión. La creación de una flota supuso la de una clase estrechamente dependiente del estado en sueldo y subsistencia. A medida que tomaba más consciencia de sí misma pudo ejercer una mayor influencia en la Asamblea. Aún probablemente demasiado inexperta para percatarse de todos sus poderes, es fácil suponer que Temístocles le enseñó a emplear sus votos para oponerse a sus adversarios. Como hombres de mar, diferían social y económicamente de las viejas clases de soldados de armas pesadas, los hoplitas, que se costeaban su equipo, y de la caballería, que poseía caballos, ambas reclamando una posición elevada en el estado a cambio de sus servicios. En efecto, esto supuso que soldados y marineros se diferenciasen no sólo en sus tareas, sino además en su consideración social y distinción. La intrépida y

sagaz política de Temístocles cautivó durante unos años la imaginación popular, ganando un apoyo irresistible. Al estallar, en 480, la guerra estaba justo a tiempo dispuesto, y acertadamente fue elegido general.

En esta guerra Temístocles solucionó sagazmente la pavorosa situación terrestre transportando la población de Atenas a Salamina y a otros lugares. Puso sus esperanzas de victoria en la flota, pero primero tuvo que sobreponerse a los temores de sus aliados, quienes deseaban dejar el mar cerrado entre Salamina y el Continente en algún lugar fuera del Peloponeso. Temístocles los burló induciendo a los persas a bloquear las entradas al mar cerrado y obligando, de este modo, a los griegos a luchar. Para ello utilizó al preceptor de su familia, Sicino, que actuó como doble agente con los persas. En la batalla los barcos griegos, favorecidos por el viento, vencieron a sus adversarios, expulsándolos de los puertos fenicios. Los barcos enemigos supervivientes se retiraron de Grecia por el Egeo, donde, un año después, serían derrotados en Micala. En aquel entonces Temístocles era un héroe nacional y estaba en bastantes buenas relaciones con los demás líderes griegos. Esto se prolongaría durante el período de la inmediata posguerra, cuando Temístocles, sabiendo que los espartanos se oponían a la reconstrucción de las murallas de Atenas destruidas por los persas, los engañó, ganando tiempo mediante negociaciones despachadas a Esparta, hasta que, con extraordinaria presteza, terminaron las murallas de la ciudad. En esto le alentaba Arístides y gozaba de la aprobación de la mayoría de los habitantes.

Los partidarios de Temístocles, en su mayoría, procedían de las clases carentes de privilegios sociales y de experiencia política, por lo que tal vez fuese inevitable que los engañasen comerciantes y propietarios, quienes constituían la clase más importante en Atenas. Temístocles no era tan rico como algunos de sus rivales, lo que proporcionaba un blanco fácil para una propaganda hostil. Se decía que se dejaba sobornar y que, una vez aceptado, no cumplía el compromiso contraído. Un poeta de Rodas llamado Timocreón, colaborador con los persas, declaraba haberle entregado tres talentos de plata para que lo devolviese a Rodas, y que Temístocles, tal vez por habérsele citado a una reunión de los aliados en el Istmo de Corinto, no cumplió el compromiso contraído. Timocreón estaba furioso, y cuando poco después Temístocles sufrió di-

versos reveses en sus ambiciones el poeta lo vilipendió en canciones de bebedores como la siguiente:

El, bribón, canalla, traidor,
Por un fraudulento soborno
Rechazó sacar a su amigo
Timocreón o mandarlo
A su isla natal.
Se embolsó el precio
Y luego se fue navegando
Hacia el demonio y hacia su perdición[5].

Es posible que, careciendo de recursos privados y de un partido organizado, Temístocles mejorase su situación financiera aceptando el soborno; en cualquier caso, lo cierto es que la acusación de corrupción prendió.

Temístocles era consciente de sus dotes naturales y no se avergonzaba de proclamarlas. Esto le ganó la reputación de ser demasiado listo, lo que, mientras Grecia estaba en peligro, era tolerable, pero cuando el peligro desapareció se volvió contra él. Sus errores personales daban pie para un descontento y recelo más profundos. Las familias ricas atenienses, especialmente la de Milcíades, representada por su hijo Cimón, y la de los Alcmeónidas, hasta entonces reñida con la primera, acababan de reconciliarse mediante el matrimonio de Cimón con una alcmeónida, Isodice. Estas familias se unieron entonces contra Temístocles, consiguiendo, hacia 470, su ostracismo. Poco después, hacia 466-465, cuando estaba en Argos, lo acusaron de traición, sin duda por haber reñido con Esparta, que tenía sus mismas ideas sobre política exterior, y en su ausencia lo condenaron a muerte. En este caso fueron los espartanos los que movieron la agitación, esperando deshacerse de un poderoso enemigo. Enviaron agentes para detenerlo en Argos, pero, con notable audacia y habilidad, los eludió, yendo, tras un largo rodeo, primero a Corinto y luego al noroeste de Grecia. Mientras Admeto, rey de Molosia, estaba ausente de su palacio la reina le mandó coger a su hijo y sentarse en el suelo en actitud suplicante. El rey, a su regreso, escuchó su ruego y, cuando poco después llegaron sus perseguidores, se negó a entregarlo. Temístocles se preparó poco a poco el camino hacia Persia, donde el Gran Rey, conociendo su valía, lo hizo venir y le dio un importante cargo de gobernador en Magnesia. Una figura tan genial no podía esperar vivir sin problemas en una Atenas en la que pode-

rosas fuerzas se agrupaban en contra de él. El resultado fue que sus dotes extraordinarias se malgastaron al quererlas ejercer en nuevas direcciones, y es probable que, de no haber sido exiliado, hubiese ayudado a su patria en los años que siguieron a Salamina. El historiador Tucídides lo consideró admirable por su natural ingenio y su particularmente «notable penetración del futuro, descubriendo en él las ocultas posibilidades, buenas o malas» [6]. Temístocles comprendió que durante unos años Persia no sería realmente un peligro, mientras que era muy posible que Esparta desease estorbar el creciente poder de Atenas. Esto era lo que deseaba evitar, y estaba preparado para hacer converger sobre esta política todas las energías de Atenas. Estaba en adelanto sobre su tiempo; su labor fue interrumpida, pero dejó continuadores que, andando el tiempo, resucitarían su política.

La lucha entre Temístocles y otros líderes atenienses empezó poco después de las guerras médicas, y pueden hallarse trazas de ella en su poderosa propaganda. En 476 financió la representación de una obra del trágico Frinico, probablemente las *Fenicias,* que dramatizaba la derrota de los persas, presentada desde su punto de vista, y pretendía claramente recordar al auditorio la importante parte que en la victoria correspondía a Temístocles. Esquilo, en 472, representó los *Persas* sobre el mismo tema, concediendo gran atención a Temístocles. Menciona tanto el asunto de las minas de Laurion como el ardid por el cual Temístocles indujo a los persas a atacar la flota griega en aguas de Salamina. La visita del agente de Temístocles se eleva a la categoría de intervención vengativa de los dioses:

> Princesa, el primer iniciador de todos los infortunios
> Que luego se siguieron, aunque de donde vino
> Nadie lo sepa, era algún genio de ira
> Algún maligno espíritu como los que inducen a los hombres
> A su perdición [7].

La imagen de Temístocles se exaltaba, por tales medios, ante el público en un momento en el que su suerte iba a declinar; el hombre que financiaba la representación de los *Persas* era Pericles, un joven que acababa de alcanzar la treintena.

Resultaron vanos los esfuerzos para mantener a Temístocles en el poder, y al ser expulsado también lo fue su política. Los ultrademócratas carecían de líder, y durante al menos diez años la principal figura de Atenas fue Cimón, el hijo de

Milcíades, quien actualmente no era hostil a la democracia establecida, pero tampoco deseaba extenderla e intentaba contentar a sus partidarios mediante copiosos regalos procedentes de su gran fortuna y amplias llamadas a su fervor patriótico contra los persas. El empuje progresista se había refrenado, Atenas estaba gobernada por un grupo aristocrático que respetaba la situación existente. Al mismo tiempo Cimón empleó a fondo la fuerza naval creada por Temístocles, que recientemente había cobrado una importancia sin precedentes en los asuntos helénicos. El poder marítimo durante cierto tiempo absorvió la atención ateniense y mantuvo eficazmente activos al ejército y la armada.

Al retirarse los persas, los aliados griegos, varios de ellos con ciudades muy vulnerables, caso de proyectar los persas una nueva ofensiva contra ellos, decidieron no desperdiciar sus victorias, sino instigarlos en territorio persa. Evidentemente, el líder de esta propuesta era el regente espartano Pausanias que había conducido las fuerzas griegas unidas a la victoria de Platea en 479. Pero defraudó sus esperanzas, ganándose su desconfianza. Tras haber liberado una parte de Chipre, embarcó para Bizancio, donde su favorable atención a los principales jefes persas y su insolencia y arrogancia con los griegos causó consternación. El golpe fue terrible para la autoridad de Esparta. Los griegos le retiraron su confianza como líder de la unión, y en el invierno de 478-477 los aliados se volvieron hacia Atenas y le pidieron que asumiese el mando en lugar de Esparta. La petición se hizo con sorprendente unanimidad, y Atenas aceptó inmediatamente. El traspaso del mando se efectuó en 477, cuando se creó una liga aliada. Temístocles quedó excluido, tal vez por haber estado estrechamente asociado a Pausanias, más probablemente porque su temperamento dogmático no podía ser aceptado por los griegos jónicos. En su lugar organizó la liga Arístides, un miembro de una buena familia y soldado experimentado, igualmente irreconciliable enemigo de Persia, pero cuya mejor baza era su carácter personal, que se adaptaba perfectamente a la compleja tarea de formar una liga basada en principios equitativos. El fin de la liga consistía en mantener la ofensiva contra Persia, evitando la reconquista de ciudades recientemente liberadas, devastando territorios aún bajo el dominio persa y estando preparados para rechazar cualquier posible contraofensiva. El centro administrativo de la liga era la isla de Delos, antiguo lugar de reunión de los griegos jónicos y

tradicional cuna de Apolo. Se había elegido no sólo por su situación en el centro del Egeo, sino porque, siendo sumamente pequeña, no podía volverse peligrosa por su propia política e intereses privados. Gozaba de una posición neutral, casi internacional, entre los griegos. Estaba expuesta a ataques por mar, pero en aquel entonces un ataque era poco probable y su defensa no ofrecía grandes dificultades.

En un principio la liga fue un pacto naval. Los aliados que la integraban deseaban controlar la política exterior griega mediante su dominio del mar, y se hallaban en una excelente situación para hacerlo. En vez de mover ejércitos por tierra, lo cual era siempre lento en Grecia por su terreno montañoso y la falta de carreteras, podían desplazarse con facilidad y rapidez por mar a cualquier parte del Egeo o a otras aguas vecinas. Tenía la ventaja de que muchos de los puertos del Egeo pertenecían a miembros de la liga; ésta incluía las ciudades de la costa oeste de Asia Menor, las islas costeras de Rodas a Lemnos, un gran número de ciudades en la estratégicamente importante Propontis (Mármara), la mayoría de las Cíclades y Eubea, con una única excepción: la ciudad de Caristo. La liga dominaba el Egeo y controlaba la entrada a la costa sur de Asia Menor y a la ancha isla de Chipre. Entre sus miembros Atenas era la única potencia terrestre, y de las islas egeas sólo las pequeñas islas dóricas de Tera y Melos, y la grande pero sorprendentemente ineficaz isla de Creta no pertenecían a la liga.

El fin de la liga era mantener una flota aliada, y se fundó sobre la base de que todos sus miembros proporcionasen barcos o dinero a la flota unida. Muchos estados eran pequeños o pobres y, por lo tanto, incapaces de contribuir con más de uno o dos barcos. Tal sistema estaba expuesto a desembocar en una pérdida del control central, en resoluciones y directrices políticas conflictivas y malgastar el poder humano y los recursos. Existirían diferencias en el equipo y armamento; sería difícil hallar un lugar donde pudiesen reunirse todas estas fuerzas al mismo tiempo; habría inevitablemente discusiones sobre el mando y la disciplina, ya que el honor nacional —siempre importante en Grecia— hacía difícilmente soportable el que una ciudad recibiese órdenes de otra. Arístides resolvió estos problemas permitiendo que un cierto número de contribuciones se hiciesen en dinero en vez de en barcos. Los pagos habían de efectuarse una vez al año en una tesorería común situada en Delos. Arístides fijó la suma total

en 460 talentos, la mitad pagada en dinero, la otra mitad en barcos. Se hizo un cálculo meticuloso de las posibilidades de pago de cada ciudad, y la suma total se repartió proporcionalmente entre los contribuyentes. Esta compleja y difícil tarea se realizó en poco tiempo y sin haber suscitado, al parecer, quejas serias. Arístides ganó tal fama por su honradez que cuando, en 467, se representó la obra de Esquilo, *Siete contra Tebas,* las palabras con las que se describe al héroe Anfiarao daban en el clavo:

> Deseo no parecer justo sino serlo
> Cosechando de un profundo surco con su mente
> Desde el cual sus nobles pensamientos dan fruto[8].

Todos miraron a Arístides, pensando lo bien que le iban estas palabras. La liga había nacido bajo prometedores auspicios. No se había impuesto a los aliados, sino que éstos la habían pedido; y el hombre que estableció su constitución era honrado, con una confianza sin casi precedentes.

Por su poder y superioridad, el mando de la liga había de caer, evidentemente, sobre Atenas, y diversos acontecimientos vinieron a reforzar su autoridad. De los dos tipos de miembros de la liga, los que aportaban barcos y los que únicamente contribuían con dinero, el segundo era, con gran diferencia, el más numeroso. Incluso algunos estados grandes preferían este segundo sistema, que evitaba a sus ciudadanos hacer una prestación militar fuera de su territorio. Diez oficiales llamados *Hellenotamiae,* «tesoreros de los griegos», percibían el tributo, pero a pesar de su título prometedor todos eran atenienses. El consejo de la liga se reunía en Delos y en él Atenas controlaba los votos, en parte porque era, con mucho, el miembro más poderoso, en parte porque los estados pequeños, que gozaban todos de un voto, se unían a ella contra los grandes estados que podían desear intimidarlos. No cabía duda de que Atenas era la dueña de la organización. Este sistema presentaba sólidas ventajas. Significaba que su política, dictada por Atenas, se vería libre de las acomodaciones y compromisos inevitables, cuando los aliados trabajan sobre la base incómoda de la igualdad. Los aliados tenían que someterse a sus decisiones, y esto podía engendrar quejas, pero mientras se estuvo de acuerdo en el fin común la liga estaba más estrechamente unida y mejor controlada que la mayoría de las alianzas. Era de gran interés para Atenas el gozar de una cooperación diligente por parte de los aliados.

Pronto entró en acción la liga. Su primera intervención fue, sorprendentemente, contra el espartano Pausanias, que llevaba un doble juego con Persia y estaba en conflicto con su propio pueblo. Conducidos por Cimón, los aliados ayudaron a expulsarlo del punto estratégico de Bizancio, que abrigaba los abastecimientos alimenticios procedentes del mar Negro. Esto tenía, en un principio, como objetivo el eliminar a los persas de Europa. El jefe persa resistió hasta el final en Eión, importante plaza fuerte de Tracia. Cuando los víveres se agotaron, levantó una gran pira fúnebre, mató a sus esposas, concubinas, hijos y esclavos y arrojó sus cuerpos a ella. Arrojó el oro y la plata a las aguas del Estrimón y él mismo se lanzó a las llamas, forma visible del dios del fuego, al que adoraba. La toma de Eión señaló las directrices por las que, con toda probabilidad, la liga iba a desarrollarse. Los atenienses anexionaron Eión, logrando un puerto bien fortificado con tierras interiores de sembrados y bosques. Enviaron colonizadores y pensaron convertirla en una provincia exterior del Atica, más que en una aliada. Sin embargo, aún no estaban preparados para emprender proyectos imperiales, incluso a escala reducida, y en el interior sus esfuerzos tuvieron escaso resultado a causa de los fogosos tracios; al contrario, la ciudad de Eión se mantuvo unida a ellos, convirtiéndose posteriormente en el puerto del que partiría la colonización de Anfípolis.

Una ventaja incidental de la liga era su buena posición para acabar con la piratería. El Egeo presentaba prometedoras oportunidades y refugios adecuados a los piratas para atacar a barcos mercantes en las principales rutas; entretanto, dos estados en conflicto podían contratar corsarios para hostigar a sus adversarios. Hasta este momento ningún poder había sido lo suficientemente fuerte como para acabar con ellos. La liga se ocupó del asunto. Ya que sus miembros estaban en buena armonía, sobraban los piratas para ayudarles; en esos años el Egeo se vio más limpio de piratería de lo que nunca había estado ni estaría. Un ejemplo de estas expediciones podría ser la expedición de 476-475, en la que Cimón condujo una armada con el propósito de reducir la isla de Sciros, guarida de los piratas Dolofios, venidos de las fragosidades montañosas del norte de Grecia. Cimón recorrió la isla y cercó a los piratas. Su hazaña fue, sin embargo, más celebrada por haber encontrado un enorme esqueleto, del tamaño de los oráculos y leyendas, que consideró el del

antiguo héroe ateniense Teseo. Los restos fueron llevados a Atenas con la misma veneración con la que los cruzados traían de Tierra Santa las reliquias de los santos. Los piratas fueron vendidos como esclavos; Sciros, colonizada por atenienses, proporcionó un valioso puerto de arribada para los barcos que navegaban de Atenas a Tracia y los Dardanelos. Sería mucha coincidencia que lo que convenía a Atenas conviniese a la liga, pero hasta aquí no existieron conflictos serios de intereses. Cada nueva actuación se encaminaba a fortalecer la posición de Atenas en el Egeo, pero al mismo tiempo garantizaba la libertad del mar para muchas ciudades griegas.

Estos dos acontecimientos, la eliminación de los piratas y la protección de las rutas de los alimentos, fueron incidentales para la posesión del poder marítimo y no interfirieron el principal cometido de la liga: acosar a los persas. Diez años después de su retirada de Europa, el rey persa Jerjes se sintió de nuevo lo suficientemente poderoso como para levantar un nuevo ejército y una nueva armada. La estrategia de Cimón consistía en sorprenderlo en las costas sur de Asia Menor, que los barcos fenicios de los persas tendían a bordear al navegar hacia el Oeste. Cimón liberó Caria del dominio persa y convenció o coaccionó a las comunidades de Licia a entrar en la liga. Los carios y los licios no eran griegos o de lengua griega; por un momento pareció que la liga se iba a convertir en un organismo internacional, pero la experiencia no se repitió. Los griegos respondieron enviando en 468 una flota a Panfilia, rica llanura situada en la costa sur de Asia Menor entre las montañas Tauro y el mar. La flota se guareció en el río Eurimedón, río que, a diferencia de los restantes ríos griegos, poseía un caudal abundante incluso en verano. Cimón persiguió a los persas, los atacó y destruyó doscientos barcos fenicios. Al derrotar, poco después, a los refuerzos que habían zarpado de Chipre, su victoria colocó la costa sur de Asia Menor bajo la esfera de influencia ateniense y añadió nuevos miembros a la liga.

La victoria de Cimón sobre los persas provocó el entusiasmo de la plebe ateniense. Cimón les proporcionaba gloria y botín y los tuvo contentos. No parecía importarles que la caída de Temístocles les hubiese privado de un posible líder o que éste siguiese sin sucesor. El joven Pericles no había vuelto a despuntar bajo ningún concepto tras su apoyo a los *Persas* de Esquilo. A pesar de ser el principal representante

de las familias adineradas, Cimón se ganó a Atenas por sus éxitos militares y navales. Se posponía al señuelo de la gloria la lucha por el poder y los privilegios. El espíritu que en estas campañas inspiraba a los atenienses y a sus aliados era muy semejante al de las primitivas guerras pérsicas, de las que eran una secuela natural. Ningún soldado o marinero dudaba de que perdiendo la vida por esta causa colmaba su verdadera naturaleza y realizaba la *aretê* o suma perfección, meta de los esfuerzos de todo hombre. En Atenas se erigieron piedras conmemorativas, coronadas por el busto de Hermes, en las que se grabaron epitafios en verso en honor de los caídos en Bizancio o Eión. Su texto es frío y lacónico. En el barrio de los alfareros, fuera de las murallas de Atenas, una lápida común a varios caídos en la célebre batalla del Eurimedón contiene la mera relación de lo acaecido:

Por el Eurimedón éstos perdieron la gloria de la juventud;
  Luchando contra los mejores arqueros de los Medas;
Perecieron en tierra y en veloces galeras
  Dejando el supremo monumento al valor [9].

No es la austera grandeza de los versos que Simónides escribió a los muertos en las guerras pérsicas, mas reflejan un mismo espíritu y suponen que nada hay más noble que morir en la batalla. Podemos observar también que marineros y hoplitas, antes separados por barreras sociales y políticas, se reúnen ahora como compañeros que combaten por una misma causa. Lo importante es que ambos lucharon contra los persas. Estos son de nuevo un peligro y Atenas ha capitaneado la resistencia contra ellos. Olvidan o dejan de lado, por el momento, otros posibles enemigos. En su mayoría, los aliados parecen haberse sentido a gusto con esta vigorosa política. Engrandecía a Atenas pero no humillaba a los aliados, cuyo esplendor provenía tanto de su propia gloria como del reflejo de los logros atenienses. La política que tan gloriosa culminación había hallado en Eurimedón consolidó los presupuestos sobre los que se había construido la liga. Para ser realmente representativa de Grecia y poseer el más sorprendente poder, la liga tenía que incluir a todos los miembros posibles. Tera y Melos permanecían fuera bajo el pretexto de tener viejos lazos con Esparta, pero en las restantes regiones egeas las ciudades que aún no se habían unido estaban esperando entrar. No lo había hecho Caristo, ciudad situada al sur de Eubea, muy cerca del Atica; en 472-471

fue subyugada y obligada a unirse a la liga. Se adujo el pretexto de la necesidad política; se requerían todas las fuerzas posibles para mantener alejados a los persas. Tampoco se exigía una contribución desorbitada. Caristo tuvo que pagar una contribución de cinco talentos al año, pero conservaba el control de sus asuntos.

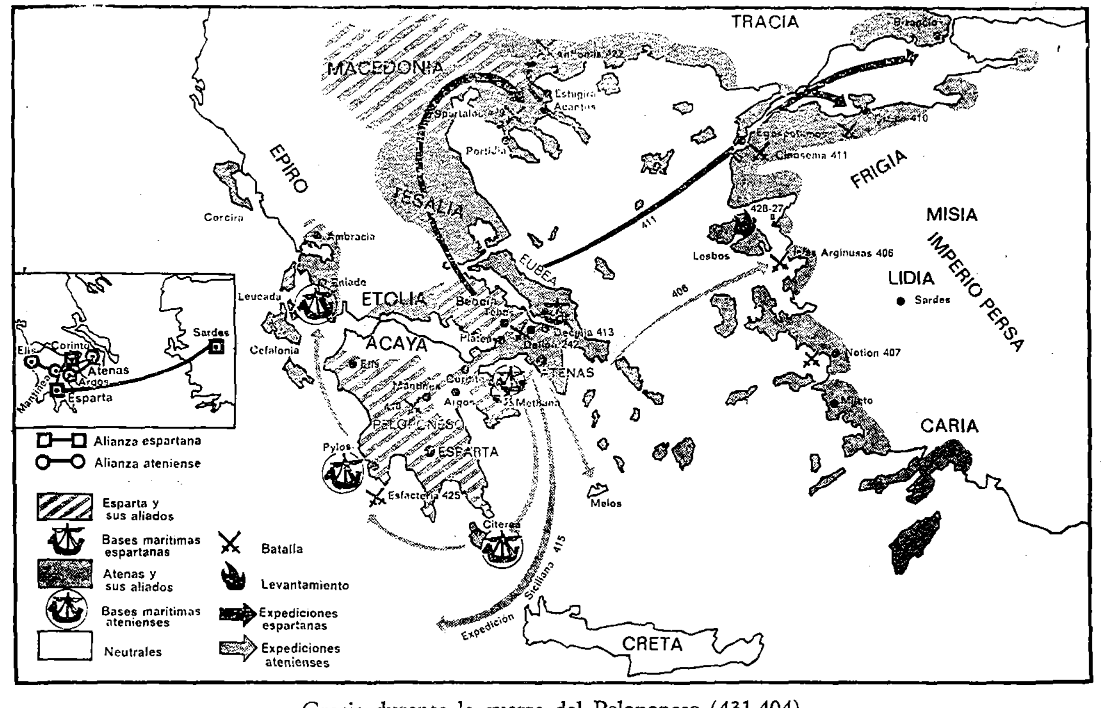
En 471 se produjo una situación más crítica cuando la isla de Naxos, en las Cíclades, se separó de la liga. Ignoramos las razones esgrimidas por sus habitantes, pero es posible que sintiesen que, una vez derrotada Persia, la liga había perdido su razón de ser y no se justificaba el dinero con el que contribuían a ella. Atenas sitió a Naxos y le obligó a volver a unirse, pero probablemente lo más duro fue el tener que soportar una colonia ateniense. Su intento de secesión justificaba la violencia, ya que se juzgaba culpable de traición y de quebrantar el juramento de la alianza, y Atenas consideraba cualquier intento de separarse de la liga con la misma seriedad con la que Abraham Lincoln consideraba toda secesión de la Unión. Atenas podía objetar que una serie de secesiones pondría en peligro a la liga y dejaría a Grecia indefensa ante un posible ataque persa. Atenas tenía además sus motivos para ser severa. La liga era la fuente de su fuerza en el Egeo, y mientras la controlase estaría libre de problemas en el mar. Su deseo de poder le impulsaba a endurecer su dominio sobre los aliados y a actuar con severidad al tratar de pagos retrasados o incompletos o de otras negligencias en la contribución de los aliados. Con esto perdieron los atenienses algo de su anterior popularidad. Pero los aliados no estaban en situación de resistirles. Se habían quedado indefensos al aceptar contribuir con dinero y no con barcos. No tenían otra alternativa que la rendición si los atenienses enviaban fuerzas para reducirlos. Así, Atenas avanzó inexorablemente hacia un control más fuerte de la alianza, y cada paso adelante supuso un mayor rigor.

Existía realmente el peligro de secesión e incluso de disolución. Tras la derrota de los persas en Eurimedón, era natural que los aliados considerasen que Grecia estaba prácticamente a salvo y no había necesidad de mantener unos tributos que, si no eran agobiantes, tampoco eran ligeros y, en apariencia, nada proporcionaban a cambio. En 465 la isla de Tasos, en el Egeo Norte, entró en conflicto con Atenas. Tasos era rica y parece haber contribuido en esa época con barcos y no con dinero, lo cual era síntoma de riqueza e

independencia. Su riqueza procedía de las minas de oro que poseía en la isla y frente a ella en el continente, en Tracia. Atenas las ansiaba. Se creó un conflicto y los tasios se sublevaron. No llegó la esperada ayuda de Esparta. La flota tasia fue derrotada en Curión y, tras un largo sitio, la ciudad se rindió. Sus murallas fueron demolidas. Pasaron sus barcos a Atenas, entregaron todos sus derechos sobre las minas del continente y aceptaron pagar el tributo. En esta ocasión, Atenas obligó a un aliado bastante poderoso a entregar gran parte de su riqueza y a quedar reducido a la situación de estado tributario. Tampoco es seguro el que Tasos se lanzase a la rebelión por deslealtad o traición; parece más bien que resistió al descarado intento de Atenas de apoderarse de lo que no le pertenecía.

La liga poseía ahora tres clases de miembros. Primero los aliados propiamente dichos, que le proporcionaban barcos, pero cuyo número era reducido (Quíos, Lesbos y Samos); segundo, los aliados que pagaban tributos en vez de aportar barcos, aunque conservaban su autonomía política y su estatuto legal se fijaba, probablemente, por medio de un único convenio general; tercero, los aliados tributarios, sublevados y reducidos, gobernados por tratados particulares que a menudo les imponían obligaciones particulares tales como un gobierno democrático. Aunque parece que Cimón trató a los aliados con cierta generosidad y sin imposiciones, se habían dado los primeros pasos para convertir la liga en un imperio. Podía seguirse considerando cualquier deslealtad como una traición a Grecia y justificar las medidas disciplinarias.

Al principio, Atenas no impuso sistemas democráticos a todos sus aliados y pasaron unos años antes de que algunos de ellos los aceptasen. No habría supuesto una gran dificultad insistir en las más pequeñas ciudades en un cambio de gobierno, pero habría tropezado con una importante oposición en los estados grandes y poderosos. Sin embargo, durante el mandato de Cimón, probablemente Atenas permitió a la mayoría de los estados conservar las formas de gobierno existentes. El mismo Cimón no era tan entusiásticamente demócrata como para intentar transformar a las demás ciudades. Sin duda, a muchos atenienses no agradaba su contención y algunos aliados habrían, incluso, recibido con alegría la ayuda ateniense para implantar la democracia. Tal vez la *Olímpica VII* de Píndaro, compuesta en 464 para un miembro de una rica familia atlética de Rodas, contenga




Grecia durante la guerra del Peloponeso (431-404).

débiles ecos de pugnas de este tipo. Sin duda, algo ha sucedido; Píndaro no se molesta en contarlo pero, puesto que todo parece volver a ir bien, podemos deducir que los nobles locales, amigos de Píndaro, han atravesado una crisis. Atenas toleró en Samos un gobierno oligárquico hasta 440-439, fecha en la que se disolvió tras una difícil guerra. En Mitilene la antigua oligarquía sobrevivió, tal vez intermitentemente, hasta 428, y en Quíos hasta 412. Eran islas ricas y sus clases dirigentes se componían probablemente de prósperos terratenientes, dispuestos a aceptar a Atenas como aliado o ayuda, con tal de que no se interfiriese en sus asuntos internos. Mientras Cimón estuvo en el poder, las oligarquías casi eran bien recibidas; sin embargo, no pasaría mucho tiempo antes de que la introducción de un régimen democrático se convirtiese en elemento indispensable del imperialismo ateniense.

La liga de Delos representaba únicamente la mitad del mundo griego, separando, no obstante, a los que hasta ahora vagamente reconocían a Esparta como su líder. Esparta conservaba sus propios aliados y permanecía separada y difícil de manipular. La liga de Delos se había configurado al eludir Esparta sus responsabilidades frente a una Grecia unida; una vez que Atenas había asumido esta nueva responsabilidad, no había posibilidad de que Esparta trabajase bajo su dirección o en buena armonía con ella. Las diferencias, en preparación y fines, entre ambos estados eran demasiado profundas. Esparta era, por cierta tradición antigua no muy explícita, el líder de los estados griegos en los momentos de conflicto y reclamaba el derecho a intervenir en sus asuntos si, en su opinión, estaban equivocados. Temía la ascensión de Atenas, a la que, sin éxito, había intentado manejar en los primeros años de democracia. A pesar de sus pretensiones, era lenta en imponer su autoridad. No obstante, condujo a los griegos en la victoria de Platea en 479, pero no había ayudado a los jónicos, al otro lado del Egeo, cuando se sublevaron contra el rey persa Darío, en 499-498, y había sido excesivamente lenta en ayudar a los atenienses en 490, cuando sus tropas llegaron una vez terminada la batalla de Maratón. A pesar de sus vacilaciones y negativas, Esparta aspiraba a ser la potencia rectora de Grecia. Durante casi un siglo había controlado el Peloponeso, y en los años subsiguientes a 479 se hallaba bien asentada en él. Entre sus aliados contaba con la rica ciudad de Corinto, que controlaba el istmo

de su nombre, y le proporcionaba un importante poder naval. El factor incierto era Argos en el noreste del Peloponeso. Padecía delirios de grandeza, se mantenía distante, al igual que la Acaya, en la costa norte, quien, pese a sus fértiles llanuras, jugaría un reducido papel en la historia griega. Esparta estaba bien asentada mucho antes de que surgiese Atenas como posible rival.

La fuerza espartana mantenía unido a su imperio. Sus aliados permanecían vinculados a ella porque sabían que, caso de separarse, les enviaría un ejército que los obligaría a volverse atrás, probablemente en peores condiciones. En todos ellos el gobierno estaba en manos de una minoría privilegiada. Esparta era en esto inexorable. Su propio gobierno, sin embargo, no era tan simple. Se basaba en una herencia del pasado, aunque acaso menos antigua de lo que ella pretendía. A la cabeza figuraban dos reyes hereditarios que se jactaban de descender de Hércules. En tiempo de guerra conducían el ejército, pero en tiempo de paz el poder recaía sobre las familias terratenientes, motivo por el que favorecía a las oligarquías en las demás ciudades. Por debajo de ellos se hallaba una población de ilotas, siervos locales, y de mesenios, descendientes de un pueblo preespartano, tratados como ilotas. Se mantenía a ambos grupos en estrecha sujeción. Este riguroso sistema explica la política espartana. Temía los motines internos y, por lo tanto, las sublevaciones en cualquier lugar que pudiesen sembrar el descontento entre las poblaciones sometidas. Este arcaico sistema presenta ciertos puntos peculiares. Los ciudadanos libres no eran numerosos, pero se consideraban iguales y se oponían a todo privilegio especial que favoreciese a uno de ellos. Algunos vecinos, no de sangre espartana pura, gozaban de cierta autonomía local, aunque sin tener participación en el estado espartano.

Los espartanos libres eran educados y entrenados para la guerra y llevaban una vida de austera sencillez. Cuando ya hacía mucho tiempo que otros estados poseían monedas normales, Esparta seguía usando sus viejos pedazos de hierro, como si la plata los fuese a corromper. En su recelo por los cambios sus ciudadanos se arriesgaban con dificultad a embarcarse en aventuras en el extranjero, porque temían que la riqueza extranjera corrompiese la inocencia e ignorancia de sus jóvenes. En esto tenían razón. Sus reyes, pese a su severa educación, hallaron que fuera de Esparta se ganaba fácil-

mente dinero y no tuvieron escrúpulos en hacerlo. Aunque se consideraba el líder de la Hélade, no se atrevía a aventurarse demasiado lejos. No pretendió lograr totalmente la misma severidad en sus aliados, sino que soportó a los ricos de Corinto por su impecable ortodoxia en política.

Esparta no era un campamento en pie de guerra, pero sus ciudadanos se daban a ejercicios al aire libre, que eran útiles para la guerra, algo así como en Inglaterra los aficionados a la caza del zorro solían considerarlo un ejercicio necesario para el entrenamiento de la caballería. No por esto se descuidaron las artes. En el siglo VII fue el principal foco de la canción lírica, y podemos entrever su calidad por los fragmentos de los poemas de Alcmán. En el siglo VI produjo singulares vasijas pintadas que, en su propio estilo bastante diferente, compiten con la cerámica ateniense y corintia de la misma época. En el siglo V, sin embargo, las artes entraron en decadencia. La poesía era escasa y la cerámica había perdido demasiado tiempo meditando en los males que la amenazaban. Su éxito en las guerras medas era una triunfal justificación, pero después sintió el apremio de volver a sus viejos derroteros y concentrar sus actividades sobre el Peloponeso. Había fracasado su intento de sofocar la democracia ateniense en sus comienzos; ahora se sentía incómoda y suspicaz frente a ella. Ya era malo una democracia ateniense; si había de convertirse, además, en una potencia marítima y terrestre, Esparta tenía motivos para alarmarse. Si su tradicional precaución la impulsaba a abandonar su puesto director de los aliados griegos, se creaba un nuevo peligro al permitir un enorme incremento de fuerza a los temidos atenienses. Podía descargar su responsabilidad sobre su desequilibrado regente Pausanias, pero la verdad es que no anhelaba continuar las operaciones contra Persia y su desgana no podía acrecentar su prestigio en Grecia. Cuando Atenas tomó el mando de la alianza, todos estaban conformes en que su objetivo era acosar a Persia. Esta no había sido definitivamente derrotada, y con sus ilimitados recursos en hombres y dinero no había por qué pensar que no pudiese levantar pronto otro ejército y otra flota y volviese al ataque. No era probable que el Gran Rey se conformase con una derrota infligida por los griegos, pueblo que consideraba despreciablemente insignificante.

La liga encontró en Cimón a un juez capaz. Sin duda, al llevarlo al poder los atenienses sintieron que reparaban las

antiguas injusticias cometidas con su padre, Milcíades. Cimón no sólo era un buen soldado, además lo apreciaban las principales familias aristocráticas. Había heredado la riqueza y posición de su padre y algunas de sus cualidades. Tenía un buen círculo de amigos. Era dadivoso, condescendiente y afable. En buena medida fueron sus costumbres desenvueltas las que le hicieron popular. El poeta cómico Eupolis lo resume así:

No era mala persona pero aficionado a la bebida y despreocupado [10].

Mientras que Cratino, en general un crítico severo, fue más generoso:

Cimón el divino, el más generoso para los extranjeros
En todos sus aspectos el más noble de los griegos [11].

Un hombre de estas condiciones era el apropiado para dirigir la liga, mientras que Persia fuese una auténtica amenaza. Pudo, al principio, no sentir escrúpulos en atacar al espartano Pausanias, puesto que su propio país estaba contra él, y esto, en su sistema simple de lealtades, resolvía la cuestión. Pausanias fue devuelto a Esparta, de donde se escapó buscando refugio en la Casa de Bronce de Atenas; allí se le retuvo prisionero hasta que murió, horriblemente, de hambre. En esto Cimón actuaba principalmente por cuenta de Esparta, aunque, por supuesto, no iba a molestar a los atenienses, que aborrecían y temían a Pausanias, pensando que quería convertirse en el tirano de toda Grecia bajo la soberanía persa. Mientras Esparta empezaba a recelar de Atenas, Cimón no recelaba de Esparta, sino que se alegraba de cumplir sus deseos.

Cimón quería a Esparta e hizo todo lo que pudo para estar en buenas relaciones con ella. Era en parte una inclinación aristocrática, el afecto de un señor rural por los que comparten sus mismas distracciones y preocupaciones. Pero había más. Cimón pensaba que la democracia había ido demasiado lejos en Atenas y veía en Esparta una posible fuente de ayuda si las cosas llegaban demasiado lejos para sus gustos. Es más, debía de estar agradecido a Esparta por lo que había hecho en Platea y ver en ella un resguardo para el equilibrio del poder en el que creía. Esparta había aceptado la creación de la liga sin hostilidad manifiesta y no

parece haber alimentado ninguna sospecha de que pudiese volverse contra ella.

Cimón manejó la liga con habilidad y éxito, primero contra los raros enclaves de resistencia persa, luego contra el grueso del enemigo, al que derrotó en Eurimedón en 468. La nueva clase marinera se sentía bastante a gusto sirviendo bajo un hombre que ganaba batallas, incluso si él no compartía sus ambiciones políticas. En superficie las cosas no parecían ir demasiado mal. Hubo momentos peliagudos, como al producirse las grotescas acciones de Pausanias, pero, tras congojosas dudas, el sistema espartano lo liquidó y sobrevivió a ello. Tampoco podía agradar a Cimón el comprobar que Temístocles trataba de hacer revertir sobre Esparta la hostilidad ateniense contra Persia. Pero era fácil de solucionar. Los espartanos estaban decididos a librarse de Temístocles y envenenaron contra él las mentes atenienses. No cabe duda de que en este proceso Cimón se puso de parte de los espartanos y consideró que salvaba a su propio país del desastre.

Para Esparta, que en esos años tenía problemas en el Peloponeso, la leal ayuda de Cimón y de su partido era de especial valor. Argos, debilitada por recientes reveses con Esparta, empezó a recuperarse; primero tomó Tirinte, sobre el que tenía legítimas pretensiones, luego formó una alianza con la ciudad arcadia de Tegea. Hacia 470 los espartanos derrotaron a las fuerzas de Argos, pero Tegea no fue tomada. Otras ciudades arcadias se unieron a Tegea, pero Argos se retiró de la alianza. Poco después, Esparta, bajo su joven rey Arquidamo, las derrotó en Dipea, y Tegea hubo de someterse. No por eso habían terminado los problemas espartanos. Nuevos peligros surgieron cuando los pueblos de Elis formaron una única ciudad con una constitución democrática y Argos continuó afirmando su independencia. La única cosa que no tenía que temer Esparta es que Atenas se aliase a uno de sus enemigos. De esto se encargaba Cimón: los espartanos tenían motivos para estar contentos.

Entretanto, en Atenas había caído en desgracia el recuerdo de Temístocles. Pero no se le había olvidado y persistía bajo la superficie. A su muerte, hacia 459, se le negó la sepultura en suelo ático por haber sido juzgado traidor. Los *Persas,* representados en 472, antes de su caída, conservó después su recuerdo. Ponía en escena sus mayores hazañas y se consideraba la quintaesencia del patriotismo, de modo que se-

tenta años después, en los últimos días del apogeo imperial, Aristófanes hace decir a Esquilo en las *Ranas:*

Luego, después de los *Persas,* escribí en loor del
más noble muerto que el mundo pueda presentar
Y todos los hombres anhelan la corona del vencedor por luchar
y vencer al enemigo de su país [12].

Los *Persas* proclamaban la valía de Temístocles en un momento en el que estaba al borde del descrédito total y reflejaban el sentimiento que aún inspiraba en algunos atenienses. Los hombres que tripulaban los barcos podían estar contentos, por el momento, con las recompensas y el renombre que Cimón les procuraba, pero debían comprender que, en otros aspectos, poco obtenían de la atención que Temístocles les había concedido cuando hizo de ellos una sección fundamental dentro de los sujetos políticos. Pudieron no darse cuenta de lo que era la situación presente o de que poseía un amplio programa de reformas, pero fuerzas subterráneas estaban en acción y un estallido de cualquier tipo estaba en perspectiva. Vino, inesperadamente, de Esparta.

En 464 un terremoto dejó a Esparta en ruinas y los ilotas se sublevaron. Se unieron a los mesenios y se hicieron fuertes en el refugio montañoso de Itome. Los espartanos estaban totalmente asustados. Los rebeldes eran numerosos y su reducto casi inexpugnable. Los espartanos contuvieron su orgullo y pidieron ayuda a sus amigos, incluida a Atenas. Un nuevo líder ateniense, que posteriormente desempeñaría un papel más sobresaliente, se oponía a dársela, pero Cimón era favorable a ello, diciendo: «No debemos dejar coja a la Hélade, no debemos permitir que Atenas pierda a su compañero de trabajo» [13]. Atenas lo envió con cuatro mil hoplitas a Mesenia, donde fracasó en su intento de tomar Itome. Entonces, inesperadamente, Esparta declaró que ya no los necesitaba y les pidió que se retirasen. Era algo gratuitamente perjudicial incluso para los espartanos. Acaso temiesen que con sus ideas democráticas los atenienses pudiesen influenciar a los pueblos del Peloponeso, aún no sublevados, pero que, con un impulso suficiente, podían hacerlo. Es posible que los espartanos tuviesen otro motivo. Tal vez considerasen que si permitían a Atenas que los salvase ahora, tendrían que volverla a admitir en sucesivos momentos de necesidad. No era una perspectiva halagüeña para el orgullo espartano. Cimón

regresó humillado. El pueblo le volvió las espaldas y en 461 le condenó al ostracismo por diez años. Comenzaba una nueva era en política exterior durante la cual Esparta dejaría de ser considerada amiga. El cambio hizo subir a la superficie fuerzas sumergidas y modificó toda la estructura de los asuntos helénicos.

# 3. El gran cambio

Cuando los espartanos despidieron a Cimón y a su ejército en 462, concluyeron el período durante el cual Esparta y Atenas aún se proclamaban en buenas relaciones y dispuestas a compartir el mando de Grecia. Ahora era realmente evidente que Esparta aborrecía y temía a Atenas, y se alegraba de humillarla ante el mundo. Esta afrenta enfurecería a todo el pueblo ateniense y especialmente a los que no estaban de acuerdo con Cimón o con su política. Desacreditaba la confianza en Esparta de los partidos oligárquicos atenienses y la política exterior sobre ella basada y revalorizaba sus primitivos principios. Al rechazar la política proespartana, se rechazaban paralelamente los puntos de vista aristocráticos sobre los que se basaba; si la política exterior experimentó un cambio, lo mismo sucedió en política interior. Personaje capital en este cambio fue Efialtes, hijo de Sofónides. Al principio de su carrera se había destacado mandando una flota en la costa sur de Asia Menor. Pertenecía, como otros líderes políticos, a una buena familia, mas no era rico. Asumió la política de Temístocles, sin lograr ocupar un puesto sobresaliente, mientras que Cimón estaba en su apogeo. Sin embargo, se opuso a conceder ayuda a Esparta cuando ésta, en 463, la solicitó, y las únicas palabras que de él nos han

llegado son que «los atenienses no deberían intentar liberar o restaurar a una ciudad que es su rival, antes al contrario, dejar que se hunda el orgullo espartano»[1]. Era la herencia directa de Temístocles, quien había decidido que, tras la derrota de Persia, Esparta era el más temible enemigo de Atenas. Las consecuencias de haber desatendido su consejo mostraron que Efialtes estaba en lo cierto. El comportamiento de Esparta provocó una violenta reacción y acrecentó considerablemente la influencia de Efialtes y sus amigos. Fueron ellos los que lograron la desgracia de Cimón a su regreso y su ostracismo en 461. Pero antes de esto, quizás incluso mientras que Cimón estaba en Mesenia, Efialtes fue el jefe de un poderoso movimiento que preconizaba reformas internas y apareció como el primer reformador auténticamente democrático desde los tiempos de Temístocles.

Efialtes y sus compañeros pensaban que el estado ateniense seguía estando excesivamente en manos de las familias ricas y que los pobres carecían de posibilidades para incrementar su participación en la dirección de los asuntos. Vieron que el último baluarte contra una auténtica democracia era el Tribunal del Areópago, que había sobrevivido a las reformas de Clístenes, posiblemente porque entonces parecía bastante inocuo. Pero ahora había aumentado su poder y se había convertido casi en una Cámara de los Lores *(House of Lords)* capaz de frenar las medidas populares y desconcentrar la autoridad en manos de los ricos. Efialtes comenzó sus ataques tratando de desacreditar a miembros individuales del Areópago, acusándolos de corrupción, probablemente en relación con diversos cargos menores para los que se nombraban entre sí. Luego pasó a privar al Areópago de sus funciones legislativas y judiciales y a reducirlo a un tribunal que trataba principalmente los casos de homicidio. Hizo aprobar su moción y el Areópago dejó de castigar a los funcionarios públicos si quebrantaban la ley o a ejercer una supervisión general para comprobar que las leyes se guardaban o investigar en las vidas de los ciudadanos privados. Ahora, además de los casos de homicidio, cuidaban del olivo sagrado de Atenea y supervisaban la propiedad de los dioses venerada en Eleusis. Sus restantes atribuciones pasaron al Consejo, a la Asamblea y a los tribunales de justicia. Estos cambios no eran, realmente, muy radicales, pero allanaron el terreno para otras reformas al abolir una autoridad que las entorpecía. Con esto confirmaron a los demócratas en su

confianza del poder y abolieron la discriminación por la cual únicamente los más ricos ciudadanos tenían cabida en los cargos supremos del gobierno. Desgraciadamente, nuestro conocimiento de Efialtes es muy reducido. Lo que sabemos nos hace suponer que era un hombre extraordinariamente inteligente, a la altura de los movimientos intelectuales de su tiempo, y también que, a diferencia de Temístocles, era escrupulosamente honrado y, por lo tanto, se hallaba en buena posición para atacar a los miembros del Areópago, que se habían aprovechado de su situación para hacer dinero.

Reformas de este tipo eran fáciles de deformar y, si no se tomaban medidas para evitarlo, el poder recaería de nuevo únicamente sobre los ricos. Este problema se planteó con el asunto de los jurados. Una vez que el Areópago hubo perdido su relevancia dentro del sistema legal ateniense, una mayor responsabilidad recaía sobre los jurados y el gran aumento del trabajo legal supuso que sus tareas excediesen lo que podían hacer unos cuantos aficionados entusiastas. Para que los jurados pudiesen reclutarse en todas las clases sociales, era necesario que gozasen de una situación económica relativamente holgada y la solución fue pagarles por su asistencia. En 462-461 se aprobó una medida a este respecto. Los atenienses recibieron con entusiasmo el participar en los jurados una vez que su retribución lo hizo posible y, de hecho, parece que les gustaba el trabajo por sí mismo. Aristófanes a menudo se burlaba de sus aficiones jurídicas y pretende que la participación en los jurados era su distracción favorita. En las *Avispas* (422) muestra cómo el trabajo en litigios y jurados se creaba adictos y cómo esto proporcionaba un buen entretenimiento al hombre de la calle. Esto sucedía unos cuarenta años después de las reformas, mas descubre una inclinación característica de la democracia ateniense y muestra hasta qué punto una tarea pública tenía atractivo popular.

Con estas reformas Efialtes desafiaba a las clases dirigentes, y a pesar de tener a la plebe de su parte levantó violentas hostilidades. En 461 fue asesinado por un asesino nunca identificado, probablemente porque otros conspiradores ocultaron su pista. En Atenas no era el crimen un arma usual en la lucha política, puesto que tenían la posibilidad, mucho más clemente, del ostracismo. Pero los conservadores pueden haber visto que Efialtes gozaba de un apoyo demasiado fuerte para ser condenado al ostracismo, por lo que decidieron

matarlo en vez de exiliarlo. Dejaba un sucesor. En el proceso contra Cimón por haberse dejado sobornar en el sitio de Tasos, en la reforma del Areópago y en la implantación de una remuneración en los jurados, Pericles jugó un papel importante aunque secundario. Fueron sus primeras apariciones en la escena política y podemos sospechar que tenía grandes afinidades con Efialtes —sus aficiones culturales, su incorruptibilidad, sus fuertes preferencias democráticas, su oposición a la política proespartana de Cimón. A través de Efialtes se entroncaba con Temístocles, quien había anticipado los principales cambios en política exterior. Pericles no consiguió inmediatamente el gran poder que posteriormente sustentaría. Trabajó con Efialtes y estuvo asociado a otros líderes después del crimen. Pero aún no era ni siquiera *primus inter pares*. Su ascensión decisiva empezó en 454, al ser elegido general. Sin embargo, entretanto, se iniciaron ciertos cambios característicos de su política ulterior y le proporcionaron un entrenamiento para lo que después sería.

Una vez que la aparente amistad entre Esparta y Atenas se vio comprometida, la guerra era inevitable; estalló en 459, terminando insatisfactoriamente mediante la tregua de 451 y la paz de 446-445. Comenzó poco después de la extensión de la democracia en Atenas, lo que acentuaba las profundas divergencias entre ambos estados. Persia no parece haber supuesto un peligro en estos momentos. La liga había crecido considerablemente en poder, riqueza y experiencia y podía ahora volverse contra Esparta, lo que no podía haber sucedido en sus comienzos. Los nuevos gobernantes de Atenas, incluido Pericles, consideraban a Esparta su verdadero enemigo. Había mostrado intermitentes hostilidades desde el final de las guerras médicas; había humillado a Atenas al rechazar su ejército después de Itome; se pronunciaba por un sistema de gobierno que los atenienses rechazaban. Puede que los jefes atenienses sintiesen también que la repartición de Grecia en zonas de influencia ateniense y espartana no podía durar y estaba, por el contrario, predestinada a desembocar en un violento conflicto. En tal caso era prudente estar preparado. Ciertamente, ambas potencias habían coexistido, mas nunca habían sido fáciles sus relaciones y ahora se habían roto totalmente. No sabemos hasta qué punto los líderes atenienses Tolmides, Mirónides y otros, que dirigían la política en la Asamblea y ostentaban el mando en el ejército, juzgaron posible humillar a Esparta con las armas, pero sin

duda pensaron que Atenas podía resistir. Incluso si no lograban aniquilar a Esparta, Atenas le sucedería posiblemente como principal potencia de Grecia, y la derrota de Esparta les reportaría una gloria inestimable. No era un propósito innoble compaginar la seguridad con el honor. Esto debieron de pensar los atenienses cuando pasaron de apoyar la política de Cimón a sostener la de Temístocles. La guerra estalló no bajo la forma de un conflicto abierto entre las dos grandes potencias, sino por unos ataques de Atenas a lugares que Esparta consideraba dentro de su órbita particular.

La política ateniense tendía a fortificarse en regiones cercanas al Atica. En 460 ó 459 ocupó Naupacto, en las costas norte del Golfo de Corinto, y pactó con los mesenios que habían escapado de las garras de Esparta y eran ahora capaces de acosarlos desde una base poderosa. El mismo año, los megarios, tras una disputa fronteriza con Corinto, abandonaron la liga del Peloponeso y se pusieron bajo la protección de Atenas. Esto le proporcionó una frontera oeste mucho más segura. Emprendió la construcción de una línea de dobles murallas desde la ciudad de Mégara al puerto de Nicea en el golfo de Sarónica. Los corintios protestaron y se produjeron escaramuzas de poca importancia. Un escuadrón ateniense fracasó en Halieis, en el golfo de Argos, pero poco más sucedió. El verdadero choque se produjo poco después, cuando la flota ateniense encontró a la peloponesa cerca de la pequeña isla de Cecrifalea, al oeste de Egina. Egina era una vieja amiga de Esparta y un antiguo enemigo de Atenas. Comprendiendo que la situación era crítica, los eginetas entraron en guerra, llevándola hasta aguas atenienses.

Egina estaba lo suficientemente cerca de Atenas como para ser una amenaza permanente. Mantenía una potente flota, que se había distinguido en Salamina, y durante mucho tiempo había protegido un vigoroso comercio marítimo. Las monedas de Egina, con su imagen de una tortuga marítima, y las monedas de Corinto, adornadas de la imagen del caballo alado Pegaso, eran las únicas monedas griegas cuya circulación podía parangonarse con la de las lechuzas atenienses. Durante mucho tiempo había desagradado a Atenas la incómoda presencia de Egina a plena vista de la Acrópolis. Ya en el siglo VII Atenas había desembarcado fuerzas en Egina, que habían sido contundentemente derrotadas. En los primeros años de la democracia ateniense el conflicto se había acrecentado, alcanzando su punto máximo en 487, cuando

los atenienses intentaron lograr un apoyo a través de colaboradores locales y fracasó. Los eginetas siguieron devastando los puertos áticos hasta que ambas ciudades se encontraron del mismo lado en Salamina y compartieron los honores de la victoria.

Algunos círculos atenienses tenían amigos en Egina, como los tenían en Esparta. Entre ellos se hallaba Melesias, un pariente de Cimón y padre del otro Tucídides (no del historiador), el que sería el más temible contrincante de Pericles. Melesias era un famoso entrenador de atletas, muy admirado por Píndaro por el éxito de sus alumnos, aunque puede comprobarse un creciente prejuicio contra él por su origen ateniense cuando, en 460, el beocio Píndaro, escribiendo para un egineta, dice bruscamente:

Si por Melesias he vuelto en mi canción
A la fama que ganó con los jóvenes atletas
Que la puntiaguda piedra del odio me golpee [2].

En sus apegos, la aristocracia griega aficionada a los juegos era ampliamente internacional, pero cuando la guerra se dibujaba en el horizonte estas ataduras se quebraban. Píndaro lo sabía y se mantuvo valientemente contra ello. Entonces escribió diversos poemas para eginetas en los que, aunque implícitamente vaticina que todo irá bien, apenas si lo manifiesta abiertamente. En sus alusiones míticas, que sugieren una atmósfera de crisis, alude a las inicuas difamaciones que sufre Egina y traza un paralelo con Ajax, que se suicidó por haber sido deshonrado por historias mentirosas:

Demasiado viejo era el engaño odioso;
Caminaba con engatusadoras palabras y maquinada muerte,
Difama al que obra mal;
Violenta la gloria.
Y establece una futil fama para el desconocido [3].

Había, sin duda, una campaña de propaganda contra Egina que Píndaro comprendió. De hecho, si ella provocó el conflicto, Atenas lo recibió con entusiasmo y no retrocedió ante sus plenas consecuencias.

Frente a Egina se entabló una batalla naval en la que cada bando contaba con sus aliados. Los atenienses capturaron setenta naves, desembarcaron con éxito y bloquearon la ciudad de Argos, que resistió virilmente. La guerra se extendió como si otros peloponesios quisiesen unirse para asestar un

golpe mortal a Atenas. Los corintios avanzaron por las faldas montañosas de Geranea y cayeron sobre Megáride, confiando en que Atenas estuviese demasiado ocupada para detenerlos. Pero los atenienses estuvieron admirablemente a la altura de las circunstancias. Bajo el mando de Mirónides, hombres que no habían alcanzado o sobrepasaban la edad militar, marcharon hacia Megara y lucharon contra los corintios. Al principio obtuvieron victorias más nominales que efectivas; luego, por un súbito motín en la ciudad de Megara, ganaron una arrogante batalla. El año 459 fue un año cargado de incidentes para los atenienses, que salieron airosos de todos ellos, pero además de estas tareas habían asumido otra más arriesgada que ofrecía deslumbradoras recompensas. Antes de que, en 457-456, tras dos años de sitio, venciesen a Egina y la obligasen a pagar tributo al mismo nivel que Tasos, habían puesto los ojos en una presa más lejana.

En 459, cuando los atenienses y sus aliados conducían empresas menores alrededor de Chipre, recibieron una invitación para navegar rumbo a Egipto. Venía de Inaro, príncipe libio y probablemente de estirpe egipcia, que había aprovechado la confusión que siguió al asesinato de Jerjes en 464 para sublevarse contra Persia. No sabemos quién recibió la invitación —realmente nuestra información sobre este apasionante episodio es escasa—, pero quienquiera que recibiese el mensaje decidió que era demasiado tentador para rechazarlo. Si los atenienses establecían una base en el delta del Nilo, podrían no solamente acosar a Persia en un punto neurálgico de su vasto imperio, sino también abrirse nuevos y ricos dominios para la explotación comercial. Esto los convertiría en la más rica ciudad de Grecia y los capacitaría para aventajar y reducir a todos sus rivales. En el siglo VII, mercenarios griegos habían prestado una valiosa ayuda a Psamético cuando se sublevó contra los asirios y fundó una nueva dinastía sobre un Egipto independiente. Si los griegos lo habían hecho antes, ¿por qué no repetirlo, sobre todo siendo Inaro un líder con cualidades y proyectos semejantes a los de Psamético?

La expedición a Egipto ocupaba una posición ambigua en el cambio que la política exterior ateniense había experimentado después del ostracismo de Cimón. A primera vista parece como si se hubiese llegado a una avenencia por la cual los antiguos amigos de Cimón proseguían, bajo nuevas circunstancias, su ofensiva contra Persia, mientras que el grupo

estrictamente antiespartano continuaba su ofensiva contra Esparta. Pero es posible que Egipto llegase, incluso, a atraer la atención de este último grupo. Si se lograba allí una potente base, Atenas controlaría el este del Mediterráneo y siempre se podía objetar que la expansión por ultramar era parte del programa político de Temístocles. Para él las estrechas tierras de Grecia eran insuficientes para sus ambiciones y miraba más allá de ellas con ojos de hombre acostumbrado a pensar en términos navales. Temístocles acariciaba proyectos de expansión al oeste de Italia y Sicilia y se dice que llamó a una de sus hijas Italia y a la otra Síbaris. Ignoramos la opinión de Pericles acerca de la aventura de Egipto, pero en cuanto nueva aplicación de la estrategia de Temístocles es probable que la aprobase. Ciertamente, en años posteriores, al evocar el pasado no condenó esas aventuras lejanas, aunque tampoco las alentase mucho personalmente. Seguramente piensa en hechos de este tipo cuando dice en su *Discurso Fúnebre:*

Nuestro espíritu aventurero nos llevó a diversos mares y tierras; y en todas partes dejamos tras nosotros la memoria perdurable del bien hecho a nuestros amigos y de los sufrimientos infligidos a nuestros enemigos[4].

En 459, momento de grandes esperanzas, los amigos de Pericles pueden haberse llegado a convencer de que era posible compaginar la expedición a Egipto con la continuación de la guerra contra Esparta.

Todo empezó bien. Inaro había derrotado a los persas en el delta y allí lo hallaron los atenienses bien asentado. Remontaron por mar triunfalmente el Nilo y tomaron la ciudad de Menfis, salvo la ciudadela, el «Castillo Blanco». Sombras se cernían sobre su hazaña; los atenienses, al parecer, cercaron sin éxito el Castillo Blanco. Su plan era, sin duda, controlar Egipto, con la ayuda de Inaro, desde Menfis. Era perfectamente factible contando con un número suficiente de tropas; pero Atenas tenía demasiados frentes abiertos y no pudo enviarlas. El tiempo perdido permitió a los persas despachar un gran ejército bajo Megabizo, apoyado por mar con una flota fenicia. Los atenienses se vieron expulsados de Menfis y acorralados en Prosopitis, una isla entre el Canopico y la desembocadura Sebenítica del Nilo. Ahora eran ellos los bloqueados. Megabizo drenó la región, con lo que dejó los barcos griegos varados sobre la plaza y estableció sus

tropas en la isla. Los griegos quemaron sus barcos, ya sin utilidad, y se rindieron a Megabizo, quien les permitió retirarse a Cirene y de allí volver a su país. Inaro, a pesar de que los persas habían prometido respetar su vida, fue crucificado. Poco después, ignorando lo ocurrido, llegó de Atenas un escuadrón de cincuenta trirremes. La flota fenicia lo atacó en la desembocadura Mendesiana del Nilo y únicamente algunos barcos lograron escapar. El dominio persa quedaba restaurado sobre todo Egipto. Así, después de cinco años, la expedición ateniense terminó con un rotundo fracaso, presagiando el desastre aún mayor ocurrido en Siracusa cuarenta años después.

El gasto en barcos y hombres era ruinoso; sin embargo, Atenas siguió impertérrita y no se desalentó. Había rechazado a sus enemigos, que intentaban sacar partido de sus dificultades. Estos cinco años fueron una época de agotador y tenso esfuerzo. Una losa conmemorativa de los caídos en 459 de la tribu Erecteida nos permite apreciar la magnitud de sus intervenciones y esfuerzos. Las palabras que preceden la lista de muertos nos lo dice:

> De la tribu erecteida, estos son los que murieron en la guerra en Chipre, Egipto, Fenicia, Halieis, Egina, Mégara, en el mismo año[5].

Otro eco de estos acontecimientos nos viene de Esquilo, quien en 458 representó las *Euménides,* haciendo a Orestes interpelar a Atenea, divina protectora de Atenas y de él mismo:

> Si en los lejanos puertos de Libia,
> Por las aguas de Tritón, donde nació,
> Su pie plantó, cubrió o irguió
> Defendiendo a los que amaba, con sus ojos
> Como los de algunos bravos capitanes, observando las alturas de [Flegra.
> Ojalá venga —desde lejos puede seguir oyéndome—
> Y de estas miserias me libre[6].

Flegra es el escenario de la lucha entre los dioses y los gigantes, y su alusión asocia a Atenea con el trascendental campo de batalla. Esquilo juzga la actual lucha en Africa comparable a las legendarias luchas de los dioses.

La participación de Esparta en estas campañas no fue evidente. Por un resquemor de anticuado honor o, sencillamente, por precaución suspicaz, se negó a ayudar al rey persa

Artajerjes invadiendo el Atica. Lo hicieron sus aliados, que presentaron batalla a Atenas en sus fronteras mientras que los espartanos permanecían en su ciudad. Pero en 457 se embarcó en un plan que suponía una guerra abierta. Su objetivo era crear al norte de Atenas, en Beocia, una potencia lo suficientemente fuerte como para tener en jaque a Atenas. El ejército espartano evitó la flota ateniense y atravesó el golfo de Corinto. Hizo de Tebas la cabeza de una confederación beocia en la que Esparta obligó a todas las ciudades beocias a entrar. Los espartanos no podían regresar por el camino por el que habían venido por temor a que las galeras atenienses, ahora totalmente alertadas, hundiesen sus transportes, por lo que decidieron marchar hacia Atenas, luchando en su camino. Alcanzaron Tanagra, cerca de la frontera beocia, donde, antes de que pudiesen atravesarla, un ejército ateniense, apoyado por algunos argivos y la caballería tesalia, salió a su encuentro. La lucha fue violenta y mortal. En mitad de la batalla los tesalios desertaron y los espartanos vencieron. A pesar de ello, la batalla salvó a Atenas, pues aunque la ciudad estaba peligrosamente desguarnecida al estar entonces ocupada en construir sus grandes murallas hasta el Pireo, los espartanos quedaron lo suficientemente desalentados por sus pérdidas como para no atacar a Atenas y volver por la Megáride. Su extraordinario espíritu, incluso en la derrota, la salvó aun cuando parecía estar a merced de un poderoso enemigo.

El ejército espartano, al menos, había ganado una indiscutible victoria y conservaba su reputación de mejor potencia terrestre de Grecia. Sin duda sus líderes estaban satisfechos de haber hecho, como proyectaban, de la Beocia un estado unido bajo la dirección oligárquica de Tebas. Pero dos meses después de su retirada, un ejército ateniense mandado por Mirónidas invadió la Beocia y ganó la batalla decisiva de Enófita, por la que Atenas se adueñó de toda la región, con la única excepción de la ciudad de Tebas. No se enroló a los beocios, malos marineros, en la Liga de Delos, pero se les obligó a proporcionar suministros al ejército ateniense. Un eco de lo que supuso la batalla de Enofita para los beocios puede escucharse en un poema de Píndaro, escrito poco después para un joven atleta cuya familia había sufrido duramente en ella. Aunque tebano, el propio Píndaro puede no haber sufrido tanto como otros beocios, pero siente que los

que han muerto por su patria son semejantes a los héroes legendarios del pasado:

El honor se guarda para los valientes
Hacédselo saber claramente, a quienquiera que sea
En esa nube no deja entrar el granizo de sangre
Del país que ama,

Y devuelve destrucción a la hueste de enemigos,
Y aumenta la inmensa gloria para la raza de sus conciudadanos,
En la vida y en la muerte.
Tú, hijo de Diodoto, que rivalizas con
El guerrero Meleagar, y rivalizabas
Con Héctor y Anfiaros,
Cuando sacrificaste su juventud en plena flor de la vida.
En el primer empujón de los combatientes, cuando el más bravo se mantenía firme en la batalla con desesperadas esperanzas [7].

El resultado de la provocación de Esparta había sido la anexión por Atenas de gran parte del territorio continental de Beocia. Era una novedad en su política que sobrepasaba lo que una confederación, principalmente naval, como la que dirigía, podía sostener. Para esto, el poder naval era prácticamente inútil y carecía de suficientes tropas terrestres para una ocupación total. Tenía que contar esencialmente con la cooperación de los habitantes locales que la preferían a sus propios gobernantes. De estos, algunos, aunque poco numerosos y poco dignos de confianza, eran miembros descontentos de la antigua oligarquía. Otros eran demócratas locales que anhelaban el poder y no desdeñaban la ayuda ateniense para lograrlo. Atenas parece haberlo intentado con ambos grupos. A propósito del primero, un amargo panfletario conocido como el Viejo Oligarca comenta: «Siempre que intentaban elegir al mejor hombre, no tenía éxito, sino que al poco tiempo el pueblo de Beocia estaba esclavizado» [8]. Acerca del segundo, Aristóteles dice que, después de Enofita, la recién establecida democracia estaba destrozada a causa del mal gobierno [9]. Anteriormente, nunca habían estado en el poder los demócratas beocios, y su inexperiencia los hacía víctimas fáciles de los aristócratas deseosos de recobrar la autoridad perdida. Atenas fue lenta en percatarse de la enorme dificultad que suponía gobernar un vasto imperio y nunca lo hizo con éxito.

La conquista de Beocia fue el punto culminante de la guerra; Atenas habría sacado mejor partido de ella si hubiese

podido firmar entonces la paz y conservar sus ganancias. Dominaba a los estados vecinos de Mégara y Beocia y la isla cercana de Egina. Estaba poderosamente asentada en el golfo de Corinto. Pero había sufrido duras pérdidas, especialmente en Egipto, y los peloponesios, y sobre todo Corinto, no deseaban hacerle ninguna concesión.

En el primer año de la guerra Pericles no había representado un papel importante, pero en 454 fue elegido general y al año siguiente mandó una flota en el golfo de Corinto, donde, dos años antes, Tolmides había preparado el terreno, y tomó la ciudad corintia de Calcis, frente a Patras. No logró tomar ni Sición ni Eniade, pero su flota supuso una ostentación de fuerzas tan valiente que las ciudades aqueas de la costa sur prudentemente se adhirieron a Atenas. Atenas obtuvo en 451 un respiro con una tregua de cinco años, negociada por Cimón, al que se había hecho volver del exilio y procedía con lealtad e inteligencia. Entretanto, la reorganizada flota persa, envalentonada por su éxito en Egipto, zarpó hacia Chipre, donde se envió a Cimón a combatirla y donde éste murió en 449. Pronto se firmó la paz con Persia, sacrificando Chipre, tal vez para facilitar concentrarse sobre el Peloponeso.

Su política fracasó. Atenas tropezó con una serie de desastres. En 447 los aristócratas beocios exiliados se adueñaron de algunas ciudades en Beocia, y el general ateniense Tolmides marchó contra ellos con un pequeño ejército. Pericles advirtió las dificultades de esta expedición, claramente abocada al fracaso, pero Tolmides, no obstante, siguió adelante. Tomó y guarneció Coronea, pero a la vuelta los exiliados lo atacaron y derrotaron. El mismo resultó muerto y muchos de su reducido ejército cayeron prisioneros. Atenas no podía sino aceptar la derrota y suscribir los acuerdos posibles. A cambio de la restitución de los prisioneros perdió todos sus derechos sobre Beocia. El golpe fue desastroso para su prestigio. Sus enemigos vieron que, aunque poderosa en el mar, su poder terrestre era muy inferior. Otras pérdidas siguieron. Fue asesinada la guarnición ateniense de Mégara; perdió la Aquea; un ejército peloponeso amenazaba al Ática. Entretanto Eubea se sublevó y Pericles se dirigió inmediatamente allí con un ejército. Debía de parecer como si Atenas estuviese a punto de ser aplastada, pero supo estar admirablemente a la altura de las circunstancias. Pericles volvió y sus tropas se sumaron a las que se hallaban en el Megáride.

El rey de Esparta, Plistoanacte, aun contando con que fuese falso el rumor de que se había dejado sobornar por Pericles, se acobardó y volvió. Entonces Pericles regresó para asegurar Eubea. Histiea, que había sido más tenaz en su resistencia, fue tratada más duramente; se expulsó a sus gentes y Atenas anexionó su territorio. En cada caso se hizo un convenio independiente, adaptado a las condiciones particulares; pervive, grabado en piedra, el que se hizo con Calcis. Al mismo tiempo Atenas obtuvo una mayor ayuda militar de sus aliados que habían luchado con ella en Tanagra y habían sufrido grandes pérdidas en Egipto.

Todos estos peligros y derrotas dispusieron a Atenas a firmar la paz, y en 446-445 firmó con sus aliados una paz de treinta años con los miembros de la Liga Peloponesa. En conjunto, era una confesión del fracaso de Atenas. Desde el punto de vista económico, Egina siguió pagando tributo, pero garantizó su autonomía. Atenas entregó todos sus puestos en la Aquea, la Megáride y toda la Beocia. Ya había, por otras causas, abandonado Chipre. Así concluía la primera guerra entre Atenas y el Peloponeso. Ambos bandos tenían algo que aprender. A Atenas le demostraba, lo cual era importante política y militarmente, que no estaba preparada para sostener un imperio terrestre. Podía realmente conquistar Beocia, pero no mantenerla, ya que carecía de tropas suficientes para guarnicionarla y de agentes y colaboradores beocios aptos para gobernarla. Con su gran armada y la demanda de hombres y dinero que ésta suponía, era punto menos que imposible mantener además un gran ejército, especialmente si tenía que combatir fuera de sus fronteras. Su ejército se componía de ciudadanos que tenían otra actividad en su patria. Aunque en momentos de intensa crisis, como en 458, toda la población masculina se hallaba fuera de sus fronteras, esto no podía repetirse con frecuencia. También es posible que, incluso cuando estaba en posesión de un imperio terrestre, careciese de habilidad y tacto para gobernarlo. Era difícil hallar hombres que vigilasen, sin exacerbarlos, a los recalcitrantes beocios. Tampoco había logrado retener a Beocia dividiendo y dominando. Aprendió con su fracaso. Durante varios años no repitió la experiencia de intentar ganar un imperio terrestre, y luego no logró ni siquiera ganarlo, habiéndose quedado sola para hacerlo.

Atenas, ciertamente, sobrevivió en gran parte gracias al

espíritu combativo de sus tropas, que cuando se trataba de defender su propio territorio desplegaban un arrojo incomparable. Pero su moral heroica y su confianza en sí misma tenían una vertiente peligrosa. Los atenienses eran dados a pensar que no podían fracasar, por lo que no siempre se prepararon adecuadamente o dispusieron tropas suficientes. Esto perdió la expedición de Tolmides a Coronea en 447. Unos nueve años antes había logrado éxitos notables en el golfo de Corinto, y es posible que se formase una opinión demasiado elevada de su habilidad y la de sus tropas. Con mil atenienses solamente y algunos aliados esperaba contener la rebelión en Beocia, pero fue irremisiblemente derrotado. Algo semejante podría explicar otros fracasos, especialmente cuando en 453 Pericles no logró tomar ni Sición ni Eniade en su intento de asegurar la ruta marítima hacia el Oeste. El desbordante ardor ateniense podía valer por muchos batallones, pero en ocasiones no bastaba y un mayor cuidado y tropas más numerosas habrían dado mejor resultado. Atenas lo había comprendido y esto influenciaría su estrategia al volverse a encontrar en guerra contra Esparta.

También Esparta tenía lecciones que aprender. La primera era que sin su ayuda sus aliados no eran suficientemente fuertes para resistir a Atenas. Al final, Esparta tenía que intervenir directamente, pero en general se demoraba demasiado, lo que acarreaba grandes pérdidas. Podía haber atacado a Atenas mientras Pericles estaba en Eubea, pero lo dejó a sus aliados, y cuando se ocupó de ello personalmente, Pericles ya había vuelto al Atica y podía librarse de los invasores. Habría que buscar las causas de su vacilación en los extraños repliegues del carácter espartano. En parte no era sino la habitual prudencia de un pueblo excepcionalmente conservador. A esto se añadía el temor a que los jefes espartanos, liberados de las trabas que los retenían en su país, acariciasen peligrosas ambiciones, como había hecho Pausanias, o aceptasen el soborno, como había ocurrido con Leotíquidas, uno de sus reyes, o temores de otro tipo, que con el ejército en el extranjero las clases sometidas de los ilotas y mesenios se sublevasen. Es incluso posible que Esparta no fuese plenamente consciente del peligro ateniense sino que se aferrase a la ilusión de que la mayoría de los atenienses se parecían realmente a Cimón. Entre sus aliados los espartanos tenían fama de lentos. El historiador Tucídides

lo da a entender cuando, narrando acontecimientos posteriores, hace a los corintios decir de los espartanos:

> Sólo vosotros no hacéis nada en los primeros momentos para evitar la expansión del enemigo, sino que esperáis hasta que haya doblado sus fuerzas [10],

y poco después, en el mismo contexto:

> Vuestra manera de ser consiste en hacer siempre menos de lo que podíais hacer; desconfiar de vuestro juicio, por sensato que sea, y considerar que los peligros van a durar para siempre (en las situaciones difíciles pensar que nunca saldréis de ellas) [11].

Esta era la opinión corriente de Esparta. Primero era lenta en emprender algo. Luego, después de haber emprendido acciones acertadas, no las continuaba hasta alcanzar todos los beneficios que de su éxito podían derivarse. Así sucedió en Tanagra en 457. Los espartanos habían ganado una victoria decisiva contra un valiente enemigo. Parece que consideraron que, en vista de sus grandes pérdidas, era suficiente y decidieron retirarse sin tomar medidas para apoyar el inseguro gobierno de Beocia. Las consecuencias de esto fueron la victoria ateniense de Enofita, en el otoño siguiente, y la dominación de Beocia. Los espartanos continuaron siendo cautelosos en su política general, pero aprendieron que era provechoso actuar con mayor rapidez y llevar hasta el final una estrategia.

Aunque Atenas y Esparta eran los principales antagonistas en esta guerra, en escasas ocasiones se encontraron en el campo de batalla y la única ocasión importante en la que sucedió fue en Tanagra, donde venció Esparta. Aun entonces los espartanos fracasaron o se negaron a atacar a Atenas. No obstante, la guerra era esencialmente entre Atenas y Esparta, y en último término se debatía el control de Grecia. Se iba comprendiendo que no había cabida para ambas dentro de Grecia, o más bien que si Atenas intentaba extender su dominio, Esparta tenía que impedírselo. Ninguna de las dos tenía una idea clara de cómo lograr una victoria definitiva o, caso de ganarse, de cómo explotarla. Ambos bandos carecían de tropas suficientes para conservar las posesiones del otro si llegaban a apoderarse de ellas, y carecían de una experiencia comparable a la de los sátrapas persas, en el gobierno de amplios territorios poblados por sujetos extranjeros. En esta etapa, tanto el deseo de una solución final como las

ideas acerca de su acertada utilización deben de haber sido vagas. Puede que los atenienses pensasen que habían hecho un gran progreso al conquistar Egina; puede que los espartanos pensasen algo semejante después de Tanagra. Sin embargo, Atenas no sacó todo el provecho posible de Egina como tampoco Esparta de Tanagra. En los años siguientes, el deseo de una solución definitiva se hizo más insistente, estando siempre presente en algunas mentes, incluso si no tenía un perfil firme.

Militarmente, las diferencias entre ambos estados eran enormes. Esparta se vanagloriaba de educar a sus ciudadanos para la guerra. Eran soldados profesionales, severamente adiestrados, disciplinados y dispuestos a cualquier sacrificio. En esto los atenienses, voluntarios o aficionados, nunca podían competir en condiciones. Es posible que Temístocles forzase la verdad con vistas a conseguir una flota cuando dijo que el ejército ateniense nada tenía que hacer ni siquiera contra los beocios, pero puede haber cierta parte de razón en la opinión del Viejo Oligarca de que «la infantería ateniense tenía fama de ser muy débil» [12]. Además el ejército ateniense era desigual. Mientras que en Esparta los reyes guiaban el ejército a la batalla, en Atenas lo hacían generales elegidos por la Asamblea. Los reyes espartanos tenían la ventaja de haber sido entrenados para la guerra desde su infancia. El precio de esto era que, en ocasiones, reaccionaban contra la disciplina, causando temor y ansiedad en el país. Los generales atenienses se elegían por votación libre y, en conjunto, fueron bien elegidos. Los votantes eran a menudo soldados o ex soldados que sabían muy bien lo que requería un general. Las elecciones populares de Temístocles para Salamina y después de Cimón estaban suficientemente justificadas. Pero incluso los generales atenienses con experiencia resultaban aficionados comparados con los correspondientes espartanos. En líneas generales podemos decir que los espartanos confiaban a la disciplina y al entrenamiento lo que los atenienses hacían por improvisación y alta moral. Ambos estilos militares tenían sus defectos. Los espartanos, probablemente, eran excesivamente cautelosos y toscos en sus métodos; los atenienses, demasiado precipitados y propensos a hacer planes insuficientes. Los espartanos eran superiores en tierra pero los atenienses dominaban ahora, como antes lo había hecho Egina, el mar y su control les daba acceso a cualquier lugar que quisiesen. Sólo con muy mala suerte, otra

flota, como la de Corinto, podía derrotarles, y esto raras veces sucedía. Con todo, una flota sólo podía asegurar el imperio por mar pero de poco podía servirle por tierra. Los atenienses podían ser, con mucho, los mejores marineros de la época, pero no los mejores soldados. Cuando en 446-445 Atenas hizo la paz con Esparta, no se había resuelto nada. Ambos bandos se concedían una tregua para restablecer sus recursos y entrenar a sus hombres para una próxima guerra.

En su proceso de expansión imperial desarrolló una nueva manera de fortalecerse en el exterior. Al llegar al poder, Pericles decidió que para tener seguros ciertos lugares de capital importancia para Atenas era necesario que los ocupasen ciudadanos atenienses. De este modo promovió estos establecimientos en el extranjero. Ayudaban, sin duda, a solucionar el problema del exceso de población de Atenas, pero esto era secundario. Lo esencial era que estos hombres, enviados a diferentes lugares, servían de guarnición entre los aliados sometidos. En 447, bajo la supervisión personal de Pericles, se estableció una de estas cleruquías, como se les llamaba, en el Quersoneso tracio —la costa oeste de los Dardanelos—. Se adquirieron tierras de los indígenas y se adjudicaron haciendas a mil ciudadanos atenienses, en su mayoría pobres y desempleados, asignándolos a las diversas ciudades. Pagaron las tierras mediante una reducción tributaria en los lugares afectados. El país era peligroso, por lo que se construyó una muralla en el istmo para mantener alejados a los bárbaros tracios.

Otros movimientos análogos se sucedieron, aunque no siempre con el mismo propósito. En el establecimiento de cleruquías en las islas norteñas de Lemnos e Imbros podía aducirse el pretexto de que ayudaban también a proteger las rutas comerciales que atravesaban los Dardanelos. Pero el pretexto ya no era válido para las cleruquías establecidas poco después en Eubea, Histiea y en las islas cíclades de Naxos y Andros. Se seguía en ellos un procedimiento muy semejante al utilizado en el Quersoneso, pero el número de colonos en cada lugar no sobrepasaba los quinientos. En las Cíclades existía el pretexto de que estas colonias ayudaban a los barcos a su paso directo por el Egeo, pero era difícil decir otro tanto de una cleruquía en Eubea. Esta se había sublevado contra Atenas, y la tarea de la nueva colonia era vigilar contra otra nueva sublevación. Los métodos de establecimiento no eran humanos. Los propietarios desposeídos

tenían que enfrentarse con la miseria o la emigración, mientras que los nuevos colonos poseían tierras tres o cuatro veces mayores que las de los anteriores dueños, lo que hace pensar que no siempre eran los ricos los que lo sufrían. La creación de cleruquías fue una de las más aborrecidas actividades del imperio ateniense e indica que no sólo Atenas era consciente de la necesidad de puestos avanzados militares, sino que además no era muy escrupulosa al establecerlos. Los colonos eran atenienses establecidos fuera de Atenas. A veces obligaban a los indígenas a trabajar para ellos. En general, conservaban su ciudadanía ateniense y estaban ligados a su nueva patria por obligaciones militares. Cada comunidad poseía cierta autonomía con un consejo, una asamblea y magistrados, según el modelo ateniense. El número total de colonos no podía sobrepasar nunca los diez mil, de modo que las cleruquías se asemejaban más a una guarnición que a una colonia. Esto era lo que las hacía odiosas a los ojos de los aliados.

La vida en una *cleruchía* no debe de haber sido fácil. Los colonos tenían que estar en vigilancia continua y sus improvisadas vidas eran, sin duda, mucho menos confortables y seguras que la vida en su país. Pero la lejanía de su patria los hacía más apegados a ella y orgullosos de pertenecer a ella. Un ejemplo nos permite ver cómo su lealtad tomaba una forma práctica, incluso visible. Entre las principales obras de Fidias figuraba la llamada Atenea lemnia. Hecha en bronce, fue colocada en el Acrópolis de Atenas por los colonos atenienses de lemnos. El satirista Luciano la considera la más hermosa de las obras de Fidias, y aunque sólo tenemos copias tardías de ella, una cabeza, hoy en Boloña, capta la magia de Fidias mejor que ninguna de sus restantes obras. Los atenienses establecidos allende los mares no se sentían inclinados a renegar de sus derechos de nacimiento.

La guerra del Peloponeso que, al principio, parecía prometer a Atenas enormes beneficios, terminó con pocas ganancias sólidas. A pesar de ello era en sí mismo sorprendente por los prodigiosos esfuerzos que inspiró a los atenienses. Ante el impacto de estos ataques, casi todos los demás estados griegos se habrían rendido; por el contrario, Atenas lo sobrellevó con incomparable resolución. En ningún otro período de su historia desplegó tales recursos ni tanto ardor, y aunque consiguió poco de lo que deseaba, al terminar no estaba peor que al principio. Sus ciudadanos no podían evitar pensar que

la próxima vez serían un poco más afortunados y, por tanto, saldrían victoriosos. El inmenso esfuerzo desplegado le hizo valorar más realistamente sus poderes y limitaciones, sin disminuir su confianza en sí misma y su vigor. Entre las duras lecciones que había aprendido y que había de recordar estaba que era difícil conquistar Grecia y más difícil aún controlarla desde un único centro. Con todo, para los atenienses, que entonces gozaban de una época de esplendor, este derroche de hombres y dinero no supuso una pérdida irreparable. Los primeros años del mando de Pericles fueron el cenit de una edad espléndida en la que se sentaron las bases de gran parte de lo que perduraría en los cuarenta años siguientes. Al rechazar a sus enemigos, Atenas se hizo mucho más consciente de sus propias posibilidades y más deseosa de desplegarlas totalmente.

# 4. La democracia de Pericles

En los últimos años de la guerra Pericles desempeñó un papel influyente, y podemos deducir de esta actuación ciertos principios de acción que serían constantes a lo largo de toda su vida. Primero se opuso a objetivos dispersos. La expedición a Egipto le había dado una lección que no olvidaría cuando se hizo la paz con Persia. Segundo, vio que un imperio terrestre era difícil de asegurar y por este motivo se opuso al avance de Tolmides en Beocia. Tercero, comprendió que el recurso más poderoso de Atenas era su fuerza naval e intentó utilizarlo monopolizando el golfo de Corinto. En los años siguientes lo veremos actuar, pero antes tendremos que preguntarnos cómo era el hombre Pericles.

Pericles era un aristócrata, hijo de aquel Jantipo que había liquidado la flota persa en Micale y capturado Sesto en los Dardanelos. Políticamente era el jefe de un grupo democrático opuesto a Milcíades, al que posiblemente consideraba un tirano en potencia; luego compartió la suerte de los otros líderes atenienses en la lucha contra Persia. Su mujer, Agariste, madre de Pericles, pertenecía al poderoso clan de los Alcmeónidas y era sobrina del reformador Clístenes. Cuenta la leyenda que cuando estaba encinta de Pericles soñó que daba a luz a un león. Algunos alcmeónidas, al me-

nos, habían sido partidarios de la extensión de la democracia en Atenas, aunque sólo fuese porque los fortalecería contra las camarillas rivales. La herencia y tradición familiar de Pericles pronosticaban una política independiente. Ignoramos cuándo murió su padre, pero no hay alusiones a él después de 478. Pericles le sucedió y aventajó en todos sus quehaceres; aunque tardó en ascender, participó en la política, primero como partidario de Temístocles, luego como aliado de Efialtes y como uno de los principales adversarios de Esparta, hasta que, finalmente, tanto se ganó al pueblo ateniense que lo eligieron general todos los años, desde 443 hasta su muerte en 429. Nacido hacia 490, era demasiado joven para haber luchado en las guerras médicas, pero a través de sus mayores conocía todos sus pormenores. Pertenecía a la generación siguiente, a la generación que heredó el espíritu de los combatientes de 480 y 479, pero que los sobrepasó y dio un nuevo ímpetu y unas nuevas directrices a Atenas.

Su ascendencia se revelaba en su físico y en sus maneras. A juzgar por las diversas copias de un busto que le hizo Cresilas, sus facciones tenían un aspecto particularmente intelectual y un aire de tranquilo dominio. Sin duda, el escultor idealizó la realidad y acentuó lo que le sorprendió como rasgos más significativos de Pericles, pero su retrato es el de un hombre vivaz, que difícilmente dejaría de impresionar a cuantos le veían. Había algo raro en la forma de su cabeza, seguramente demasiado larga, por lo que prefería que lo retratasen con el yelmo, como Julio César se retrataba con una rama de laurel para ocultar su calvicie. Su semblante no es en absoluto el de un hombre que ansía agradar o estar a bien con todos; era fuerte y resuelto, pero amigable y paternal; y como prueba de ello contamos con el hecho de que los atenienses, a quienes gustaba que todos fuesen abordables, nunca lo acusaron de inaccesible. En su aristocrática independencia siguió la política que consideraba justa, y en vez de anticiparse a los deseos del pueblo, intentaba primero infundir en ellos sus propios principios. Esto reflejaba su integridad moral, de la que su famosa incorruptibilidad en asuntos de dinero era un ejemplo más. Conservó en una época democrática un alto desapasionamiento que tenía visos de una sociedad más selecta. Esto marca casi todo lo que de él conocemos y lo distingue decisivamente de los que le sucedieron en la dirección de los destinos de Atenas.

Pericles se crió en los nuevos movimientos intelectuales

del siglo v, que lo atrajeron considerablemente e influenciaron. Su principal maestro fue Damón, un músico distinguido del que se dice haber enseñado también a Sócrates. Tal como él la enseñaba, la música era mucho más que una ejecución técnica, proporcionaba el equivalente griego de una formación humanística. Se consideraba que el enseñar a un joven armonía y ritmo y a responder a todo tipo de música desarrollaba al máximo sus cualidades humanas, incluyendo su amor a la belleza y el bien. Damón fue un maestro con dotes poco corrientes, comparado en su especialidad con los entrenadores de atletas honrados en todo el mundo griego. Era también un artista creador que enriqueció la música con nuevos efectos y trabajó sobre el principio de que ciertos ritmos crean ciertos tipos de caracteres. Era un hombre que tenía una misión, un consejero que alentó a Pericles en sus reformas. Los enemigos de Pericles pensaron que la influencia de Damón era excesiva y, andando el tiempo, condenaron al maestro a ostracismo.

Pudieron influenciarle también las charlas de Zenón de Elea que Pericles escuchó de joven. Zenón se negó a vivir en Atenas y sus visitas a la ciudad eran excepcionales. Filósofo matemático, examinó la naturaleza del movimiento e incitó a la reflexión planteando paradojas que parecían insolubles pero que se resolvían fácilmente al reconocer que el movimiento no es divisible en unidades discontinuas. En su propio campo, su importancia era muy considerable; en una esfera más práctica su utilidad era muy reducida, salvo que estimuló en los jóvenes inteligentes una afición a los razonamientos ingeniosos. Pericles disfrutó con ellos y los practicó, aunque en sus últimos días lo consideró una locura juvenil, pues cuando el joven Alcibíades le hizo caer en la trampa con un razonamiento, dijo: «¡Eramos hábiles en este tipo de debates cuando éramos jóvenes!»[1].

La afición de Pericles a la acción y a los problemas con ella relacionados le llevó a otros pensadores de tendencia más práctica, aunque su interés no se limitaba a la política. En Protágoras de Abdera halló un amigo que amaba la ciencia y la filosofía por sí mismas y compaginaba su minucioso y escéptico acercamiento a la religión con un respeto profundamente meditado a las leyes como medio de mantener unida a la sociedad. La amistad existente entre ellos aparece en una anécdota que cuenta cómo pasaron un día discutiendo quiénes eran más culpables, cuando un muchacho muere

accidentalmente por el lanzamiento de una jabalina: el lanzador y la jabalina o los que dispusieron la competición. Puede parecer un ejemplo trivial de casuística, pero los sistemas éticos nacieron a partir de cuestiones tan simples como ésta, y al menos ilustra cómo trabajaba la conciencia de Pericles y le impulsaba a ventilar el asunto con un experto en el comportamiento humano.

Pitágoras no era miembro del círculo íntimo de Pericles, a diferencia de Anaxágoras, oriundo de la ciudad jónica de Clazómenas. Anaxágoras era, esencialmente, un científico al estilo de la gran tradición jónica del siglo VI, que deseaba descubrir la naturaleza de la realidad física y, a propósito de ello, aportó agudas e imaginativas sugerencias. El orgullo de su propia vocación se manifiesta en su respuesta a la persistente duda griega de si merecía la pena al hombre haber nacido, cuando dijo que un hombre elegiría nacer «para estudiar los cielos y todo el universo» [2]. Este era su convencimiento íntimo. Buscó un principio único en las cosas y lo halló en el *nous,* aunque también fuese un científico observador. Una anécdota ilustra la diferencia que había entre él y sus más obstinados contemporáneos. Un campesino llevó a Pericles la cabeza de un morueco con un único cuerno en medio de la frente. El adivino Lampón lo interpretó como presagio de la victoria de Pericles en su rivalidad con su principal adversario, Tucídides, hijo de Melesías. El poder recaería sobre Pericles, puesto que había recibido la cabeza. No obstante, Anaxágoras abrió una brecha en el cráneo y dio, en su lugar, una explicación anatómica del morueco con un solo cuerno. Es evidente la diferencia que existía entre estas dos generaciones y estos dos sistemas de pensamiento, pero tampoco puede sorprendernos oír que el pueblo, poco después, alabó a Lampon por haber acertado cuando Tucídides fue condenado al ostracismo y Pericles se convirtió en el único líder de Atenas. Anaxágoras enunció explicaciones científicas de los fenómenos naturales que, aunque elementales, podían ir contra las creencias establecidas. Puede apreciarse la gran influencia que ejerció sobre Pericles en las palabras de Platón. Sosteniendo que todas las cosas, incluida la retórica, requieren un estudio de la naturaleza, su Sócrates dice:

Tal es lo que Pericles adquirió para complementar sus dotes naturales. En Anaxágoras halló, pienso, ese tipo de hombre, abasteció a su mente de saber astronómico, aprendió la naturaleza de la mente y del pensamiento —cuestiones sobre las

que Anaxágoras continuamente hablaba—, y sacó de ello lo que le era útil para el arte del discurso[3].

Puede que Sócrates guardase cierto rencor a Anaxágoras por no haber formulado las preguntas certeras sobre el Ser, pero recohocía que había ejercido una influencia poderosa.

Si la mente de Pericles se formó en la ciencia y filosofía, también se enriqueció con las artes. El poeta Sófocles fue colega suyo como general en la guerra contra Samos, en 441-439, cuando Pericles le aconsejó no satisfacer demasiado evidentemente sus inclinaciones sexuales en tiempo de guerra, y añadió: «Un general no sólo ha de mantener puras sus manos sino también sus ojos»[4]. Pericles ejercía su cargo con tan austera seriedad que podía reprender incluso al poeta que había recientemente ganado un éxito nacional con su *Antígona.* Tuvo una amistad más fructuosa e íntima con el escultor Fidias. Pericles le encargó las esculturas del Partenón, exteriores e interiores, y debió de colocarlo al frente de un equipo de ayudantes, con plena libertad en la composición. Se ha dicho que Pericles inspiró a Fidias, y aunque sea totalmente imposible determinarlo con precisión, debió de existir una evidente conexión entre el espíritu nacional tal como Pericles lo expuso en su oratoria y Fidias lo plasmó en la piedra.

Pericles era a la vez soldado y hombre de negocios. Al ser elegidos anualmente los generales, era decisivo el talento político del candidato y su habilidad oratoria en la Asamblea. El historiador Tucídides le atribuye tres discursos completos, y aunque tal vez no reproduzcan literalmente sus palabras, seguramente encierran su esencia, su estilo y algunas de sus frases. Estos discursos nos permiten apreciar cómo trataba a su auditorio. Nada hace para halagarlo; su propósito principal es más bien lograr que se eleve hasta la altura de su pensamiento, entiendan las complejidades de su política y no que se dejen arrastrar por emociones pasajeras. Los fragmentos aislados de sus discursos que nos han llegado fuera de Tucídides muestran, sin lugar a dudas, que Pericles tenía el don de la frase justa y expresiva. Llamaba a la isla de Egina, enclavada a la vista de Atenas, «lo que ofende la vista del Pireo»[5], porque esta ciudad independiente obstaculizaba las perspectivas imperialistas atenienses. Decía de la Beocia, dividida por la guerra civil, «como un roble hendido con cuñas de roble»[6]. Acerca de la muerte en la batalla declaraba: «La

ciudad ha perdido a su juventud; es como si el año hubiese perdido su primavera»[7]. Cautivaba la imaginación del público, apelaba a su orgullo y se asociaba a ellos en sus grandes empresas. El poeta cómico Aristófanes, al escribir en 425, seis años después del estallido de la guerra del Peloponeso, tiene una viva reminiscencia de la elocuencia de Pericles cuando dice de ella:

Porque entonces en cólera, el olímpico Pericles
Tronaba y relampagueaba y confundía a la Hélade[8].

Aristófanes no está, en absoluto, totalmente de su parte sino que, por el contrario, se divierte ridiculizando su participación en el estallido de la guerra; sin embargo, no puede ocultar lo extraordinariamente persuasivo que podía ser Pericles y lo admira por esto. Un homenaje semejante y tal vez no buscado procede de otro autor cómico, Eupolis, que plasma los poderes inigualados de Pericles como orador:

En elocuencia ningún hombre le iguala
Cuando Pericles se levanta y toma la palabra,
De diez buenos pies nuestros oradores corrientes
Como un buen corredor son aventajados.
No sólo fecundo, además con persuasión
Posándose sobre sus labios. Despertaba una fascinación
Y poseía ese poder exclusivo de los oradores,
De impulsar los corazones de los hombres y llevarlos detrás del
[aguijón[9]

El aguijón es el aguijón de la vergüenza que Pericles modelaba y hacía entrar en juego cuando quería rememorar a los atenienses sus ambiciones políticas y las responsabilidades que éstas imponían.

Pericles era un maestro de la palabra en otras esferas fuera de la estricta oratoria. Era un polemista de insólita agilidad y recursos. Su principal rival, Tucídides, hijo de Melesias, se quejaba de él al rey Arquelao de Esparta en estos términos: «Cuando lo he tirado luchando con él, dice que no ha caído, vence y convence a los espectadores»[10]. Su extraordinario talento para las maniobras políticas resplandece en la habilidad con que eliminó a sus adversarios políticos y se hizo elegir general todos los años desde 443 hasta su muerte en 429. Desde diferentes ángulos nos hacemos una imagen de este hombre extraordinario, a la vez distante y apasionadamente comprometido, idealista y prác-

tico, tan versado en arte y filosofía que gozaba de su conocimiento, pero al mismo tiempo los hacía servir para sus fines políticos. No es sorprendente que muy pronto cautivase la imaginación del historiador Tucídides, quien, de joven, debió de haberlo visto y oído con frecuencia. Tucídides es un experto en el talento y juzga a los hombres según lo posean. Es esto lo que, en grado máximo, halla en Pericles:

En tiempo de paz, mientras Pericles estuvo a la cabeza del estado, lo gobernó sabiamente, vigilándolo de manera segura, y fue bajo su mandato cuando conoció un mayor apogeo... Gracias a su autoridad, a su inteligencia y a su conocida integridad, pudo respetar la libertad del pueblo a la par que lo refrenaba. En vez de dejarse dirigir por el pueblo, él lo dirigía; puesto que nunca había buscado el poder por medios ilegítimos, no necesitaba halagarlos; de hecho, gozaba de un respeto tal que podía hablarles duramente y contradecirlos. Siempre que los veía ir demasiado lejos en una actitud de insolente confianza, les hacía tomar conciencia de sus peligros; y cuando estaban desalentados sin motivo importante les devolvía la confianza. De este modo, bajo el nombre de democracia, el poder estaba realmente en manos del primer ciudadano [11].

La apreciación es estrictamente política. Nada dice de lo que Pericles hizo por las artes o de los principios que le guiaron en asuntos privados. Analiza su éxito en su gobierno de Atenas y por ello hace de él una alabanza extraordinaria. Tenía muchas otras cualidades pero era, ante todo, un hombre de estado inteligente, lleno de recursos y con un talento extremado para el manejo de los hombres. Tenemos un índice de cómo lo lograba en los tres discursos contenidos en la obra de Tucídides, que muestran un genio de un nivel muy superior al que se desprende de su resumen. En la primera vemos al líder perspicaz que calcula cuidadosamente sus posibilidades y sabe lo que pretende hacer; de la segunda se desprende el abnegado espíritu con el que sirve a Atenas; en la tercera muestra su temple valiente cuando las cosas parecen ir mal y es necesario afrontarlas con franqueza. En el rostro impasible que ofrece su famoso busto hay algo más que olímpica grandeza y desapasionamiento.

Aunque la mayoría de los atenienses debieron de considerar a Pericles como una figura distante y casi sobrehumana, no estaban indefensos ante él. Eran libres de escuchar sus argumentos en la Asamblea y de juzgarlos según su valía. De no estar de acuerdo con él, podían no volver a elegirlo

general, con lo que perdería gran parte de su poder. De hecho, en 430, al final de su vida, Pericles fue depuesto de su cargo de general y multado, aunque luego salió reelegido. Es posible que respondiese al nerviosismo de la guerra, pero mostraba lo que podía suceder.

Los ciudadanos atenienses respondían a su deslumbradora elocuencia y a su realzante visión de Atenas, pero los comediantes, a su vez, tejían interminables burlas sobre él y tenían sus explicaciones particulares que desacreditaban sus mañas políticas. A sus expensas provocaban innumerables carcajadas, pero su autoridad seguía intacta. Su seguridad al contestar a los que le criticaban radicaba en la seguridad de que sería escuchado mientras la razón estuviese evidentemente de su parte. En resumidas cuentas, su influencia sobre el pueblo ateniense descansaba sobre algo más que su capacidad de persuasión; tenía la incontestable cualidad de la autoridad. Obligaba al público a prestarle atención, lo que explicaría por qué sus adversarios, careciendo de este talento especial, lo aborrecían con tanta fuerza. A pesar de ser rico y de noble origen, no se juntó con su propia clase sino que se reservó a un pequeño grupo de amigos con grandes cualidades. El círculo de Pericles mereció el título poco frecuente y paradójico de aristócrata del intelecto; se diferenciaba extraordinariamente de los restantes círculos atenienses en el hecho de que sus principales miembros no procedían de Atenas. Las diferencias sociales eran menos rígidas y exigentes en Atenas que en la mayoría de las sociedades modernas, por lo que podían fácilmente dejarse de lado. Pericles solucionó el problema creando su propio pequeño círculo para su vida privada, y en su vida pública elevando los principios democráticos a un nivel tan sublime que perdieron casi su color social. Puesto que vivió en una época de transición, pudo crearse una posición de cierto despego y conservar su idiosincrasia personal, especialmente en sus tranquilas y modestas costumbres sin conformarlas a las exigencias políticas y sociales.

Ningún griego de su época gozó de un poder comparable al de Pericles. Sus adversarios se fueron sometiendo progresivamente a él y ninguno de sus sucesores tuvo una influencia tan durable. En otros lugares griegos no podían surgir figuras de este tipo, debido, en buena medida, a que en su mayoría estaban gobernadas por oligarquías que mantenían su estabilidad, no concediendo demasiado poder a un solo hombre

y no necesitaban convencer a una Asamblea soberana de la conveniencia de tal o cual proceder. Una situación tan peculiar no parece haber sido posible nada más que en Atenas, y en esta ciudad, en buena medida, se debía a que el cambio hacia la democracia había sido tan rápido y total que el pueblo, acostumbrado a sistemas más autoritarios, seguía buscando a un líder. Su confianza en Pericles debía algo al recuerdo de Pisístrato, que había ayudado a los desprivilegiados y tenía la misma afición a la ostentación nacional en nobles edificios, y por otra parte, incluso los nobles antidemócratas consideraban que no se podía alienar a la plebe. Con sensato sentido de las realidades políticas, los demócratas atenienses vieron que podían mantener su influencia y obtener lo que deseaban si seguían a un único líder extraordinariamente competente. Era bastante simple. Lo que era menos fácil de prever era que este líder, a cambio de hacer lo que la plebe deseaba, les impondría sus propias ideas y les daría un curso de educación política. No hay por qué pensar que esta educación calase muy hondo o fuese sutil o compleja, pero era mucho mejor que nada y suponía que Atenas emprendía sus decisiones con una noción extraordinariamente clara de ellas. Esto, una vez que se hizo usual, explicaría por qué Pericles mantuvo su posición durante mucho tiempo. Como líder aristocrático de un estado democrático no se vio libre de problemas. Al principio de la guerra, en 431, Pericles temió que por ser el rey espartano Arquidamos amigo suyo, los espartanos, al invadir el Atica, respetasen sus posesiones personales. Si esto ocurría, puesto que las posesiones de otros serían arrasadas, se despertarían sospechas contra él y se harían odiosas comparaciones. Pericles comprendió inmediatamente el peligro y lo atajó resueltamente, anunciando en la Asamblea que, aunque Arquidamo era amigo suyo, su amistad no se extendería a todo lo que concerniese el detrimento del estado y que, en el caso de que el enemigo hiciese una excepción con su casa y tierras y no las arrasase, las entregaría a la propiedad pública. Mediante esta sabia precaución, Pericles superaba hábilmente el handicap de su ascendencia.

La importancia histórica de Pericles se debe tanto a su personalidad como a las circunstancias políticas atenienses que le permitieron ejercer al máximo su talento. En una democracia en la que las decisiones se tomaban abiertamente en la Asamblea, la presencia y maneras de un hombre eran

decisivas. Hoy nos es imposible captar en toda su dimensión el impacto producido. Pericles, en su verdadera personalidad. se nos escapa y sólo podemos aventurar conjeturas acerca de la impresión que producía sobre los que le veían y oían. Parece que la careta, caso de existir, se acercaba mucho al hombre y que el cabecilla de la democracia nunca perdió su seguridad y dotes de mando. Su herencia familiar le había acostumbrado a mirar la política como una actividad normal que cualquier hombre podía practicar y nada malo vería, seguramente, en anhelar el poder, puesto que él le permitiría hacer lo que juzgaba necesario y revelar su verdadera *aretê*, su valía, de esa manera espectacular que los griegos consideraban digna de la gloria. Puede que sus sucesores no fuesen tan brutales como luego supuso Tucídides, pero carecían de la educación y antecedentes de Pericles e intentaron compensarlo con la violencia. Era, al menos, un cambio de estilo y no sólo Tucídides, también Aristófanes lo juzgó un cambio negativo. Pericles, por su despego olímpico y su magnífico don de la palabra, dio a los asuntos públicos una dignidad especial, comparable a la de la tragedia, en una esfera muy diferente. No sólo practicó el bello arte de la palabra sino que además lo utilizó para evocar principios no adulterados por un empleo excesivo y que, por su grandeza moral, arrojaban un resplandor sobre cosas corrientes y cotidianas.

Las acciones de Pericles, ya sólidamente asentado en el poder, eran consecuentes con sus primeras actuaciones políticas cuando trabajaba con Efialtes. Del mismo modo que entonces estableció la remuneración de los jurados como requisito indispensable para la democracia, ahora extendió la remuneración a otros cargos públicos. Primero lo impuso en los cargos administrativos designados por suerte, especialmente los *arcontes* o magistrados presidentes y los quinientos miembros del Consejo. Se les remuneraba no por su asistencia sino por ostentar el cargo. Era necesario pagar igualmente otros cargos más estrictamente administrativos, como era el caso de otros funcionarios del estado, especialmente generales, jefes de la caballería, otros militares y marineros. Con la designación por sorteo de ciertos cargos y la remuneración por los servicios se permitió a las clases más pobres de Atenas lograr una mayor participación en los asuntos públicos, participación que sobrepasaba la presentada en la democracia de Clístenes. Los conservadores vieron esta práctica con horror y lanzaron el tópico argumento de que

corrompía al pueblo y, como pensó Platón, envalentonaba a la chusma a interferirse en cuestiones que debían estar reservadas a los mejores [12]. Ignoramos la proporción que en el Consejo ocupaban los más pobres, e incluso es posible que los muy pobres nunca tuviesen cabida en él. Pero con estos cambios Pericles completó el proceso de democratización e hizo que Atenas reclutase a sus servidores en una extensión mayor y los recompensase por sus servicios.

La democracia de Pericles se basaba en la esclavitud y no podía haber existido sin ella. La mayoría de los ciudadanos libres tenían que trabajar para vivir, pero el empleo de esclavos, que los liberaban de las tareas más pesadas, les permitía cierto ocio. Se empleaban esclavos en talleres y minas, en el campo y en los servicios domésticos. Todos los griegos juzgaban la esclavitud como una inalterable condición de la sociedad y como tal la aceptaban. Sin duda, no les inquietaba muy profundamente ni suscitaba terribles cuestiones de justicia natural. Pero eran conscientes de ello, en ocasiones incómodamente, y al menos buscaban excusarlo o señalaban las ventajas de los esclavos. Los atenienses eran conscientes, como lo era Homero, de que la esclavitud priva a un hombre de media vida, y señalaron en diversas ocasiones que algunos esclavos tenían la inteligencia y dignidad de los hombres libres y que para un hombre libre convertirse en esclavo era lo más terrible que le podía suceder. Los trágicos retratan esclavos que hablan en los mismos términos que sus dueños y son a menudo más admirables. Los esclavos estaban protegidos hasta cierto grado por la ley y poseían ciertas cosas en propiedad. No cabe duda de que muchos esclavos eran bastante bien tratados; puesto que la más elevada clase de artesanos en los talleres de escultores eran a menudo esclavos, interesaba considerablemente a sus dueños cuidarlos convenientemente. Ignoramos cuál fue su participación real en trabajos habilidosos y difíciles como, por ejemplo, la realización de las esculturas del Partenón, pero podemos suponer que al menos algunas de estas tareas fueron realizadas por ellos.

Parece que los esclavos tuvieron en Atenas una libertad de costumbres superior a la de otros lugares; un duro crítico de la democracia dice:

> En Atenas existe la mayor licencia entre esclavos y extranjeros; ni está permitido pegarles siempre ni un esclavo os abrirá paso [13].

Esto indica, al menos, que los esclavos estaban bien tratados siquiera porque eran indispensables. Los atenienses libres apreciaban el ocio que les permitía ejercitar sus mentes y cuerpos de manera agradable, y para asegurárselo necesitaban esclavos que realizasen los más monótonos, y no solamente los más monótonos quehaceres de la vida cotidiana. Así ellos tenían tiempo para reunirse y discutir de política, disfrutar de las artes y de los deportes atléticos, asistir a los jurados, escuchar los debates en la Asamblea y votar sus mociones. Necesitaban trabajadores que ocupasen su lugar cuando la guerra les impedía dirigir sus haciendas y talleres. Si sentían remordimientos de conciencia podían objetar que, en su mayoría, los esclavos no eran griegos sino bárbaros extranjeros que no compartían las opiniones y costumbres griegas. Los griegos asumían sin ningún problema que eran superiores a todos los extranjeros, y aunque podían admirar a los persas y egipcios, y en ocasiones llegar a ser amigos de ellos, no tenían ningún inconveniente en reducir algunos de ellos a esclavos. El problema era distinto en el caso de esclavos griegos. Existían, ciertamente, y como la guerra brutaliza a sus participantes, había una pavorosa tendencia a esclavizar a las mujeres y niños de los vencidos.

En su larga duración, la esclavitud hizo un daño irreparable al viejo mundo. Al proporcionar un vasto arsenal de trabajo barato y en general no especializado, no creó incentivos para la invención de máquinas como sustitutos de los brazos humanos. La carencia de mejoras en las condiciones materiales griegas y la estática monotonía de su cultura en los siglos que siguieron a las conquistas de Alejandro es consecuencia de no haber aplicado sus conocimientos matemáticos a necesidades prácticas como la ingeniería y de su progresiva confianza en el trabajo esclavo. Las mentes creadoras rechazaban los conocimientos aplicados como inferiores a su propia dignidad e incluso en la guerra, que a menudo aguijona la facultad creadora, seguían usando las antiguas armas y armaduras. Sin embargo, en el siglo v aún no se había manifestado toda la influencia negativa de la esclavitud que, en cierto modo, seguía siendo beneficiosa. No era lo suficientemente numerosa para crear una amplia clase de trabajadores no especializados, con un ínfimo nivel de vida y realizando únicamente tareas serviles. Algunos esclavos debieron ser habilidosos artesanos e incluso artistas. Apenas si existía una producción masiva y aunque, por supuesto,

abundaban las chucherías baratas, no siempre eran de mala calidad y se contrapesaban totalmente por la buena calidad de los artículos domésticos y de los adornos corrientes. Un esclavo que hacía este tipo de trabajo se hallaba cerca de los hombres libres en sus intereses y además podía hablarles en sus mismos términos. Muchas viviendas eran lo suficientemente pequeñas como para que los esclavos fuesen casi miembros de la familia y se mezclasen fácilmente con ellos, evitando de este modo la segregación que destruye la dignidad. Los esclavos podían obtener su libertad y de hecho ocurría a menudo, tal vez porque sus dueños sintiesen que eran seres humanos como ellos. Sin embargo, es una triste paradoja que la Atenas democrática, que tanto hizo a partir de su creencia en la valía individual de cada hombre, soportase un sistema que lo contradecía totalmente. Los esclavos atenienses eran probablemente mejor tratados que los ilotas espartanos, pero no podían disfrutar del noble sentido del honor personal que Atenas proclamaba al mundo como el justo fin del hombre.

Teniendo en cuenta esta grave limitación, el sistema de Pericles dio poder no a unos pocos privilegiados sino a una gran parte de la población. En particular mejoró el sector que hasta entonces había estado socialmente sumergido y excluido de los cargos públicos. Este sector le proporcionaba tripulaciones para los navíos y trabajadores para los astilleros. Cada buque de guerra tenía ciento setenta remeros, muchos de ellos extranjeros y esclavos, y algunos hombres libres muy pobres. Todo barco tenía una tripulación de diez hombres libres y una guardia de treinta soldados que se costeaban su equipo y procedían de familias relativamente acomodadas. A medida que aumentaba el poder marítimo de Atenas, estos marineros y marinos fueron tomando progresivamente conciencia de sus posibilidades y responsabilidades políticas. Vieron que eran indispensables y pidieron algo a cambio. Su presencia en la vida política permitió a Pericles proseguir su programa democrático aunque, eventualmente, fortaleciese también la oposición contra él.

Se pone de relieve la dependencia de la democracia ateniense del sector naval en un curioso panfleto, atribuido a Jenofonte, llamado *La constitución de Atenas.* Seguramente no es obra de Jenofonte, y aunque por costumbre se conoce a su autor como el Viejo Oligarca, parece más bien ser un joven altanero que alardea adelantando que sus ideas son

arduas y perspicaces. Puede que escribiese después de la muerte de Pericles, pero está cerca de los que en vida se oponían a Pericles. Para este autor hay dos clases de hombres. La primera, a la que él pertenece, es considerada diversamente como la de los ricos, los buenos, los nobles, mientras que a la segunda, que identifica toscamente con el populacho, la llama la clase servil, baja, los pobres. Mucho tiene que decir sobre esta última clase, pero empieza con la paradoja de que, puesto que existen, es razonable que tuviesen poder «porque son los que tripulan los barcos y dan fuerza a la ciudad, y así en el caso de los timoneros, de los contramaestres, los capitanes de barco, los atrevidos pilotos y los calafates, pues son los que fortalecen a la ciudad mucho más que los hoplitas, los nobles y los buenos»[14]. Sigue diciendo que este elemento democrático es más poderoso que sus adversarios y pronuncia más discursos en la Asamblea. Teniendo en cuenta las exageraciones, el Viejo Oligarca capta una importante verdad de la política ateniense —el crecimiento de la marina llevó al poder a un amplio sector sumergido de la población—. Temístocles inició este proceso, Efialtes y Pericles lo intensificaron.

Este amargo panfleto nos relata un aspecto de la animadversión hacia Pericles; otro nos llega de una fuente inesperada. En su relato del modo por el que Darío llegó a ser rey de Persia, Heródoto presenta una breve discusión entre él y otros dos conspiradores, en la que comparan las ventajas y desventajas de la tiranía, oligarquía y democracia. Insiste en que esta discusión tuvo realmente lugar, pero sería demasiado hermoso para ser cierto. No obstante, es un ejemplo del simple pensamiento político que era popular en Atenas hacia 440, durante el apogeo del mandato de Pericles. La crítica de la democracia tiene muchos puntos en común con la del Viejo Oligarca cuando dice de ella:

> Nada hay que carezca más de conocimiento, nada más incontrolado que la chusma inepta. Es, sin duda, insoportable rechazar la insolente dominación de un tirano para caer bajo la igualmente insolente dominación de la atrevida canalla. Al menos el tirano sabe lo que se propone, la chusma no sabe nada. ¿Qué puede hacer si carece de instrucción y de sentido natural de lo que está bien y se lanza sin pensar en los asuntos como un río en las crecidas invernales? Dejemos las democracias para nuestros enemigos; nosotros cojamos a un grupo de hombres descollantes y pongamos en sus manos el gobierno[15].

Personalmente Heródoto admiraba la democracia ateniense, pero no ignoraba los ataques que contra ella se hacían. Durante todo el siglo v se opuso a ella una clase de hombres relativamente ricos, capaces de costearse su propio armamento y que, por lo tanto, formaban el ejército terrestre, que se consideraban superiores a todos los demás en costumbres, moral y ampliamente superiores en inteligencia y juicio práctico. La división entre las dos clases no era tajante. El mismo Pericles era un terrateniente y debieron de existir otros que también abandonasen sus tradiciones familiares por un nuevo ideal. Paralelamente los ricos tendrían sus aduladores que estimarían el prestigio de relacionarse con la buena sociedad. Pero existía realmente un foso entre ambos. Uno de los principales problemas de Atenas era evitar que se entablase una lucha abierta entre ambos grupos, lo que la destrozaría. En conjunto, lo logró en general, e incluso, cuando en 411 fracasó y sufrió la implantación de un gobierno oligárquico, pronto se deshizo de él.

Su seguridad era en gran parte el resultado de la política de Pericles de unir a Atenas por medio de su visión de lo que ella debía ser. Induciendo a la Asamblea a compartir sus propias convicciones lograba una consistencia que no podría esperarse de una masa desorganizada de votantes, y esto era lo que Tucídides admiraba cuando decía: «Pericles guiaba al pueblo en vez de dejarse guiar por él» [16]. La persistencia de esta unidad después de su muerte indica la firmeza de los cimientos de la democracia ateniense. Es cierto que Atenas estuvo gran parte del tiempo en guerra, y toda guerra une, en general, a un pueblo dividido apelando al patriotismo y al *temor a la derrota y sus consecuencias.* Pueden haber existido disensiones entre los jefes atenientes y, por lo tanto, variaciones en su política, pero la gran masa de ciudadanos permanecía ordenada y leal. Pericles no creó un estado en el que sus diferentes elementos estuviesen unidos en la mayoría de los puntos, pero dio pasión y convicción al patriotismo ateniense, y esto los guió en los momentos difíciles en los que un pueblo menos celoso habría caído en la disputa interna. Algo semejante pasaría en la mayoría de los estados griegos, pero en muy pocos prevaleció tanto el mero amor al país sobre la lealtad a una clase, grupo o intereses privados.

Seguía habiendo individuos y familias que favorecían a los espartanos y a los que habría agradado estar en buena armonía con ellos, mientras que otros estaban dispuestos a tra-

tarlos como posibles aliados. Pero Atenas no estaba dividida durante el siglo v por una violencia como la que arruinó a Corcira y la hizo pasar de ser un estado potente y poderoso a la impotencia e irrelevancia. En Atenas las familias acomodadas se beneficiaron, seguramente, de la expansión del comercio exterior y de los grandes avances de las industrias expertas, mientras que los pobres se encontraban bastante bien atendidos y podían, no sólo mirarse cara a cara, sino sentirse seguros de que eran, en varios honrosos aspectos, iguales a la clase de los hoplitas. Es más, aunque el cometido de los unos era la guerra en el mar y el de los otros la guerra en tierra, la mayoría de las expediciones fueron mixtas y todos los barcos llevaban un cierto número de hoplitas. Compartir las emociones y horrores de la guerra podía echar por tierra las distinciones de clase, que consistían principalmente en diferencias en las costumbres y lenguaje y carecían de importancia cuando urgentes problemas estaban en juego. Cuando hombres de diferentes orígenes se unen ante un peligro común para el estado y los anima una concepción semejante de éste, o bien las pequeñas barreras se van desvaneciendo hasta desaparecer, o bien el descontento las reanima, en la Atenas de Pericles pasaría mucho tiempo antes de que esto último sucediese.

De cualquier modo, las diferencias de clases no podían ser muy grandes. Algunas familias eran, en relación con el estándar de su tiempo, ricas por la posesión de la tierra, como Pericles; o de minas, como el historiador Tucídides; o de fábricas, como Sófocles, cuyo padre fabricaba armamentos. Pero esta riqueza era modesta en relación con nuestros criterios y en absoluto ostentosa. Las casas eran pequeñas; si se gastaba dinero era en fiestas y caballos y pocas cosas más. No cabe duda tampoco de que los atenienses se hablaban libremente, prescindiendo de la clase a la que perteneciesen. No existió en absoluto el servilismo que marcó a la Inglaterra Victoriana o a la Alemania del Kaiser. Sus intereses similares, muchos de ellos en el extranjero, lo hacía casi imposible. A juzgar por la tragedia y la comedia, los criados hablan sin inhibición a su amos, y en la *Electra,* del realista Eurípides, un humilde labrador trata abiertamente con la familia real. Esta igualdad se acrecentaba al compartir todos los atenienses ciertos cargos políticos. No era fácil que los hombres trabajasen juntos en los jurados sin entablar relaciones amistosas. Asociaciones asequibles de este tipo existen èn algunas socie

dades en las que se dan grandes diferencias en los ingresos, como en Rusia antes de 1917, en la China de todas las épocas y se ha intentado, con cierto éxito, en los Estados Unidos. Pero en Atenas funcionaban de modo diferente. La libertad se unía a la fraternidad, no a una fraternidad ilimitada o complaciente, sino viable e invalorable, para salvaguardar la unidad del estado. Existían fuertes oposiciones contra la política o personalidad de muchos hombres, pero la oposición no se atrevería a pedir que Atenas dejase de ser una democracia. Por supuesto, siempre había grupos de moderados dirigidos por líderes eminentes, aunque grises, pero Atenas tenía la suerte de que su economía no permitía la aparición de millonarios que podrían querer comprar el poder y cambiar la libertad de Pericles por el conservadurismo espartano.

La democracia que Pericles reorganizó e inspiró nos revela, al menos, sus principales características, pero sus motivos siguen siendo misteriosos: ¿por qué este aristócrata ateniense se consagró a forjar una democracia tan completa? Sus enemigos se conformaban con una simple respuesta: quería convertirse en un tirano y utilizar al populacho, como había hecho Pisístrato para lograrlo. Sin embargo, Pericles no buscó ninguno de los bellos signos externos apreciados por los tiranos, sino que prefirió una vida sencilla. Amaba el poder, no necesariamente por él mismo, sino porque le permitía hacer lo que quería por su país, y su sinceridad en esto es evidente por el valor con el que aceptó duras críticas y siguió firme en sus decisiones. Las tendencias democráticas no eran generales en su familia. Los alcmeónidas camparon por sus respetos y ayudaron a destruir a Temístocles. La paradoja de la carrera de Pericles es que reanudó la tarea de Temístocles donde él la había dejado incompleta y permaneció fiel a sus principios durante el resto de su vida. En esto fue decisivo su patriotismo, pero con un significado especial, a diferencia del significado que tuvo para otros líderes, igualmente patrióticos, pero no tan profundamente comprometidos.

El ideal de Atenas que Tucídides puso de forma tan elocuente en labios de Pericles parece verdadero en su entusiasmo. Es poco probable que Temístocles sostuviese puntos de vista tan complejos o tan profundamente meditados como ésos, y es en ellos en los que podemos ver el núcleo inspirador de la vida misma de Pericles y la explicación de su política. Creyó que el pueblo ateniense, liberado de viejas trabas y cargado con nuevas responsabilidades, era único y el más

estimable del mundo. En él, el ancestral amor al país, consagrado por una noble poesía de la gloria y del sacrificio, se había enriquecido con nuevos desarrollos en el pensamiento político que intentaban escudriñar y analizar lo que una generación anterior había simplemente dado por adquirido. En este viejo ardor sentimental, Pericles imbuyó una nueva convicción intelectual. Porque creía en Atenas, creía en todo lo que ella tenía y era y, por encima de todo, en la valía de sus ciudadanos particulares, cualquiera que fuese su clase u origen. Su logro extraordinario fue ver más allá de los límites que su educación le imponía y comprender que Atenas llegaría a ser una gran ciudad si todos sus ciudadanos desempeñaban su parte y se les daba la posibilidad de desplegar al máximo sus capacidades.

## 5. El nuevo imperialismo

Pericles halló un arma poderosa para reforzar la política ateniense en la Liga de los Aliados. La concentración de fuerzas en manos atenienses fue bien recibida mientras la liga estaba dirigida contra Persia. Pero el poder ateniense se extendió más allá de las necesidades estrictamente militares y navales. Cuanto más fuerte fuese la organización central, mejor equipada estaría la liga para oponerse a nuevas amenazas persas. Pronto se observaron síntomas de ellos y no se tardó en actuar. Su culminación acaeció en 454, cuando la tesorería de la confederación fue trasladada de Delos a Atenas. Para ello había un pretexto excelente. Delos estaba expuesta a un ataque por mar en un momento en el que Persia había empezado a restablecer su dominio en Egipto y a convertirse de nuevo en una amenaza para la flota ateniense. Existía la posibilidad de que cayesen por sorpresa y saqueasen la tesorería antes de que Atenas pudiese venir a rescatarla. Pero, por válido que fuese el pretexto, no podía ocultar la desagradable noticia de que Atenas tenía ahora el dinero totalmente bajo su control y podía gastarlo como le placiese. Ahora se guardaba bajo la custodia de la diosa nacional, y para refutar cualquier posible acusación de corrupción todos los pagos que se hacían se grababan finamente en la piedra

para que todos pudiesen verlos. Los atenienses estaban decididos a que Atenea se convirtiese en protectora de los aliados como lo era de ellos, y, bajo su patronazgo, la liga se convirtió en un imperio. Atenas recaudaba el dinero y lo gastaba como quería; reforzó la disciplina manteniendo guarniciones en las ciudades aliadas; se hizo cada vez más despiadada con cualquier intento de independencia de los aliados; usó la alianza contra enemigos otros que los persas. Si Atenas decidía una expedición militar, los aliados no tenían voz efectiva contra ello. En tiempo de paz el tributo se amontonaba en la tesorería y daba a los atenienses la seguridad de estar preparado, como ningún otro estado, para cualquier emergencia.

Al mismo tiempo Atenas controlaba más seriamente a los aliados. Prueba de ello es el caso de Eritrea, al este de Quíos, en la costa de Asia Menor, a la que, en 453-452, se obligó a rendirse. Se dictaron cautelosas reglas para la designación del Consejo local, piedra clave de un gobierno democrático. Tenía que formarse con la ayuda de funcionarios atenienses, y soldados atenienses tenían que quedar como guarnición. Se tomaron precauciones contra cualquier ayuda concedida a Persia, y así el primer objetivo de la liga se siguió observando. Por otra parte, se obliga a Eritrea a llevar ofrendas al festival nacional atenienses de la Panatenea, lo que indica un control más estrecho de lo que la mera dirección de la liga requeriría. Los estados tributarios tenían que proporcionar tropas en tiempo de guerra y aceptar las guarniciones atenienses en todo tiempo. Lo que empezó como una liga naval extendió sus funciones a la guerra terrestre, lo que podía, en ocasiones, haber sido una preocupación vital para ciudades marítimas.

La transformación de la liga en un imperio mostraba la mano conductora de Pericles, pero también en esto seguía los pasos de Temístocles, quien antes de que terminase la guerra persa usaba la flota para sacar dinero por medio de amenazas de las islas Egeas, especialmente de las que eran sospechosas de haber colaborado con los persas. Pericles, al concentrar el control en manos atenienses, la convirtió en un verdadero imperio. Vio en los aliados un instrumento espléndido para hacer poderosa a Atenas, que no se conformaba con mantener suelto y flexible. Atenas debía decir la primera y última palabra y el fin debía ser su mayor gloria. Así Pericles tomó medidas para hacer la liga más homogénea y manejable. No todos sus cambios cayeron bien, y algunos revelaban la severidad de la ambición ateniense. Detrás de todos aparece el

mismo deseo de fortalecer a Atenas como cabeza de un nuevo tipo de imperio. Ya que ella recolectaba el tributo, lo guardaba y lo gastaba, era un paso lógico y no necesariamente ofensivo el abolir las monedas locales e insistir en que sólo la ateniense era moneda de curso legal. Se recogieron las monedas locales, con sus múltiples y encantadores dibujos, y se fundieron, y con la plata obtenida se acuñaron más monedas según el modelo ateniense y con su emblema. Todas estas monedas eran de plata. Se hacían monedas de oro en Persia, pero no en Grecia, lo que suponía un único patrón para las monedas de metal. Antes de su estandarización, las monedas locales, seguramente, tenían sistemas de peso diferentes a los atenienses, lo que acarrearía retraso e irritación al cambiar de un sistema a otro. Todo pago requería un trato en el que una de las dos partes perdía dinero, y nada se lograba con esta pérdida de tiempo. El establecimiento de una única moneda estandarizada era una sólida ventaja para todas las empresas comerciales. No tenemos pruebas de que los aliados aborreciesen realmente el cambio. Sin duda, su orgullo local les llevaría a lamentar la desaparición de sus propios timbres y símbolos y la ubicua presencia de la lechuza ateniense en una cara de la moneda y de la cabeza de Atenea en la otra. Esto no dejaba ninguna duda de que Atenas estaba detrás de ello, pero, aunque los aliados sintiesen cierto resentimiento, con ello se agilizaban considerablemente sus finanzas.

Mucho más propia para provocar el descontento era la jurisdicción que Atenas defendía en casos criminales y en otros casos. Al principio era lógico que si había un caso entre Atenas y un aliado se resolviese en Atenas; si a alguien se le acusaba de traición a la alianza era menos lógico. Pero Atenas extendió aún más sus poderes. En el convenio con Calcis, después de su sublevación de 446, fijó que en todos los casos en que supusiesen pena de muerte o privación de derechos civiles, el juicio tendría lugar en Atenas. También en este caso había algo que alegar. Estos delitos podían ser delitos contra la liga o las democracias particulares en ella incluidas, y parcialidades locales podían interferirse con la justicia. Sin embargo, toda disputa sobre la infracción de un contrato entre un ateniense y un aliado se decidía en la ciudad del demandado, porque Atenas declaraba que no usaba su poder para favorecer sus intereses personales. La declaración era sólo parcialmente cierta, pero el resultado bastante justo.

Podemos sospechar que en general, mientras los aliados demócratas serían bien tratados, tal vez incluso mejor de lo que merecían, los aliados oligárquicos no estaban seguros de lograr justicia, y esto acrecentaría su antagonismo contra Atenas.

A la par que Atenas acrecentaba su poder, acentuaba también su exclusividad. Todos los griegos consideraban a los extranjeros bárbaros, pero no juzgaban a los griegos extranjeros. Para ellos la Hélade, pese a sus diferencias políticas, geográficas y culturales, era una unidad por la que, en un caso extremo, eran capaces de realizar una acción conjunta y que revelaba su carácter en la celebración, periódicamente, de festivales panhelénicos, como los juegos de Olimpia y Delfos. Los miembros de la liga estaban unidos a Atenas por intereses comunes y en diversos casos por usos y costumbres, ya que compartían la lengua y los hábitos de la sección jónica del pueblo griego. Podríamos, por lo tanto, esperar que Atenas reforzase este sentido de comunidad e hiciese sentir a los miembros de la liga que compartían los privilegios y derechos de los atenienses. Pero sucedió todo lo contrario; en 451-450, Pericles hizo aprobar una ley por la que sólo los que tenían padres atenienses por ambos lados podían ser plenamente ciudadanos atenienses. Puede haber tenido razones poderosas para esta política que nos sorprende desfavorablemente. El rápido incremento de la prosperidad ateniense llevó a muchos griegos de otras regiones a establecerse en ella, y Pericles pensaría que, puesto que no había seguridad de que antepusiesen los intereses atenienses, no debían gozar del privilegio verdaderamente ateniense de gobernar el país. Puede incluso haber creído que los atenienses eran congenitalmente superiores a los otros griegos y que esto debía reconocerse con medidas prácticas. Sin embargo, al mismo tiempo Pericles quería contrarrestar la xenofobia y se enorgullecía de la sensata actitud ateniense para con los extranjeros:

> Nuestra ciudad está abierta y no hacemos expulsiones periódicas para evitar a la gente que observe o descubra secretos que puedan ser de interés militar para el enemigo [1].

Aunque pueda parecer contradicho por la práctica ateniense, Pericles piensa en la actitud suspicaz e intolerante de Esparta para con los extranjeros, y esto no lo halla en Atenas. Atenas está abierta, es hospitalaria con los visitantes, pero políticamente se reserva para los suyos, aunque sólo sea para

estar libre para seguir su propio destino. Es más, los miembros de las ciudades aliadas disfrutan en todas partes de la protección de Atenas y pueden pedirle ayuda en caso de necesidad. Muchos de los aliados sentirían que los trataban como ciudadanos de segunda clase, pero, incluso esto, podía tener sus ventajas, ya que suponía estar libre de algunas de las cargas y responsabilidades que tenían los atenienses.

A pesar de su limitación de la ciudadanía, Atenas estuvo abierta a visitantes de todas partes de Grecia. El historiador Heródoto no sólo pasó varios años allí, sino que hizo de Atenas la protagonista de su historia. Procedía de Halicarnaso, una ciudad doria en la costa suroeste de Asia Menor, que pagaba tributo a Atenas. Su contacto con la ciudad inspiró la obra de su vida e incluso pocos atenienses muestran una apreciación tan viva de lo que la ciudad significó. Aunque en esta época Atenas aún no había producido filósofos o científicos de especial relieve, acogió a los que vinieron de fuera y se convirtió en la segunda patria de muchos hombres que tenían ideas buenas o malas sobre asuntos tan diversos como la estructura del universo o el triunfo en los tribunales de justicia. Les atraía menos por las recompensas materiales que por el interés suscitado por sus obras y la oportunidad de encontrar a hombres con gustos y aptitudes semejantes. Estos hombres, en la mitad de los casos, procedían de ciudades aliadas y no eran hostiles a Atenas. Ion de Qvíos vino de una isla que reclamaba la dignidad de ser un aliado pleno; se hizo amigo de Sócrates y evitó mezclarse en las disputas locales atenienses. Ion escribió tragedias que fueron representadas en Atenas y recogió memorias, de las que unos trozos escogidos sobreviven, sobre hombres que había encontrado y conocido.

No se estableció la unión de los aliados con Atenas como mera conveniencia: se le dio cierta dignidad bajo la supervisión de los dioses. A veces un estado aliado llegaba a un acuerdo con Atenas y se comprometía bajo juramento a guardar sus promesas. Nos han llegado en incripciones ejemplos de estos juramentos, y, aunque con diferencias de detalle, todos hacen solemnes promesas de amistad. En Eretria, Calcis y Samos los atenienses juraron hacer cuanto estuviese de su parte en beneficio de los aliados afectados. No eran estos juramentos una forma vacía. Los griegos creían que quebrantar un juramento atraía la venganza de los poderes infernales. Los juramentos imponían una obligación solemne a las dos

partes que intervenían en el contrato y daban a éste una autoridad religiosa. Con este mismo espíritu se intentó asociar los dioses atenienses a la actuación de la liga. Una parte de toda contribución se pagaba a Atenea, en cuyo templo se guardaba el dinero. Los pagos se efectuaban en el festival de primavera de Dioniso, en el que se representaban tragedias y comedias y se esperaba que los comediógrafos atenienses se comportasen con decoro en presencia de los aliados. Si no lo hacían podían ser demandados, como lo fue en 426 Aristófanes por haber ridiculizado al líder democrático Cleón en sus *Babilonios*. Los aliados tenían obligación de proporcionar animales y armas para la procesión panatenaica en honor de la diosa nacional. A la vez los atenienses poseían templos especiales en territorio aliado, como Calcis, Mitilene, Egina, Col y Samos. En ocasiones los construían los aliados, pero, a pesar de ello, eran muestras visibles de la dominación ateniense y del poder divino sobre el que se basaba.

Un espíritu parecido pero más exaltado y exclusivamente ateniense subyace a la política de Pericles de costear espléndidos edificios en la Acrópolis con el dinero acumulado por los tributos. Podían hallar excusas para ello. En el intervalo de paz entre dos guerras con Esparta, de 451 a 431, el alcance del tributo se estaba acumulando más de lo que se necesitaba para armamentos, incluso en muy fuertes cantidades. Pericles parecía suponer que los aliados estarían encantados de que su dinero se dedicase a edificios tan bellos como el Partenón y que así ellos quedarían también bajo la protección de la diosa. Fue duramente criticado por esto, y muchas de estas críticas debieron de partir de los aliados. Pero logró que su pueblo lo apoyase. Se sentían orgullosos de la gloriosa encarnación del espíritu nacional y de su diosa nacional. Detrás de ello estaba la idea de que Atenas tenía que inspirar a Grecia una unidad espiritual más fuerte que una liga unida simplemente por acuerdos y convenios.

Sin embargo, aunque esta exhibición tenía que impresionar a los aliados y hacerles sentir que compartían algunas, si no todas, de las glorias atenienses, los aliados no siempre respondieron con entusiasmo. Se ha dicho que, al imponerles su deseo, Atenas iba en contra de un sentimiento que insistía en que todos los griegos eran iguales, siquiera frente a los bárbaros. Incluso si este sentimiento no era tan profundo o consciente como se supone, era útil como propaganda en contra de Pericles y de sus partidarios que lo desafiaban. Pro-

bablemente lo explotaban quienes tenían más motivos de queja. Es decir, las clases más ricas de las ciudades aliadas, sobre quienes recaía mayor parte de tributo y no obtenían gran cosa a cambio. Pues Atenas prefería las democracias a las oligarquías, y tras la ascensión de Pericles estaba más resuelta a ayudarlas. Para el bando aristocrático era una odiosa política, ya que significaba reducir sus privilegios y propiedades y dar participación en el gobierno local a los ciudadanos más pobres, a quienes ellos consideraban miembros desdeñables de la comunidad. Estos aristócratas, con buenas razones, miraban a Atenas como a un posible enemigo. Preferían los espartanos a los atenienses, ya que los espartanos favorecían las oligarquías locales, no se interferían en ellas e incluso las ayudaban en tiempo de peligro. En cuanto veían una oportunidad para hacerse con el poder la aprovechaban. Fueron ellos los que acaudillaron las sublevaciones de Eubea en 447, de Samos en 440-439 y de Mitilene en 428. En ningún caso fueron levantamientos a escala nacional; en cada uno de ellos sus líderes parecen haber sido un reducido grupo de hombres que tenían sus propias razones para odiar a Atenas y esperaban minar su autoridad. No deseaban necesariamente que sus países fuesen independientes, pero sí ejercer un mayor poder en su país de lo que permitían los sistemas democráticos existentes. En Mitilene los rebeldes publicaron una proclama que declaraba su sublevación de interés nacional, pero no consiguieron ayuda. Cuando, mucho después de la decadencia de Atenas, sus detractores señalaron, como causa de su fracaso, la hostilidad que había despertado, pensaban en los partidos oligárquicos, que preferían Esparta a Atenas y la independencia a ambas. Mientras Atenas fue fuerte, estas sublevaciones fueron aplastadas, lo que parece indicar que no eran masivas. Las críticas interiores y exteriores contra Atenas atestiguan, sin embargo, un descontento creciente. El odio de los oligarcas a Atenas y a sus amigos demócratas puede apreciarse en Corcira, estado no tributario. Los oligarcas desencadenaron una campaña de brutal salvajismo y los demócratas se vengaron ferozmente. En líneas generales, los oligarcas consideraban que era bastante malo perder sus antiguos privilegios; peor que fuese a causa de los atenienses; y aún peor pagar encima por ello. Había una importante oposición a Atenas entre los aliados, pero fueron los aristócratas descontentos los que le dieron forma y la capitanearon; éstos eran

más numerosos en los grandes estados que en los pequeños, y en ocasiones se impusieron cruelmente.

La prueba de que la dominación ateniense no era totalmente aborrecible para sus aliados la hallamos no en palabras, sino en hechos. A pesar de las oportunidades que tuvieron de volverse contra ella cuando Atenas estaba en peligro, las democracias aliadas casi nunca lo hicieron hasta mucho después de la muerte de Pericles, y entonces siempre bajo inspiración oligárquica. Los oligarcas tramaban las sublevaciones importantes y, al fracasar, demócratas que permanecían fieles a Atenas ocupaban sus puestos. La medida era prudente. Si los demócratas locales se unían para volverse contra Atenas, sus propios compatriotas, con toda probabilidad, mostrarían su ingratitud intentando reducirlos a su antigua humilde posición y retirándoles las tierras y libertades que habían ganado en el intervalo. Si en el interior de una democracia estaba en el poder porque controlaba la mayoría de los votos en la Asamblea local, en asuntos exteriores era esencial unirse bajo el dominio ateniense para lograr la ayuda de Atenas en momentos de crisis. Fueron, sin duda, consideraciones de este tipo, y no simplemente el amor y la admiración por Atenas, lo que mantenía leales a los aliados, pero en conjunto le guardaron lealtad. En el siglo IV, cuando habían pasado los grandes días de Atenas, al recordarlo se consideró el imperio como un sistema admirable y benéfico que garantizaba a muchos griegos la libertad en diversos dominios. Mientras existió suscitó sentimientos conflictivos, pero su pervivencia durante tanto tiempo muestra que no podía haber sido universalmente detestado. La lucha de clases en Grecia podía alimentar una brutalidad sangrienta, y las atrocidades de Corcira no fueron, en modo alguno, únicas. Interesaba a los demócratas evitar cualquier cosa de este tipo, y la violencia que les mostraron sus adversarios indica cuánto les temían y lo fuertemente que se les suponía atrincherados en el poder. Atenas dio a las masas un sentido de sus derechos y de su dignidad por el que estaban dispuestos a luchar, no sólo contra enemigos inmediatos en el interior, sino contra Esparta u otros enemigos que encarnasen los sentimientos que ellos rechazaban.

Los hechos hablan por sí solos; por eso resulta sumamente extraño que el juicioso Tucídides se aleje de su costumbre y declare que el imperio era odiado y siempre un peligro posible para Atenas. Lo declara como opinión personal cuando,

al hablar del estallido de la guerra entre Atenas y Esparta en 431, dice que toda Grecia estaba a favor de Esparta:

Tan amargo era el sentimiento general contra Atenas, tanto de los que deseaban escapar a su dominio como de los que temían caer bajo él[2].

La misma opinión es repetida, bajo diferentes formas, por los enemigos de Atenas, especialmente por el rey espartano Arquidamo, quien habla del «odio general contra Atenas»[3], por descontentos samianos que dijeron al almirante espartano Alcidas que eran aliados de Atenas contra su voluntad y por otros enemigos de Atenas en Sicilia y otros lugares. Es lógico y creíble que los espartanos y sus aliados se animasen con la idea de que Atenas, pese a su apariencia de enorme poder, tenía una debilidad fatal que era la deslealtad de sus aliados. Lo que resulta más sorprendente es que haya atenienses de la misma opinión —en 427 el demagogo Creón, cuando denuncia lo que llama la «debilidad ateniense de sus aliados» [4] y en el invierno de 416-415 el enviado ateniense a Melos, que dice que están preocupados por «sujetos que están ya exacerbados por la coacción que nuestro imperio les impone» [5]. Finalmente, el mismo Pericles parece compartir esta opinión cuando habla del imperio y del «peligro procedente del odio en el que hemos incurrido al administrarlo» [6]. Este odio, por supuesto, incluye el odio de Esparta y sus amigos, pero no puede reducirse a él.

Confirma el Viejo Oligarca que los partidos oligárquicos de los aliados eran hostiles a Atenas, y añade que «es necesario al gobernante ser odiado por el gobernado» [7], y acepta esto como ley de vida ejemplificada por el imperio ateniense. Cualquiera relacionado con estos círculos estaría convencido de que se odiaba a los atenienses. No es tampoco demasiado sorprendente que Pericles esté de acuerdo. Escribe su opinión después del colapso de Atenas en 404, cuando aún estaba viva en la memoria la deserción de sus aliados en el año anterior. Y lo aplica a un pasado más lejano de lo que correspondía. Puede, incluso, haber sido lo que él mismo temía antes de ser exiliado. Por ser un ateniense rico, conocería entre los aliados a hombres tan ricos como él a quienes les desagradase la democracia. Existía esta actitud y se hizo mucha propaganda de ella, pero no tiene por qué haber sido universalmente cierta.

Lo que Pericles pensaba del imperio en el que había transformado la liga habría que deducirlo de los tres discursos que Tucícides le presta y que encarnan la esencia de lo que Pericles dijo en importantes ocasiones hasta el final de su vida. En el primero traza con detalles realistas y juicios desapasionados su política para ganar la guerra; describe las superioridades atenienses sobre los espartanos en recursos y dinero y proyecta una *gran estrategia*. En el segundo, que es un discurso en honor de los muertos en el combate, los conmemora alabando a la ciudad por la que han muerto y presenta su ideal de Atenas. En el tercero ataja las críticas que han censurado su manera de conducir la guerra en los dos primeros años, y al mismo tiempo emite algunos veredictos justos y considerados sobre las cargas del imperio. En cada discurso hay frases que suenan auténticamente a Pericles, y es difícil no creer que dijo: «Lo que temo no es tanto la estrategia del enemigo como nuestros propios errores», o «el mundo entero es el sepulcro de los hombres famosos», o «no podéis seguir disfrutando los privilegios del imperio, a no ser que también soportéis sus cargas» [8]. Los tres discursos siguen una misma línea y exponen vigorosamente sus puntos de vista, como si respondiesen a una misma actitud personal, a la actitud de Pericles. Implican, más que declaran, un concepto de lo que el imperio es y de lo que debería ser. Pericles lo supone tan conocido que no necesita explicarlo. Se ha hecho parte de su pensamiento político y entra igualmente en sus cálculos financieros y estratégicos.

Primero, Pericles ve en el imperio un instrumento de guerra indispensable. Proporciona barcos y dinero, que, en su opinión, son los principales recursos de Atenas y su más prometedor instrumento de victoria. Los primeros le permiten combatir en cualquier lugar donde lo desee; el segundo supone amplias reservas que los peloponesos, viviendo de una arcaica economía agrícola, no pueden nunca esperar adquirir. Declara que si Atenas llegase a ser derrotada por tierra, perdería a sus aliados «de los que depende nuestra fuerza», pero planifica el evitar esta eventualidad. Contra ello declara el total dominio del mar del que goza Atenas:

> Con nuestra marina como está hoy no hay poder en el mundo —ni siquiera el Rey de Persia ni cualquier pueblo bajo el sol— que pueda impediros navegar donde queráis [9].

Pericles vio que el imperio era indispensable para el crecimiento y mantenimiento del poderío ateniense, lo que constituía su principal argumento para defenderlo.

En segundo lugar, Pericles considera la formación del imperio una noble hazaña por la que sus compatriotas merecen, especialmente los de las generaciones precedentes y presentes, la suprema alabanza:

> Porque a la herencia recibida añadieron todo el imperio que ahora poseemos y no fue sin sangre y esfuerzo que nos lo proporcionaron a los de la presente generación. Y nosotros mismos, hoy aquí reunidos, la generación aún en plena madurez, hemos acrecentado en muchos aspectos el poder de nuestro imperio y lo hemos puesto en tal estado que es perfectamente posible guardarlo tanto en la paz como en la guerra [10].

Todo griego pensaba que era su obligación lograr que su ciudad estuviese salva y próspera, pero no pensaría necesariamente que debía extender sus dominios. Todas las ciudades griegas tenían de vez en cuando luchas con sus vecinos, pero no era su propósito el formar un vasto imperio. Incluso en el caso de Esparta, su dominio sobre el Peloponeso, en parte por medio de gentes sometidas que durante siglos habían sido casi siervos, en parte a través de alianzas con estados autónomos, era, en teoría, un desarrollo del antiguo e histórico papel de Esparta como líder de Grecia. En este asunto Pericles siguió su propio camino e impuso a su pueblo su propia concepción del imperialismo ateniense. Sin embargo, puede que tuviese presente, en el fondo de su pensamiento, a Esparta, pues hace hincapié en que «de todas las potencias helénicas hemos tenido el mayor predominio sobre los griegos» [11]. Para Pericles era motivo de orgullo para Atenas el gobernar a los griegos como si los bárbaros realmente no mereciesen la pena.

En tercer lugar, el Pericles de Tucídides no dice nada claro de la confianza que merecen los aliados, pero sugiere que tienen aversión a Atenas y que se revolverán contra ella si tienen la oportunidad. Esta es la razón por la que Atenas debe evitar los grandes reveses. Ve en Atenas no su benefactora, lo que a fin de cuentas era en ciertos aspectos, sino como una severa ama. Compara su poder con el de una verdadera tiranía en que, aunque estuviese equivocada al amapararse del poder, es mortal para ella soltarlo. Es un bello refinamiento de una idea de su tiempo. Era fácil comparar el

dominio de Atenas al de una tiranía por el hecho de que Atenas lo llevaba en sus propios intereses y lo guardaba por la fuerza. Aristófanes, posteriormente, lo reconocía, cuando al hacer a su coro dirigirse a una personificación del pueblo ateniense como Demos dice:

> Orgulloso, oh Demos, tu dominio.
> A ti, como Tirano y Rey,
> Todos los hombres temen y obedecen[12].

Estas palabras son benévolas y alegres, como correspondería a ciertos tiranos, pero la acusación de tiranía contra Atenas, aunque hábilmente esquivada por Pericles, fue aceptada por su menos conveniente sucesor y se convirtió en un tópico de sus enemigos. Los oligarcas griegos, que sufrían de la política ateniense, le consideraron un tirano en el peor sentido —advenedizo, sin escrúpulos y sanguinario—. La acusación se hizo más fuerte porque en sus principios e incluso después la liga declaró oponerse a la tiranía, al menos tal como se encarnaba en Persia y ésta la alentaba, y algunos de los juramentos que ligaban a sus miembros rechazaban toda propensión a ella. Por supuesto, «tiranía» seguía siendo un término ambiguo y podía emplearse en la literatura elevada como equivalente a «realeza», pero no es esto lo que los adversarios de Pericles, y él mismo, entendían por ello. Sus adversarios, en general aristócratas, consideraban la tiranía como un intento de organizar al proletariado bajo un único líder en alguna causa perniciosa. Pericles sabía que esto se decía de Atenas, y no se avergonzaba de repetirlo y de admitir que había algo de esto. Los atenienses eran partidarios de reconocer los hechos y actuar conforme a ellos. Aunque sabía lo indispensable que eran los aliados, no tenía ningún afecto, ni confianza ni gratitud, por ellos, y no podía librarse del temor de que, si tenían la posibilidad, dejarían a Atenas en la estacada. Aunque hable de que Atenas era la escuela de la Hélade y piense que su misión es llegar a una más amplia democracia, no está convencido de que sea siempre posible y tiene demasiado en cuenta su fracaso. Aunque estas dudas puedan haber endurecido a los atenienses, no habrán enardecido los corazones de los aliados.

Pericles conocía los temores que obsesionaban a algunos de sus compatriotas acerca de los aliados, y él mismo los compartía hasta un grado inesperado. Probablemente se equivocaba en esto. No era tan peligroso como él pensaba. Sus

preocupaciones muestran la magnitud de su solícita preocupación por Atenas y se justifican con la probabilidad de que, si Atenas fuese derrotada, sus aliados, voluntaria o involuntariamente, la abandonarían aunque sólo fuese porque no tendrían opción a obrar de otro modo. Sentía este temor y puede haberlo endurecido en su manera de tratar a los aliados y hacerlo insuficientemente apreciador de sus esfuerzos. Toda su actitud muestra que, lejos de ser un indiferente explotador del poder imperial, era cauteloso hasta la incertidumbre y estaba preparado para prever cualquier posibilidad.

Es posible, incluso probable, que al rehacer estos discursos de Pericles Tucídides les haya dado, sin darse cuenta, una parcialidad contra los aliados, que originariamente no contenían en esa medida. Sin embargo, Pericles tenía una predisposición semejante, dictada por un desasosiego frente a la lealtad de los aliados. Es bastante natural, pero lo que resulta extraño es que Pericles nunca viese lo que podía ganar Atenas si trataba mejor a sus aliados. Si en vez de imponerles su poder los hubiese tratado como auténticos iguales en una tarea común, podría seguramente haberlos temido menos. En la práctica debió de hacerlo así a menudo, pero Pericles nunca dijo nada sobre esto y no parece entrar en su idea del imperio. Acaso tal idea fuese extraña al pensamiento griego de su época, ya que, incluso posteriormente, la unión sobre una base de igualdad nunca fue muy popular. Tal vez las ideas existentes acerca de un imperio acentuaban la importancia de gobernarlo por la fuerza, como los persas gobernaban el suyo. Pero si Atenas realmente tenía una misión civilizadora habría trabajado mejor en unos términos más generosos. Parece que el obstáculo era más bien que Pericles aceptaba el poder no simplemente como natural e indipensable, sino como algo digno de ejercerse por sí mismo. Como veremos, era este concepto —alimentado por lo que Atenas era y por lo que deseaba ser— lo que produciría un cambio tan poco usual en su noción de imperio.

# 6. La filosofía del imperio

Las conquistas son un rasgo dominante del segundo y primer milenio a. C. Los reyes-dioses del Cercano Oriente gastaron sus arrogantes energías en combatirse los unos a los otros, y los imperios surgieron y decayeron con sensacional derroche de sangre y esfuerzo. Estas conquistas no reportaban ningún provecho palpable a los conquistadores. Botines y esclavos fueron sus ganancias más importantes. Por otra parte, era regla común la destrucción de las ciudades capturadas y de las poblaciones derrotadas, y, si esto daba grandes oportunidades para refinamientos ingeniosos de barbarie, no acarreó ninguna ventaja duradera. Tampoco lo pretendía. Las guerras se hacían para gloria de los reyes-dioses, quienes alardeaban de sus victorias en grandilocuentes frases grabadas en las plazas públicas. Si las ganancias económicas apenas les importaban, menos les interesaban las ideologías, y no tenían la pretensión de mejorar las condiciones de vida de sus víctimas. Pero en los siglos VII y VI las potencias que reinaron alrededor de la Grecia asiática y dominaron el Asia Menor vieron que las conquistas podían tener una utilidad más práctica que la mera gloria. Podía obligarse a los pueblos conquistados a pagar tributo y a proporcionar soldados al ejército. Fue lo que Persia, bajo Ciro y Darío, exigió al someter las ciudades

griegas de Asia Menor mediante una serie de campañas militares de gran eficiencia. El imperio persa, regido por un Rey de reyes semidivino, permitía, sin embargo, a sus súbditos cierto grado de autonomía. Empleaba tiranos locales en sus ciudades griegas, que controlaba a través de sus poderosos sátrapas. La estructura piramidal de su imperio estaba bien adaptada a su vasta extensión, pero requería un fuerte poder central. Lo poseía y, aunque pudiese en ocasiones presentar fallos, eran generalmente remediados. Persia bajo Ciro dominó a los griegos asiáticos, luego con Darío y Jerjes avanzó hacia la Grecia continental y obligó a sus habitantes a enfrentarse con ella por las armas y a confrontarla con sus propias tradiciones.

A la larga los griegos responderían violentamente a la confrontación con Asia, cuando en el tercer cuarto del siglo IV a. C., Alejandro de Macedonia conquistó todo el imperio persa, y lo habría gobernado al modo persa si su muerte prematura no hubiese dejado sus vastos dominios sometidos al parcelamiento entre sus generales. Pero no era el primer griego que pensaba crear una monarquía según el modelo persa. El regente espartano Pausanias, tras derrotar a los persas en Platea y avanzar sobre Bizancio, urdió hacerse rey de toda Grecia con la ayuda persa. Al enviar algunos prisioneros como regalo a Jerjes, le mandó también una carta que contenía las siguientes palabras:

> Tengo la intención de, con tu aprobación, casarme con tu hija y someter a tu autoridad a Esparta y al resto de Grecia. Pienso, realmente, ser capaz de hacerlo con tu ayuda [1].

Pausanias, al menos, se proponía actuar bajo el Gran Rey, pero su plan de gobernar a una Hélade unida no tenía paralelo desde los primeros tiempos heroicos, cuando Agamenón condujo una confederación de reyes contra Troya. Pausanias sufría de megalomanía y desestimaba toscamente las dificultades que este plan suponía por parte de los griegos, pero sus palabras, conservadas por una excelente autoridad, indican que esta idea era posible en Grecia, aunque fuese poco popular. Después de él no parece que ningún griego del siglo V acariciase ambiciones análogas a un nivel panhelénico. Los objetivos imperialistas existieron, pero bajo formas bastante diferentes.

En sus empresas coloniales de ultramar, los griegos se apoderaban de las tierras de los propietarios indígenas, a los que

mataban o reducían a la esclavitud. Estas colonias mantenían relaciones con las metrópolis, pero no estaban subordinadas a ellas, y por muchas colonias que una ciudad fundase no constituían nada parecido a un imperio. La ciudad fundadora podía imponer prerrogativas religiosas o de otro tipo, designar a algunos funcionarios o, en tiempo de peligro, pedirles ayuda, pero esto era casi todo lo que se atrevía a hacer. Una colonia como Córcira podía estar en pésimas relaciones con su ciudad madre, Corinto; si los griegos se hubiesen conformado con limitar su expansión a la fundación de colonias, nunca habría surgido un sistema imperial. Cuando surgió fue obra del ingenio de la Atenas democrática, y surgió con unas características sumamente diferentes. Cuando Pericles convirtió la liga antipersa en un imperio ateniense, sus motivos eran muy otros que los del rey persa o de su imitador Pausanias. El imperio ateniense era un fenómeno nuevo, sin apenas precedente o paralelo. Se basaba sobre presupuestos que habrían sido incomprensibles para los omnipotentes autócratas, quienes no tenían más objetivo que su glorificación personal, e incluso esto les parecía tan evidente que no necesitaba justificarse.

Los atenienses tenían, por el contrario, una concepción del imperio nueva y revolucionaria. Cuando Pericles declaró que Atenas era una escuela para toda Grecia, pensaba en su activa defensa del gobierno democrático y de los presupuestos que lo sostenían. En general, creía que un estado no debía conformarse con permanecer inalterable, sino que justificara su existencia con desarrollos en diversas direcciones. Los estados conservadores de Grecia, bajo las oligarquías de terratenientes o comerciantes, creían que el cambio político era innecesario y con gran probabilidad malo. Su idea era la de un orden armónico en el que cada uno tuviese su lugar y permaneciese en él y en el que la tranquilidad pública reflejase la tranquilidad interior de espíritu. Tales ideas eran apropiadas para un pueblo que seguía creyendo que hay que venerar a los dioses y que los hombres no deben buscar para sí mismos prerrogativas divinas. Pero en el siglo v se fraguaban otras teorías y, aunque se seguía venerando a los dioses, teorías naturalistas sustituían e incluso se oponían a la creencia religiosa, y el progreso de la humanidad se adscribía en gran medida a sus propios esfuerzos. En Atenas esto significó que se buscó la acción por la acción y se la consideró como un empeño honorable para la ciudad. Así en las *Suplicantes,* de Eurípides, el heraldo tebano, que habla en nombre de una po-

lítica anticuada, intercambia ideas con Teseo, que representa lo mejor de Atenas:

*Heraldo:* Vuestro camino es la acción y también el de vuestra ciudad.
*Teseo:* Cierto. Grandes son sus esfuerzos y grandes sus alegrías [2].

Una doctrina semejante apelaba al sentimiento del honor ateniense y a su deseo de gloria, pero agraviaba a ciudades con menor resolución y energía.

Era inevitable que este espíritu suscitase oposición e inquietud, ya que una de sus consecuencias principales era la expansión del poder ateniense sobre otros estados. Atenas fracasaría en Egipto y Beocia, pero si sus aliados se sublevaban pronto eran vueltos a la sumisión, e incluso sin sublevarse podía gravarlos con cargas adicionales y obligarles a anteponer los intereses atenienses a los suyos propios. Los atenienses eran célebres por su insaciable actividad. Se cuenta que los corintios, que los odiaban, dijeron de ellos:

Para ellos, descansar es hacer lo que tienen que hacer; prefieren el trabajo y la actividad a la paz y la quietud. En una palabra, son por naturaleza, incapaces no sólo de vivir una vida tranquila, sino además de dejarla vivir a los demás [3].

En la opinión ateniense, la vida activa era tan loable por sí misma que compensaba cualquier objeción que pudiese alzarse contra su dureza y severidad. Era el precio que había que pagar por la gloria, y su logro lo justificaba.

Esta opinión no era incompatible con la religión olímpica, y Pericles armonizó ambas a su manera. El punto clave de su credo era la creencia en el carácter divino de Atenas. Para Pericles era algo más que la «ciudadela de los dioses», como Píndaro la llamó [4]. La veía bajo una luz especial, y sentía que en sus momentos de gloria sus hijos se parecían a los dioses. Así declaró que los caídos en la guerra samiana se habían hecho inmortales, como los dioses:

no podemos conocer a los dioses mismos, pero por los honores que reciben y las bendiciones que otorgan concluimos que son inmortales [5].

Incluso, aunque haya algo de sofisticación en estas palabras, no podemos dudar de la veneración de Pericles por los caídos.

Tenemos un testimonio harto patente de la parte que Pe-

ricles asignaba a la religión en la vida pública. Hacia 449 convocó a los estados griegos continentales para discutir lo que iba a hacerse con los templos atrasados por los persas, pero Esparta frustró cualquier respuesta cooperativa. Entonces Pericles mandó reconstruir suntuosamente los de Atenas. El nuevo templo de la diosa virgen Atenea, el Partenón, sobrepasaría a todos los demás templos en tamaño y esplendor, proclamaría la gloria de Atenas a los navíos que pasasen por el golfo de Salónica y despertaría el asombro y la admiración de sus tripulantes. Pero, aunque Pericles conocía las consideraciones políticas involucradas en estos edificios, le impulsaba algo más que el mero patriotismo. En su suprema atención a Atenea mostró que deseaba que la considerasen la diosa patrona de Atenas. Su cabeza figuró mucho tiempo en las monedas atenienses; en el frontón del templo, construido por Pisístrato y destruido por los persas, se mostraba en triunfante batalla contra los gigantes; en 458 aparecía sobre la escena en las *Euménides* de Esquilo. Los atenienses la honraban como su diosa propia y, aunque tenía importantes cultos en otros lugares, Atenas era su patria especial. No es fácil analizar lo que significaba para el ateniense ordinario o incluso extraordinario, pero son evidentes sus principales características. Primero, era la diosa guerrera —la Campeona—, y como tal una estatua suya, obra de Fidias, se colocó al aire libre en el Acrópolis, mirando a todo lo que entraba por la gran puerta Propilea. En segundo lugar, era una diosa virgen, y esto le confería una distinción y dignidad de la que carecía, por ejemplo, la Afrodita corintia y la capacitaba para ser el apoyo de las empresas viriles, la leal compañera de sus acciones y aventuras. En tercer lugar, era la protectora de artesanos y artistas, y como tal apropiada a los atenienses, de quienes Pericles dijo: «Amamos lo bello sin extravagancia» [6] Era apropiada para su puesto, y Pericles vio las implicaciones internas de la preeminencia que le daba. Encarnaba esa inteligencia activa y creadora que se satisface fabricando y haciendo, tanto en actividad política como en bellas artes. Como tal merecía todos los honores que se le otorgaban.

El Partenón se diferencia de los restantes templos griegos por estar concentrado enteramente sobre la diosa, a la que estaba dedicado. El noble templo de Zeus en Olimpia no estaba, en modo alguno, concentrado sobre Zeus. Contenía en el interior su estatua en oro y marfil, pero en el exterior las metòpas escenificaban los trabajos de Hércules; un frontón re-

presentaba la intervención de Apolo en una lucha entre lapitas y centauros, el otro el momento anterior a la carrera de carros entre Pelops y Oenomaos, en la que Zeus ocupaba la parte central, pero tenía muy poco que ver con la historia. No era obligatorio, ni siquiera habitual, que las esculturas de un templo griego celebrasen únicamente al dios al que estaba dedicado. Sin embargo, el Partenón trata casi exclusivamente de Atenea y de su peculiar tarea de civilizar a la humanidad. Su nombre significa «el templo de la virgen» y destacaba su carácter principal. No cabe duda de que Fidias supervisó las esculturas. No pudo esculpirlas personalmente, pues habría necesitado varios cientos de años para ello, mas podemos ver su espíritu director y su estilo personal, en las que sobreviven, y, puesto que era amigo íntimo de Pericles, podemos suponer que ambos discutieron los temas y el carácter de las decoraciones con algún objetivo. Las esculturas son de tamaño superior a las de los restantes templos conocidos y se emplearon las más avanzadas técnicas para hacerlas mejestuosas y vivas. Presentaba, desde diversos ángulos, el poder de Atenea, y hacía a su pueblo vivamente consciente de su presencia entre ellos.

Podría parecer, a primera vista, que las metopas tienen poca relación con Atenea. Muestran hombres luchando contra amazonas, centauros, bárbaros y gigantes. En esas luchas feroces, en las que a menudo los hombres llevan la peor parte, los seres normales y racionales se enfrentan con otros seres diversamente superhumanos, inhumanos, subhumanos o no humanos. Los hombres ilustran el don especial de Ate nea de inspirar el esfuerzo y el combate a través de la inteligencia y de la dignidad. Proporcionan a la condición humana un marco general de conflicto. En contraste con ellos, se acentúa el papel dominante de Atenea al colocar su estatua en el centro del edificio. El resplandor pleno del día nunca iluminaba el interior, y la estatua estaría en parte escondida en una media luz, pero su reducido esplendor sería visible a través de la puerta Este abierta. La obra de Fidias tenía alrededor de treinta y ocho pies de alto y la cima del yelmo de la diosa casi rozaba el techo. El conjunto era de marfil y oro, es decir, sobre su armazón de madera, la carne estaba hecha de marfil y los ropajes y armaduras de oro. La penum bra en la que se hallaba evitaría cualquier brillo excesivo. La diosa estaba armada en su calidad de defensora de Atenas y en su mano derecha llevaba una imagen de la victoria. En

la cara exterior del escudo estaban representadas amazonas luchando —heroico complemento de la diosa guerrera— y se decía que entre sus adversarios había dos figuras con los rostros de Fidias y Pericles, los cuales, de éste modo, se asociaban estrechamente a la diosa. En la cara interior del escudo estaba representada la guerra entre los dioses y los gigantes, tema cósmico acorde con la imagen de Atenea plenamente armada. En contraste con el escudo la base de la estatua mostraba, en su parte delantera, a Atenea y a otros dioses adornando a Pandora, la mujer por ellos creada al principio de las cosas. Aunque debía de presentar un aspecto tranquilo y gracioso, contrastando con los luchadores del escudo, era también un símbolo de la lucha, ya que Pandora era la fuente originaria de los dolores y problemas humanos que requieren ser superados tanto como los más visibles enemigos. Todos estos símbolos, en su conjunto, significaban que Atenea es, desde el principio, la amiga del esfuerzo y de la hazaña y la adversaria de la oscuridad y el desorden. Se conocía a la estatua bajo la denominación de «Atenea la virgen», distinguiéndola así de «Atenea la Defensora», que se hallaba fuera, al aire libre. Su virginidad significaba independencia y confianza en sí misma y superioridad frente a la común atracción de la carne. Para los atenienses significaba un despego similar y un control de sí mismo en el servicio de la ciudad.

La famosa estatua ha perecido. Sólo la conocemos a través de copias baratas de tamaño reducido y de descripciones literarias. El ulterior desarrollo del tema de Atenea en los frontones Este y Oeste es más fácil de seguir, pues se han conservado importantes restos, en gran parte hoy en el Museo Británico, que los adquirió de Lord Elgin en 1816, y en parte en el Acrópolis de Atenas. El frontón Oeste fue duramente estropeado en 1687 por una explosión ocurrida cuando los venecianos sitiaron a los turcos en Atenas, pero existe un buen dibujo que da una idea de su estado pocos años antes. El frontón Este representaba el nacimiento de Atenea, completamente armada, de la cabeza de Zeus. El escultor sitúa la escena en el Olimpo, en el momento en el que el día sucede a la noche, cuando los caballos de la Aurora suben por la izquierda mientras que los de la Noche descienden por la derecha. Un tremendo acontecimiento —el surgimiento de una nueva diosa de la cabeza de Zeus— despierta a los dioses

y diosas dormidos. Se desperezan de su sueño y contemplan con asombro a la nueva divinidad. Esta escena expresa en forma mitológica lo que el surgimiento de Atenas en el mundo significa en su más elevado nivel. Tiene una misión y ésta aparece personificada en la figura de Atenea. Fidias transporta un acontecimiento político, con diversas implicaciones y ramificaciones, a una única escena mitológica. Es un adecuado paralelismo para la ascensión de Atenas. A través de ellos, Fidias hace que sus situaciones humanas revelen sus asociaciones divinas y su lugar en la disposición de las cosas. Para todos los griegos los acontecimientos humanos están inextricablemente mezclados con los divinos, pero en este caso un antiguo mito da plena significación a una situación humana. Fidias sintió el omnipresente poder de los dioses y tuvo su visión personal y deslumbradora de ello. Esto le permitió captar la acción del espíritu divino en Atenas, suscitando respeto y asombro por los poderes repentinamente despertados.

El frontón Oeste está más severamente estropeado que el Este, pero conocemos su trazado originario. Su tema es la lucha de Atenea y Poseidón por la posesión del Atiça. Los dos dioses contendientes ocupan el centro del diseño: Atenea armada con una lanza, Poseidón con un tridente. Entre ambos se halla un olivo, símbolo del Atica que vive en gran parte del olivo. La diosa reclama el Atica porque la tierra es suya, el dios porque le pertenece el mar y las aguas rodean casi totalmente el Atica. Cada una tiene divinidades que lo ayudan, los héroes y heroínas indígenas se reparten en uno u otro campo. Es natural que los dioses de la tierra y del mar compitiesen por Atenas, pero esta lucha no podía tener solución. Atenas sigue siendo dueña de ambos elementos y en esto radica la idea clave del mito. Su imperio terrestre podía no ser tan vasto como ella desearía, pero era, no obstante, un poder formidable; en el mar era soberana y el hecho de que Poseidón se la disputase era un tributo a su dominio del mar. La lección es que Atenas es grande, tanto por tierra como por mar, porque en ambos un dios anhela poseerla. Si el frontón Este muestra lo que significa el nacimiento de Atenea, el Oeste recurre al nacimiento del Atica cuando dos importantes divinidades compiten por ella.

Los frontones presentan el destino de Atenas desde un punto de vista supranatural, olímpico. En contraste consciente y esclarecedor con ellos, los frisos que rodean el templo

representan la fiesta nacional de la Panatenea, que tenía lugar cada cuatro años y se componía de una gran procesión que se formaba fuera de la ciudad, subía a la Acrópolis y terminaba presentando un traje a la divinidad. Los frisos nos ofrecen ambas vertientes, humana y divina, de la circunstancia y, por tanto, exaltan al pueblo de Atenas hasta la compañía de los dioses. Ellos están tranquila y decorosamente sentados en sus elegantes sillas y conversan entre sí. Si recordamos cuán apasionados y terribles pueden ser los dioses griegos y cuán a menudo su divinidad se despliega mediante explosiones de destructiva ira, es reconfortante verlos tranquilos y contenidos observando la ceremonia de la tierra. Su talante difiere considerablemente del temeroso asombro que manifiestan en el frontón este o de su intervención acalorada en el frontón oeste. Están en su posición más íntima y amigable y reflejan la unión entre los dioses y los hombres que la procesión simboliza.

La mayoría de los frisos representan a seres humanos llevando ofrendas a sus dioses —animales para el sacrificio o bellas vasijas para las libaciones. Un mismo espíritu impregna la vasta realización de este proyecto. Aquí están los habitantes de Atenas, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, presentados en lo mejor de ellos mismos, como les gustaría que los viesen, como incluso podían parecer en un momento de alegría imperturbada en presencia de los dioses. Fidias no falsea sus temas, los transfigura. Lo hace porque la procesión Panatenea esparce un espíritu divino sobre sus participantes acercándolos a la felicidad de los dioses. Los jóvenes a caballo, las mujeres llevando grandes jarros; tienen una distinción natural. Todos conservan y comparten este estilo noble que podían haber perdido por una dispersión excesiva. En su alegría contenida, en su tranquila conversación entre ellos, su afectuoso cuidado de los animales que llevan, cabalgan o conducen, la graciosa sencillez de sus vestidos, las figuras del friso recuerdan lo que Pericles dice de su pueblo:

> Cada uno de nuestros ciudadanos, en los múltiples aspectos de la vida, es capaz de mostrarse dueño legítimo y poseedor de su propia persona y, además, hacerlo con una gracia excepcional y una aptitud excepcional [7].

Esta dignidad personal se muestra en su plenitud en la procesión y es un aspecto importante del espíritu ateniense tal y como lo comprendió Pericles. Los artistas han captado esta

influencia transfiguradora que acaece cuando hombres y mujeres toman parte en una ceremonia que destaca a la vez sus rasgos individuales y su asociación común miembros de una gran ciudad, mientras la aprobación de los dioses ilumina, a la par, las cualidades personales y comunes. La visión de Atenas es coherente, lógica y sublime. No ha surgido por accidente de un capricho de la historia. Es la obra de una mente creadora, de un gran artista interpretando un gran ideal.

Los artistas del Partenón, dirigidos por Fidias, tradujeron en piedra lo que Pericles y su círculo íntimo pensaban de Atenas y de su significado. Su obra influenció al público ateniense a diversos niveles. El hombre corriente, viéndose más o menos representado en el friso, no podía evitar el sentirse ensalzado. Lo que era bastante oscuro en sus ocupaciones cotidianas se tornó repentinamente radiante, y su confianza en los dioses, aunque mecánica, pudo tomar una nueva importancia. El friso crea una atmósfera, sugiere lo que es vivir bajo la protección de dioses benignos, la hermosa ceremonia que Atenas les dedica. La representación de la divinidad de Atenas y de su pueblo no podía dejar de conmover, aunque vagamente, a mucha gente. A un nivel muy diferente, el despliegue de poder de los frontones no tanto arrojan luz sobre la escena presente como sugieren misterios ocultos en el mundo y especialmente significativos para Atenas. Los dioses eran los dueños del poder: el manifestarlo era una revelación inspiradora y confería un aspecto nuevo a la vida pública y a la política. Fidias profundizó y enriqueció la noción que el ateniense medio tenía de su país y de su destino. En esto, Pericles estaba totalmente de acuerdo con él. Concentrándose sobre Atenas, Pericles halló una nueva salida a la devoción nacional. Pudo no significar para todos los hombres tanto como suponía para él, pero impulsó a muchos de ellos hacia sus más bellas resoluciones. El Partenón reforzaba el deseo que él revelaba al pueblo ateniense:

> Lo que desearía ante todo es que pusieseis vuestros ojos cada día en la grandeza de Atenas como realmente es y os enamoraseis de ella [8].

El cometido del Partenón era excitar el entusiasmo y el amor por la grandeza ateniense.

Atenea es, en primer lugar y principalmente, una diosa de la guerra que impulsa a su pueblo a ella porque desea que

gane honor. La diosa doncella, como Fidias la vio y creó, encarna lo que, en 458, Esquilo, en su *Euménides,* puso en sus labios:

En el glorioso
Atavío de batalla lucharé hasta que
Esta ciudad, victoriosa sobre todo,
Goce de un nombre honrado por todo el mundo [9].

Es un concepto tradicional. Atenea ayudará a Atenas a enaltecerse y esto lo conseguiría acrecentando su poder. Era también lo que Pericles deseaba y creía, pero lo matizó con otras consideraciones. Aunque el renombre de la ciudad era el artículo capital de su credo, no lo limitó a la victoria en la guerra. El alcance de su visión se ajusta a los frisos del Partenón, en los que se representan escenas de paz y carecen de esas escenas de batalla y matanza, comúnmente representadas en los templos. El espíritu alegre del friso podía explicarse como el resultado de las victorias en la guerra, o al menos de un poder suficiente para asustar o repeler a los enemigos, y esto era, ciertamente, inherente a la teoría del gobierno de Pericles.

La protección de Atenas se hallaba en manos de los dioses; su presencia garantizaba su presteza para ayudarla. La importancia que Pericles concedía a sus cultos puede apreciarse por la construcción, hacia la misma época del Partenón, de otros cuatro templos. En Atenas se construyó el templo de Ares, dios de la guerra, y el templo de Hefesto, dios del fuego, que presidía las fábricas que enriquecieron a Atenas y la equiparon para la guerra. De ellos, el segundo se conserva casi intacto, y aunque no sobresaliese particularmente comparado con los otros templos atenienses, su colocación sobre el ágora, o plaza del mercado, lo situaba en el centro de la vida ateniense. Los otros dos templos se hallan fuera de Atenas. En el elevado promontorio de Sunio se elevaba el templo del rey del mar, Poseidón, visible a todos los barcos que volvían a Atenas por el Este, siendo lo primero que se veía de la patria. Así Sófocles hizo cantar ante Troya a un coro de marineros añorando su tierra:

Ojalá me hallase donde el promontorio cubierto de bosques,
Fustigado por las olas, se alza sobre el mar
Cuando paso bajo la majestuosa cumbre de Sunio
Para saludar a la bendita Atenas [10].

En Ramnos, en la costa norte del Atica, sobre la cima de un acantilado que desciende precipitadamente al mar, se elevó un templo a Némesis, ya que, aun no siendo miembro de la jerarquía olímpica, en cuanto personificación del fatum o destino no podía dejarla de lado un pueblo tan propenso a desafiar a la fortuna como el ateniense. Estos cuatro templos, y sin duda otros, se construyeron al mismo tiempo —muestran el interés con que Pericles se planteó la organización religiosa de Atenas—. Sin duda la elección de los emplazamientos y de los dioses venerados estaba determinada por cultos existentes en dichos lugares; tampoco podemos discernir ninguna política precisa en las elecciones efectivas que hizo. Pero la intención principal es evidente. Los dioses del Atica han de ser venerados plenamente, y sus ceremonias no han de limitarse a Atenas. El espíritu científico de la Jonia no había desacreditado seriamente el respeto a los dioses. Pericles comprendió que Atenas los necesitaba y tomó medidas para que se les tratase convenientemente. Para él Atenas era lo más importante y los dioses la auxiliaban y ayudaban a aumentar los dominios en los que Atenas sobresalía.

Se utilizaron las artes en tanto en cuanto eran necesarias para honrar a los dioses, y cuanto más bella era su realización, tanto más ganaban con ello los dioses. Sin embargo, aunque el propósito de las artes era servir a los dioses, esto no significa que el interés por ellas mismas se dejase de lado. Era posible compartir su carácter religioso y disfrutar con el gozo especial que producían. Los placeres del intelecto se honraban en Atenas como elemento importante de los que la ciudad proporcionaba a sus hijos. Las artes florecieron en su atmósfera libre y en la seriedad de su misión educadora. En la primavera de 431, muy poco antes del estallido de la larga y desastrosa guerra del Peloponeso, Eurípides presentó su *Medea,* aunque tuvo poco éxito, puesto que los jueces la colocaron al final de la lista. Era un ateniense patriótico, cuyo patriotismo poco tenía que ver con los dioses olímpicos, incluso modernizados y hechos más racionales. Sin embargo, incluso para él, pese a su penetrante escepticismo, Atenas era algo sagrado, que elevaba a sus habitantes a una esfera menos común y más noble. Aunque en desacuerdo con su argumento, hace al coro cantar sobre los atenienses:

Desde antiguo, los hijos de Erecteo conocen la prosperidad;
Los hijos de los dioses bienaventurados,

Nacidos de una tierra sagrada, nunca conquistada,
Se nutren de la gloriosa sabiduría,
Siempre caminando graciosamente por el más resplandeciente de los cielos,
Donde un día, cuentan, las sagradas Musas,
Las Musas del Pireo
Fueron engendradas por la Armonía de cabellos dorados.

En las aguas de bello fluir del Céfiro,
Dicen que Afrodita llenó su ánfora
Y exhaló por la tierra
El suave y agradable aliento de la brisa
Y siempre coronó sus cabellos
Con una fragante corona de rosas,
Envió a sus Amorcillos a ocupar el trono al lado de la Sabiduría
Y a trabajar con ella en todas las maneras de perfección [11].

Puede que Eurípides no considerase a las Musas y a Afrodita como personas divinas y existentes, pero tienen cierta realidad, nacidas del suelo y del agua y del aire de Atenas y esparciendo sobre ella su encanto. Los dioses griegos podían interpretarse de muchas maneras y dárseles muchas funciones sin que importase mucho convertirlos en abstracciones e ideales. Lo importante es que daban sentido a las acciones humanas. Pericles era consciente de esto. También en esta época lo era Eurípides, quien seguía viendo a su país favorecido, por encima de los demás estados, con las mejores dotes del espíritu. La religión pasaba de los límites estrechos del culto y el ritual a una esfera más amplia y vaga. Por el momento ganaba en majestad y liberalidad.

Así como el culto religioso inspiró obras de arte que engrandecieron su atracción y fueron al mismo tiempo admiradas por ellas mismas, igualmente las necesidades de la coexistencia social inspiraron una concepción de la ley como cimiento del orden y de la libertad. Desde antiguo los griegos habían considerado la ley indispensable para el gobierno justo porque establece reglas explícitas, conocidas y reconocibles en lugar de caprichos subjetivos y personales. Cualquiera que sea la forma de gobierno, la ley es indispensable y las acciones públicas han de conformarse a lo legal. La democracia ateniense era el resultado de leyes presentadas por Clístenes, y posteriormente por Pericles, y ratificadas por la Asamblea. Parte de la fuerza de los atenienses radicaba en que, aun gozando de una gran libertad, permanecían observantes de la ley, sabiendo que la anarquía o el desorden favorecía a los que odiaban a la democracia o deseaban destruirla. Pericles

hace especial hincapié en la actitud ateniense frente a las leyes:

> Obedecemos las leyes, especialmente las encaminadas a proteger al oprimido y las leyes no escritas que es una vergüenza indiscutible quebrantar [12].

Tenemos dos proposiciones diferentes, cada una de las cuales merece nuestra atención. La primera es que Atenas se preocupa por el oprimido. Su sistema democrático trajo a los carentes de privilegios a las tareas del gobierno y a su vez se preocupó por ellos. Esta concesión se remonta a Solón, pero Pericles amplió su significado al considerar oprimidos no a una clase particular sino a todos los que sufrían alguna desventaja social. Podemos suponer también que, tal vez sin gran precisión, Pericles alude a la ayuda que Atenas concede a los oprimidos de otras ciudades. Se consideró a sí misma en este papel cuando impuso democracias a sus aliados y cuando vino en ayuda de estados como Córcira que tenían problemas con sus dirigentes. En el siglo siguiente, el marcial Jenofonte y el panfletario político Isócrates sostuvieron en favor de Atenas que ayudaba a los injuriados. Al consolidar Atenas su imperio, disminuirían entonces sus posibilidades de ayudar a los oprimidos, convirtiéndose ella misma en opresora, pero se aferraba a su pretensión, que favorecían los poetas. Lo esencial permanecía: que era obligación de la ley el proteger al oprimido en Atenas o en cualquier otra parte.

Pericles añade una alusión a las «leyes no escritas». La idea era corriente y tenía varios significados. En Atenas, por ejemplo, aludía particularmente a las reglas que presidían la celebración de los Misterios en Eleusis. Funcionarios especiales los controlaban y, aunque cargaban fuertes obligaciones sobre los iniciados, el estado no era la autoridad que imponía su comportamiento correcto. En cualquier caso, es dudoso que Pericles pensase en ellos, puesto que sería discordante con lo anteriormente dicho. La celebración de los misterios no pertenecía al mismo orden que las leyes de Atenas. Por el contrario, en ciertos círculos se entendía por leyes no escritas las leyes dadas por los dioses sobre las que se basaban las restantes leyes. Esto, al menos, daba un respaldo divino a las leyes humanas y realzaba su autoridad. Pero podemos dudar de que Pericles diese a entender esto. Una vez dijo a

Alcibíades que una ley es «lo que parece bueno al pueblo»[13], y aun teniendo una elevada opinión del pueblo es difícil que creyese que *vox populi vox dei*. Bastaba con que el pueblo hiciese leyes que expresasen su deseo. De hecho, no hace falta buscar claras precisiones en el concepto de leyes no escritas. Los atenienses, como otros griegos, observaban ciertas reglas respetadas a pesar de no estar impuestas por la ley. Esas reglas provenían de antiguas costumbres y usos, y en gran parte concernían a ritos domésticos y relaciones entre los miembros de una familia, incluyendo las obligaciones de sepelio y venganza y la prohibición del adulterio e incesto. Databan de un tiempo en el que la familia, y no el estado, eran la base del orden y su antigüedad canonizaba su autoridad. Trataban cuestiones que trascendían el alcance de la regulación oficial, pero que eran importantes para la dignidad y honor de la vida ateniense. Al mencionarlas, Pericles indica que un público democrático tiene un nivel de vida tan elevado como el de cualquier grupo aristocrático con sus pretensiones de ser «noble» y «bueno».

En su ideal de Atenas, Pericles no se limitaba a los objetivos políticos. Reconoce que la vida completa contiene más que eso y que el ocio tiene su utilidad, especialmente al realzar el atractivo de la vida. Lo señala breve pero firmemente:

> Cuando hemos terminado nuestro trabajo nos hallamos en situación de gozar de todo tipo de recreo para nuestros espíritus. A lo largo del año hay regularmente diversas clases de competiciones y de fiestas religiosas; en nuestras propias casas encontramos una belleza y buen gusto que nos deleita todos los días y que disipa nuestra preocupaciones[14].

Las fiestas se celebraban en honor de los dioses, pero eran además ocasiones de expansión y gozo. El Viejo Oligarca lo desaprobaba como síntoma de la decadencia democrática. Mas no eran vacaciones sin significación religiosa, eran la manera de Pericles de mostrar lo que los dioses realmente significaban en las vidas de los hombres. Con estas sencillas palabras alude a ocasiones tan grandiosas y sagradas como la procesión Panatenea, representada en el friso del Partenón, que personifica la naturaleza divina de Atenas y es, sin embargo, enteramente humana en el más encantador sentido. Aunque naturalmente estas ocasiones proporcionaban expansión, no

era una mera expansión sino un derroche de energías en algo sublime y vivificante.

El segundo punto de Pericles hace alusión a las condiciones ordinarias de la vida en Atenas. Está plenamente satisfecho de la elegancia y belleza que halla en ella. En comparación con el nivel moderno parecerían muy sencillas, aunque lo que conocemos del mobiliario y cerámica ateniense muestra un elevado nivel de artesanía y un gusto correspondiente a una época en la que la elaboración aún no se ha mecanizado. En el siglo IV se solía volver la mirada al glorioso pasado y enorgullecerse de las condiciones sencillas en las que vivían grandes hombres como Milcíades y Arístides, pero agudos críticos se quejan de que la mayoría de las casas en Atenas eran baratas y poco convenientes. Pericles evidentemente se conformaba con que las casas fuesen baratas mientras tuviesen cierto estilo y es lo que pretende. El viejo lujo aristocrático sólo se reservaba para los edificios públicos, y en ellos no se escatimaban gastos. Si los hombres habían de vivir juntos en armonía era prudente alentarlos a gozar costumbres semejantes de elegancia. Pero el punto vital radicaba en que la belleza era posible sin extravagancias y esto era lo que relajaba a los atenienses después de sus tareas.

En un punto importante de su *Discurso Fúnebre,* Pericles dice:

> En conjunto, declaro que nuestra ciudad es una lección para Grecia [15].

Es inexacto interpretarlo como una alusión a Atenas como centro intelectual de Grecia. Ciertamente lo era y así lo reconocían los numerosos sofistas y científicos que gozaban de su hospitalidad. Pero se desprende del contexto que Pericles pensaba además en muchas otras cosas. Sus palabras son un breve resumen de lo que ha dicho antes y esto incluye su más detallada y considerada apreciación de lo que Atenas hace por sus ciudadanos. La conclusión inevitable es que la educación que Atenas da a Grecia es su propia manera de vivir, su tipo especial de democracia y el desarrollo personal y la estimación propia que favorece. Puede adoptarse voluntariamente o imponerse por la fuerza pero, en cualquier caso, es lo más valioso que Atenas ha de dar. Tampoco importa mucho esta distinción. Lo importante es que el ejemplo ateniense se imitase y griegos de todas las clases estimulasen

la realización de un ideal de una vida plena. Por supuesto, Atenas no empezaría a dar este ejemplo hasta que no fuese extraordinariamente poderosa, y Pericles llegó a afirmar que había conseguido grandes triunfos sin mayores problemas porque las restantes ciudades aceptaban como natural el que ella las derrotase:

En su caso, y sólo en su caso, ningún ejército invasor se avergüenza de ser derrotado por ella y ningún sujeto puede quejarse de ser gobernado por un pueblo inapto para sus responsabilidades [16].

Pericles sostiene que porque Atenas es buena en la guerra es apta para gobernar a otras ciudades. Muchas veces otros países han tenido la misma pretensión y ha sido falsa. Pero para Pericles tiene un significado auténtico porque supone la creencia de que lo que Atenas hace por otras ciudades es lo que ninguna otra potencia puede hacer. A cambio de cierta disminución de su independencia se les ofrece una vida más amplia y más gloriosa. El imperio despierta potencias dormidas y hace a las ciudades conscientes de sus posibilidades. No todos los aliados recibieron con agrado esta pretensión o su implantación, pero los que lo hicieron mostraron por su acción vigorosa y su vivacidad intelectual lo que Atenas había hecho para educarlos.

El ideal de Pericles para Atenas era una actividad creadora inspirada por la libertad y asegurada por la ley. Esta actividad reflejaba ideales de los que otras ciudades sólo podían aprovecharse si los adoptaban, y Atenas estaba dispuesta a ayudarlas a hacerlo. Sin embargo, a pesar de todos los beneficios que pretendía llevar a otras ciudades, su fuerza radicaba en su poder y en su habilidad para obtener que compartiesen sus cargas y aceptasen su dirección. Si lo hacían voluntariamente, mejor que mejor, pero Pericles era demasiado realista para pensar que siempre sucedería así y era incluso excesivamente escéptico sobre la lealtad de las otras ciudades. Incluso por los más mezquinos cálculos, los partidos democráticos en los estados aliados preferirían permanecer bajo el dominio ateniense antes que ser víctimas de la venganza de sus ricos despojados. Pero siempre cabía la posibilidad de que algunos aliados prefiriesen la independencia a la seguridad, y Atenas debía tener presente la necesidad de imponer su dominio. Si el culto de Atenea, y a través de ella el de Atenas, era en su intención en gran parte

religioso, no proporcionaba una ratificación moral a todo lo que Atenas hacía. La religión y la moralidad no estaban muy estrechamente unidas en la conciencia griega, e incluso en asuntos referentes a los dioses lo que importaba no era la virtud sino el poder. La diferencia entre los dioses y los mortales radica en la inmensa superioridad intelectual y física de los primeros que les permitía actuar como querían. Imponiendo su dominio, Atenas se comportaba a la manera de los inmortales, y la mayoría de los griegos no veía nada injusto en ello. Donde era excepcional era en que Atenas no reconocía límites al uso del poder. Otros objetarían que debía haber una moderación en el poder como en las restantes cosas y que los atenienses iban demasiado lejos y eran demasiado activos extendiendo su dominio sobre otros griegos. Los aristócratas chapados a la antigua, tan frecuente en Atenas como en cualquier lugar, pensaban que esta incesante actividad era síntoma de baja educación, pero los atenienses advertidos le daban una interpretación muy diferente. En sus *Suplicantes,* Eurípides, haciéndose el portavoz de la sociedad de Pericles, considera esta energía como una forma de felicidad que sobrepasaba la comprensión de la mayoría de los griegos y una de las numerosas ventajas traídas por la libertad ateniense. Una energía tal sólo podía satisfacerse con el poder, y esto acarreaba una de las más difíciles cuestiones de la época. ¿Hasta qué punto tenían los hombres derecho a ejercer el poder libremente como los dioses? Para un anticuado aristócrata griego, no ateniense, la respuesta era clara. Los dioses y héroes tienen una manera de vivir con sus leyes propias y los hombres otra con leyes diferentes. El hombre puede, en ocasiones, gozar de momentos de felicidad divina, mas no le corresponde intentar parecerse a los dioses. La falta de Atenas, en opinión de muchos griegos, era que no sólo se esforzaba por sobrepasar lo permitido al hombre, sino que se gloriaba en ello convirtiéndolo en materia de orgullo y congratulación. Que causase sufrimiento a otros no importaba mucho si al final realzaba el poder y la reputación de Atenas. En último análisis, ésta era la filosofía de Pericles acerca del imperio.

Pericles conocía muy bien los peligros del poder pero pensaba que el valor y la inteligencia los podían superar. Si Atenas realmente creía en sí misma y en su misión, no había motivo para no triunfar. Aunque la gloria fuese su objetivo no se limitaba a la guerra. Tampoco buscó la guerra por la

guerra misma. Tal vez en los primeros años se pudiese dejar arrastrar por sueños de esplendor imperial, pero aprendió con la experiencia. Cuando se volvió a encontrar en guerra con Esparta, dijo:

> Si se tiene la libre elección y se puede vivir tranquilo, es una locura absoluta entrar en guerra. Pero, supuesto que estemos inevitablemente obligados a elegir entre la sumisión e inmediata esclavitud o correr el riesgo con la esperanza de salir airosos, entonces prefiero al hombre que afronta el peligro al que lo rehúye [17].

No era tan ambicioso como para malgastar las vidas de sus conciudadanos o considerarlo como algo absolutamente bueno. Se cuenta que, en su lecho de muerte, dijo que su más glorioso título para la fama era que «ningún ateniense vistió de negro por mi culpa» [18]. Revela un sentido de la realidad poco común en el carácter heroico. No significa esto que Pericles fuese siempre totalmente consecuente con su actitud o se sintiese satisfecho de ella. Cuando las cosas iban mejor, el deseo de una marcha progresiva de los acontecimientos era vivo y en él sentía que, exactamente como la generación anterior había aumentado el dominio de Atenas, así la generación presente debía seguir su ejemplo. La creencia en el éxito y la gloria costó caro a los atenienses, especialmente al ser un artículo de fe que todos los ciudadanos debían preocuparse por la ciudad y estar preparados para hacer el máximo por ella. Así Pericles afirma:

> No decimos que el hombre que no se interesa por la política es un hombre que se limita a sus propios asuntos, decimos que es un hombre completamente inútil [19].

Era justo ocuparse de los asuntos propios mientras que éstos eran también los asuntos de Atenas, pero era reprobable desentenderse de los asuntos y obligaciones públicos.

La conciencia de pertenecer a una ciudad y de tener profundas obligaciones para con ella era innato para casi todos los griegos. Para vivir fuera de dicho marco un hombre debía ser, como dijo Aristóteles, «o un dios o un animal» [20]. Pericles consideró la cuestión con detenimiento y sostuvo opiniones específicas acerca de ello. Primero, insistió en que en un estado democrático, los ciudadanos deben estar bien informados de los asuntos públicos y estar preparados para discutirlos adecuadamente sin precipitarse en decisiones teme-

tarias. Debía ser «capaz, al mismo tiempo, de arriesgarse y de valorar los riesgos con antelación» [21]. Vio que el pueblo ateniense tenía la posibilidad de cualidades que él mismo poseía y gustaba de alentar en otros. Con una penetración extraordinaria para su tiempo, vio que un pueblo podía ser educado en política y que los mejores medios para educarlo eran a través de una consideración total de qué pasos había de dar. En segundo lugar, supo lo propensos que eran todos los griegos a las luchas internas, el salvajismo con que los partidarios de la lucha de clases se atacaban los unos a los otros. Esperó que Atenas evitase sus más violentas manifestaciones y ejercitase una positiva, casi instintiva bienquerencia sobre el principio de que «nos hacemos amigos haciendo bien a los otros, no recibiendo bien de ellos» [22]. Consideró a los atenienses como un solo cuerpo, altamente diversificado en los detalles, lo cual era mejor, pero también unidos en todos los asuntos concernientes al bien de la ciudad. Era más un ideal que una realidad, como Pericles bien lo sabía por la oposición que encontró en más de una actuación política, pero cuando la guerra la ponía a prueba, su fuerza se revelaba. Este ideal no estaba muy lejos del que Esquilo, en 458, poco después del asesinato de Efialtes, había expuesto en las *Euménides:*

No seas, te lo ruego, no seas
Raíz de mal, lucha civil,
Violencia dentro de sus fronteras
No puede ser que el polvo de la tierra beba la sangre de tus hijos
Con furiosa sed ávidamente tras la venganza
Sangre en represalia de sangre
Sino en amigable comunión
Devolver alegría por alegría
Unido en amor y odio
En esto yace un remedio para las enfermedades humanas [23].

Si Atenas era fiel a sí misma y renunciaba a las disputas de ciudades inferiores no había motivo para que no dominase a Grecia.

Todo griego sentía que estaba tan íntimamente ligado a su ciudad, que tenía grandes obligaciones para con ella. Pericles captó esta creencia y la hizo más explícita, definiendo lo que eran sus responsabilidades. Insistió en que todos los ciudadanos debían tomar parte en las decisiones públicas, y dio por sentado que, una vez las decisiones tomadas, todos debían unirse para ponerlas en práctica. El honor pide tal lealtad,

mas también la conveniencia, y Pericles explica característicamente lo que esto significa:

Por muy acomodado que esté un hombre en su vida privada, no dejará de verse envuelto en la ruina general si su país es destruido. Por el contrario, siempre que el estado está seguro, los individuos tienen una mucho mayor oportunidad para recuperarse de sus reveses privados[24].

Este concepto era casi un tópico usado por los poetas para reforzar sus advertencias. En Pericles no es un sentimiento piadoso sino una política realista. Porque lo cree, puede arrastrar al pueblo a arriesgarse y sabe que su patriotismo está fuera de objeción. En la exposición de sus ideales puede haber algo de creencia inspirada por su deseo, pero, en último término, basa su causa en la experiencia y en una valoración racional del carácter humano y de sus caprichos. En sus discursos hay una persuasión consciente, un deseo de hacer parecer las cosas más atractivas de lo que son e incluso de lo que cree que son. Pero acerca de los principios fundamentales habla desde un punto de vista coherente. Sabía lo que quería que fuese Atenas y agotaba los recursos por los que lo llegaría a ser.

La agresiva política que Pericles inspiró creó a Atenas enemigos, tanto entre sus aliados como entre los que eran abiertamente sus rivales y enemigos. El era plenamente consciente de ello, y en el discurso que pronunció poco antes de su muerte dio su respuesta a lo que debía de haber sido una queja bastante corriente:

Todo el que ha pretendido dominar a otros ha incurrido inmediatamente en odio e impopularidad; pero si se persigue un gran objetivo hay que aceptar este descontento envidioso y es sabio aceptarlo. Pues el odio no puede durar mucho tiempo, mientras que el resplandor presente y la gloria futura permanecen para siempre en la memoria de los hombres[25].

Pericles da un nuevo matiz a un viejo tema tradicional griego. El deseo de gloria y de honor procedentes del éxito conformaba tantos rasgos del comportamiento griego de todos los tiempos que ninguna novedad había en su noción de que el imperio ateniense tendría un renombre comparable al de los grandes héroes del pasado. Pero a ello añadía otra noción también tradicional: el que la envidia y el odio son realmente tributos del éxito y deben aceptarse como parte de él. Píndaro, dirigiéndose a Hierón, rey de Siracusa, dice

de su elevada posición: «Es mejor ser envidiado que compadecido»[26]. El conseguir la gloria es algo tan valioso que puede permitirse pagar por ella el precio del odio. Pero detrás de esto Pericles implica algo menos corriente. Los atenienses de su tiempo estaban muy interesados en hallar un equivalente moderno al heroísmo del legendario pasado. Creían haber igualado en las guerras persas las hazañas de los héroes muertos tiempo ha, pero veían que ningún equivalente moderno tendría sus peculiaridades, ya que el hombre vivía no por su honor personal sino por el de su país y esto exigía un tipo diferente de comportamiento. Atenas declaraba ser superior a las otras ciudades de Grecia, y su superioridad radicaba en parte en estar por encima de debilidades humanas tan comunes como la sensibilidad a la crítica o el resentimiento por los denuestos. En este aspecto Pericles la ve no como una ciudad entre muchas sino en un glorioso aislamiento. Alentaba esta actitud. Si Atenas había de ser fiel al espíritu divino que animaba su ser, debía ser distante y formidable. Podía declarar que llevaba muchos beneficios a otras ciudades, pero éstos sólo eran posibles porque contaba con poder suficiente para garantizarlos contra causas hostiles o rivales.

Atenas hizo mucho bien, pero lo hizo en gran parte por fuerza y miedo. Tenía amigos que permanecían lealmente a su lado, pero sus enemigos fueron numerosos e implacables y conocemos algo de lo que dijeron. Sobre este asunto logramos una importante información interior por el poeta beocio Píndaro. Por diversos motivos es un admirable testigo. Como poeta profesional visitó muchas partes de Grecia y se juntó como igual con los tiranos sicilianos y el rey de Cirene, pero más a gusto y más a menudo con familias aristocráticas como las de Egina. De muchacho había aprendido su arte en Atenas y guardó cierto afecto por ella hasta la aparición de Pericles, y que su comportamiento con Beocia y Egina hizo imposible la tolerancia. Píndaro tuvo, incluso, problemas en Tebas cuando en 474 alabó a Atenas en un famoso ditirambo, que comienza:

Oh resplandeciente, coronada de violetas, cantadas en canciones.
Baluarte de la Hélade, famosa Atenas,
Ciudadela de los dioses[27].

Tuvo que pagar por ello una fuerte multa, pero no se excusó e insistió en que tenía derecho a alabar incluso a un ene-

migo, como los tebanos consideraban a Atenas, si obraba bien. En 470 mencionó a Atenas con honor por su victoria de Salamina. Era el mundo de Cimón, en el que Píndaro se sentía a gusto. Pero lentamente cambió su posición. Al escribir odas solemnes para ser cantadas en las ciudades natales de los atletas victoriosos, en ocasiones tenía que aludir a acontecimientos políticos. Lo hizo indirectamente y presentó sus sentimientos y enseñanzas a través de mitos y leyendas que requieren una interpretación. Este método tiene sus ventajas. Revela en su plenitud la emoción de Píndaro cuando interpreta los sentimientos de sus clientes, y aunque raras veces es preciso tiene asociaciones morales y religiosas que difícilmente manifestaría con tanta evidencia un relato sin imágenes. Píndaro representa un punto de vista aristocrático pero no se nos manifiesta plenamente articulado. Hacia 460, cuando Atenas atacó a Egina, Píndaro vio lo que ocurría pero esperó con la mejor intención. Le era doloroso porque Egina era su segunda patria. Poco después Atenas atacó su verdadera patria en Beocia.

En su *Istmica VII*, compuesta en 454, poco después de la victoria ateniense en Enofita y el subsiguiente dominio de Beocia, excepto de Tebas, el tema principal de Píndaro es la alabanza de los que han muerto luchando por su país, pero hacia el final introduce una pequeña moral o enseñanza en una alusión a un famoso *mito*. El héroe Belerofonte, que monta el caballo alado Pegaso, intenta escalar el cielo y es arrojado a la tierra. Píndaro introduce un comentario:

Si un hombre rivaliza con lo remoto
Es demasiado insignificante para alcanzar la casa de suelos de
[bronce de los dioses.

El alado Pegaso arrojó
A su dueño Belerofonte
Cuando quiso ascender a las moradas del cielo
A la compañía de Zeus
Un más amargo fin
Aguarda a lo que es agradable a despecho de lo justo [28].

No es una declaración directa sobre Atenas, pero todo el peso de su significado es aplicable a ella. Píndaro ve en ella la ambición que supera los límites de lo posible y llega a un final nefasto. Esta es su previsión sobre Atenas. Más aún, da a entender que, así como Belerofonte fue arrojado por su propio caballo, del mismo modo Atenas lo será por sus alia-

dos. Era una idea corriente en su época. Podemos incluso comparar el hecho de que Belerofonte buscase la compañía de los dioses porque, al fin y al cabo, era lo que intentaba Atenas hacer cuando buscaba imponer su deseo en un grado sobrehumano sobre otras ciudades. Para Píndaro la lección es clara. Atenas padece encaprichamiento de orgullo y forjará su propia ruina.

Poco después, en la primavera de 453, Píndaro escribió la *Pítica XI*, también para un tebano y para ser cantada en Tebas. Empieza con el tema de la justicia y narra entonces, con concentrada energía, la historia del asesinato de Agamenón por su mujer Clitemnestra y la venganza que tomó su hijo Orestes. Se introduce el mito de una forma que parece muy somera, pero que es corriente en Píndaro y se pretende que se tome muy en serio. Acaba enfáticamente con el asesinato de su madre por Orestes:

Sin embargo, Ares al final
Lo impulsó a matar a su madre y a bañar de sangre a Egisto[29].

Es un mito de la liberación mediante la venganza, pero al introducir Píndaro a Ares, el dios de la guerra, en una venganza familiar, muestra que su intención va mucho más lejos de esto. Tiene presente algo que le aflige y esto es, casi seguramente, el dominio ateniense sobre Beocia. Esta impresión se confirma cuando, poco después, Píndaro condena las tiranías como Atenas y concluye poniendo su confianza en los héroes protectores, en parte tebanos, pero también en parte espartanos, como si esperase que un día Esparta rescatase a Beocia.

En 446, Píndaro, ya anciano, escribió su *Pítica VIII* para un joven egineta vencedor. Entonces Atenas estaba en grave peligro. Acababa de perder a Beocia en la batalla de Coronea; un ejército espartano estaba dentro de sus fronteras; Eubea se había sublevado; Mégara se había liberado a sí misma. No es difícil imaginar el ambiente en Egina. ¿Acaso no era el momento de dar un golpe y sacudirse el dominio ateniense? Píndaro considera la cuestión desde diversos puntos de vista, advirtiendo tanto las esperanzas como los temores. Ve en Atenas el enemigo de los dioses, comparable a los gigantes que lucharon contra ellos y fueron ferozmente derrotados. Pide ayuda a la «Tranquilidad, hija del Derecho», y esta es su manera de personificar la moderación y control de sí mismo que él y sus amigos presentaban como alternativa

para el continuo desasosiego ateniense. Al final, cree, este espíritu triunfará porque conserva sus fuerzas, mientras que sus enemigos se agotan excesivamente:

Tú también, si alguien
Introduce en tu corazón
La amarga ira, endurecerá tu rostro
Contra el poder de tus enemigos y golpeará
Al presuntuoso en su barriga [30].

Sin embargo, aunque cree que su causa triunfará finalmente, Píndaro tiene sus dudas y temores. Sabe que accidentes imprevistos pueden desbaratar los mejores planes. No obstante, da por sentado que los dioses están de parte de Egina y acaba con una oración para solicitar su ayuda:

Egina, querida madre,
Guarda a esta ciudad en su navegar hacia la libertad
Tú, con Zeus y Eco,
Peleo, Telamón y Aquiles [31].

Su oración no obtuvo respuesta. Durante muchos más años Egina permaneció bajo control ateniense. En 431 sus habitantes fueron expulsados y la isla se pobló con una colonia de atenienses, convirtiéndose en parte del Atica.

Píndaro habla en nombre del viejo mundo aristocrático, al que Atenas se opone tanto en su imperio como fuera de él. Consideraba de poca distinción la avidez de acción ateniense; prefería los encantos y refinamientos de una vida tranquila enriquecida por las artes y las relaciones personales. Lejos de ver en Atenas la amada de los dioses inspiradores a los que ella deseaba parecerse, veía en ella un insensato adversario que sería inevitablemente humillado.

En el imperialismo hallaron los atenienses una salida para sus insaciables energías y una llamada a mayores esfuerzos. Pericles los alentó en ello y creó un ideal que cautivó sus imaginaciones. Seguramente estaba también interesado por las ventajas prácticas y comerciales de un imperio, pero habla más bien indirectamente de ellas, como si no fuesen de importancia primordial. Con el dominio del mar los atenienses podían mandar sus mercancías a mercados lejanos y adquirir alimentos importados del extranjero. El comercio ateniense floreció y sus bellos productos, tal como la alfarería pintada, hallaron mercados en lugares muy distantes. Sin embargo, el imperio ateniense no era primordialmente un imperio comer-

cial como Cartago había ya empezado a ser o Venecia y Portugal iban a serlo en épocas posteriores. Atenas no estableció colonias o incluso puestos comerciales fuera del mundo griego; su intento de fundar una base en Egipto terminó desastrosamente. La pretensión del imperio era que proporcionaba a los atenienses una razón para vivir. Sin duda, para muchos era una oportunidad para hacer dinero, pero otros aceptaron de buen grado su reto a la acción, incluso si significaba guerra. Movía a creer en el valor de la acción como prueba de hombría y hacía a los atenienses sentirse superiores a los otros griegos porque corrían mayores riesgos y ganaban más triunfos. Mucho contribuyó el imperio a la prosperidad ateniense. En esto, como en otros aspectos, la Atenas democrática prolongó y fortaleció un espíritu ya existente en la época aristocrática. Dio a sus ciudadanos libres el sentimiento de autoridad y libertad que el antiguo régimen concedió a los propietarios y ricos comerciantes. El más humilde ateniense se sintió igual que los más importantes ciudadanos de otros estados y mejor que la mayoría de ellos. Esto fue lo que Pericles aportó a sus compatriotas. Explica por qué lo apoyaron y por qué no se asustaron al oír que el resto de Grecia los odiaba. Por este ideal estaban dispuestos a luchar hasta el fin y a rechazar cualquier compromiso que les ofreciese la seguridad en vez del honor.



# 7. Poesía y política

En la mayoría de las historias las bellas artes ocupan un apéndice a los acontecimientos políticos y sociales y se relegan a un lugar subsidiario dentro del esquema general. Son una muestra interesante pero marginal, con escasa relación con la marcha esencial de los acontecimientos, sobre los cuales poco pueden revelar. Se debe a que, incluso en una época de gran florecimiento artístico, están excesivamente vinculadas a un pequeño grupo particular y su aportación es escasa para la comprensión general del período. Pero el caso de los griegos es muy diferente. Las artes ocupan una parte central en su historia porque están íntimamente vinculadas con la política y la vida pública. El Partenón anunciaba deslumbradoramente la proximidad de Atenas y en él habían simbolizado sus escultores los ideales de la ciudad; paralelamente la poesía sublimaba, mostraba bajo un aspecto desconocido y transformaba en nuevas formas acontecimientos corrientes. Tras ellos se halla la escena viva que los hace dignos de estudiarlos como documentos históricos. Los poemas son en sí acontecimientos, pero a la vez son comentarios sobre los acontecimientos. En Atenas la poesía enriquecía la vida, pero, además, especialmente en sus rasgos menos directos y particulares, la criticaba. Interesaba más a los poetas los principios

subyacentes que las circunstancias individuales, y los extraían, prescindiendo de su proximidad o lejanía, de los acontecimientos generales. El poeta, en general, transporta la situación particular a un mundo remoto de luchas heroicas, pero el impulso originario y la intención que lo anima pertenecen al presente. La poesía surgió del acontecimiento vivido y no podía haber sido de otro modo. Sólo en rarísimas ocasiones, durante la decadencia de la grandeza ateniense, fue la poesía un intento de escapar a la realidad. Normalmente presenta bajo forma dramática temas que atañen a todos y que, aunque no resuelva o explique, ve que son acuciantes y los presenta con toda la fuerza de una imaginación comprometida.

Se ha dicho —y la afirmación tiene su parte de verdad— que para los griegos la poesía era una segunda religión. Por supuesto, estaba íntimamente relacionada con la religión al tratar con frecuencia de los dioses, ya sea que narrase historias suyas, ya sea que les pidiese que hiciesen algo. Parece ser una constante de la épica el hacer intervenir a los dioses en la acción, incluso si su actitud hacia ellos es en buena parte bromista y, para nuestros criterios, exenta de solemnidad. Pero, además, la poesía era religiosa en un sentido más profundo. Aunque tenía sus momentos joviales, de relajación, en otros casos encerraba bajo formas concretas modelos de comportamiento humano, especialmente en relación con los dioses. Estos ofrecían diversas formas. Cuando a principios del siglo VI Solón codificó las leyes y reglamentó la constitución de Atenas, explicó sus motivos y su política en versos que fueron recitados en público. Fuera de Atenas, las canciones corales, durante mucho tiempo, sirvieron para que ciertas sociedades tomaran mayor conciencia de su unidad al celebrar acontecimientos mitológicos aplicables a su experiencia. En Atenas se hizo más frecuente con las guerras médicas; Simónides de Ceos, poeta no nacido en Atenas pero unido por estrechos vínculos a la ciudad, que fue su segunda patria, compuso himnos para celebrar sus victorias. Diversas razones explicaban el empleo de la poesía en estas ocasiones. El verso era el instrumento de comunicación más eficaz en una época en la que la lectura era rara y la mayoría de las obras literarias se recitaban o cantaban en lugares más o menos públicos. Estas recitaciones se hacían en un lenguaje especial que indicaba que sus asuntos estaban por encima de los de la vida cotidiana. Muchos de estos poemas eran bellos por sí mismos pero generalmente tenían algo más. Te-

nían un propósito importante; debía alzarse hasta las ocasiones extraordinarias e interpretar su espíritu; suscitaba grandes temas e ilustraba lo que podían significar en el sistema del mundo. Sin ellos era difícil para los atenienses lograrlo, y en ellos pusieron su gusto creador por las palabras. Aunque hacia la época de Pericles ya habían desarrollado admirables métodos para exponer ideas abstractas en prosa, probablemente la poesía significaba más para ellos y les ofrecía un medio de expresión más satisfactorio para manifestar sus más profundos sentimientos.

Todos los pueblos que no han alcanzado aún el estadio en el que las ideas pueden expresarse de modo abstracto y en los que el pensamiento científico es aún muy reducido, tienen en común una manera mítica de pensar. Pronto avanzaron los griegos en el terreno de las abstracciones y empezaron a formar ideas científicas a principios del siglo VI, pero su empleo de mitos para explicar prácticamente todo lo referente al hombre y a la naturaleza era tan frecuente y atractivo que buscaron el mito por el mito y éste siguió proporcionando asuntos casi inagotables para la poesía. Eran particularmente útiles para dar formas vivas a temas en los que los términos abstractos eran inadecuados, pues no podían transmitir todas las asociaciones éticas, religiosas e imaginativas que su presentación completa requería. La fuerza de la poesía ática en el siglo V reside en haber combinado una poderosa inteligencia con una imaginación ardiente. Su espléndido lenguaje figurado no es un adorno añadido, sino una parte integrante dentro de un conjunto complejo formado por algo más que la inteligencia analítica. Esta manera de pensar es particularmente evidente en Píndaro, poeta no ateniense, pero no lo es menos en Esquilo, casi contemporáneo suyo en Atenas. Para apreciar las ventajas del pensamiento mítico griego basta considerar la Edad Media y el Renacimiento, cuando las artes visuales recurrían a historias bíblicas en busca de nuevos efectos y nuevas impresiones que desembocasen en nuevas interpretaciones de temas muy conocidos y eran un medio de expresión más eficaz que las alambicadas formulaciones de viejas verdades. Muestran lo que esas verdades pueden significar en un mundo vivo de casos particulares, qué riquezas yacen escondidas en sus profundidades, qué pertinencia tienen para una sociedad actual. Envolvían serios problemas que los atenienses de la época de Pericles trataron de dilucidar. La

poesía les brindó la oportunidad de hacerlo, pero era una poesía nueva y distinta.

La poesía más representativa de la Atenas del siglo V fue la tragedia. La tragedia se había desarrollado considerablemente desde sus humildísimos orígenes; el estado la había reconocido como una institución nacional; trataba cuestiones trascendentales de las relaciones entre los hombres y los dioses. Existía con anterioridad a las guerras y durante todo el siglo conservó sus formalidades primitivas y extrañas, aunque adaptándolas a nuevos temas con nuevos propósitos. Del mismo modo que en su desarrollo solemne, la tragedia ática surgió de la oda coral, al hacer que uno de los cantores se adelantase de las filas y expusiese un discurso explicatorio o introductorio; así, en su función social, la tragedia surgió de una forma arcaica, a la que confirió una nueva grandeza al extender su atracción de una familia o clase a todo el pueblo de Atenas. Una depresión natural, en forma de herradura, en el flanco de la Acrópolis de Atenas, vino a proporcionar en su día un teatro cuya forma imitarían posteriormente otros muchos. Podía albergar a un gran auditorio y era apropiado para cualquier fiesta nacional. Del mismo modo que en las artes visuales, los atenienses añadieron una nueva grandeza a la aristocrática elegancia, al aumentar los elementos dramáticos y narrativos de la tragedia crearon una forma cuyo alcance era muy superior a la mera alabanza de las orgullosas hazañas atenienses. Con frecuencia las alabó, pero también fue más allá de esto, y a su manera se planteó los principales temas de su momento. La tragedia ateniense está al margen de lo que suponemos las causas más populares defendidas por Pericles, sin que esto implique que le sea hostil. Pericles costeó la representación de los *Persas* de Esquilo, fue conocido de Sófocles y, durante cierto tiempo, halló un ardiente defensor en Eurípides. Pudo reclamar para Atenas:

> No necesitamos las alabanzas de un Homero o de ningún otro cuyas palabras nos deleiten por un momento, pero cuya estimación de los hechos adultere la verdad [1].

Pero esto no excluye una justa apreciación de las posibilidades de la tragedia. Lo que Pericles quería no era alabanzas, pues, en su opinión, las hazañas atenienses hablaban por sí solas, sino un análisis serio de ellas. Esto se adaptaba mucho más a las graves consideraciones de la tragedia que a la viva na-

rración de la épica, cuyo principal propósito era proporcionar un entretenimiento.

Las tragedias se representaban en un festival de primavera. La función duraba de la aurora al crepúsculo y el público debía estar bien entrenado para captar estas obras de arte, especialmente al expresarse en gran parte en un elaborado lenguaje metafórico que, incluso en discursos y diálogos, y no digamos nada en las canciones, nunca pudo ser fácil de seguir. Además el público tenía que captar lo que el poeta pretendía, los cambios que había hecho en una vieja historia, lo que quería decir con su versión. La democracia ateniense era, en buena parte, autodidacta, pero tenía una buena instrucción en música y poesía. Las representaciones eran una parte de la vida social y civil y espléndidos instrumentos educativos al acostumbrar a los hombres a un lenguaje de una insólita riqueza y fuerza. Por este medio la sensibilidad cultivada por los anticuados acomodados se extendió a un público mudo más amplio. La tragedia, en particular, mostraba un interés agudo y resuelto por la valía humana y describía la complejidad de los problemas que asediaban a la humanidad en su relación con los dioses. Se presentaba de modo muy estático y, aunque buscaba la sorpresa y la novedad, nunca perdió su seria atención a los principales temas del comportamiento y del destino.

En principio, los poetas trágicos no necesitaban limitar sus obras a sucesos contemporáneos, y rara vez los trataron directamente. Estaban profundamente interesados por la sociedad y por sus hechos, pero ningún acontecimiento único podía satisfacer su visión totalizante. Debía ir más allá y discernir las fuerzas universales en acción. Hay, sin embargo, un ejemplo que puede parecer una notable excepción. Cuando en 472 Esquilo representó sus *Persas* rompió la tradición de que las tragedias debían tomar su asunto de leyendas del pasado heroico. Tenía el precedente de las *Fenicias* de Frínico, que se dice representada en 476 y pagada por Temístocles. El hecho de que Esquilo, apoyado por Pericles, escribiese muy poco después una segunda obra sobre un tema casi idéntico sugiere una posible respuesta. Al estar Frínico subvencionado por Temístocles no podía concederle una preeminencia excesivamente grande, mientras que Esquilo podía hacerlo: es posible que esto explique la aparición de estas dos obras en poco tiempo.

Los *Persas* dieron a la batalla de Salamina el honor legendario de la que ya gozaba la de Maratón y proporcionaron un mito democrático que oponer al aristocrático, hallando en Temístocles un héroe capaz de rivalizar con Milcíades. Para Aristófanes era esencialmente una obra patriótica, lo que no agota su significado. Esquilo presentó un acontecimiento histórico reciente *sub specie aeternitatis*. Pone en escena la guerra persa desde el lado persa y muestra una delicada generosidad al tratar dramáticamente a su enemigo. Por mucho que los atenienses, como otros griegos, aborreciesen todo lo que los persas les hicieron, conservaban un sentido de la valía personal de sus enemigos. En esto Esquilo se asemeja a Heródoto, que admira los aspectos positivos de sus amigos persas. La acción de los *Persas* transcurre en la capital, Susa, y los personajes son líderes persas. No cabe duda de su vasta riqueza y de su fuerza militar, tampoco de su majestad y gran estilo. La reina madre, Atosa, domina el escenario, como se dice que dominaba a Persia, y se reviven las glorias de la generación precedente en la aparición del espíritu de Darío, presentado como un rey grande y sabio. A este mundo persa llega primero el Mensajero con la noticia de Salamina, luego Jerjes mismo, derrotado y humillado, pero no insolente o rencoroso. Quedaría disminuida la magnitud de la victoria griega si Esquilo hubiese presentado a los persas bajo una luz despectiva, mientras que el mostrarlos en toda su grandeza da un mayor alcance a su tema y le permite enfatizar su enseñanza: Jerjes padece un orgullo presuntuoso, y por eso los dioses lo llevan a la guerra y lo castigan con la derrota. Esta idea era vieja y familiar, pero lo suficientemente exacta para permitir a Esquilo hacer su tema universalmente pertinente. Puede que esta idea no fuese totalmente del agrado de Pericles, cuyas propias declaraciones sugieren que no temía lo que pudiese suceder si Atenas fuera demasiado lejos. Antes bien, la creía destinada a ser grande y capaz de conseguirlo si se endurecía para cualquier esfuerzo. Se daba cuenta de que el orgullo engendra insensateces, y condenaba a todo el que se dejaba dominar por él, pero pensaba que podía controlarse y encauzarse para fines justos:

Todos miramos con desagrado a un pueblo que pretende arrogantemente una reputación a la que no tiene derecho; pero igualmente son de condenar los que, por falta de carácter moral, dejan de vivir conforme a la reputación que les corresponde[2].

Es posible que Pericles creyese siempre en algo semejante, y acaso la noción de que el orgullo precede siempre a la caída fuese demasiado simple para él. No pensaría que un poder como Persia pudiese dejarse derrotar. Los *Persas* alientan un espíritu más simple de lo que compartiría Pericles, y además evitan la trivial vulgaridad que a menudo acompaña a un panegírico de la victoria. Aunque su asunto procede de la historia reciente, logra alcanzar el despego propio de la tragedia.

La afinidad de Pericles con los *Persas* es más clara en su actitud frente a la democracia ateniense. Es un tema secundario y, precisamente porque no se explota plenamente, su impacto es más fuerte. Cuando Atosa interroga al coro acerca de Atenas, primero oye hablar de la abundancia de plata en las minas de Laurion, lo cual es una digresión en alabanza de Temístocles, que había convencido a la Asamblea de que utilizase la plata para construir una flota. Atosa entonces hace otra pregunta totalmente acorde con su elevada situación:

*Atosa:* ¿Quién está al frente de ellos como su pastor? ¿Quién es el amo del ejército?
*Coro:* No se llaman súbditos o esclavos de un único dueño [3].

Es la concepción de la democracia ateniense de Pericles, acorde con su opinión de que en Atenas el poder está en manos de todo el pueblo. Alabaría igualmente el momento magnífico de la batalla de Salamina cuando, como cuenta el Mensajero a Atosa, los griegos entran en acción:

Podíamos oír claramente
El estruendo de sus gritos al acercarse.
«¡Adelante, hijos de la Hélade! Libertad a vuestra tierra y a
Vuestros hijos y mujeres, la sede natal
De los dioses que vuestros padres adoraron y sus tumbas
Es una ocasión que aventura todo cuanto tenéis» [4].

No se halla muy lejos del espíritu que inspiró los objetivos imperiales de Pericles. No son los *Persas* un anuncio de sus ideales, de los cuales puede que algunos aún no hubiesen hallado su forma plena, pero podemos ver por qué Pericles apoyó a Esquilo, recordando a los atenienses sus momentos de más orgullo e incluso insinuando diestramente la formación de la liga cuando una canción coral enumera las prin-

cipales islas que habían sido liberadas. Se exalta un acontecimiento presente hasta un nivel heroico, sin perder ninguna de sus características reales.

Los *Persas* es la única tragedia griega conservada, escrita sobre un acontecimiento histórico. Las restantes obras de Esquilo tratan del pasado mítico y en muy raras ocasiones tocan el presente. Pero en ellas podemos ver temas surgidos del presente y que arrojan una luz sobre él. Así los *Siete contra Tebas* fue representada en 467 como última parte de una trilogía que trataba de la maldición del linaje de Layo, que termina cuando los dos hermanos, Eteocles y Polinices, se matan entre sí en la lucha. El tema no era desconocido para el griego medio. En un momento dado Solón lo había utilizado para explicar el comportamiento corrompido de algunas familias atenienses; la idea era aún corriente cuando Esquilo escribía, algo así como modernamente se achacan con frecuencia las faltas y fracasos a la herencia. Pero esta idea no podía llevarse muy lejos ni proporcionar amplio material para un drama. En Esquilo la maldición es ciertamente dramática cuando empieza a entrar en acción, pero únicamente durante un breve momento. El tema central y persistente de los *Siete contra Tebas* es la guerra. Aristófanes lo entendió cuando hizo al espíritu de Esquilo decir a Dioniso en el infierno:

*Esquilo:* Escribí un drama ocupado con el dios de la guerra.
*Dioniso:* ¿Su nombre?
*Esquilo:* Me refiero a los *Siete contra Tebas*.
Aquel cuya contemplación se eleva vehementemente hasta el torrente de la batalla misma[5].

Aristófanes admiraba la obra por su ardor marcial, pero Esquilo se preocupa tanto por el horror como por el encanto de la guerra. Muestra lo que sucede en una ciudad sitiada. Todas las ciudades griegas eran difíciles de tomar, pero, caso de ser tomadas, un horripilante destino aguardaba a sus habitantes. Un aspecto del cuadro, el del terror y la angustia, nos lo proporciona el coro de asustadas mujeres; Eteocles nos da la otra faceta. Corta su parloteo con una dura reprobación y, cuando llega el momento, sale airosamente a la batalla. Era la actitud que los griegos aprobaban frente a la guerra. Los griegos conocían sus horrores, mas también sus

emociones. Pericles lo expresó y justificó al decir de los caídos:

Más que desear estas cosas, eligieron reprimir el orgullo enemigo. Esto, para ellos, era un riesgo más glorioso y lo aceptaron, deseando derrotar al enemigo y abandonando todo lo demás [6].

La visión que Pericles tenía de Atenas requería esta confianza en el valor y fortalecía el ideal que de ella se había hecho. Era natural que Esquilo, que era su amigo, le confiriese una expresión sugestiva. Había combatido en Maratón y en Salamina.

Las *Suplicantes* deben de haber sido compuestas pocos años después de los *Siete contra Tebas*. Es la primera obra de una trilogía de la que las dos últimas piezas se han perdido e ignoramos su asunto principal. La acción se desarrolla en un pasado muy remoto, cuando las hijas del griego Danao huyen a Argos perseguidas por sus enamorados egipcios. Piden refugio, y esto proporciona el tema principal de la obra. Resulta un grave peligro para los argivos concederles asilo, pero lo discuten en la Asamblea y llegan a la firme conclusión de que es justo. Este argumento, poco prometedor, carecería de valor si el asilo no fuese un tema vivo y candente en aquel momento. Da la casualidad de que, hacia 470, Temístocles estaba en Argos y se le había dado asilo, mientras que los espartanos y algunos atenienses pedían su muerte. No podemos asegurar que Esquilo pensase exactamente en esto, ya que las semejanzas entre las hijas de Danao perseguidas y Temístocles son escasas. Pero envolvía una importante cuestión de principios que Atenas trataba con extrema seriedad y juzgaba inherente a un sistema democrático de vida. La ayuda a los oprimidos es una obligación de la democracia y algo realmente extraño a la intolerancia y suspicacia espartana. Toda la poesía de Esquilo se concentra sobre el tema del asilo, incluso si se trata del asilo para indefensas mujeres acosadas por bárbaros lujuriosos. No es una cuestión específicamente política, sino un asunto humano que concierne igualmente al estado y a los individuos. Proporcionar asilo a los refugiados se convertiría en un rasgo muy estimado por la democracia ateniense, y aquí, al representar un ejemplo en el pasado lejano, Esquilo subraya la nobleza y humanidad de este comportamiento. En esto anticipa lo que posteriormente

Pericles declararía característico de la actitud de Atenas en relación con otras ciudades que necesitaban ayuda:

> Somos generosos con los demás sin calcular nuestro provecho o pérdida; lo hacemos sin segunda intención, confiando sólo en nuestra franca liberalidad[7].

Esquilo muestra lo que significa este ideal abstracto cuando se traduce al vigoroso lenguaje figurado del mito. Exaltando el presente al relacionarlo con el pasado, hace más real el pasado al mostrar que le acosaban problemas que aún asedian al presente.

En estas obras Esquilo habla en nombre de la Atenas democrática tal como Esquilo la modeló. Comparte sus valores y escudriña sus consecuencias. Pero, cuando en 458 compuso las tres obras de su *Orestiada,* conocía perfectamente las reformas que Efialtes y Pericles habían impuesto al Tribunal del Areópago. Empieza presentando una sociedad en la que una matanza suscita otra matanza y una venganza familiar se prosigue aparentemente sin fin. La ejecución de la justicia incumbe a la familia y a las Furias primitivas que la ayudan. En lugar de este sistema, Apolo y Atenea, divinidades de la luz y de la sabiduría, imponen un nuevo sistema, por el que los juicios de crímenes compiten al Areópago. En su superficie significa que las reformas contaban con la aprobación de Esquilo y que saludó con entusiasmo una reducción de los antiguos poderes del Tribunal para que pudiese realizar tareas nuevas y más importantes. Pero tras esto figura su creencia en que el orden depende de las leyes y las leyes provienen de los dioses. En un ceremonioso discurso Atenea proclama el valor del Tribunal reformado:

> Establezco
> Este gran tribunal para proteger a mi pueblo,
> Esforzado, pronto a la ira, incorruptible,
> Siempre vigilante sobre los que duermen[8].

Puede parecer excesivo para un tribunal cuya única atribución eran los asuntos criminales, pero Esquilo tiene presente la peligrosa situación de Atenas después de la reforma, cuando parecía como si una guerra civil, cargada de matanzas y crímenes, fuese a desgarrar a la ciudad. En contraposición Atenea declara que el nuevo Tribunal es una fuente de unidad y orden. Dice a las Furias, que va a transformar en pilares

de la sociedad, que el esfuerzo malgastado en luchas internas puede utilizarse en defensa del país:

No implantes en mis hijos la bravura
De los gallos de pelea, que luchan contra los suyos.
Deja para el extranjero el furor de la batalla para todo corazón
Poseído por el amor de la gloria —que será suya
En abundancia [9].

Esquilo en estos versos capta el tono de los años en los que Pericles, después de desafiar y derrotar a los nobles atenienses con sus reformas, dirige las energías nacionales hacia una nueva guerra con los peloponesios.

Más enigmático es su *Prometeo encadenado.* Aunque la obra en sí está completa, nos faltan las otras dos obras que completaban la trilogía y que debían de desarollar el tema del poder que ocupa el centro de esta obra. Tampoco sabemos cuándo fue escrita, aunque parece una obra tardía de Esquilo, muerto en 456. No trata asuntos contemporáneos de modo directo y evidente, ni contiene alusiones reconocibles a acontecimientos pasados. Sin embargo, desarrolla el tema del poder. Zeus, el joven dios, se ha convertido recientemente en rey de los dioses al destronar a su padre, Crono. En esto Prometeo, un titán, y por lo tanto no un dios olímpico, sino un ser divino de un linaje más antiguo, ha apoyado a Zeus. Pero Zeus está airado con Prometeo porque ha ayudado al hombre, en su primitiva e indefensa desventura, al traerle del cielo el don del fuego. Por eso Zeus le inflige un castigo terrible. Está clavado en una roca del Cáucaso y todos los días un buitre le come el hígado. Nuestras simpatías están totalmente de parte de Prometeo, el amigo del hombre, y no de Zeus, el hijo cruel y el amigo ingrato. Sin embargo, si hay algo seguro en el asunto es que la obra no es un ataque a Zeus, y hemos de intentar extraer lo que significaba para el poeta y para su público. La pérdida de las dos obras siguientes lo hace extremadamente aventurado, pero en la obra que nos ha llegado hay trazas de cómo el conflicto se resolvía.

Prometeo puede soportar su castigo porque conoce un secreto oculto para Zeus: si Zeus se casa con la doncella del mar, Tetis, de la que está profundamente enamorado, engendrará un hijo más fuerte que él que lo depondrá. Al final Prometeo puede canjear su secreto por su propia liberación, tema de la obra siguiente, *Prometeo liberado.* Es fácil leer en el mito ideas que no hay en él. No hay razón para pen-

sar que, después de miles de años, Zeus se ha hecho más sabio y menos cruel en su uso del poder; esto iría contra su carácter, ya que, al fin y al cabo, está más cerca de la omnipotencia que ningún otro dios griego. Tampoco le mueve la compasión por Prometeo. Los dioses griegos no perdonan sus odios, y Prometeo ha insultado a Zeus ayudando a la menospreciada raza humana. El nuevo pacto con Zeus es una auténtica negociación, en términos comerciales. Es de suma importancia para Zeus conocer el secreto, porque cuando lo sepa puede evitar su destino logrando que Tetis se case con un marido mortal y de a luz al héroe principalísimo, a Aquiles. Esquilo propone una solución práctica para un oscuro problema. El mito, tal como él lo relata, no necesita recurrir a ninguna oscura parábola y, por el contrario, presenta un asunto pertinente para la época en la que vive. La búsqueda del poder es el más fuerte y despiadado impulso para la acción, y además el poder sólo puede ser derrotado por otro poder. Lo que Prometeo conoce es suficiente para asustar a Zeus e inducirle a avenirse a un acuerdo. Su análisis del poder es acertado y el método seguido por Esquilo es todo lo animado que un animado mito permite serlo. Atenas se constituyó en imperio mediante el empleo de la fuerza para obligar a otras ciudades a una alianza servil, y sus antiguos amigos, los espartanos, podían quejarse de que esto era traicionarlos. Pero, una vez conseguido el poder, existía constantemente el peligro de perderlo, especialmente por avatares imprevistos o no detectados. Era necesario, pues, vigilarlo y tomar medidas oportunas para anticiparse a estas contrariedades. No es que Esquilo pensase necesariamente en estos mismos términos, pero el gran acierto de *Prometeo encadenado* consiste en mostrar lo que cuesta mantener el poder. Como seres humanos no podemos evitar sentir simpatías por Prometeo y deplorar el tiránico comportamiento de Zeus, pero hay que evitar que esta simpatía nos ofusque al considerar la verdadera naturaleza del poder, que es independiente de nuestros conceptos de justo o injusto y de lo que nos agrada o desagrada. La esfera de acción del poder se sitúa más allá de estas distinciones y debe aceptarse tal cual es. Esquilo nos muestra su naturaleza de un modo realista y desapasionado.

Es peligroso generalizar acerca de la manera de componer Esquilo sus trilogías, puesto que sólo nos ha llegado una completa, la *Orestiada*. En ella la historia de reiteradas matanzas

y venganzas desemboca en un final feliz. Orestes se libera de su destino implacable, del que parecía ser la víctima, y la terrible acumulación de matanzas vengativas termina con una promesa de prosperidad bajo los auspicios benévolos de los dioses y bajo un nuevo reinado de la ley. En este caso Esquilo convierte la trágica desgracia en una felicidad efectiva. Es posible que la tercera obra perdida en la trilogía, en la que las *Suplicantes* constituyen la primera pieza, llegue también a un final feliz, en el que la enorme carnicería se cerrase, de algún modo, sobre nuevos honores para la diosa del amor. Si la trilogía sobre Prometeo estuviese hoy completa, puede que terminase con una especie de pacto, tal vez con la implantación de una fiesta de Prometeo en Atenas. Por otra parte, los *Siete contra Tebas* acaba con la muerte mutua de Eteocles y Polinices y el cumplimiento en la tercera generación de una maldición hereditaria. Para nuestra concepción moderna es un final trágico. Ambos, Eteocles y Polinices, merecen la muerte, pero Eteocles va a ella con un espíritu tan heroico que no podemos dejar de sentir admiración y piedad, si no temor por él. Sin embargo, para los griegos la muerte luchando por su país era un final deseable, y es posible que la intención de Esquilo fuese que lo viésemos bajo esta perspectiva. En tal caso, Esquilo no presentaría, en tanto en cuanto que nosotros sabemos, en sus finales, destrucciones irreparables. En los más sombríos acontecimientos halla algo consolador, y esto parece caracterizar los años en los que estaba en el apogeo de sus poderes, de 472 hasta su muerte en 456. Era la época en la que Atenas estuvo regida primero por Cimón, luego por sus oponentes, y si posteriormente Esquilo aprobó la reforma del antiguo Areópago, en su primera parte parece haber pensado que incluso las más brutales acciones y los más duros sacrificios podían acabar en conclusiones consoladoras. Este era el espíritu en el que Atenas gastaba sus esfuerzos y hombres. Los sacrificios se hacían alegremente por los beneficios que traían: esto es evidente en los epitafios a los caídos en la batalla, y es también lo que posteriormente Pericles tendrá presente al hablar sobre una cuestión análoga:

Al dar sus vidas por la ciudad, por la ciudad y por todos nosotros, ganaron para sí las alabanzas imperecederas y el más insigne sepulcro —no los sepulcros en los que sus cuerpos yacen, sino donde su gloria permanece en las mentes de los hombres

para impulsar a los otros a la palabra o la acción en la ocasión apropiada[10].

El tema es, en este caso, que los sacrificios y sufrimientos traen gloria e inspiran a las generaciones futuras. Algo semejante parece animar la trilogía de Esquilo al pasar las cosas de la oscuridad a la luz, de la derrota a la victoria.

Aunque la mayoría de las obras de Esquilo traten temas importantes e intemporales, e incluso los *Persas* conviertan lo que podía haber sido un tema limitadamente patriótico a una grandeza universal, su obra está, no obstante, en relación con su mundo contemporáneo y es aplicable a él. Los temas del orgullo y del fracaso nacional, del dominio de la ley, de la naturaleza del poder, de la defensa del débil, de la muerte en la batalla, son temas corrientes en el segundo cuarto del siglo V, y no es sorprendente que recibiesen nuevas formas con el advenimiento de la democracia sin perder sus características esenciales. Esquilo los presentó a través de la acción dramática y también en sus canciones corales, debatiéndolos desde diversas perspectivas, y una rica profusión de metáforas muestra lo que significaban para los diferentes puntos de vista. El suyo es suficientemente claro, aunque lo expone de un modo poético y no analítico, atendiendo más a sus caracteres generales que a sus detalles. Esta técnica lograba captar un público más amplio de lo que podía hacer cualquier disquisición filosófica, y la influencia de Esquilo fue inmensa, incluso sobre la generación de Aristófanes, en el último cuarto del siglo. Esquilo es poeta de Atenas porque se ocupa, a un nivel sublimado, de los asuntos que la conciernen. Para él la mayoría de los problemas son problemas cívicos, y le interesan menos los conflictos personales de un héroe trágico que su significación social. Incluso Orestes, perseguido por las Furias al haber matado a su madre, es, al final, salvado por intervención divina en un tribunal humano. A una escala superior, la aproximación de Esquilo a las cuestiones políticas es un análisis del éxito con el que Atenas combina una acción vigorosa con un pensamiento no menos vigoroso. La democracia que Clístenes había fundado y que en sus años estaba siendo remodelada por Efialtes y Pericles suscitaba numerosas cuestiones. Esquilo halla en estas cuestiones la materia de sus dramas y, por lo tanto, capacita a su época para reflexionar sobre sí misma de una manera adecuada. Por

estos medios sus contemporáneos aclararon sus ideas y entendieron lo que estaban haciendo.

La última obra de Esquilo corresponde a los primeros años de la ascensión política de Pericles, y coincide con él en su perspectiva, a la vez consciente y confiante. Su reconocido sucesor, Sófocles, habla de su país de un modo diferente. Su larga vida (495-406) recubre la época de apogeo de Atenas. De niño tomó parte en la danza ceremonial en honor de la victoria sobre Persia y murió, a una edad muy avanzada, muy poco antes de la caída de Atenas. Empezó imitando a Esquilo, pero pronto halló su estilo personal y dio un testimonio independiente de su tiempo. Trabaja a una escala mucho más reducida, en piezas únicas en vez de trilogías, y no intenta resolver problemas cósmicos mediante soluciones nobles. A pesar de ello, es consciente de los problemas que presenta sobre la escena desde diferentes puntos de vista y, aunque rara vez emite un juicio explícito sobre los acontecimientos, nos permite formarnos nuestra opinión propia. Sófocles conoció a Pericles, pero se mantuvo independiente de él y miró los asuntos comunes con ojos diferentes. Mientras que Pericles ve todo desde el ángulo de Atenas y de la grandeza ateniense, Sófocles construye sus dramas en contraste con un trasfondo de poder divino, mucho más potente que el poder humano y que actúa por caminos oscuros y amenazadores. En él la visión poética está separada de cualquier visión política, por elevada que sea, y halla su expresión en mitos que un mundo moderno no puede aceptar literalmente y que, por esto, reciben la más rica gama de sugestión.

Podemos pensar, incluso, que en su actitud frente a lo sobrenatural Sófocles es un espíritu menos abierto que Esquilo. Antes que estropear la unidad de su mundo mítico, sacrifica a él el realismo y, en ocasiones, toma un asunto apropiado para un análisis científico y lo trata desde una perspectiva mítica. Así en *Edipo, Rey* la acción empieza con una plaga que devasta a Tebas, pero no es una plaga conocida por la medicina ni entonces ni ahora. Mata a los vivos, destruye los frutos de la tierra, produce abortos y nacimientos prematuros. Ocurre así porque la plaga ha sido enviada a Tebas por los dioses como castigo por albergar a Edipo, que involuntariamente ha matado a su padre y se ha casado con su madre. Edipo se ha mancillado y convertido en un ser abominable, y Tebas sufrirá por él mientras lo tolere. Se ha dicho que fue la plaga real que devastó Atenas en 430 y 427 lo que pro-

porcionó a Sófocles la idea de la plaga como tema dramático. La plaga ateniense nos es perfectamente conocida gracias a la profusa y clínica descripción de Tucídides. Enumera sus síntomas, y si hoy difieren las opiniones sobre lo que realmente era no es por defecto de su información, sino porque la naturaleza cambia las enfermedades a lo largo de los siglos. Para Tucídides era una terrible calamidad, pero nada tenía de sobrenatural. Era bastante desconocida por los físicos de su tiempo, por lo que la describe con todo cuidado. Sugiere que procede de Etiopía, a través de Egipto, y esboza sus efectos destructores y desmoralizadores sobre Atenas. Un inmenso abismo separa a Tucídides de Sófocles, el foso que media entre un mundo en el que la ciencia está presta con sus explicaciones y otro donde los dioses están siempre a mano para cargar con la responsabilidad. Esto no significa, sin embargo, que Sófocles y Pericles estuviesen muy distanciados, incluso si admitimos, como parece más probable, que Pericles consideró la plaga tan científicamente como lo hizo Tucídides. La plaga que atacó a Tebas pertenece a una vieja historia y es tanto más creíble porque es distinta a las epidemias conocidas. Sirve a un objetivo particular de los dioses. Mientras que la plaga de Atenas es un acontecimiento histórico, sin un motivo conocido ni resultados beneficiosos. Sin duda, Sófocles, como Tucídides, sintió su horror, pero no podía realmente plasmar su nauseabunda realidad en la obra. Era lógico, pero a la vez muestra que con él se había empezado a abrir un foso entre el mito y el acontecimiento. Ya no se adaptaban perfectamente el uno al otro complementándose mutuamente, como había intentado hacer Esquilo, sino que ahora el mundo de los dioses, conocido a través del mito, empezaba a mostrar su idiosincrasia propia. Sófocles, a diferencia de Píndaro, no rechazó el conocimiento científico y se interesó ciertamente por las enfermedades, pero su mundo particular era tal que en él este conocimiento sólo podía ser incidental y, en última instancia, sin gran importancia. Para Pericles, amigo de los artistas, era posible un equilibrio entre las causas naturales y las causas divinas, cada una de ellas ocupando su lugar, pero para Sófocles lo importante era la parte que jugaban los dioses.

A diferencia de Esquilo, Sófocles intentó en raras ocasiones justificar la actuación de los dioses, siempre presentes en sus obras, aunque generalmente detrás de la escena, deduciéndose nuestras conclusiones sobre ellos de la acción dramática. En

una época en la que las viejas creencias se sometían a severas revisiones y en la que la ciencia comenzaba a hallar explicaciones naturales para los fenómenos, Sófocles hizo de la relación del hombre con los dioses el centro de sus tragedias. Para mostrar la interacción de los fines divinos y humanos, empleó los viejos mecanismos religiosos por los que se suponía que el hombre llegaba a conocer las intenciones de los dioses. Nos es difícil entender cómo los perspicaces atenienses del siglo V seguían creyendo que la voluntad de los dioses se revelaba en los oráculos y que éstos debían tratarse con el mayor respeto y atención. No obstante, sabemos que era así por el testimonio de Heródoto, quien gusta de narrarnos cómo se cumplían siempre los oráculos, aunque con frecuencia en un sentido imprevisto para todos o contrario a lo que parecían decir. Tucídides, que pertenece a la generación siguiente, no comparte su opinión —aunque tal vez su actitud no sea totalmente representativa de su momento—; por el contrario, dice taxativamente que el único oráculo, del que los que en ellos creen pueden decir que se cumplió con seguridad, es el que vaticinó que la guerra del Peloponeso duraría veintiséis años. No era este el punto de vista de Sófocles, sin que podamos justificarlo alegando que le era impuesto por la materia dramática. Cuatro de las siete obras que de él nos han llegado tratan del cumplimiento de los oráculos, y en todas ellas se esfuerza en acentuar su importancia para la marcha de los acontecimientos. En *Edipo Rey* la acción gira en torno al descubrimiento por parte de Edipo de que, efectivamente, al matar a su padre y al casarse con su madre ha hecho lo que el dios le había vaticinado. Trata de escapar a ello, pero fracasa totalmente y acaba rindiéndose a su destino y sacándose los ojos. Por un momento puede pensar que esos oráculos eran falsos, como su madre y mujer, Yocasta, dice, pero pronto se entera de que no es así y la mata.

En las Traquinias, Hércules, habiendo realizado su último trabajo, encuentra una horrible muerte en la camisa envenenada que, sin saberlo, su mujer, Deyanira, le da con la esperanza de recuperar al infiel. De este modo se cumple el oráculo que anunció a Hércules que hallaría, al fin, descanso. Así sucedió, con la diferencia de que es el descanso de la muerte después de un espantoso sufrimiento. Se citan con frecuencia oráculos con esta maligna ambigüedad. A Heródoto le gusta mostrar a menudo la ingeniosidad con la que los dioses burlan

a los que les interrogan. Si esto daba una idea desagradable del dios, estas decepciones ocurrían y salvaban el honor profesional del dios a expensas de su decencia. El concepto tradicional era que había de tratar con respeto todas las palabras del oráculo. De no ser así, el receptor lo sufriría, pero ni siquiera el mayor cuidado podía librarlo de las desagradables tretas que el dios era propenso a jugarle.

El oráculo de las Traquinias no tiene una gran importancia dramática. Su fin es poner de relieve el destino que aguarda a Hércules al regresar a su patria. Es interesante por existir ejemplos paralelos en la vida contemporánea y porque refleja una creencia más arraigada de lo que esperaríamos. Su irónico cumplimiento tiene un curioso paralelo en un acontecimiento público acaecido pocos años antes de la obra. En 447, un pequeño ejército ateniense dirigido por Tolmides fue derrotado en Coronea (Beocia). En el monumento conmemorativo que se levantó en Atenas a los caídos en la lucha están grabados ocho versos que traducimos lo más literalmente posible, ya que su sentido exacto es de capital importancia:

Hombres sufridos, que resististeis hasta el final combatiendo en una lucha sin esperanza, y perdisteis en la batalla la vida por el poder divino —no por la fuerza de los hombres que os combatían, sino porque uno de los semidioses se introdujo en el Curso de la Diosa y maquinó vuestra perdición. El oráculo que él respondió con aparente benevolencia, una presa difícil de cazar para el enemigo, ese oráculo lo cumplió él mismo persiguiéndoos hasta vuestra ruina. Hizo que todos los hombres del futuro confíen y crean en el cumplimiento de los oráculos [11].

Hay en este texto tres aspectos de particular interés. Primero, está claro que quienquiera que fuese el semidiós dio un oráculo que animaba a los atenienses, pero que, de hecho, era ambiguo y preveía su derrota. Es posible que fuese algo así como de: «Para los enemigos cazadores habrá una presa difícil de perseguir.» Los atenienses supusieron que ellos perseguirían a los beocios, y la realidad resultó que los beocios los persiguieron a ellos. Es un oráculo ambiguo análogo al de las Traquinias. En segundo lugar, se supone que el semidiós, que puede haber sido Orión, ha tomado parte en la lucha al lado de los beocios. No es extraño, porque los relatos de las guerras medas abundan en héroes fantásticos que luchan a favor de los griegos. En tercer lugar, saca la

conclusión, y la recalca con énfasis, de que en lo sucesivo hay que creer en los oráculos. Es una conclusión importante para deducirla de un solo ejemplo, y, por otra parte, nada nos indica que Tolmides no creyese en el oráculo, sino que lo interpretó erróneamente. Pero podemos ponerlo en relación con unos versos de *Edipo Rey*, en los que Sófocles dice que si se demuestra que los oráculos sobre Edipo son falsos la religión es incierta:

Porque ahora unos hombres han despreciado
La palabra de Apolo y gritaron: «Mirad, falla»,
Su alabanza está empañada por la duda
Y la fe está minada y el cielo desafiado [12].

No es más extraño que se inscribiesen en monumentos conmemorativos sentimientos de este tipo, que se diese una explicación sobrenatural de los acontecimientos, lo que prueba que las opiniones religiosas de Sófocles coincidían con las de muchas personas influyentes. Puesto que se construyó el monumento conmemorativo durante el mandato de Pericles, no hay duda de que él, al menos, accedió a ello. Para Sófocles era algo seguro el que las acciones humanas están a la merced de los propósitos imprevisibles de los dioses y que, aunque pueden prevenirnos, podemos no entender su aviso.

Otro aspecto en el que podemos comparar a Sófocles y Pericles es en su consideración de las leyes no escritas. Pericles deja imprecisa su noción de ellas y parece sugerir que atañen a diversas cuestiones que están fuera del alcance de las leyes corrientes. Al menos declara que los atenienses las respetan. Para Sófocles tienen un significado más inminente y definido. Sobre ellas se basa su *Antígona*. Polinices ha muerto luchando contra Tebas, su ciudad natal, y el nuevo jefe de Tebas, Creón, promulga un edicto ordenando que no se le entierre y que quienquiera que intente hacerlo será ajusticiado. La prohibición se basa en la práctica ateniense, como ocurrió cuando se prohibió enterrar en su patria a Temístocles, al que se había declarado traidor. Creón explica cuidadosamente su decisión y expone los conocidos argumentos de que la ciudad es el origen y salvaguarda de la persona humana, y por lo tanto merece el mayor respeto. Está resuelto a cumplir su decisión, pero Antígona, hermana del muerto, desafía el edicto y celebra los ritos fúnebres. La capturan y la llevan a Creón, ante el que se defiende basándose en que obe-

dece a las leyes de los dioses en contra del edicto efímero y humano de un gobernante:

No creo que vuestros edictos sean tan importantes
Como para que un hombre mortal rechazase
Las leyes no escritas e inmortales de los dioses
Cuya vida no es de hoy o de ayer
Sino de siempre y nadie sabe de dónde provenien.
No me expondría al castigo de los dioses
Quebrantando estas leyes por temor a ningún hombre[13].

Se hace del asunto una cuestión de extraordinaria importancia y hay un detalle de especial interés, porque Antígona acusa a Creón de quebrantar las leyes no escritas que Pericles, en su discurso fúnebre, declara que los atenienses cumplen. Así Creón, que al principio causa una buena impresión al declarar defender la ley y el orden, aparece después como un hombre engañado por su vanidad, mientras que Antígona, que empieza desafiando la autoridad, tiene una heroica grandeza. Aunque Sófocles nos deja una incógnita en torno a cómo varía el énfasis sobre sus personajes, quiere dar a entender que Antígona tiene razón y Creón está equivocado. Aunque Antígona muere por su acción, Creón es destruido por una sucesión de golpes que le asestan los dioses. Podemos suponer que las leyes no escritas no significan lo mismo para Antígona que para Pericles. Sófocles insiste en que las exigencias del estado no son definitivas, y sugiere que las leyes humanas no siempre siguen las leyes divinas. En una época en la que Atenas estaba casi tomando el lugar de los dioses como objeto de veneración, el poeta protesta de que esta prioridad es equivocada y de que si se da un conflicto entre las leyes divinas y humanas no hay ninguna duda de cuál debe obedecerse primero. Esta exposición, en una obra maestra, muestra que en plena época de Pericles se sentía la necesidad de una autoridad por encima de la de los que sustentaban el poder. Puede que Pericles no lo sintiese tan profundamente como Sófocles, pero, en cierto modo, Sófocles da un mayor alcance y profundidad a la visión del estado de Pericles. Después de todo, él no era juez supremo.

Puede que sea casual el que de las siete obras que se han conservado de Sófocles cuatro, que parecen ser relativamente tempranas, sean plenamente y penosamente trágicas en el sentido que hoy le damos a la palabra, mientras que las otras tres, que fueron indudablemente escritas en los últimos días

de vida de Pericles, lleguen, tras luchas y aflicciones, a finales más o menos felices. Estos finales felices no chocaban a los griegos, puesto que no era esencial a la tragedia el acabar mal, sino el tratar cuestiones serias en un espíritu serio. En la época de apogeo de Pericles parece que Sófocles eligió asuntos tristes y extrajo de ellos todas sus implicaciones trágicas. Las situaciones que pinta en este momento no evitan los horrores y son de una dureza que exige de sus héroes y heroínas la mayor resistencia y valor. Sus personajes son sublimes al enfrentarse con su destino y, aunque no siempre sea de nuestro agrado, su grandeza es inmensa e impresionante. Al recuperar Ajax su sano juicio y ver que ha perdido su honor, se mata arrojándose sobre su espada —acción muy inhabitual para el griego, ya que solían rehuir al suicidio—. Antígona va, valientemente, a ser enterrada viva, aunque entonces estallan sus sentimientos humanos, que hasta aquí habían permanecido ocultos bajo su inquebrantable despliegue de valor. Hércules, torturado por la túnica emponzoñada, sigue siendo el dueño, sigue controlando la situación, puesto que dicta sus últimas voluntades a su hijo. Edipo se encarga de dirigir el descubrimiento del culpable que infecta a Tebas, y al ver que es él toma la iniciativa en su propio castigo al sacarse los ojos. Ninguno de ellos es un caso de sufrimiento meramente pasivo; todos muestran cómo el temperamento heroico se realiza a sí mismo en el desastre. Puede ser remoto, e incluso inhumano, como es en Ajax y Hércules, e incluso en Antígona, quien rechaza con desdén los prudentes consejos de su hermana, o con Edipo, presto a ver traición y corrupción donde no existen. Pero esto les hace superiores al común de los mortales. Está en perfecta armonía con el ideal de Pericles. Del mismo modo que Atenas era más noble y notable que otras ciudades, también los personajes de la tragedia, que llevaban cargas más pesadas que los otros, sobresalen por encima de la humanidad corriente. Así como sus sufrimientos son mayores que los de la mayoría de los hombres, al sobrellevarlos manifiestan un dominio especial y una confianza en sí mismos.

El gran momento de la tragedia del Sófocles de este período es cuando el héroe, frente a un destino cruel, se enfrenta con él con todo su valor. No tiene escapatoria, ni recompensa, ni consuelo. La catástrofe trágica no tiene más razón de ser que ella misma, está implicada en el sistema del mundo y nunca es plenamente explicable. Los atenienses es-

taban acostumbrados a encararse con la muerte sin acobardarse y a redimir el desastre resistiéndole hasta el final. Sobre la escena veían ejemplos de ambos. No había lugar para el alivio, porque nunca podía ser adecuado e incluso menoscabaría la fiera grandeza de estos destinos trágicos. Esquilo ofrecía al final de sus obras, al parecer, una explicación de la tragedia, evitando así que fuesen totalmente trágicas e integrándolas en un plan ordenado del mundo; por el contrario, Sófocles crea una catástrofe tal que es en la muerte donde sus héroes se muestran en toda su dignidad orgullosa contra un universo hostil. Los dioses pueden tener motivos para infligir tales sufrimientos, y a veces Sófocles nos da una pista de cuáles podrían ser, pero el hombre los desconoce y actúa según sus luces humanas. Los héroes y heroínas de Sófocles son la contrapartida ideal y poética del ateniense corriente, que debía hallar su momento cumbre luchando y muriendo por su país. Las obras son, en su lejano esplendor, un comentario sobre la vida de cada día.

El tercer dramaturgo ateniense cronológicamente, Eurípides (480-406), llegó a la edad adulta bajo la supremacía de Pericles y siguió viviendo hasta su muerte, el mismo año que Sófocles. Sin embargo, parece pertenecer a un mundo diferente y nos proporciona una prueba más de la diversidad de talentos y gustos humanos que la Atenas de Pericles podía sostener. Eurípides carece de la solidez de Sófocles y su incertidumbre llega muy lejos. Nunca podemos estar totalmente convencidos de dar en el clavo. Sin embargo, es también un producto de su tiempo, especialmente de esos años en los que la guerra del Peloponeso impulsaba a los atenienses a interrogarse acerca de las más agudas cuestiones y a seguir pistas inexploradas. Combina con menos fortuna que Sófocles sus elementos, y a menudo sentimos que no ha asimilado plenamente sus impresiones o que no ha llegado a una decisión plena sobre las cuestiones que trata. Le gustan las ideas nuevas y a menudo se conforma con jugar con ellas en vez de comprobar su veracidad. Sus contemporáneos lo consideraban un excéntrico, pero sin duda hablaba en nombre de muchos de ellos, y por esto los fascinó. En cierta medida era rápido en captar y poner en forma dramática tendencias que estaban en ebullición antes de la muerte de Pericles y que siguieron creciendo hasta el final de la guerra. Se dudaba de suposiciones, hasta entonces aceptadas sin preocupación; la vieja creencia en los dioses se había tornado en importunas pre-

guntas sobre ellos; tipos humanos, antes menospreciados o relegados, se convertían en centros de interés; el conjunto de las cosas parecía menos importante que su múltiples partes; muchas de estas cuestiones excitaban la atención y requerían un examen. Una estructura de sentimientos y creencias en apariencia sólida empezaba a mostrar brechas, y la tragedia, que ahora buscaba abarcar el mundo inmediato, se hizo menos despegada y menos imaginativa, y escudriñó y se preocupó más de la sensación y sorpresa. Eurípides es un artista menos perfecto y menos ingenuo que Sófocles, pero en ciertos aspectos es más interesante y, aunque no exprese un punto de vista único y coherente, refleja varias especulaciones corrientes y nos informa mejor que Sófocles acerca de las luces conductoras de la época de Pericles y de los más yermos años que le sucedieron.

La luz particular que Eurípides arroja sobre su tiempo se halla en su mayoría en pequeños detalles incidentales, especialmente en observaciones de pasada hechas por sus personajes y no siempre necesarias para la trama. Acercan al momento presente las historias del pasado, y esto es lo que fascinaba a los atenienses. Eurípides sugiere que esos personajes, predestinados de un pasado lejano, pueden ser aplicables a temas más modernos. Con él la edad heroica se vuelve más apremiante e inmediata y no vacila en introducir innovaciones en ella. Por ejemplo, en diversas ocasiones se hace eco de algunas opiniones de Anaxágoras —que el sol es una «tierra dorada», que el aire es una divinidad, que las aguas del Nilo provienen de la fundición de la nieve, que nada nacido muere aunque cambie de forma, que el estudio del orden intemporal de la naturaleza es la máxima felicidad—. Sigue el modernismo teológico de Pródico explicando que Demeter y Dioniso son dioses porque el pan y el vino dan vida. Explota la distinción entre naturaleza y hábito que era popular en la segunda mitad del siglo v y destruye muchas creencias. No podemos decir hasta qué punto sostenía de modo firme y profundo estas ideas, pero lo cierto es que las conocía y las examinó lo suficiente para ponerlas en boca de sus personajes. Sobre todo estaba profundamente influenciado por el arte de la discusión que floreció en su tiempo, y se basaba en el supuesto de que el debate puede llegar al final a la verdad y de que todo argumento tiene su contraargumento. Cuando su personajes en momentos de gran pasión caen en lo que nos parecen sofismas hueros es porque estos

trucos eran entonces nuevos y conservaban el esplendor que muy pronto les arrebatarían los años. Durante un tiempo algunos atenienses deben de haber hablado así. Hay indicios de ello en su primitiva forense oratoria, en la que son más importantes los argumentos basados sobre la probabilidad al establecimiento de los hechos. El respeto por el razonamiento, que en Sócrates llega a ser la pasión de toda su vida, conmueve a Eurípides y explica un principalísimo rasgo de su estilo dramático. Sin duda, responde a una tendencia personal, pero es también característico de su tiempo y algo notoriamente ausente en Sófocles.

La vigorosa afición de Eurípides a las novedades intelectuales lo hace una figura significativa en la transición de la vieja manera de pensar en mitos y símbolos a la nueva manera de pensar en conceptos abstractos. Tan pronto como la ciencia y la filosofía empezaron a desarrollarse, el cambio era inevitable, y fue afortunado el que la lengua griega pudiese formar fácilmente nombres abstractos. Se pasó de evocar una amplia gama de asociaciones imaginativas mediante una imagen pictórica o un cuento mítico a expresar de forma abstracta los hechos esenciales de una manera que les daba una mayor claridad, pero que también les imponían mayores limitaciones. Eurípides era capaz de crear mediante imágenes mitológicas y de narrar una vieja historia mediante sus puntos más dramáticos, pero tendió a racionalizar sus temas en el sentido de que trató de darles un significado más preciso. En cierta medida Esquilo hizo lo mismo, pero no siempre lo consiguió porque sus mitos encerraban un significado demasiado grande para penetrar hasta algún tema clave abstracto. Los mitos atraían fuertemente a Eurípides por su carga artística y estética, y trató de hallar tras ellos algo evidente y racional. Esto explica la dureza y aparente rudeza de algunos de sus resultados. La explotación de los mitos que había alcanzado su culminación en los frontones del Partenón cedía el terreno a un sistema diferente de observar e interpretar la vida. La intención de las obras de Eurípides no siempre es evidente, pero esto ocurre porque los elementos mitológicos y realistas no se ajustan plenamente los unos a los otros y hay un conflicto de índole y de efecto entre ellos. El foso entre ambos se agrandaría en el pensamiento corriente, y en el siglo IV, Platón, que amaba los mitos, pudo utilizarlos únicamente con fines emotivos o religiosos en el amplio desarrollo de sus razonamientos. Durante un tiempo los nuevos

movimientos intelectuales habían fortalecido la vieja visión, luego entraron en conflicto con ella y finalmente contribuyeron enormemente a destruirla. Eurípides ilustra estas etapas y al hacerlo así representa a su época.

Su punto de vista especulativo y experimental no le evitó caer bajo el hechizo de Pericles y de sus ideales de Atenas. Hemos visto cómo un coro, en su *Medea,* canta la gloria espiritual e intelectual de Atenas como convenía, realmente, a un momento en el que el Partenón acababa de terminarse. Cuando estalló la guerra, Eurípides se ocupó mucho más de ello y puso en escena algunos de sus temas más notables. En 430, cuando aún vivía Pericles, Eurípides presentó los *Heraclidas*. En su atmósfera heroica presenta una Atenas capital como creía en ella Pericles. El tema es la protección dada por Atenas a los hijos de Hércules después de la muerte de su padre. Enemigos de Argos los persiguen y sólo Atenas les brinda protección, aunque sabe que esto puede acarrearle una guerra. El heraldo argivo intenta secuestrar a los niños, pero el rey de Atenas le increpa, exponiendo la posición ateniense. Desea la paz con todas las demás ciudades, pero no por eso ofenderá a los dioses ni traicionará al inocente. Su ciudad es libre y no recibe órdenes de fuera; el problema de los niños le compite, pues su cometido es socorrer siempre a los oprimidos. Es la doctrina de Pericles a la que Eurípides aporta una nueva fuerza al hacer asumir a Atenas la responsabilidad del oprimido, cualquiera que sea su origen. Para los espartanos, a los que él claramente aborrecía, era un ejemplo típico de la intromisión de Atenas en los asuntos extranjeros, pero para Eurípides era justo y noble, un medio por el que Atenas incrementaba sus oportunidades de hacer el bien. Es más, su Atenas es fiel a la Hélade y toda la Hélade la apoya, apoya su dominio de la ley y del derecho, su gobierno democrático y constitucional. Los *Heraclidas* son un folleto para un motucional. Los *Hijos de Hércules* son un folleto para un momento, en el sentido de que presentan en forma teatral una visión ateniense y utilizan las creencias corrientes para lanzarlas contra sus rivales y contrincantes. Cuando Eurípides lo escribió, hacía poco que había comenzado la guerra y podemos captar los ideales por los que los atenienses creían estar luchando.

Esta manera alegre no podía durar y no duró. La actitud de Eurípides cambió y puede que reflejase un pequeño cambio en el público, así como un agudizamiento de su propia

penetración en el verdadero carácter de la guerra. Hacia 424 Pericles había muerto hacía cinco años, y la más poderosa influencia la ejercía el hábil, temerario y brutal Cleón. No se vislumbraba ningún final para la guerra y ninguno de los dos bandos tenía una ventaja preponderante. Eurípides escribió entonces las *Suplicantes*. Su espíritu es bastante diferente del de los *Heraclidas;* contiene poca acción y mucha discusión, como si Eurípides quisiese aclarar su pensamiento acerca de ciertos temas fundamentales y lo hiciese a través de una serie de debates. De nuevo se ocupa de la manera de tratar a las suplicantes, en este caso madres argivas, a cuyos hijos mataron y dejaron insepultos los tebanos. Esto suscita el problema entre la conveniencia y los principios. Teseo, que representa a Atenas, se niega al principio a ayudarles, basándose en la prudencia, pero su madre le pide que actúe:

Mira cómo tu país, indefenso y ultrajado,
Levanta sus ojos centelleantes contra todos esos
Ultrajadores. En su desdicha halla fuerza. Se crece en medio de
Las ciudades que vegetan secretamente y en la penumbra
Tienen miradas sombrías, por sus cautelosos planes.
Esos hombres muertos y esas mujeres que lloran necesitan
Tu ayuda, hijo mío. ¿No se la darás? [14].

Se contraponen las ciudades temerosas de adoptar abiertamente una política arriesgada y Atenas que se enorgullece de hacerlo. Se retrata de nuevo a Atenas como una ciudad ideal. Aunque Teseo es su rey, él defiende que es una democracia. Atenas es la campeona de las leyes divinas y el exponente de la libertad de expresión. Hay incluso un toque de ilustración religiosa. Cuando se introducen los cuerpos muertos, se pensaría que estaban corrompidos o corrompiéndose, pero el espíritu crítico es dejado de lado, y oímos que el sufrimiento ajeno no debe repugnar a ningún hombre. Eurípides sigue fiel a la visión de Atenas de Pericles, pero ahora sabe mucho más de la guerra y de sus horrores. La obra no contiene nada del atractivo de la guerra y mucho de su bestialidad. Pero frente a esto pinta a una Atenas que sigue siendo la campeona de la caballerosidad y del honor. Eurípides está enamorado de su ciudad y aún nada ha sacudido su devoción. El excéntrico misántropo, como los cómicos lo presentan, tiene este profundo afecto que comparte con muchos de sus compatriotas. Se aferra a convicciones

que sostuvo con Pericles y que probablemente aprendió de él.

Mientras Pericles vivió, Eurípides supo qué pensar de la guerra y puede que permaneciese fiel a ello hasta que la paz de Nicias, en 421, cerró su primera fase y concedió un respiro antes de que empezasen nuevas fases de violencia. La desgracia de Eurípides fue que, como Tucídides, era demasiado fiel a Pericles y a sus ideales y que cualquier política que se apartase de ellos no podía ser sino un desastre. Los sucesores de Pericles fueron incapaces de continuar su política al mismo nivel y carecieron de autoridad moral. Eurípides pronto vio que la guerra engendra brutalidad, pero puede que siguiese creyendo que algún bien podía derivarse de ella. Llegó un momento en que dejó, incluso, de creer en esto e incluso en Atenas. Su prolongada agonía le conmovió profundamente sin que su estilo de vida (modo de vivir) le volviese a inspirar. En esto presenta un sorprendente contraste con Sófocles, cuya vida duró casi tanto como la suya, pero que nunca perdió la fe en Atenas. Sófocles, por supuesto, observaría algunos de los daños más desastrosos de la guerra, especialmente en la corrupción de las normas públicas y en el crecimiento de las pasiones vengativas, pero intenta ver más allá de ellas y, en último término, considera a Atenas protegida por divinidades que moran en ella. Sófocles se interesa más que Esquilo por los asuntos personales, y los conflictos interiores y su inquietud por las cuestiones públicas es menos abarcadora. Pero existe en la seguridad de sus opiniones y especialmente en su creencia de que hay una ley por encima del estado y a la que el estado debe ajustarse. Pericles hubiese deseado creerlo, pero tenía claramente dudas y pensaba que el estado era la mejor encarnación de la ley y del orden. Él y Sófocles no veían con los mismos ojos todas las cuestiones, pero la crítica de la vida de Sófocles era la de un hombre que buscó hallar en el orden humano una imagen del orden divino; cuando el uno se quebró, también el otro.

La visión de las cosas de Eurípides era menos abarcante que la de Sófocles o Pericles. Era también menos consistente y menos constante. A menudo cambió de opinión y, aunque movido por ciertas lealtades, tal como la de Atenas, no las basaba en principios sólidos. En él vemos ambas cosas, la exaltación del apogeo ateniense y la reacción desilusionada de su decadencia. En sus cambiantes accesos de mal humor y entusiasmos, en su incesante búsqueda de nuevas solucio-

nes, podemos ver hasta qué punto el siglo v estaba sacudido por nuevos movimientos y lo difícil que era adherirse permanentemente a una línea única. Pericles buscó dar a Atenas una personalidad bien acabada y durante cierto tiempo logró hacerlo. Cuando esto empezó a fallar no estaba claro qué personalidad tendría Atenas, y entre los menos seguros figuraba Eurípides. Representaba la antítesis de la confianza de Pericles. No supo encontrar una solución personal y, aunque durante un tiempo aceptó la de Pericles, luego perdió también su confianza en esto.

La vida de la tragedia griega fue más larga que la de Pericles, a la que desborda por ambos extremos. Conocemos demasiado poco de las primeras obras para hablar con seguridad de ellas; lo que sobrevive de Esquilo procede de sus años de madurez y suponen una jactanciosa seguridad y un audaz alcance, apropiado a los primeros años de Pericles. En el otro extremo del siglo, las últimas obras de Sófocles y Eurípides muestran lo poderoso que seguía siendo el espíritu creador, aunque dejan entrever cierta amargura. En las obras de la época verdadera de Pericles hay un fuerte sentido de la grandeza humana, resistencia y nobleza en las más duras circunstancias. Los héroes y heroínas están decididos a ser ellos mismos y a forjarse su propio destino. La tragedia muestra al individuo y sus exigencias honrados en los más elevados términos. Esto no significa que los autores trágicos dejasen de lado al estado, sino que, aunque con diferencias en su manera de tratarlo, lo reconocían como una institución que permitía a los individuos desarrollarse plenamente. Si el individuo entra en conflicto con el estado, gana en estatura heroica, y esto es lo que importa. La tragedia destacaba los peligros que existen para el individuo, y el estado es uno de ellos.

La tragedia proporcionó un contrapeso a algunas de las más fuertes tendencias de su época. Presentó a una escala inesperada la valentía de las mujeres y la valía de los esclavos. Mostró poco interés por las luchas de clases que afligían incluso a Atenas y destruyeron a otras ciudades. Al colocar a sus sujetos en un pasado heroico desacreditó ciertos fingimientos y actitudes, que perdieron su significado al ser descubiertos. Por otra parte, las antiguas historias puestas en escena por los autores trágicos no mitigaron los horripilantes elementos que contenían desde su origen. Los trágicos trataron todas las formas del horror y la violencia, por un lado

asesinatos de maridos, madres e hijos, y por otro incestos, locura y enterrados vivos. Comparado con este rico repertorio, las muertes interminables de la época de Homero son casi simples y saludables. Los trágicos no intentaron atemperar el horror de las narraciones que heredaron de un pasado sangriento y se aferraron tenazmente a las más espeluznantes de entre ellas. No es casualidad que los tres trágicos dramaticen la venganza tomada por Orestes sobre su madre Clitemnestra por matar a su padre. Los trágicos aceptaron la opinión de que la vida es siempre dura y a menudo cruel, y lo concentraron en poderosos ejemplos tomados de la leyenda. Al educarse en estas historias los atenienses se habituaron a la idea del sufrimiento, y esto fortaleció su resistencia en la acción y la aceptación sin queja del desastre y de la muerte. La tragedia griega es una auténtica creación del genio ático y nos introduce en la esencia de la época de Pericles.

# 8. La oposición ateniense

En sus últimos años Pericles, como dice Tucídides, guió al pueblo, pero en sus primeros años se le enfrentó una considerable oposición e incluso en la cumbre de su poder no careció de críticas virulentas y sin escrúpulos. Cuando, por vez primera, destacó, al apoyar a Efialtes a reformár la constitución, la oposición era lo suficientemente intensa como para asesinar a Efialtes, y Pericles debió de ser igualmente odiado, no sólo porque se adhirió a una causa revolucionaria sino porque él mismo pertenecía a una clase social que consideraba este comportamiento como una traición. En esta época Cimón era una poderosa figura en la política ateniense y, hasta que fue condenado a ostracismo en 461, Pericles tuvo aún que afirmarse. La consecuencia inmediata de la caída de Cimón fue la guerra con los peloponesios, y durante ella la oposición, aunque en parte callada, siguió trabajando. No cabe duda de que fue así a juzgar por lo que sucedió cuando Esparta entró en Beocia y derrotó a Atenas en Tanagra en 456. Por entonces Atenas estaba construyendo la gran muralla que se extendía de la ciudad al Pireo, cuyo objeto era hacer el transporte de alimentos del mar a la capital plenamente seguro, a la par que incidentalmente esto animaba a la población marinera, de la que dependían los

demócratas para muchos de sus votos. No es, por tanto, sorprendente que los movimientos espartanos fuesen secretamente favorecidos por los atenienses del partido ultraaristocrático que preferían Esparta a su propio populacho. Podían incluso haber provocado una crisis en un momento tan peligroso, pero es importante señalar que los que favorecían a Esparta no pueden haber sido más que una minoría, incluso en su propio mundo político. Porque, antes de la batalla, Cimón, a pesar de estar exiliado, apareció con un grupo de seguidores y pidió que los permitiesen luchar del lado ateniense. Los generales atenienses llevaron la cuestión al Consejo de Atenas, quien lo prohibió, y Cimón no tomó parte en la batalla. Este hecho muestra cómo en un momento de peligro incluso los tenaces conservadores se unirían para las necesidades de su país. El ofrecimiento de Cimón favorecería la anulación de su condena a ostracismo poco después. Acciones como ésta explican por qué durante la guerra apenas si hallamos algo que sugiera una marcada división en partidos separados por tendencias políticas. Esta división había existido durante la paz precedente y sobrevendría de nuevo tras la paz en 445.

La muerte de Cimón, en 449, dejó a los conservadores sin líder. Por el momento era de escasa importancia, pero la paz de 445 dio nuevas posibilidades y nuevos proyectos a la política de partidos. Un líder estaba presto, que demostró ser el más importante adversario de Pericles. Tucídides, hijo de Melesias, durante algún tiempo casi pudo vencerlo y gran parte de la actuación política de los años de paz giró en torno a la rivalidad de ambos. Tucídides había nacido hacia el año 500; era, pues, unos años menor que Cimón y unos años mayor que Pericles. Procedía de una familia aristocrática, casó con la hermana de Cimón y fue posiblemente el abuelo de su homónimo, el gran historiador. En el siglo siguiente, Aristóteles lo cita como líder de las clases elevadas y añade de él y de los que eran como él que «prácticamente todo el mundo está de acuerdo en que no sólo eran caballeros distinguidos sino también hombres de estado que trataban a toda la ciudad como un noble trata a su patrimonio» [1]. Desgraciadamente la época de su poder y actividad coincide con un periodo, a mitad del siglo v, sobre el que nuestra información es lamentablemente exigua. Pese a que su tocayo no lo mencione, no cabe duda de su importancia. Era un aristócrata de la vieja escuela y, cosa frecuente entre la clase aris-

tocrática, su familia era célebre por su destreza en la lucha grecorromana. Su padre, Melesias, era un famoso entrenador y su estrecha relación con familias nobles de Egina en los años sesenta nos indican que esta profesión estaba socialmente muy considerada. Esta camaradería, bien conocida por Píndaro, ilustra lo internacional que eran algunos aristócratas griegos. Durante la guerra entre Atenas y Egina cada partido luchaba de su lado, pero en tiempo de paz se recibían como huéspedes y compartían las mismas aficiones. En vista de la reputación atlética de su padre, no es sorprendente que la imagen de la lucha grecorromana se aplique más de una vez a Tucídides, especialmente refiriéndose a su larga contienda con Pericles, con el que se decía que estaba «a brazo partido» [2], y otras metáforas análogas se usaron para mostrar su habilidad en el debate. Tucídides era un miembro característico de la vieja sociedad aristocrática, y en esto radicaba su fuerza; le desagradaba igualmente la expansión de la democracia en Atenas y su imposición en las ciudades del imperio.

La oposición de Tucídides a Pericles se basaba en una total disparidad de temperamento y concepción de la vida. Es posible que casi todo lo que Pericles hizo en tiempo de paz horrorizase a sus adversarios, aunque sólo fuese porque lo aborrecían y temían. Con la declaración de paz, Atenas siguió exigiendo tributo a sus aliados. Ella misma decidía cómo había que gastarlo y una primera exigencia era la acumulación de saldos no gastados para futuras guerras. Esto se seguía concienzudamente, y a su debido tiempo mostró ser de máximo valor. Con el superávit, que era considerable, Pericles, en un sorprendente cambio de táctica, se lanzó a un espléndido programa de construcciones sobre la Acrópolis de Atenas y edificó el Partenón, la Propilea, entrada solemne a la Acrópolis, y el Odeón o teatro de la música sobre sus faldas. Los dos primeros de estos edificios sobreviven en ruinas y son todavía únicos en el mundo. Puede parecer inexcusable, pero Pericles tenía sus razones propias para gastar los pagos de los aliados en construcciones en vez de en más armamentos. No necesitaba armamentos y había mucho dinero. Por supuesto, podía haber reducido el tributo, pero, puesto que podía necesitarlo en el futuro, era un paso peligroso; una vez reducido, sería difícil restablecerlo.

Pericles podía perfectamente haber alegado que, al rechazar los griegos unirse para reconstruir los templos destruidos

por los persas, alguien lo tenía que hacer y la liga era el organismo idóneo para ello. Sería natural empezar con Atenas, que presidía la liga y había sufrido las peores destrucciones. Pero si es posible que usase este argumento, nada sabemos de que lo hiciese. Sus razones, tal como las presentó, parecen habernos llegado más o menos en sus propias palabras. Muestran su casuística manera de argumentar, su característico contrapesar las razones a favor y las razones en contra. Está respondiendo a ataques y lo que dice es, dentro de esos límites, terrible:

Los aliados no proporcionan ni un caballo, ni un barco, ni un hoplita, sino solamente dinero; y éste pertenece no a los que lo dan, sino a los que lo reciben, si cumplen aquello por lo que lo reciben; y es perfectamente justo que la ciudad, una vez que esté suficientemente equipada con todo lo necesario para la guerra, emplee su superávit en obras tales que, una vez hechas, le adquieran una gloria perdurable y que mientras se hacen empleen ese dinero proporcionando toda clase de trabajos y una infinidad de ocupaciones, que despiertan todas las artes y ponen en movimiento todas las manos y asalarian, por así decir, a toda la ciudad, de tal forma que no sólo se adorna, sino que además se sostiene a sí misma con sus propios recursos[3].

La cita tiene un algo de Pericles. En los discursos que el historiador Tucídides le atribuye, una combinación semejante de argumentos abstractos y de prudencia táctica está imbuida en algo más sublime y más sublimante.

El primer argumento de Pericles no parece verdadero. Podía haber declarado que, ya que los aliados pagan con dinero y los atenienses con sus vidas, los últimos tienen prioridad en las decisiones sobre el empleo del dinero. Pero no es lo que dice. Declara que una vez que los aliados han pagado su tributo, el dinero pertenece a Atenas y éstos no tienen derecho a quejarse del empleo que se le dé. Pero ellos lo han pagado según un acuerdo convenido para un fin específico. No basta responder que este fin se ha cumplido con parte del dinero; porque el acuerdo era que todo se usaría para el mismo fin. Los aliados podían alegar legítimamente que los habían engañado. Pero, probablemente para Pericles, esto no era simplemente un ejemplo de hábil sofística; es más bien un ejemplo de la inconsiderada superioridad con la que Atenas, demasiado a menudo, trataba a sus aliados y que se basaba sobre el supuesto de que, puesto que Atenas cargaba

con las más duras responsabilidades y llevaba el gran peso de la guerra, tenía derecho a anteponer sus propios intereses y a tomar la mayor recompensa. En efecto, Pericles da a entender que, ya que los aliados se han confiado al cuidado de Atenas, ella puede hacer lo que quiera con ellos. Puede incluso dar a entender que, puesto que Atenas proporcionaba lo más importante, es decir, los instrumentos de guerra, a los que de hecho alude, a ella correspondía, casi exclusivamente, decidir. Esto se ajustaría a la creencia común de que es natural que el débil sea gobernado por el fuerte, y aquí lo aplica indirectamente para apoyar su engaño.

Otras consideraciones más realistas siguen a este argumento. Pone de relieve que Atenas debe tener todo lo necesario para la guerra y declara que lo ha obtenido. Cuando estalló la guerra en 431 estaba ampliamente preparada y mejor equipada que sus adversarios peloponesios. Sin esta confianza Pericles no se habría embarcado en su audaz política de construcciones, para la que adelanta dos motivos muy diferentes. El primero es que los edificios que proyectaba soportarían una gloria eterna a Atenas. Los años transcurridos han demostrado que no estaba equivocado. Sin embargo, el historiador Tucídides, que se percataba plenamente del atractivo de la gloria, sabía que los bellos edificios no siempre son pruebas sólidas de ella e insiste en que su ausencia puede no demostrar su carencia. Con notable presciencia, dice:

> Supongamos, por ejemplo, que la ciudad de Esparta llegase a quedar desierta y que sólo los templos y los cimientos de los edificios permaneciesen, pienso, al correr de los años, sería muy difícil a las generaciones futuras creer que el lugar había sido realmente tan poderoso como se alegaba que fue[4].

Los restos de Esparta son tan humildes que cuesta trabajo creer que éste era el poder que durante muchos años desafió y finalmente conquistó a Atenas. Pero Tucídides habla en su nombre; Pericles no comparte sus dudas. Pericles se interesaba primordialmente por la grandeza de Atenas y sabía que los edificios bellos no podían dejar de impresionar a los otros griegos o de enorgullecer a los atenienses de su ciudad. Estos edificios indicaban no sólo que poseían el dinero para construirlos, sino además una incomparable habilidad de sus artistas y artesanos. Es cierto que el Discurso Fúnebre que Tucídides pone en boca de Pericles no dice casi nada sobre

su política de construcciones, aunque en ese momento el Partenón estaba terminado, y la Propilea construida en más de su mitad. Pero en ese discurso Pericles trata menos de la Atenas real que del espíritu vivificador que ha engendrado su grandeza.

Pericles está ávido de gloria y la esencia de la gloria es que resiste a través del tiempo. Esto no era una idea ni nueva ni específicamente ateniense. Durante siglos los griegos creyeron que la muerte podía ser, en cierto modo, derrotada si un hombre actuaba de manera digna de su hombría y era celebrado por ello en palabras o en piedra. Es difícil decir lo real que se pensaba que era esta vida ulterior pero, aunque para algunos no era sino una metáfora, para otros tenía cierta realidad que desafiaba las sombrías previsiones de lo que sucedía después de la muerte. Por eso, en los cortos y conmovedores epitafios escritos en verso para los caídos en el combate, el aspecto que se pone de relieve es que han ganado una gloria perdurable y esto supone, aunque vagamente, cierta prolongación póstuma de su existencia. Pericles, con un fino sentido práctico, aplica la noción a un monumento visible como el Partenón, que puede sobrevivir más tiempo, incluso, que las canciones y produce un impacto más poderoso de heroica fuerza. Pero Pericles da un nuevo giro a la vieja creencia al trasponer lo que se solía decir de individuos o pequeños grupos a toda una ciudad. Puede que pensase que, incluso si Atenas no duraba para siempre, su gloria duraría.

Su perspicaz presciencia iguala sus prudentes consideraciones sobre el presente. El problema de construcciones requería una atención plena; «elevaría cada corazón y movería cada mano» y llevaría a una gran parte de la población, que se convertirían en desempleados con el advenimiento de la paz, al servicio del estado. Este proyecto asombrosamente socialista daría trabajo a hombres que en tiempo de guerra se necesitarían como soldados o marineros, pero que entretanto podían emplearse para realzar el esplendor de Atenas. Era más provechoso tenerlos ocupados en un trabajo diestro y sano que dejarlos holgazanear o enviarlos a fundar colonias a ultramar. Aunque el trabajo hecho no trajese beneficio financiero al capital desembolsado, esto no tenía por qué preocupar a los atenienses, puesto que se pagaba con el tributo de los aliados. Pericles sabía lo que decía. Su política

de obras públicas a este alto nivel atraía a su sentido del esplendor y proporcionaba un medio de vida a aquel sector de la población que le daba su más fuerte apoyo. Podía acusársele de demagogia y, por supuesto, lo era, pero su manera de ganarse a los votantes acrecentó de modo incalculable la riqueza durable de la humanidad.

Frente a los argumentos expuestos por Pericles en defensa de su política hemos de poner los que sus adversarios expusieron contra él. También esto nos ha llegado en palabras que parecen ser una reproducción más o menos fiel de lo que se decía en la época. El tema parece haber tomado carta de naturaleza en los debates de la Asamblea:

> El pueblo ha perdido su crédito y es difamado por haber trasladado los caudales públicos de los griegos de Delos a Atenas. A los que lo acusan de esto podía oponer la más decente de las excusas —que sacó el dinero de Delos por temor a los bárbaros y que ahora guarda la propiedad común en un lugar seguro—; de ésta Pericles lo ha privado. La Hélade parece haber sido ultrajada con un terrible agravio y estar manifiestamente tiranizada cuando ve que con la contribución que se le impone para la guerra adornamos y embellecemos nuestra ciudad con costosas estatuas y templos que valen miles de talentos, como una disoluta mujer que se engalana con piedras preciosas [5].

Estas palabras deben de estar muy cerca de las que Tucídides, hijo de Melesias, diría contra Pericles. Contiene sus sentimientos y posiblemente algunas de sus frases. Acepta, o pretende aceptar, el pretexto para la transferencia del tesoro de Delos a Atenas; censura no a la Asamblea ateniense que ha aceptado usar el dinero para construir, sino a Pericles, como si él no tuviese que pasar por el habitual procedimiento democrático antes de lograr que se hiciese algo. Sigue con acusaciones de tiranizar a los aliados y de ultrajarlos al derrochar degradantemente su dinero.

La acusación contra Pericles es de comportarse como un tirano y de actuar por pura arrogancia. La segunda parte del cargo se remonta a varios siglos antes, al menos a Solón, que consideró a los ricos nobles atenienses llevados por una arrogancia semejante a oprimir a los otros. La idea estaba especialmente relacionada con los tiranos, de quienes, a pesar de sus numerosas acciones buenas, se pensaba que padecían de tonto orgullo. En su imaginaria discusión sobre diferentes tipos de gobierno, Heródoto hace decir a uno de los cons-

piradores persas: «El orgullo en un tirano crece por todas las buenas cosas que tiene» [6]. Tucídides aplicaba la doctrina no a Atenas, como podía haber hecho, sino personalmente a Pericles. No deseaba enajenarse el apoyo de Atenas y, por tanto, cargó sus censuras sobre el hombre que, en su opinión, había hechizado al pueblo ateniense. Esto lo consideraba típico de un tirano y groseramente ultrajante para los aliados. Ahora bien, como hemos visto, Pericles podía a veces decir que el imperio era una tiranía, pero Tucídides no se atrevía a decirlo. Al cargar todos los reproches sobre Pericles debe de haber reflejado las opiniones de los ricos atenienses y de sus amigos entre los aliados. Se equivocaba en el caso de Pericles, que se mantuvo estrechamente dentro de la constitución y no se sostuvo en el poder por la fuerza de las armas como hicieron los tiranos, sino que promovió su política con el apoyo de una mayoría en la Asamblea. Estas palabras son propaganda y pueden haber tenido cierto efecto, ya que se decía de Pericles que se parecía físicamente y en alguna de sus actuaciones políticas al tirano ateniense Pisístrato. El gran defensor de la libertad democrática, que declaraba que en Atenas «el poder está en las manos no de una minoría sino de todo el pueblo» [7], es difamado comparándolo con alguien que quería ejercer solo el poder, y el autor de esta calumnia es un hombre que creía en el gobierno de los caballeros distinguidos.

Tucídides compara el embellecimiento de Atenas con el de una mujer liviana a quien su amante cubre de joyas. Puede sorprendernos que Tucídides hable de este modo de su ciudad natal, pero es un ataque indirecto contra Pericles por decir que los atenienses debían estar enamorados de su ciudad. Esto, dice Tucídides, es lo que son estos amantes. Deduce una baja opinión de Atenas. Su parecer es que la nueva grandeza que Pericles confiere a la ciudad es menos auténticamente grandiosa que la sencilla dignidad que tenía en el pasado, aunque incluso los templos destruidos por los persas, que ahora están siendo sustituidos, tenían un esplendor inusitado. Es más, la alusión a que controla a Atenas un rico dueño es la manera de decir de Tucídides que Pericles ha comprado al pueblo hallándoles trabajo. Sin duda, Tucídides alimentaba la creencia aristocrática de que, ya que el pobre merece su pobreza, no es algo que le honre el intentar reme-

diarla. Aquí, de nuevo, va contra una teoría capital de Pericles:

En cuanto a la pobreza, no es ninguna vergüenza reconocer que se es pobre; la auténtica vergüenza está en no tomar las medidas necesarias para escapar a ella [9].

Pericles estaba dispuesto a ayudarles en esto, y sus adversarios miraban con horror sus esfuerzos. Considerándolo desde un ángulo diferente no podemos sino observar la crudeza con la que Tucídides se burla de los templos y estatuas ejecutados por instigación de Pericles. Para él son meros derroches y esto los condena. Difícilmente esperaríamos esto de un aristócrata ateniense, pues los nobles atenienses patrocinaban arquitectos y escultores con una portentosa generosidad, a menos de que prefiramos pensar que era meramente un capricho de tirano, al que accedieron Pisístrato y sus hijos, para ganarse el favor popular. La solución más probable es que Tucídides no es sincero en lo que dice acerca de las artes. Posiblemente, a juzgar por lo que conocemos, le gustarían como a la mayoría de los atenienses. Lo que hace es deplorar que se despilfarre en ello el dinero de los aliados que debía usarse para armamento. Es una lógica maniobra polémica, aunque se expresa con una crudeza tal que nos indica lo vehementes que podían ser las irritaciones sobre esta cuestión.

Al defender a los aliados contra Pericles, sus adversarios no se entregaban a la controversia por el gusto de la controversia, aunque tampoco desdeñaban sus más agudos métodos. Probablemente creían en mucho de lo que decían y les movía la simpatía por los aliados o, al menos, por los que, de ellos, pertenecían a su misma clase y a quienes desagradaba la política democrática. Las familias ricas atenienses tenían lazos fuera del Atica, lo que sería bastante fácil en un país tan pequeño como Grecia, donde las comunicaciones, al menos por mar, eran fáciles durante los meses de verano. Tenían aficiones comunes a los deportes y juegos y se encontraban no sólo en los más importantes juegos de Olimpia y Delfos sino también en otras muchas competiciones atléticas que tenían lugar regularmente. La victoria en los juegos era particularmente estimada por los acomodados, que la consideraban una prueba de su educación hereditaria y de su descendencia de los dioses y héroes. Cuando Píndaro, que pertenecía a su clase, celebró sus triunfos, creó una metafísica de

la gloria que era muy de su agrado. Los atletas procedían, en su mayoría, de las clases ricas, no sólo porque eran las que podían soportar los gastos bastante considerables, sino porque creían que los juegos eran apropiados a su origen. Los vencedores procedían en su mayoría de los círculos aristocráticos, principalmente de Egina, mientras que muy pocos procedían de Atenas. Tucídides se movió en estos círculos, no sólo por las relaciones atléticas de su padre, sino también porque él mismo era probablemente un atleta. Su familia era bien recibida en Egina y podemos imaginar que tenía amigos en otros lugares en los que Atenas no había ahogado las pretensiones de los aristócratas, ansiosos de renombre y fama. Incluso en el año crítico de 447-446, los eginetas no dejaron de competir y Píndaro escribió su *Pítica VIII* para un joven luchador de la lucha grecorromana. Esta sociedad internacional de riqueza y nobleza halló su portavoz en Tucídides, y a través de él desahogó sus quejas. Puede incluso haber pensado que los edificios de Pericles eran no sólo inmorales sino vulgarmente ostentosos, resplandecientes con mármol recién cortado y esculturas ricamente pintadas. La historia se ha pronunciado en otro sentido.

Tucídides tenía sus propias ideas acerca del lugar que Atenas debía ocupar en los asuntos helénicos, y lo vio más como una cooperación que como una hegemonía o dominación. Estuvo estrechamente relacionado con las primeras etapas de un intento excepcional de Atenas para fundar en el oeste no una *cleruchía* sino una verdadera colonia de tipo anticuado. Pero el impulso inicial no procedía de él. En algún momento, hacia 446, los habitantes de la vieja Síbaris, en la costa este de la punta sur de Italia, que en 510 habían sido expulsados por hombres de Crotón, intentaron reconstruir su ciudad en su antiguo emplazamiento. Los hombres de Crotón los volvieron a expulsar y apelaron a Atenas y Esparta para que se uniesen a ellos en la fundación de una nueva ciudad. La propuesta no atrajo a Esparta, quien se negó a tomar parte. Pero Atenas, que durante mucho tiempo había acariciado ambiciones en el Oeste, vio posibilidades en el ofrecimiento y despachó una pequeña compañía de atenienses y aliados.

En esto podemos captar la intervención de Tucídides. El proyecto al que aspiraba no era exclusivamente ateniense sino panhelénico y se consideraba probable aplacar a los peloponesios. Sin duda, Tucídides también pensó que enviando colonos era una mejor manera de solucionar el problema de los

parados que darles un trabajo habilidoso y bien pagado en su país. El establecimiento de la colonia podía interpretarse como un gesto conciliador de Atenas para el resto de Grecia y un presagio de relaciones más amistosas. Cuando el proyecto se aceptó en 444-443, Tucídides era un general y estaba bien situado para emprender el plan con posibilidades de éxito. Pero las cosas salieron mal. Los sibaritas se pelearon con los nuevos colonos, reclamaron para sí todos los cargos importantes del estado y trataron con desdén a los atenienses. La guerra estalló y los sibaritas se vieron de nuevo expulsados. En su subsiguiente escasez de hombres, los colonos atenienses pidieron refuerzos a su ciudad madre.

Se decidió entonces fundar una colonia nueva y total en un emplazamiento vecino a Turios. En ello Tucídides quiso desempeñar una parte dirigente. Visitó Síbaris, donde hizo un buen papel, y Platón diría posteriormente que tenía «un gran prestigio entre los otros griegos» [9]. Pero de nuevo las cosas salieron mal. El fracaso de la primera expedición aún escocía en Atenas; por otra parte, los corintios se resentían de la intrusión ateniense en el Oeste y se negaban a asociarse en la fundación, sin duda pensando que Atenas no se interesaría tanto en la cuestión si el plan fuese realmente tan inocente y tan panhelénico como ella pretendía. Con este asunto se dio un trastrueque completo de fortuna. Pericles se apropió de los planes de Tucídides y los utilizó no sólo para favorecer sus propios intereses sino para desacreditar a Tucídides. Es posible que éste se excediese en su papel y excitase la desconfianza del público ateniense. Cuando en la primavera de 443 terminó su año de servicio, Jenócrito, un partidario de Pericles, le acusó de las faltas habituales de altanería y malversación aunque, sin duda, los cargos se hicieron en términos más específicos. Puede perfectamente haberse dejado sobornar o haber hecho promesas que no cumplió. La acusación triunfó y Tucídides fue condenado a ostracismo por diez años. Con estas maniobras Pericles burló completamente a su rival y mostró su fuerza logrando que lo eligiesen general para 443-442. En este sorprendente cambio de suerte la pretendida colonia jugó un gran papel. Tucídides intentó que fuese una aventura panhelénica, pero Pericles insistió en que esto iba contra los intereses de Atenas y halló una solución logrando que Atenas asumiese el mando y promoviese sus propios intereses en el Oeste.

De hecho, la nueva ciudad de Turios se fundó en 443, cerca

del emplazamiento de Síbaris. Atenas dio la dirección a voluntarios de diversas partes, incluyendo Arcadia y Jonia. La fundación se llevó a cabo con correcta formalidad. El adivino Lampón, que era un amigo de Pericles y estaba relacionado con el culto de Demeter en Eleusis, obtuvo, según era adecuado, un oráculo de Delfos, que descubrió un emplazamiento que fue puntualmente descubierto en Turios y poblado. La nueva ciudad fue trazada por el proyectista de la ciudad de Hipodomo, que ya había trazado el Pireo sobre un plano rectangular de rejilla. Su gobierno era democrático, pero sus leyes no eran las del ateniense Solón, sino las de Zaleuco, que había sido legislador de Locros y que era muy admirado en la Sicilia griega y en Italia. Era una concesión a los sentimientos locales y acaso un gesto para mostrar que Atenas no siempre quería las cosas de su propia manera. Apolo, el dios de Delfos, era venerado como fundador. Incluso, a pesar del triunfo de Pericles, Turios no estaba completamente libre de sus comienzos panhelénicos y era sumamente lógico el que no desempeñase posteriormente un papel importante en los asuntos atenienses.

Turios era un bello gesto y atrajo cierta atención y ayuda. En sus primeros días impulsó y atrajo a los filósofos Protágoras y Empédocles, al historiador Heródoto y al joven orador Lisias. Floreció económica y políticamente y sobrevivió a los ataques de su envidiosa vecina doria, Taras. Pero si Pericles esperaba que Turios se convirtiese en un puesto avanzado del dominio ateniense en el Oeste, estaba condenado al desengaño. Por mucho que se acuñasen sus monedas con la cabeza de Atenea y la rama de olivo, Turios no prosperó ni como colonia ateniense ni como establecimiento internacional. Derivó tranquilamente hacia la esfera de los estados dóricos del sur de Italia, en buena medida porque todos los elementos colonizadores no atenienses desconfiaban de Atenas o pensaban que el helenismo no era más que disfraz de sus ambiciones imperialistas. Para Pericles trajo la enorme ventaja de deshacerse de Tucídides durante diez años.

Desde el ostracismo de Tucídides en 443 hasta su muerte en 429, Pericles permaneció en el cargo, excepto unos meses en el último año de su vida, cuando le privaron de su cargo y luego lo restablecieron en él. Todos los años salió elegido general, y esta fue la base de su poder, porque le capacitaba para ejercer su notable influencia y lograr que la Asamblea hiciese lo que él quería. El ostracismo de Tucídides, cierta-

mente, redujo la fuerza de la oposición, pero, incluso antes de su regreso en 433, hay síntomas de que sus seguidores continuaban actuando y ocupados en su antigua política de ataques a Pericles. En este segundo asalto no emprendieron una maniobra abierta en la Asamblea porque Pericles tenía tal control de ella que cualquier adversario estaba condenado al fracaso. En su lugar siguieron una ingeniosa estrategia intentando desacreditar a Pericles, acusando a sus más importantes amigos de varios cargos desagradables. Tres de estas acusaciones ocurrieron en los años anteriores al estallido de la guerra con Esparta en 431, y, naturalmente, se dijo que Pericles entró en guerra para desviar la atención de sus propios problemas. Es altamente dudoso, porque ninguno de esos casos se interfirieron en su control de la Asamblea o en la confianza que la mayoría de los atenienses seguían poniendo en él. En estos ataques podemos ver, primero, la obra de los seguidores de Tucídides y, luego, del mismo Tucídides. No estamos seguro de en qué orden las acusaciones se produjeron, pero parecen haber seguido una sucesión constante, como si su efecto acumulado estuviese dirigido a abrumar y hacer caer a Pericles.

Podemos tomar primero la acusación contra el escultor Fidias, que parece haber tenido lugar en 437. En este caso, podemos ver a los seguidores de Tucídides estar de acuerdo con él en quejarse de que Pericles derrocha el dinero público en templos y estatuas. Fidias había hecho la gran estatua de oro y marfil de Atenea en el Partenón; era también un amigo íntimo de Pericles. Era posible atacarle y, a través de él, hacer daño a Pericles. Se convenció a Menón, ayudante de Fidias, para que se sentase en actitud suplicante en la plaza del mercado y pidiese inmunidad a cambio de aportar información y acusaciones contra Fidias. Se aceptó la propuesta y se acusó a Fidias de hacer un desfalco con el oro que usaba para la estatua. El ataque fracasó totalmente, pues Fidias, sobre el prudente consejo de Pericles, había previsto que el oro de la estatua pudiese quitarse totalmente y pesarlo. Ahora se pesó y se halló que no faltaba nada. Pero no era suficiente para los atacantes. Cambiaron de motivo y acusaron a Fidias de impiedad contra la diosa nacional por haber esculpido en su escudo los retratos de Pericles y de él mismo combatiendo con una amazona. No tenía nada de particular, pero es posible que la acusación, en este caso, se viese reforzada por algunos brotes de superstición. Fidias abandonó Atenas y

marchó a Elis para trabajar en su estatua de Zeus en Olimpia, donde se ha descubierto su taller y en él diminutos pedacitos de marfil o tacitas firmadas con su nombre. El delator, Menón, obtuvo la inmunidad que había pedido. Corren diversas versiones acerca del final de Fidias, pero una de ellas dice que, llevado de nuevo a Atenas, murió en la cárcel, sin haberse podido defender de los cargos que se le imputaban.

Después del regreso de Tucídides, se lanzó un ataque contra Anaxágoras, y se dice que aquél lo instigó. Se encausó a Anaxágoras por una ley recientemente introducida por un fanático religioso llamado Diopites contra «los que no creen en las cosas divinas o imparten enseñanza sobre los fenómenos celestiales» [10]. Esto era perfectamente aplicable a Anaxágoras, quien pensaba que el sol era una masa de hierro candente «más ancha que el Peloponeso» [11] y supo que se eclipsa por interposición de la luna y que la luna brilla por la luz reflejada de él. También se dice que se le acusó de medismo, es decir, de favorecer a los persas, pero esto tendría escasa importancia en este momento y parece una invención posterior. El juicio involucraba el honor y el prestigio de Pericles. Pericles defendió a Anaxágoras, pero no logró que lo absolviesen. Le declararon culpable y le condenaron a pagar cinco talentos. El resultado fue que dejó Atenas, yéndose a Lámpsaco, donde fundó una escuela de filosofía. Una vez que se vio la posibilidad de hacer acusaciones de este tipo, era fácil demostrar que cualquiera era culpable de ellas; la mayoría de los griegos, compartiendo una religión inorganizada y sin dogmas, desarrollaron peculiaridades de creencias y gozaron de la tolerancia deparada por el politeísmo, en el que había tantos dioses que no podían permitirse estar celosos los unos de los otros. Es, por supuesto, posible que Tucídides compartiese entonces el espíritu que inspiró el decreto de Diopites, pero es más probable que se aprovechase de él e incluso que lo apoyase en la Asamblea, viendo que podía proporcionarle un arma utilísima. Consta también que se atacó a las figuras más destacadas de su tiempo en Atenas y que Tucídides no vio en ello nada indecoroso, y puede, incluso, que se alegrase de ello.

Hubo un tercer tipo de ataques de diversa índole, igualmente repugnantes, aunque sus autores se consideraron muy astutos. Estaban dirigidos contra la vida privada de Pericles, a la que asestaron un duro golpe. El matrimonio de Pericles con una parienta suya le dio dos hijos, pero no fue un éxito

y Pericles lo anuló. Se había enamorado ya de Aspasia, una mujer de Mileto con dotes fuera de lo corriente. Es posible que viniese a Atenas con el famoso proyectista de ciudades Hipodromas, quien, entre otras cosas, imaginó una estatua ideal que mereció ser mencionada por Aristóteles. Se encontró con Pericles al principio de los años cuarenta y vivió con él el resto de su vida. Le dio un hijo, que era ilegítimo a causa de una ley propuesta por Pericles que limitaba la ciudadanía ateniense a los que tenían padres atenienses por ambos lados. Pericles naturalizó posteriormente al niño por una disposición especial. Aspasia jugó un papel en la vida social ateniense muy superior al de cualquier mujer de su tiempo. Era debido en parte a su relación con Pericles, pero también a su personalidad sobresaliente. Aunque se levantaron contra ella calumnias espantosas y se le acusó de las aberraciones comúnmente atribuidas a las esposas o amantes de grandes hombres, era una mujer con dignidad e inteligencia. Era amiga de Sócrates y tuvo una especie de salón en el que, como en los diálogos de Platón, se discutían cuestiones corrientes de interés general. Se decía que Aspasia se había modelado a sí misma sobre una famosa mujer milesia llamada Targelia, que estaba bien informada en política y casó catorce veces, siendo su último marido el rey Antíoco de Tesalia, cuyo reino gobernó ella durante muchos años después de su muerte. Aspasia debió de aprender algo de esta inteligente compatriota, y su comparación con ella confirma su genuino interés por la política. No hay motivo para pensar que, de vez en cuando, no se tomase un interés que podía ser interpretado como interferencia. Dejaremos de lado las más chabacanas historias.

Aspasia era un blanco fácil. Como milesia, siempre se le podía acusar de insuficiente lealtad a Atenas y pueden, incluso, haber existido cosas en su pasado que podían volverse contra ella. Se movía en un círculo extraordinariamente inteligente que poco tendría en común con los amigos aficionados a los deportes de Tucídides. Pero, sobre todo, debe de haber ofendido el común sentimiento ateniense de que el lugar de una mujer era la casa y su mejor tarea el guardar silencio. Esto se repite con tanta frecuencia que, si supone un deseo general de creerlo, debía de ser difícil de mantenerlo en la vida práctica, y sospechamos que esta opinión de lo que la mujer debía ser en la vida real se desatendía con frecuencia. No tenemos más que mirar a esas magníficas versiones de mujeres atenienses, las predominantes heroínas de la tragedia o a las

bulliciosas furias de la comedia para ver de qué eran capaces las esposas e hijas. Aspasia pudo no comportarse como algunas de ésas, pero tenía una preeminencia inhabitual y muy criticada. Es por consiguiente notable que en el Discurso Fúnebre atribuido a Pericles hallemos hacia el final palabras dedicadas a las mujeres de los caídos:

> Vuestra gran gloria es no ser inferiores a lo que Dios os ha hecho, y la mayor gloria de una mujer es que los hombres hablen menos de ella, ya sea para alabaros o para criticaros [12].

Se dijese lo que se dijese de Aspasia, nadie podía decir que no se hablaba de ella. De este modo estas palabras son un poco misteriosas. Si son la reproducción exacta de lo que dijo Pericles, ¿las pronunció sabiendo los cotilleos corrientes e intentando desafiarlos y declarando implícitamente que Aspasia era, de hecho, una mujer tranquila que se atenía estrictamente a su casa? o ¿son una invención del historiador Tucídides, que nunca menciona de nombre a Aspasia, o sugiere que jugase ningún papel en política, pero puede haber considerado prudente insinuar que sabía de ella, pero que no creía que Pericles le confiase ninguna información íntima? En cualquier caso, Aspasia no se ajustaba a los ideales atenienses de la feminidad, incluso si, en la práctica, no era única en su independencia. Naturalmente, llamaría la atención, provocaría envidia y chismes, de lo que el rival Tucídides y sus aliados podían aprovecharse.

Una vez más el ataque se basaba en una llamada a la intolerancia religiosa. El poeta cómico Hermipo la acusaba de impiedad y, para colmar la medida, añadía que obtenía mujeres nacidas libres para placer de Pericles. La impiedad, incluso definida, no era una acusación extraña, puesto que se hacía también contra Anaxágoras y Fidias, y es posible que Pericles se formase su propio credo patriótico a partir de una interpretación liberal de la naturaleza divina. La segunda parte de la acusación era el resultado de interminables calumnias que habían circulado durante mucho tiempo y que algunas personas debían de haber creído. Pericles defendió a Aspasia en su juicio y se dice que lloró copiosamente en él. El resultado fue que salió absuelta, y aunque fue el juicio que más cotilleos levantó para Tucídides fue el menos afortunado. Pericles sobrevivió sin menoscabo de su autoridad y Aspasia fue absuelta de cargos que podían haber excitado ásperos sentimientos contra ella. Acaso las acusaciones fuesen

tan necias que el jurado viese su absurdidad y las rechazase. En cuanto a Tucídides fue su última auténtica tentativa. Siguió viviendo unos años más, pero parece haber perdido no sólo su prestigio, sino también sus talentos y haberse convertido en un lastimoso viejo. Nuestra última visión rápida de él es en 425, cuando en su *Los Acarnienses* Aristófanes hace que el coro se lamente de la incapacidad de Tucídides para resistir a la brutal locuacidad de una nueva generación de oradores:

¡Qué triste indignidad ver a Tucídides, curvado por los años,
en penoso infortunio, débil, caído en las garras de ese producto
del desierto escitio, el hijo de Cefisodemo, ese locuaz charlatán.
Me conmoví y, aún más, lloré,
Pesaroso de ver a este venerable anciano maltratado por un arquero
el que, por Deméter, cuando era famoso Tucídides
no habría soportado extravagancias de la Diosa errante,
sino que habría abatido, poderoso luchador, a diez Evatluses o más
Habría vencido a tres mil arqueros con sus gritos,
Habría abatido al padre de su acusador en su tierra natal escitia [13].

Aristófanes compadece al viejo Tucídides por ser atacado por una nueva generación, contraria y sin escrúpulos. Lo admira por haber sido un poderoso luchador de lucha grecorromana e indica que era también un guerrero con renombrada capacidad de mando. Tucídides ha sobrevivido a su tiempo y ha perdido su importancia, pero en sus años de apogeo era alguien con quien había que contar.

Todos estos juicios siguen el mismo esquema y muestran la manera de actuar de Tucídides. Pericles mismo no era atacado personalmente, sin duda porque su adversarios se sentían incapaces de atacarlo abiertamente. En vez de ello lo acometían a través de los que, aunque cercanos a él, eran menos temibles. Para ello se explotaba un nuevo fenómeno, la intolerancia religiosa, que parece haberse incrementado hasta proporciones terribles en reacción contra las recientes especulaciones filosóficas y científicas. Es difícil explicar por qué Atenas, al parecer repentinamente, se hizo tan intolerante; sería más fácil explicarlo si conociésemos la fecha exacta de estos juicios. Se ha pensado que tendrían lugar después de la declaración de guerra, tal vez en 430, cuando la plaga asoló a Atenas y con su imprevisto horror socavó muchas creencias y devociones tradicionales. Pero esto contradice el rumor de que Pericles entró en guerra para ocultar sus problemas personales, y parece más probable en los años anteriores a la declaración de guerra. Atenas y Esparta habían empezado ya

una guerra de nervios que infectó a ambos bandos y aceleró el estallido de las hostilidades. Mientras Atenas estuvo en paz consigo misma, prevaleció la tolerancia, pero el descontento prolongado y el temor causado por la política espartana puede perfectamente haber producido una especie de histeria en la que la gente sencilla echase la culpa de toda su inquietud a los que menospreciaban a los dioses. Sería fácil incluir entre ellos a Pericles, aunque, de hecho, no era de ese tipo de escépticos. Tal vez lo fuesen algunos de sus amigos, lo que hacía más fácil atacarlo. Podemos perfectamente pensar que Tucídides y su agentes inflamaron las sospechas de los incultos transformándolas en estallidos histéricos, y lo hicieron tanto más de buena gana que no veían otro medio de humillar a Pericles. Fracasaron en su objetivo principal, pero el que existiese esta explotación de rumores es una sucia mancha en la reputación de Atenas. Esta disposición viciosa era tanto peor porque Pericles había estado educando a los atenienses varios años y les había proporcionado una religión nacional elevada. El decreto de Diopites es un extraño fenómeno en este marco, pero, una vez aprobado, la tarea de los jueces era decidir si sus casos caían o no bajo él. Juzgaban cada caso según sus méritos y llegaban a sus conclusiones. No hay por qué pensar que Tucídides formaba el jurado con trampa o los sobornaba, aunque como prestamista tenía considerables recursos financieros que lo respaldaban.

Los ataques conducidos o inspirados por Tucídides, hijo de Melesias, fueron los más peligrosos que encontró Pericles. Pero a lo largo de su carrera fue también víctima de una clase diferente de ataques, menos importantes en su intención, pero apenas menos dañosos en sus efectos. El hervor ateniense halló una escapada para su espíritu deshinchante y burlón en el arma de su comedia. Se estableció como festival nacional en 487 y mantuvo su viva carrera hasta el final del siglo v. La comedia no era un asunto de salón, sino una mezcla de farsa, sátira, lenguaje grosero, obscenidad, imaginación fantástica y abundante poesía. Cualquier cosa y cualquier persona eran alimento para ella. Podía decir lo que quería; su fin primordial era hacer reír. Los poetas cómicos no iban a dejar a Pericles solo, pero no hay motivo para pensar que servían ningún interés especial. Necesitaban mecenas bien acomodados que les pagasen la representación, pero esto se podía hallar tanto entre los amigos de Pericles como entre sus

enemigos. El Viejo Oligarca, sin embargo, dice que se prohibía a los escritores cómicos burlarse de los tipos populares:

Para que no se hable mal de ellos, no permiten a nadie burlarse o hablar mal del pueblo; porque ellos saben muy bien que, en general, no se gastan bromas sobre el pueblo o el populacho, sino sobre los ricos, los nobles o los poderosos. Se ríen de algunos pobres y de algunas personas humildes, pero sólo por ser chismosos e intentar obtener más que el pueblo; en este caso no les importa que se burlen de ellos [14].

Es plenamente lógico. Las personas destacadas son mucho mejor blanco que los oscuros. Pero en tanto en cuanto se refiere a los demócratas en política, el Viejo Oligarca está equivocado; porque el partido popular, incluido Pericles, fue el blanco de más de un escritor cómico, y no hay una hostilidad parcial contra los ricos y los bien situados. Es cierto que los primeros ejemplos comienzan después de la muerte de Pericles, en 425, con *Los Acarnienses* de Aristófanes. Pero hay fragmentos considerables de obras primitivas, y el mismo Aristófanes es consciente de la tradición anterior y permanece fiel a ella. Da por sentado que puede decir lo que quiera sobre cualquiera, y no podemos acusarle de excesiva parcialidad en una u otra dirección. Lo que es más sorprendente es que, de 440 a 438, la comedia se restringió en cierta medida. No se cortó porque las inscripciones demuestran que en esta época se siguieron representando obras. Pero es posible que se restringiese su libertad en ataques personales a la gente indicando su nombre y su personificación real sobre la escena. No conocemos los motivos para ello, salvo que la sublevación de Samos fuese suficientemente seria como para considerar peligrosa una desenfrenada libertad de expresión. En tal caso, no hicieron las restricciones los enemigos de Pericles, sino él mismo. En cualquier caso, pronto las abolieron, tal vez porque habían tropezado con una necesidad acuciante y pasajera y no se requería por más tiempo. Pericles no ignoraba, ciertamente, que contradecía sus propios principios de libertad de expresión.

Los escritores cómicos, de todos los tiempos y lugares, necesitan algo como una posición segura desde la cual puedan lanzar sus pullas y su lenguaje obsceno con un tono de convicción. Tienen que parecer las únicas personas cuerdas en un mundo loco, y para ello necesitan tener apariencias de infalibilidad. Los escritores cómicos del Atica no defendieron

ni las posiciones de la derecha conservadora ni las de la izquierda radical, sino cierta edad de oro ideal que nunca existió o que, caso de existir, en modo alguno correspondía a lo que se imaginaba. Algunos tomaron esta edad de la poesía y la utilizaron para vituperar el presente. Cratino (484-419 a. C.) juzgó la época de Pericles mediante estas comparaciones. En su *Quirón,* que tomó su nombre del buen centauro que educó a Aquiles en su mocedad, Cratino glorifica no la primitiva sencillez, sino el primitivo sosiego, porque la naturaleza producía todo lo que el hombre deseaba sin que él tuviese que esforzarse. Estas utopías podían también situarse en el futuro. En los *Animales salvajes* de Crates, los platos y las fuentes se ponen y se lavan solos, y el pescado se cocina perfectamente solo. Otros poetas hallaron ideales menos fantásticos, pero no menos placenteros en acontecimientos más cercanos de la historia de Atenas, Teleclides empleando la época de Temístocles, Aristófanes la generación de Maratón. Es más fácil burlarse del presente cuando se compara con un pasado de una felicidad casi imposible o de una grandeza heroica. Los poetas cómicos lo sabían y lo aprovecharon.

Cratino nos ha dejado suficientes fragmentos para darnos una idea de su manera de tratar a Pericles. En 445, cuando Atenas estaba en guerra con Esparta, los *Némesis* indican ciertas tendencias proespartanas, que concordarían con Cratino, amigo de Cimón, y lo mostrarían como adversario de Pericles. En 443, las *Tracias* tocan acontecimientos acaecidos poco después del ostracismo de Tucídides y se alude a la reciente construcción del Odeón. Pericles mismo parece haber escapado por muy poco al ostracismo y Cratino usa imágenes que sugieren que la situación ha sido muy crítica. En un pasaje los juegos de palabra del griego han sido diestramente recogidos en inglés por T. F. Higham:

He aquí a Pericles, nuestro Zeus con cabeza de escila (Cebolla)
¿Dónde compró este sombrero? ¿Qué, qué alega?
Es un nuevo cubre-cabeza al estilo *Odeón.*
Las recientes tormentas de censura apenas si le dejan un som-
[brero de copa [15].

Cratino compara a Pericles con Zeus, sin que sea ni la primera ni la última vez que esto ocurre. Es bastante inofensivo, y otros cómicos hicieron lo mismo. Pero Cratino puede ser más cáustico aún, y en los *Quirones tile,* equívoco en inglés,

«sombrero de copa» y «teja», alusión al Odéón, sugiere que Pericles se explica mejor como monstruo mitológico:

La Contienda y el viejo padre Cronos se acostaron juntos
Y dieron vida al más poderoso tirano,
Al que los dioses llaman el recolector de cabezas [16].

La broma, tal como aparece, en «cogedor de cabezas» se basa en la tradicional noción de Zeus como «recolector de nubes». Vagamente sugiere la cómica cabeza de Pericles, pero mucho más su despiadado trato de los enemigos, cuyas cabezas hace rodar como cualquier cazador de cabezas.

En la *Abundancia,* que puede haber sido escrita poco antes del estallido de la guerra en 431, Cratino utiliza un mito para dramatizar los acontecimientos contemporáneos. Los dioses de la riqueza pertenecen al viejo orden de Cronos, destronado por su hijo Zeus, y con él los demás. Por supuesto, Zeus es Pericles, y su significado es que por su gobierno ha empobrecido a los ricos. Sin embargo, ahora parece que hay una posibilidad de que vuelva el viejo orden, porque Zeus ha sido derrotado por el pueblo y las Riquezas, que son titanes, han sido liberadas. Cantan:

Ya que se le ha despojado de su dominio tiránico
Y el Pueblo es el dueño,
Hemos venido rápidamente aquí junto a nuestro pariente cercano
Nuestro propio hermano; en su vejez
Lo buscamos [17].

El hermano es Prometeo, la víctima de Zeus y el amigo de los hombres, y sospechamos que es, de hecho, Tucídides, hijo de Melesias, de quien los anticuados ricos ahora esperan ayuda. La pieza puede haber sido escrita muy poco antes de la vuelta de Tucídides de su ostracismo, y, de acuerdo con la cotumbre cómica, se exponen las esperanzas de Cratino y de sus amigos como hechos realizados porque las cosas van a ser cambiadas ahora para adaptarse a ellos. Al identificar a Tucídides con Prometeo, Cratino hace de él un bienhechor y amigo de los nobles atenienses como realmente él quería que lo considerasen. Cuando iba a volver inmediatamente del ostracismo, le alentaría este apoyo público.

No hay motivo para pensar que en esta o en cualquier otra pieza de teatro Cratino fuese en modo alguno amable con Pericles. Es posible que Cratino fuese el primero en identificarlo con Zeus, y esto apuntaba a la supuesta ambición de

Pericles. Era un buen tema para una comedia y puede haber contenido algo de odio. Prácticamente todos los asuntos eran aprovechables para un ataque. Cuando Pericles estaba construyendo las largas murallas desde Atenas al Pireo, una medida de primordial importancia para la seguridad nacional, Cratino se burló de la lentitud con que se hacían, y declaró que las murallas sólo existían en palabras. Se habían producido numerosos ataques de este tipo. La administración del imperio proporcionaba rico material para los ataques. Teleclides hace plenamente responsable de ello a Pericles, y dice que los atenieneses le han entregado todo a él:

Con el tributo de las ciudades, las ciudades mismas le permiten hacer y deshacer como bien le parece,
Sus murallas de piedra construye como quiere y luego las echa por tierra al instante,
Sus tratados, sus fuerzas, su poder, su paz y riqueza y todos los buenos dones de la buena fortuna [18].

Esto no supone necesariamente que Teleclides sintiese verdadera compasión por los aliados, sino que las ínfulas de dominio que presentaba Pericles eran un tópico demasiado atractivo como para no utilizarlo. El poeta cómico era el bufón de corte para el pueblo ateniense. Su tarea era hacer burlas, y a menudo burlas de malas inclinaciones, de cualquier cosa que pudiese ganar desaprobación.

Si Pericles es Zeus, Aspasia sería Hera, y Cratino era particularmente grosero con ella:

Su lujuria lo llevó a hacer de Aspasia su Hera,
Una prostituta con cara de perro [19].

Su hijo era tratado con la misma crueldad. Después de la muerte de Pericles, Eupolis hace preguntar a su espíritu si su hijo sigue vivo, y el general Mirónides le responde:

Sería un hombre desde hace mucho tiempo
Si no se avergonzase de ser hijo de una ramera [20].

Al ser Aspasia originaria de Mileto, era fácil decir que cuando Pericles declaró la guerra a Samos en 440 lo hizo para agradarle. Samos y Mileto estaban ya en guerra por la posesión de Priene, y cuando Atenas les ordenó que cesasen sus hostilidades no quisieron obedecer. Cuando Pericles tomó las armas contra ellas es perfectamente posible que agradase a Aspasia, pero mal podía permitir que dos aliados luchasen

entre sí por la posesión de un tercero. Si añadimos a esto que Samos estaba gobernada por una oligarquía, es fácil hacerse una idea de la situación. Pero Cratino no podía desaprovechar una tan buena oportunidad de arrojar basura a Pericles. Algo semejante ocurrió en 432, muy poco antes del estallido de la guerra del Peloponeso. Pericles impuso un bloqueo a Mégara. Hubo desagradables incidentes y acusaciones de ambos países contra el otro. El asunto cobró proporciones de farsa al hacer recaer las quejas sobre Aspasia y su supuesta casa obscena. En 425 Aristófanes, escribiendo en un tono desenfadado, analiza los orígenes de la guerra tal como él los ve:

Pero vinieron unos jóvenes ebrios jugadores de cottabo,
Y robaron en la ciudad de Mégara a la bella Simeta.
Entonces los megarios, azuzados por la afrenta,
Raptaron, en represalias, dos de las cortesanas de Aspasia.
Por esas tres rameras, el pueblo helénico
Se lanzó a la guerra,
Por ellas, encolerizado, el olímpico Pericles
Lanzó truenos y rayos y conmovió a la Hélade,
Dictó leyes en el estilo de canciones de borrachos:
*Arrojados sean los megarios*
*De la tierra, del mar, del continente y de los mercados*[21].

Cuando esto se escribía hacía cuatro años que Pericles había muerto, y, aunque Aspasia aún vivía, la burla de que tenía una casa obscena ya no tenía ningún sentido. Los poetas cómicos actuaban sobre el principio de que ninguna broma es tan buena como las viejas burlas, y repetían temas trillados sin escrúpulos porque estaban seguros de suscitar carcajadas.

Es difícil decir hasta qué punto dañaban a Pericles las crudas y hostiles pullas de los poetas cómicos. Ciertamente, fracasaron en echarle abajo, y Pericles era probablemente lo suficientemente listo como para comprender que, por mucho que le hiriesen a él y a su familia, era una válida válvula de escape. No tenemos noticias de que tomase medidas legales contra ningún poeta, como posteriormente hizo Cleón contra Aristófanes por ridicular, en 426, a la ciudad ante los aliados en sus *Babilonios*. Si Pericles hubiese querido podría haberse vengado de los poetas por los mismos procedimientos que utilizó Cleón, porque, aunque Atenas no tenía ley de libelo en el sentido moderno y no había inconveniente en que las comedias hablasen sin reparos, era posible eludir las leyes. Pero Pericles no lo intentó, y su ejemplo prevaleció, con escasas excepciones, hasta la caída de Atenas en 404. Los su-

cesores de Cleón no parecen haberse ocupado mucho del asunto, excepto una efímera restricción sobre insultos personales en 414. Era un inmenso tributo a la tolerancia y confianza en sí misma de Atenas, y esta libertad se mantuvo durante la guerra del Peloponeso. El pueblo ateniense se negaba a renunciar a su derecho a criticar, por medio de la comedia, los defectos y estupideces de sus hombres públicos, ya fuesen generales u hombres de estado, poetas o filósofos. Es cierto que, cuando en 399 se acusó a Sócrates de corromper a la juventud, alegó en su defensa que lo habían calumniado los poetas cómicos, aludiendo a las *Nubes* de Aristófanes, en la que se había burlado de él sin piedad, y esto indica que la reputación de un hombre podía verse comprometida por el escarnio que de él se hacía ante un gran auditorio. Sin duda esto sucedía con bastante frecuencia, pero los atenienses estaban endurecidos a los insultos y al ridículo. El lenguaje empleado en los tribunales de justicia sería con frecuencia intolerable para nuestras normas hipersensibles y, paralelamente, en la comedia se daban y tomaban duros golpes. Puede que en algún momento desagradase a Pericles la extrema licencia de la comedia e intentase limitarla, pero acaso pensase que era desacertado y seguramente impracticable. Así es que la dejó estar y se las arregló para sobrevivir a sus ataques. Podemos contrastar lo que toleraba en ella con su propia idea del comportamiento diario en Atenas:

> No montamos en cólera contra nuestro prójimo
> Si él se divierte a su manera,
> Ni recurrimos tampoco a vejaciones tales que,
> Aunque no le causen daños reales, sin embargo hieran
> Los sentimientos del pueblo[22].

# 9. La revolución intelectual

La prodigiosa actividad de la Atenas de Pericles en política y artes no corrió pareja con una búsqueda más estrictamente intelectual. A principios del siglo VI habían comenzado en Jonia importantes movimientos científicos y filosóficos que mantuvieron su impulso, pero pocos de los nuevos descubrimientos fueron hechos por nativos atenienses. El único filósofo ateniense de cierta importancia fue Arquelao, un no muy original discípulo de Anaxágoras, y Sócrates, que tuvo a la larga una influencia incalculable, pero nunca escribió un libro y fue más famoso por su ascendiente personal que por sus teorías filosóficas. El más famoso matemático de la época era el ateniense Mentón, que ganó renombre por sus proyectos de ciudades y las reformas del calendario. Se enaltecieron sus matemáticas como una investigación más útil que abstracta, y podemos apreciar un delicado producto derivada de ellas en la habilidad con la que las líneas del Partenón están calculadas para parecer rectas sin serlo. No obstante, Atenas recibía bien a los pensadores de otras ciudades, aunque no siempre a su satisfacción, porque uno de los más importantes, Demócrito de Abdera, el padre de la física atómica, se lamentaba: «Vine a Atenas y nadie me conoce» [1], pero logró discípulos que popularizaron sus opiniones.

Pericles, como amigo de Anaxágoras, recibió con agrado el nuevo saber, pero parece haber tenido sus dudas acerca de su lugar en la vida pública. Parece como si lo aprobase en tanto en cuanto que algo práctico podía derivarse de ello, pero que se resistía a la idea de que un pensador se separase de sus compañeros. Sus famosas palabras «Amamos a la sabiduría sin afeminamiento»[2] indican su actitud. Para él afeminamiento significaba abstención de la vida pública. Condenaba esto, mientras que recibía con entusiasmo la aplicación del pensamiento a algo que ayudase a la ciudad. Puede parecer una actitud estrecha, roma, pero dictada por una sana cautela. Cuando la ciencia griega se desarrolló en siglos posteriores, insistió casi en que perseguía la ciencia por la ciencia sin fines prácticos. A la larga, este desprecio por las invenciones mecánicas hizo un daño inestimable al pensamiento científico. Pericles no puede haber previsto esto, pero su instinto era acertado.

La actividad intelectual en Atenas obraba a diversos niveles. En la cima estaban hombres, a menudo no atenienses, que tenían ideas nuevas y audaces y las expresaban bajo una forma concisa y memorable. Bajo ellos estaban los divulgadores que en ocasiones pueden haber tenido ideas originales, pero que en conjunto florecían tomándolas de otros. Luego venía la masa de gente inteligente, no muy instruida para nuestros criterios modernos, pero ávida de ideas y capaz de discutirlas en su propio lenguaje no adulterado. En su mayoría se habían entrenado en el viejo plan de estudios de la canción, danza y poesía. Conocían los poemas homéricos y sus mentes almacenaban leyendas dramáticas e imaginativas. Pero eran capaces de absorber nuevas ideas porque sacaban de su vidas actuales, a partir de sus conocimientos prácticos y practicados de la agricultura y navegación, su inseguro acercamiento a los caprichosos y voluntariosos dioses, su capacidad para formar teorías abarcadoras para entretenimientos tales como el atletismo y el trato social. Nuevas perspectivas, que continuamente se abrían ante ellos, en gran parte procedentes de sus provechosas explotaciones del mar, ya fuese para el comercio o la guerra, agudizaban su curiosidad. Lo que veían estimulaba su interés y les hacía plantearse preguntas. Este espíritu impaciente, inquiridor, halló su encarnación fértil en Heródoto. No era ateniense, pero apreció a Atenas como lugar donde había siempre algo nuevo que aprender. El mismo buscó su información mediante largos

viajes, especialmente por Egipto y Escitia, y asimiló la sabiduría popular tanto de los griegos como de los bárbaros. Lo presenta sin ostentación ni alboroto. No pretende ser un sabio, pero estaba extraordinariamente bien informado sobre el mundo mediterráneo. Consideró todo con una alegre tolerancia, un convencimiento de que todas las cosas son posibles y que, aunque puedan sorprendernos, no debemos escandalizarnos de que los indios se coman a sus padres o los africanos se coman los piojos. Estuvo en Atenas exactamente después de la mitad del siglo y se relacionó con el círculo de Pericles. Personifica lo que la ilustración ateniense significaba para un hombre extremadamente inteligente entregado a la tarea de llevar a cabo una *historiê* o indagación sobre las guerras medas, y halló que todo tipo de asuntos científicos o casi-científicos eran relevantes para su tema, aunque sólo fuese como notas marginales y apéndices.

El crecimiento del nuevo conocimiento no podía dejar de afectar a las creencias religiosas, pero no tenía que provocar necesariamente un conflicto violento con ellas. Heródoto combina con bastante fortuna una confianza incuestionable en los oráculos y en la envidia divina del éxito humano con audaces especulaciones sobre lo que puede suceder en la naturaleza a lo largo de grandes períodos de tiempo. Piensa que es aceptable decir que un desfiladero de Tesalia fue hecho por Poseidón, pues, en última instancia, Poseidón es el dios de los terremotos. Heródoto hace equívocos de cortesía, pero no lo disimula. No está en absoluto seguro de qué demarcación existe entre lo que fue hecho por los dioses y lo que se debe a causas naturales. Tampoco sintió ninguna necesidad de distinguirlos en un mundo en el que todas las cosas estaban llenas de dioses. Ni él ni ningún otro tuvo una noción de la uniformidad de la naturaleza que excluyese la participación activa de los dioses en los fenómenos físicos. Esto vendría después, cuando Epicuro (342-271), siguiendo los pasos de Demócrito (460-376 a. C.), desarrollase su teoría de la causación universal en los átomos y relegase a los dioses a un tranquilo refugio de no-intervención. El espíritu científico no pretendía explicarlo todo, sino que hacía reconocimientos exploratorios en diversas direcciones sin una estrategia que lo abarcase todo.

Durante el apogeo del siglo V, los dos dominios más importantes y enérgicos de investigación fueron primero en medicina y segundo en política. Ambos tuvieron una influencia

decisiva sobre el historiador Tucídides, y precisamente porque vemos mucho del siglo v a través de sus ojos podemos sobrestimar su importancia. Pero, aunque la física y la anatomía estaban en marcha, la medicina y la política alcanzaron a otros que Tucídides y causaron su impacto especial. El primero hizo al hombre conocedor de su ser físico; la segunda intentó heroicamente hallar principios rectores para el comportamiento político. En una época plenamente consciente de los poderes irrealizados, estos dos campos de estudio los estimularon y admitieron, y fueron por ambas razones tratados con respeto y considerados dignos de esfuerzo.

La medicina, en cuanto investigación científica seria, empezó en la Jonia, pero desde antiguo había tenido su importancia en la vida griega, siquiera porque ciertos conocimientos elementales eran necesarios para cuidar las heridas de las batallas o para componer los miembros rotos en el campo de deporte. Para estos fines, una teoría anatómica aún no se sentía como necesidad muy urgente, y en sus primeros años la medicina griega fue pragmática y experimental. Hipócrates de Cos (468-399) siguió los buenos precedentes jónicos al basar sus estudios en los fenómenos observados. La primera cosa era diagnosticar cuál era el desarreglo, y esto sólo podía hacerse mediante la más cuidadosa descripción de sus síntomas. Sus discípulos, a quienes él enseñó a hacerlo, sentaron las bases de la medicina científica. Cuando las dolencias habían sido analizadas era posible plantearse su remedio. Este procedimiento práctico casaba con un estado de ánimo práctico. Aunque los médicos hipocráticos no creían en la magia, que tradicionalmente se había considerado necesaria para cualquier cura, estaban desacreditados. No había un sacerdocio influyente que los denunciase, e incluso, cuando el público hubo llegado a aceptarlos, los viejos métodos de dormir en lugares sagrados y semejantes siguieron atrayendo a muchos adherentes. El acercamiento científico y teológico a la enfermedad coexistieron pacíficamente. No había por qué forzar un conflicto entre ambos y podía dejarse que los descubrimientos de los médicos reforzasen la enseñanza de los sacerdotes. Los designios de los dioses eran desconocidos, y por eso era correcto que los hombres intentasen ampliar su entendimiento de ellos.

Estos estudios contribuyeron enormemente a modelar el pensamiento avanzado del siglo v. Los tempranos escritos hipocráticos muestran lo seriamente que los médicos tomaban

su tarea y lo cuidadosamente que estudiaban, no escatimando nada en la aplicación de sistema y método. El juramento hipocrático, que aún utiliza la profesión médica, empezó su singladura en esta época, y, aunque ha recibido diversos arreglos, su espíritu y sustancia principal permanecen inalterados hoy. La medicina superó sus propios límites y, en su estudio de la enfermedad, examinó los climas y las condiciones de vida. El espíritu con el que trabajó puede apreciarse en el tratado *Sobre la enfermedad sacra,* que trata hábilmente del lugar que ocupa la religión en la medicina, a propósito de la epilepsia:

> Esta enfermedad tiene las mismas causas que las otras que van y vienen por el cuerpo —frío, sol y cambiante agitación de los vientos—. Estas son divinas. No hay que poner esta enfermedad en una clase especial como más divina que otras; todas son divinas y todas son humanas. Cada una tiene su propia naturaleza y poder [3].

Esta actitud despegada podía aplicarse a otras materias que la medicina. En Tucídides vemos cuánto ganaba una mente poderosa con ella y con su aplicación a grandes temas. Cuando la plaga se abatió sobre Atenas en 430, Tucídides la padeció, pero sobrevivió. En su historia da un frío y cuidadoso relato de su posible lugar de origen, sus síntomas y efectos y, en general, de su influencia sobre la sociedad. No sabemos exactamente lo que era la plaga, las opiniones varían desde el sarampión al tifus, pero no hay por qué dudar de la descripción de Tucídides sólo porque no conozcamos ninguna plaga que sea exactamente igual que ésta. Mayor importancia tiene el hecho de que el estudio de la medicina tenga una influencia sustancial sobre sus puntos de vista acerca de la historia. Intenta diagnosticar lo que estuvo equivocado en la democracia de Pericles y halla su respuesta en la irresponsabilidad de ciertos demagogos y en el descenso del nivel medio intelectual con la guerra. No sugiere ningún remedio.

La medicina modeló el espíritu científico y disipó acumulaciones de superstición. No tenemos motivos para suponer que todos los atenienses destacados conocieron tanto sobre ella como Tucídides, pero otros se sintieron fascinados por el conocimiento del sistema humano que ella revelaba. Eurípides, con su afición a los nuevos descubrimientos, buscó presentar dramáticamente la locura sobre la escena, no sólo en la profetisa Casandra, que está poseída por Apolo y combina tor-

tuosidades maniáticas con ráfagas de terrible previsión, sino en el gran héroe Hércules, que mata a su esposa e hijos en un ataque de furia asesina que le es impuesto por Hera. La medicina hizo, tanto a historiadores como a dramaturgos, más conscientes del lado humano del hombre. Y en esto disminuyó la creencia en la omnipresente influencia de los dioses y se planteó preguntas abocadas a respuestas racionales. Incluso en los oradores y panfletarios políticos hay huellas de este espíritu diagnóstico, una presunción de querer establecer los hechos. Cuando los abogados urdían ciertas reglas de probabilidad para el comportamiento humano y basaban sobre ellas sus razonamientos forenses, trabajaban sobre las mismas directrices que los médicos que pronosticaban el curso de una enfermedad.

Paralela a esta disciplina rigurosa, floreció otra no menos urgente y obsesionante, pero menos fácilmente reductible a orden y método. Durante mucho tiempo los griegos habían discutido y generalizado sobre política. La abolición de las viejas monarquías y los ataques a la aristocracia terrateniente habían dado ocasión a debates y juicios morales, pero no habían suscitado teorías abstractas. No sabemos cómo justificó Clístenes su revolucionaria introducción de la democracia, pero podemos sospechar que, como antes había hecho Solón, utilizó retazos de sabiduría proverbial. Estos eran aún una forma corriente en el siglo v. Cuando Heródoto dialoga su discusión sobre los méritos e inconvenientes de la tiranía, oligarquía y democracia construye cada una sobre nociones más o menos familiares. Eran la materia prima para controversias corrientes y propaganda, y tenían un aspecto simple, aunque no carecían de una buena dosis de sentido común. Si comparamos este pasaje con cualquier discusión política de Tucídides, parecen dos mundos distintos, y, sin embargo, no median necesariamente muchos años entre ellos. El hecho es que Heródoto no estaba influenciado por la nueva técnica que aplicaba a la política el tipo de argumentación y discusión que puede haber venido de las colonias griegas en Sicilia y que seguramente debía mucho a las exigencias del debate en los tribunales de justicia y en la Asamblea. Se daba por sentado que un argumento debía ser refutado por otro argumento, y que al final ganaba el mejor. Maestros profesionales enseñaban este tipo de controversia a los jóvenes que deseaban distinguirse en las leyes o en la política, y por este motivo desarrolló idiosincrasias. Se respondía a cuestiones sutiles con

cuestiones aún más sutiles, y gran parte del debate se desarrollaba sobre abstracciones y generalidades con un resabio semifilosófico. Podemos apreciar esta manera en los discursos solemnes de Antifón (480-411) y en el mismo Tucídides. Era la manera en la que él y su generación fueron educados, y, entre otras muchas cosas, testimonian la seriedad con la que se ocupaban de la política. Una vez que se puso de moda, tuvo una vasta carrera y dejó su impronta sobre su tiempo.

Este método también marcó parte del drama y de las humanidades fuera de los debates políticos, pero prescindió de su acrimonia. Ciertamente, la ficticia pretensión de despego y de frío análisis añadió fuerza a las pasiones que se ocultaban detrás de ella. Era habitual disfrazar fuertes sentimientos pretendiendo ver la otra parte de un debate y mostrando cierta simpatía por ella. Esto es característico del Viejo Oligarca, que era antidemócrata, antiimperialista e, implícitamente, antiPericles, aunque probablemente Pericles ya había muerto cuando él escribe. No pretende que no es todas estas cosas, sino que adopta una pose de entender a sus adversarios y concederles ciertas posibilidades. Su argumentación es que si creemos en el gobierno democrático, como él mismo con mayor seguridad no hace, debemos admitir que la democracia ateniense es consecuente en sus acciones. Este espíritu realista, profesional y desapasionado refleja la costumbre griega de elaborar una técnica apropiada para cada actividad. El gran principio era conducir la controversia con un aire de no estar embaucado y una negativa proclamada a eludir la verdad. La política puede, en ciertos casos, ser un arte, pero su manejo exige reglas definidas y esclarecidas. Cada acción particular debe ser explicada sobre una base general. Esto significa dejar de lado, de momento, otras consideraciones. Mientras el político se ocupa de su tarea peculiar, no debe dejar que su mente se extravíe en otras esferas. Tampoco existía ninguna duda acerca de lo que era su cometido peculiar; era salirse con la suya para su país o su partido o él mismo. Nuestro panfletista admira a los demócratas atenienses a la vez que los desaprueba; los admira porque son eficientes en su trabajo y saben cómo lograr lo que quieren. Su admiración es la de un profesional hacia otros, incluso si son rivales y contrincantes. Esta separación de la política de otros intereses y su concentración sobre la política por sí misma son típicos del siglo v. No convirtió la política en un juego, pero la hizo más exclusiva y más dura, ya que estas cuali-

dades eran necesarias para triunfar. Si lo importante era ser más listo que sus adversarios y salirse con la suya, no era necesario introducir otras consideraciones como las que se conservaban en las relaciones personales. La política tenía su incumbencia propia y se desarrolló conforme a las exigencias del poder.

Esta técnica dio un carácter especial a las discusiones políticas. Del mismo modo que en la tragedia y en la historia, que en Eurípides y en Tucídides, los razonamientos sobre temas importantes se exponían de una manera curiosamente abstracta. Sentimientos poderosos están ocultos en el fondo, pero no afloran a menudo. Los debates reales avanzan a través de puntos rebuscados y no está por encima de distinciones demasiado sutiles. Esto procede del deseo de hallar la esencia de un asunto. Si los cálculos llevaron a la matemática pura, la política práctica llevó a consideraciones abstractas de ventajas y desventajas. Llevados de esta manera, los debates políticos descuidaron otras cuestiones y se concentraron sobre la utilidad. Algo parecido se encuentra en la mayoría de los círculos cuya tarea es dirigir la actividad política de un país, y es natural subordinar otras consideraciones al logro del éxito. Pero la manera ateniense tenía un carácter especial al que más de un factor había contribuido. Primero, la política tiene la apariencia de una ciencia aplicada. Tenía su reglas que asegura el éxito; exige y merece análisis precisos; trata los sentimientos humanos de una manera aparentemente inhumana. En segundo lugar, tales discusiones reflejan la manera de argumentar que se puso de moda en la mitad del siglo v y deben mucho a los tribunales de justicia con su psicología manufacturada y sus argumentos de probabilidad. En tercer lugar, aunque de vez en cuando se admitan consideraciones emotivas y éticas, son limitadas y usadas principalmente para fines ventajosos. Así, es bastante corriente, en el caso de una ciudad maltratada, citar su nobleza en el pasado y esperar, a causa de ella, un mejor trato, mas esto no es un argumento moral o sentimental. Significa simplemente que una ciudad que era segura en el pasado puede serlo en el presente, o incluso que nada se gana haciendo un enemigo de una ciudad neutral indefensa. Por estas razones, las discusiones sobre política tienen un carácter casi profesional y parecen estar divorciadas de mucho de lo que debía de haber tenido peso con los atenieses corrientes. Pero detrás de este alarde de cálculos está el sólido cimiento de la convicción que dicta los fines por

los que estos medios se emplean. Los fines son el poder y la gloria, y aunque Atenas hacía un especial culto de ello no era la única en hacerlo.

Todo esto era consecuencia de la Atenas de Pericles. Nos basta comparar un pasaje de debate político de Tucídides con otro de Heródoto para ver cuán complicado y pesado es en comparación con la lucidez jónica. Debe algo a los tribunales de justicia, que, después de que se habían hecho democráticos, daban buenas oportunidades a los hombres a quienes gustaba discutir y hacer discursos y desarrollaron una y otra técnica en el arte de la retórica. Nuestros primeros ejemplos son tres discursos propiamente dichos y tres clases de discursos modelos hechos por un abogado profesional, Antifón, quien era muy admirado por Tucídides por su inteligencia y especialmente por el discurso que, como si fuese realmente un anciano, hizo en defensa de su vida en 411. En él aparece esta nueva técnica del discurso. Usa argumentos *a priori* y presenta ejemplos de discursos para las dos partes de un caso. Sin poner su empeño en acuñar frases sorprendentes, tiene un comedimiento y un impulso considerables y se esfuerza en no hablar por encima de la comprensión de los miembros del jurado, sino que trata de ganárselos. Es un buen ejemplo del legalismo ático en funcionamiento y podemos captar sus objetivos. Incluso al peor caso puede dársele un aire aparentemente bueno si se encuentran buenos argumentos para ello, y este es el fin de la oratoria forense ateniense. El arte practicado en los tribunales de justicia era igualmente útil en la Asamblea, donde las llamadas a los sentimientos reforzaban una seca exposición y la sencillez y fuerza de la generación mayor se cambió por un arte más complejo y tortuoso. La manera misma de Pericles debía algo a esto. Era tan capaz de hablar en un tribunal de justicia como en la Asamblea. El punto de vista legal surge en su discursos públicos, especialmente cuando tiende a discutir una cuestión nacional con agilidad jurídica. Aunque sus atractivos personales llegan mucho más allá de cualquier controversia personal, los mantiene en control el grave lenguaje y el deseo de perfilar sus formulaciones. Si en ocasiones puede parecer hacer demasiado ruido para nada, todo esto es parte de su técnica. Se reprochó a los oradores de su tiempo el ser demasiado listos, pero estaban orgullosos de ello. Esto también, como su modo de expresión, procedía, en parte, de la nueva importancia de los tribunales

de justicia, pero también estaba influenciado por un fenómeno peculiar de su época.

La emergencia de la retórica y la pasión popular por ella dio una nueva dirección a las actividades intelectuales. Su objetivo era no el hallar la verdad sino ganar un caso, convenciendo al jurado y al populacho de que tal y tal causa era lo que ellos querían. Esto recibió un nuevo y fuerte impulso de los sofistas, una clase de hombres que actuaban como educadores públicos a cambio de honorarios. La palabra es de origen griego, pero tiene hoy en castellano ciertas asociaciones que no tenían exactamente en esa lengua. Al principio podía aplicarse a cualquier pensador o científico, como Heródoto la aplica al gran músico y matemático Pitágoras. Los sofistas enseñaron todo tipo de materias y entre ellos hubo serios matemáticos, como Hipias de Elis, quien descubrió la curva llamada *cuadratriz*. Pero lo que tenían en común era que la mayoría de sus enseñanzas estaban orientadas hacia fines prácticos, a producir resultados materiales y, por tanto, era de gran pertinencia para la política. En esto diferían de los grandes pensadores del siglo VI, quienes habían buscado la verdad por la verdad y hecho descubrimientos asombrosos en física y matemáticas. La utilidad admirada por los sofistas no era práctica en el sentido de producir ingenieros o trabajadores expertos. Lo que declaraban enseñar era la *aretê*, o la vida plena, en la que las dotes naturales de un hombre se realizaban adecuadamente. Todo esto se convirtió con demasiada facilidad en un estudio del éxito mundano. Esto ofrecían los sofistas y coincidían agradablemente con la nueva afición por la retórica. Dos de los más famosos sofistas, Protágoras de Abdera y Gorgias de Leontini, fueron profesores de política y de retórica. Protágoras era el mayor y más serio de los dos y causó gran impacto sobre su generación. Fue su atención a la actividad social lo que cambió la atmósfera intelectual de Atenas. La ciencia no se explotaba ampliamente; se concedían muchos más esfuerzos a la política. Hospedar y sostener sofistas estaba socialmente de moda y, aunque algunos eran charlatanes, otros eran hombres de talento original, que tenían algo que decir acerca de la sociedad que se había constituido en Atenas.

No todos estos indagadores menospreciaban a los dioses, pero algunos eran escépticos. Esto no era ni nuevo ni revolucionario. En los últimos años del siglo VI, Jenófanes de Colofón había denunciado las viejas historias de mala con-

ducta divina y se pronunció por un único ser divino, sólido y esférico. En la generación de los primeros sofistas, Píndaro, que era un místico olímpico, rechazó aceptar algunas historias de los dioses, en particular que Deméter se comió el hombro del joven Pelops cuando su padre se lo sirvió como un manjar para los dioses o que Hércules luchó contra Apolo, Poseidón y Hades. La religión griega, que carecía de un sacerdocio organizado y de libros sagrados, podía permitirse dispensarse de drogas y, como la mayoría de las religiones politeístas, era, por naturaleza, tolerante. Pero no era lo mismo esta actitud condescendiente en los detalles que negar la existencia de los dioses. Es cierto que Protágoras y Anaxágoras no hicieron exactamente esto, pero estuvieron cerca de ello. Protágoras era, al menos, una especie de agnóstico:

> Con respecto a los dioses, no puedo decir con seguridad que existen o que no existen, ni tampoco cómo es realmente su figura; porque hay muchas cosas que dificultan nuestro conocimiento seguro, la oscuridad del asunto y la brevedad de la vida humana [4].

Anaxágoras, por el contrario, es un deísta reformador que, al conceder importancia capital al *nous*, la considera divina y nada dice, que nosotros sepamos, sobre los dioses. Estas teorías no parecen haber suscitado compactos grupos de partidarios, pero ayudaron a sacudir el más bien derruido edificio de las creencias olímpicas. Cultos y ceremonias mantuvieron el recuerdo de los dioses en la gente, y cualquiera que se preocupase de ellos podía interpretarlo como quisiese. Mientras que Pericles los utilizó para fortalecer ese amor a la patria, que era su devoción pública y privada, otros buscaron otras soluciones. Ciertas variedades de modernismo consideraban a los dioses como poderes de la naturaleza o de la mente humana. Eurípides presenta varias versiones de religión reformada o remodelada en vigor, mientras que él personalmente puede haber oscilado de una novedad a otra, para llegar a la conclusión de que los dioses ciertamente existen, pero están más allá de lo bueno y de lo malo, de lo cruel e imprevisible y de lo que merece temor o miedo. Una vez que el viejo edificio empezó a desmoronarse no era fácil hallar algo nuevo y coherente que ocupase su puesto.

Por supuesto, era teóricamente posible desechar todo el sistema olímpico y poner en su lugar algo modelado de acuerdo con los últimos descubrimientos de la ciencia y de la

filosofía. Era lo que Anaxágoras hizo. Postulaba el Entendimiento como una fuerza suprema que ponía en movimiento cada cosa y la conservaba en movimiento. Este proceso se produce constantemente y la esfera en la que el Entendimiento opera es cada vez mayor. Al mismo tiempo, cuando el Entendimiento ha puesto algo en marcha, esto es capaz de seguir por su propia fuerza. Es un sistema científico que tiene poco atractivo para el sentimiento religioso y, aunque Anaxágoras puede haber identificado el Entendimiento con Dios, no pudo convencer a Sócrates de que la identificación era válida. Sus principales aficiones eran científicas y su religión personal está en la búsqueda de la verdad. Esto era demasiado riguroso para el ateniense medio y podemos dudar de que tuviese mucha aceptación. Sin embargo, Anaxágoras era un amigo íntimo de Pericles y es difícil pensar que no hubiese intercambios intelectuales entre ambos. Sin duda, la noción del Entendimiento de Anaxágoras era excesivamente abstracta para Pericles, pero es posible que su audaz idea de que el entendimiento está siempre extendiendo su dominio atrayese al hombre de estado que veía a Atenas hacer algo muy parecido en el mundo presente. El sentido de una fuerza innata en acción se adaptaría a su ideal de Atenas como poder divinamente inspirado. Pero, en general, Pericles no estaba muy interesado en especulaciones de este tipo y prefería las que atañían a asuntos inmediatos o arrojaban una luz glorificadora sobre Atenas. Tampoco interesarían estas ideas a los críticos serios de la civilización ateniense. Al reducir los dioses al Entendimiento, Anaxágoras no parece haber dejado lugar para la moralidad o para esas distinciones entre lo bueno y lo malo que angustiaban a la inquieta curiosidad ateniense. La religión podía presentar fallas, pero su lugar no podía ser ocupado por una filosofía puramente abstracta que intentaba explicarlo todo en términos físicos y tenía poco atractivo para el hombre corriente.

En esta confusión hallaron los sofistas su oportunidad y los mejores de ellos buscaron construir un nuevo esquema de cosas desde un principio riguroso. El pensamiento contemporáneo les proporcionó una útil distinción que ellos aceptarían, elucidarían y aplicarían a sus problemas. Esta distinción era entre *fisis*, naturaleza, y *nomos*, costumbre o ley. La primera era no tanto todo el mundo físico como las fuerzas de crecimiento y acción sobre él; el segundo estaba hecho por el hombre y variaba desde las estrictas nor-

mas impuestas por sanciones a cualquier cosa que pudiese llamarse costumbre, hábito o convención. Los antiguos pensadores consideraron que la naturaleza encarna una ley inmanente que yace detrás de todas las leyes humanas, pero esto no se adaptaba a una generación muy ocupada en transformar a la sociedad cambiando sus leyes. Era evidente que la ley y la naturaleza no eran lo mismo. La distinción había sido hecha por el filósofo ateniense Arquelao, de quien se dice que fue maestro de Sócrates. Su teoría era que la ley y la moral no eran un don original de la naturaleza al hombre, sino que él las adquiría con el paso del tiempo; que, aunque el hombre tenía, en un principio, mucho en común con los animales, empezó a mostrar su diferencia cuando estableció sus propios gobernantes y desarrollaron leyes, arte y ciudades. Para él esto era el resultado no sencillamente de poseer inteligencia sino de poseer más inteligencia que los animales, que son capaces de elevarse al mismo nivel. En esto podemos ver cierta semejanza con la opinión de Anaxágoras del Entendimiento y su lugar en el esquema de las cosas, pero mientras que Anaxágoras piensa que el Entendimiento está continuamente extendiendo su poder, Arquelao parece considerar sus logros como ya ganados y no como una fuente de constante cambio. Ambos, sin embargo, conceden un lugar primordial al Entendimiento en el avance de la humanidad, y puede que Arquelao fuese el primero en proponer que el hombre se distingue de los animales por poseer más entendimiento. Las leyes existen porque son necesarias para ayudar al progreso. Esta teoría añade dignidad y autoridad a la ley y la costumbre y tiene mucho en común con las diversas nociones del desarrollo humano propuestas por Esquilo y Sófocles. Era tal vez el punto de vista corriente sobre un tema que se había hecho altamente controvertido y llevaba a conclusiones alarmantes.

La brecha, así descubierta, entre la naturaleza y la ley se hizo progresivamente más ancha y más difícil de saltar. Protágoras vio el peligro de permitir que la naturaleza fuese el árbitro decisivo en los asuntos de conducta, especialmente en una sociedad que nunca había estado plenamente convencida de que los dioses se preocupasen por lo justo e injusto, y ahora estaba desarrollando nuevas dudas sobre ellos. El, por consiguiente, puso extraordinariamente de relieve la ley y declaró que eran las leyes del estado y la opinión pública las maestras del bien y que esta enseñanza comenzaba con la infancia y

modelaba la personalidad de un hombre. Cuanto más escéptico se volvía Protágoras acerca de los dioses, tanto más firmemente se aferraba a su creencia en la ley. Era su baluarte contra el escepticismo nihilista y su confianza en el desarrollo de las sociedades civilizadas. Era una solución a un problema difícil y tenía cierto atractivo para Pericles, que sabía lo indispensables que eran las leyes para la preservación de Atenas. A lo que Protágoras no respondía era a la pregunta de qué autoridad tenían las leyes: puesto que podían eludirse, ¿había alguna razón por la que no debiesen hacerlo?

Al mismo tiempo, la distinción entre naturaleza y ley podía exprimirse hasta llegar a una conclusión muy distinta. La naturaleza había existido desde el principio, y si había algo divino era seguramente la naturaleza. Se seguía que el hombre podía realizarse conformándose a sus dictados, que se manifestaban poderosamente en sus propios apetitos, y tratando las leyes y costumbres —que eran simplemente creación suya— totalmente como le apeteciese sin excesivo respeto. Si Protágoras prefería la ley a la naturaleza, esto era sólo su opinión, pero era perfectamente posible para otros preferir la naturaleza a la ley y sostenerlo como su justificación cuando encontraban leyes que les impedían obtener lo que querían. Este espíritu antinómico era compatible con la búsqueda ateniense del imperio, que era una fuerte respuesta a las ambiciones naturales de poder. Tenía otros atractivos para Atenas. La nueva importancia de los tribunales de justicia y la incertidumbre acerca de qué sentencias se darían hizo a los hombres escépticos de la existencia de una justicia ideal. El libre desarrollo del ciudadano particular tenía, como anverso de sus numerosas virtudes, el punto débil de que favorecía el que los hombres menos dignos se considerasen a sí mismos importantes y autorizados a obrar como quisiesen. Esto es común a todas las épocas, pero se hizo más fuerte al debilitarse los vetos y tabús de la religión olímpica. En los viejos días muchos hombres se refrenaban de ciertos actos de violencia o de infidelidades, simplemente porque temían a los dioses; ahora que los dioses estaban perdiendo importancia, se hacían audaces preguntas sobre cuánto era permisible.

Si se aceptaba que la naturaleza tenía derecho a imponerse sobre los hombres y sus acciones, lo esencial era decidir qué es lo que estaba de acuerdo con su tendencia, qué era verdaderamente natural y, por tanto, bueno. La cuestión po-

día plantearse a propósito de asuntos públicos o internacionales y particularmente a propósito de las relaciones entre una ciudad y otra. La guerra ilustraba el caso que podía ser hecho a favor de la naturaleza en contra de la ley. No todos estarían de acuerdo con Heráclito de Efeso al decir que: «La guerra es la madre de todas las cosas y la reina de todas las cosas; a uno les revela que son dioses, a otros les revela que son hombres; a unos hace esclavos y a otros libres» [5]. Es una buena descripción de la guerra tal como la naturaleza la practica, pero no se sigue necesariamente que sea como el hombre debe comportarse. Pero era lo que el nuevo énfasis sobre la naturaleza tendía o intentaba hacer. Si la guerra era una constante de la naturaleza, ¿por qué en la sociedad humana no era natural que el débil fuese dominado por el fuerte? Esta idea era corriente en el siglo v y era aceptada tanto por Pericles como por sus adversarios. Para Pericles la naturaleza debía de ser algo bastante análogo al Entendimiento de Anaxágoras, un principio vivo y engendrador de vida, pero para otros, personas mucho menos civilizadas, la naturaleza significaba sus propios apetitos más toscos y sus ambiciones que se imponen. Como tal, podía fácilmente ser colocada en el lugar de los dioses y dársele la autoridad que hasta hacía muy poco competía a ellos. Unos catorce años después de la muerte de Pericles, esta noción se había endurecido y tomado una forma más despiadada. Cuando los melianos intentaron convencer a los atenienses de que ellos confiaban que los dioses los protegerían de las perversas amenazas de los atenienses, se dice que éstos les contestaron:

> Nuestros propósitos y nuestras acciones son perfectamente consecuentes con las creencias que los hombres tienen sobre los dioses y con los principios que gobiernan su propia conducta. Nuestra opinión de los dioses y nuestro conocimiento de los hombres nos llevan a concluir que es una ley general y necesaria de la naturaleza el dominar siempre que se puede [6].

La afirmación es totalmente cínica pero tiene su propia y cruel lógica. Los atenienses pretenden seguir a los dioses y arguyen que *el comportamiento divino es natural y que* es absurdo discutirlo. Esta actitud informó el imperialismo ateniense en sus últimos años y debe de haber actuado ya en tiempos de Pericles, aunque no con el mismo Pericles, quien expresaba ideas similares pero de modo menos brutal.

Al referir los acontecimientos que posibilitaron el estallido

de la guerra en 431, Tucídides recoge un discurso hecho en Esparta por enviados atenienses anónimos que están allí por otro motivo, pero que se ponen a la altura de las circunstancias y hablan por Atenas. Dicen muy firmemente que no renunciarán a su poder y añaden:

> Siempre ha sido una regla que el débil estuviese sujeto al fuerte: y además, nos consideramos dignos de nuestro poder. Hasta el momento presente, vosotros también pensabais que lo éramos; pero, ahora, después de calcular vuestros propios intereses, empezáis a hablar en términos de justo e injusto. Consideraciones de este tipo nunca hicieron desistir a un pueblo de las oportunidades de engrandecimiento ofrecidas por su fuerza superior. El que realmente merece alabanza es el pueblo que, aun lo suficientemente humano para gozar del poder, no obstante se preocupa más de la justicia de lo que su situación le impulsa a hacer[7].

Esto puede considerarse como el punto de vista más o menos oficial de Pericles la víspera de la guerra del Peloponeso. Acepta el punto de vista «natural» del poder pero lo atempera con ciertas consideraciones humanas, aunque, al mismo tiempo, insiste sobre la irrelevancia o hipocresía de los escrúpulos morales. Puede ser a la vez natural y justo conquistar otras ciudades, pero hay maneras adecuadas de hacerlo que templen la naturaleza con la ley. El entusiasmo natural es admirable en sí y lleva a acciones arriesgadas, pero gana con cierta adición de reglas hechas por el hombre y limitaciones. Esto era lo que el siglo v, en su apogeo, estaba preparado para recibir y no fue antes de que se exaltase la naturaleza a expensas de la ley que una horrenda brecha empezó a mostrarse en la estructura moral de hábitos y pensamientos. Si la naturaleza era tan importante como se decía, ¿por qué no iba a dictar el comportamiento y envalentonar a los hombres a seguir sus instintos por muy insociables que fuesen?

Podía considerarse esta actitud bastante apropiada para las relaciones internacionales en las que el deseo de poder era el espíritu conductor, pero inapropiada para las relaciones personales. Tal parece haber sido la posición del historiador Tucídides, que pretendía que Atenas fuese despiadada en su trato con otras ciudades pero que mantuviese sus elevados niveles éticos en el interior. Esto ha sido siempre y sus contradicciones son demasiado conocidas para ser mencionadas. Pero en Atenas la causa de la naturaleza se introdujo en los asuntos privados e inquietó mucho a Platón en el siglo siguiente, cuando consideró la decadencia de la Atenas de Pe-

ricles y trató de hallar su causa. Siendo joven vio su espíritu «natural» en función, pero posteriormente, como buscaba imaginar una Atenas ideal sin ninguna de sus antiguas faltas, consideró la exaltación de la naturaleza a expensas de la ley como la principal perversión de su tiempo. Lo atribuye al sofista Trasímaco de Calcedón, que trabajaba activamente en Atenas antes de la muerte de Pericles. Trasímaco propuso la idea de que la «justicia es el interés de los fuertes» [8] y la consideró simplemente como una cuestión de éxito, sin implicar que la justicia se desease por sí misma. La idea atrajo a astutos jóvenes, y uno, Calicles, retratado por Platón y seguramente directamente tomado del natural, sostuvo que el poder y no lo justo es lo que realmente importa. Está deseoso de engañar al populacho en interés propio y lo considera como una cosa apropiada y natural para hacer. Posiblemente pertenece a una generación posterior a la de Trasímaco y su amoralidad tiene cierto brío y altivez. Le aburren las convenciones anticuadas y admira a los que las burlan. Esta noción de que es justo lo que se puede hacer debe su popularidad a los sofistas, quienes vieron que atraía a los hijos de las familias ricas que no estaban totalmente a gusto con la democracia y deseaban probar otras formas de gobierno en las que los tratasen a ellos más noblemente. Era en su base una transferencia de la teoría de los asuntos públicos, como ahora se conocía en el imperio ateniense, a la vida privada y había de causar estropicio. La paradoja es que no causase más. Pero es, no obstante, un síntoma de cambio en la Atenas de Pericles y algo que el mismo Pericles no podía controlar plenamente y de lo que era, en parte, responsable. Si el poder hacía gloriosa a la ciudad, ¿por qué no había de hacerlo también al ciudadano individual?

El minar los valores establecidos y el buscar la naturaleza a expensas de la ley se atribuía, para su descrédito, a los sofistas. Los mejores de ellos, como Protágoras, eran conscientes de los peligros e hicieron todo lo que pudieron para contrarrestarlos, pero se pensaba que ellos también eran responsables, no porque defendían las exigencias de la naturaleza, sino porque habían arruinado la seguridad del conocimiento con su escepticismo. Protágoras llegó lo más lejos posible al decir: «el hombre es la medida de todas las cosas» [9] y sustituyó un precario solipsismo por una visión objetiva de la realidad, y Gorgias, que era un pensador mucho menos serio, negó totalmente cualquier seguridad en nuestro

pensamiento. Una vez que se habían minado los cimientos del conocimiento era natural seguir los impulsos más fieros y menos racionales que se habían mantenido teóricamente bajo control. Tales fuerzas eran más persuasivas y los discípulos de los sofistas podían declarar que las pasiones tenían sus razones que ellos no podían explicar. Era, por consiguiente, legítimo censurar a los sofistas, como hizo Platón en el siglo IV, por insistir en la oposición entre la naturaleza y la ley y, en consecuencia, aboliendo la distinción entre lo justo y lo injusto. Acerca de esto dice en las *Leyes:*

> En primer lugar, querido amigo, esa gente diría que los dioses existen no por la naturaleza, sino por el arte, y que hay diferentes dioses en diferentes lugares, según las convenciones de los legisladores; y que lo honorable es una cosa por naturaleza y otra por ley, y que los principios de justicia no tienen ninguna existencia en absoluto en la naturaleza, sino que la humanidad siempre está discutiendo sobre ellos y alterándolos; y que las alteraciones hechas por el arte y por la ley no tienen ninguna base en la naturaleza, sino que son de autoridad en el momento y en la época en la que se hacen [10].

Es un veredicto *post mortem*. Cuando Platón lo dictamina sobre «esas gentes», que son los sofistas, ya han cesado de contar y la brevedad de su apogeo nos indica que parecieron tener más influencia de la que realmente tuvieron. Había brechas y lagunas en el viejo sistema de creencias y los sofistas, durante un tiempo, lo señalaron, pero aunque respondieron a ciertas necesidades en la existente estructura de pensamiento, no respondieron a todas las necesidades y en ciertos aspectos los contradijeron otras tendencias que atraían a los atenienses. Muchos de los aspectos más controvertidos del movimiento sofístico proceden del último cuarto del siglo V, cuando Pericles había muerto y el largo esfuerzo de la guerra corrompió las normas que eran difíciles de mantener en la frustración y el fracaso. Los sofistas mostraron que algo iba mal, pero esto no era el cuadro total.

El más poderoso contraataque al escepticismo de los sofistas era la autorizada afirmación de la importancia de la Verdad y de su búsqueda. Se dice que Anaxágoras le levantó un altar, y es muy probable que lo hiciese, porque los griegos tendían a exaltar hasta la divinización lo que nosotros consideraríamos meras abstracciones, pero que para ellos suscitaban temor y profunda devoción. La búsqueda de la verdad se había heredado de los científicos y filósofos jónicos,

y Atenas era el principal lugar de intercambio de ideas sobre temas. Eurípides, siempre sensible a nuevas ideas, capta su interés cuando escribe:

> Dichoso el que tiene conocimiento
> Que viene de la investigación. No mueve mal
> Para sus conciudadanos, ni se entrega
> A injustos hechos,
> Sino que vigila el orden que no envejece
> De la naturaleza inmortal, de lo que está hecha,
> Y de dónde y de cómo.
> En un hombre de este tipo, el estudio
> De los actos bajos nunca halla morada [11].

Esto sugiere que Eurípides no estaba en absoluto contento con su manera de vivir corriente, sino que captaba el contagio de aprender y descubrir y le atribuía virtudes inesperadas. Para él, el saber es, en último término, una actividad social, que añade algo muy necesario a la sociedad. Lo que alaba no es la contemplación sino la investigación que le saca de sus actividades transitorias hasta el orden inmortal de la naturaleza. Esto es característico de los griegos. Siempre buscaron un orden inmutable tras los fenómenos, y donde más lo hallaron fue en las matemáticas; lo buscaron no como una escapada sino como una realización plena, y cuando lo hallaron se sintieron más a gusto en el mundo. A pesar de todas las incesantes actividades de la Atenas de Pericles, también tenía tiempo para extenderse en esta dirección y añadir algo positivo a sus hallazgos negativos.

La significación particular que algunos de los sofistas dieron a la naturaleza como fuerza incontrolada tropezó con una oposición considerable, no meramente por parte de los partidarios de la vieja religión sino por parte de los poetas reflexivos que estaban impresionados por los avances ascendentes del hombre y buscaban explicarlos no a través de la historia propiamente dicha, sino por medio de algún mito iluminador. Un tipo de explicaciones insistía en que, después de haber recibido un enorme impulso inicial, el hombre se desenvolvía por sí solo. En el *Prometeo encadenado,* Esquilo hace de Prometeo el bienhechor de la humanidad, cuando le enseña las necesidades esenciales de la vida, tales como el construir casas, sembrar cosechas y frutas, escribir, domar animales, conducir carros y fletar barcos. No sugiere que todo esto sucediese al principio, pero se atribuye el mérito a Prometeo. En el fragmento sobreviviente del *Nauplios,* de Sófo-

cles, se atribuye a Palamedes. Se le hace responsable de la invención de pesos, números y medidas, táctica y artificios militares y el significado de las estrellas. Eurípides sigue el precedente cuando, en sus *Suplicantes,* hace hablar a Teseo de alguien, posiblemente Palamedes, que enseñó a los hombres a hablar, a cultivar la tierra, a protegerse contra el tiempo y a navegar en el mar. En cada caso, el esquema es el mismo y puede que se remonte a una fuente común. Esto proporcionaba un mito a través del que personas más serias podían especular cómo el hombre había pasado del estado de los animales al estado presente. Un autor médico dice tranquilamente que el actual modo de vivir del hombre lo halló él mismo «a lo largo de mucho tiempo», y esto es lo que pensaban los primeros científicos. Jenófanes ya había dicho: «Los dioses no han revelado todo a los hombres desde el principio, sino que los hombres, a fuerza de buscar, andando el tiempo lo descubrieron» [12]. Era la opinión de los hombres cultivados de Atenas. Tenían suficiente conocimiento de la historia como para ver que el progreso humano no podía haber venido de otra manera. El inspirado bienhechor único, que pertenecía al mito, cedía su terreno a la lucha ascendente de la humanidad por mejorarse y la lucha es contra el desorden animal.

Es aquí donde Protágoras causó su mayor impacto. Vio que el mito corriente del progreso humano no mencionaba la ley y la moralidad. Su propio mito sacó partido de esta ausencia. En la primera etapa los dioses ayudaron a los hombres en los conocimientos elementales necesarios para sobrevivir. Luego, cuando maduraron y se vieron enfrentados con la discordia y la violencia, los dioses intervinieron y los salvaron, Zeus mandó a Hermes a la tierra con instrucciones: «Además, hay una ley bajo mi orden, que el que no tome parte en la reverencia y justicia será puesto a muerte, porque es una plaga para el estado» [13]. Esta doctrina era la respuesta a aquellos que declaraban vivir conforme a la naturaleza y se basaba en el supuesto, que Protágoras debe de haber hallado difícil de sostener, de que, en cierto modo, los dioses se ocupaban de los hombres. Un supuesto semejante subyace en una famosa canción coral de Sófocles. En su *Antígona,* el coro canta la sorprendente naturaleza del hombre, que atraviesa el mar y labra la tierra, domestica animales y se preserva de las enfermedades. Es la explicación normal de su tiempo, la historia del hombre. Pero Só-

focles va más lejos y está de acuerdo con Protágoras en ver que no podía haber sucedido si el hombre no fuese un animal social que ha aprendido a protegerse con la ley:

> Con habilidad más allá de la creencia,
> En sutiles invenciones de arte,
> Sigue el camino, ora del mal, ora del bien.
> Cuando observa las leyes del país
> Y las reglas de los dioses que ha jurado guardar,
> Grande es en la ciudad. Pero se excluye de ella
> Cuando, con temerario descaro,
> Hace del mal obrar su compañero [14].

Es la opinión opuesta a la de los sofistas antinómicos. Lo que ayuda al hombre en su progreso es el dominio de la ley y esto hace y conserva a una ciudad griega. La alternativa predicada por algunos sofistas supone, al final, la destrucción de la vida de la ciudad. Sófocles escribió esto hacia 441, cuando Atenas estaba en la cima de su poder, y es la respuesta final a los que defendían la sobrevivencia de los más capaces. Lo que salva a una ciudad y la hace grande no es una mera exhibición de poder sino un sistema de ley y orden.

La Atenas de Pericles tenía defensas contra las teorías minadoras de los sofistas y, aunque algunas de éstas eran específicamente de Pericles, otras eran simplemente atenienses. La herencia de una tradición de servicio público y respeto de sí mismo. El nuevo pensamiento era, sin duda, sorprendente, pero más bien de bajo grado y no importó realmente hasta que el sistema político de Atenas no fue estropeado por fuerzas imprevistas que facilitaron el descontento y la ambición sin reserva. Esto sucedió poco después del estallido de la guerra en 431. El historiador Tucídides describe los efectos de la plaga que devastó a Atenas en 430 y de nuevo en 427 y causó la muerte de Pericles. Tucídides insiste en que minó a la vez la religión y la moralidad, ya que el pueblo, sabiendo que la muerte estaba en perspectiva, se deshizo de las restricciones y vivió para el placer:

> Ningún temor a los dioses o a la ley humana tiene una influencia restrictiva. En cuanto a los dioses, parece ser lo mismo que se les venere o no, cuando se ve al bueno y al malo morir indiscriminadamente. En cuanto a las infracciones contra la ley humana, nadie espera vivir lo suficiente como para que lo lleven a juicio y lo sentencien [15].

Es curioso que Tucídides, que en sus restantes obras no muestra casi interés por la religión, considere aquí la pérdida de la creencia como una falta grave, pero es posible que, aunque siendo un escéptico, considerase la creencia religiosa necesaria para contener la conducta de los hombres. Es una noción bastante corriente y apropiada a su política realista. Es bastante natural que la espantosa catástrofe de la plaga supusiese un aumento de la anarquía y desorden, pero puede que se debiese en parte a una falta de hombres que hiciesen cumplir la ley. La gente que normalmente evita el crimen por miedo al castigo es menos escrupulosa cuando ve que quedan impunes muchos crímenes. No es una crisis de los viejos valores sino la explotación de una situación anárquica. Naturalmente, en medio de una guerra tal situación tiene peligrosas posibilidades, pero en sí misma refleja poco descrédito sobre los atenienses, y podemos sospechar que Tucídides, que escribe a través de conocimientos posteriores, ha exagerado sus efectos, aunque no sus horrores reales en su momento. Al menos, Atenas sobrevivió y siguió luchando con una energía casi incólume, y los procesos democráticos sobrevivieron con ella.

No puede censurarse a los sofistas por la desmoralización acarreada por la plaga. Pero Tucídides analiza y describe otro caso más alarmante de desmoralización, del que una causa externa, como la plaga, no podía hacerse responsable. En 426, la guerra civil estalló en Corcira y duró, al menos, dos años; y Tucídides insiste en que éste no era, en absoluto, el único lugar donde tales cosas sucedían y que, aunque era el primer caso, otros se sucedieron en todas partes. Describe la situación con sorprendente penetración, y lo que dice de Corcira es familiar a la Europa de nuestro tiempo. La guerra brutaliza a los que están envueltos en ella:

> La guerra es una maestra implacable: al privarles del poder de satisfacer sus deseos cotidianos, desciende la mente de la mayoría de las gentes al nivel de sus circunstancias reales [16].

Analiza el incremento de la violencia y de la deshonestidad y, especialmente, el proceso por el que el vocabulario de las acciones docentes se pervierte para adaptarse a los intereses inmediatos de un grupo:

> Lo que se solía describir como un irreflexivo acto de agresión hoy se mira como el valor que se esperaría hallar en un miembro del partido; pensar en el futuro y esperar era simplemente una

manera más de decir que se era un cobarde; cualquier idea de moderación sólo era un intento de disfrazar su carácter sin energía viril; la capacidad para entender una cuestión desde ambos lados significaba que se estaba totalmente incapacitado para la acción [17].

Todas las palabras de este texto suenan a verdaderas y su adecuación, al menos para Corcira, se confirma por la discordia allí existente que le impidió ocupar un puesto en la política helénica consonante con su riqueza y población. Pericles había envalentonado el partido democrático en Corcira y éste intentó apoderarse del poder. El resultado fue espantosas atrocidades cometidas por ambos partidos —padres matados por sus hijos, hombres arrastrados de los templos o asesinados sobre los altares, emparedados en el templo de Dioniso y dejados morir allí—. Ambos bandos no se detuvieron ante nada, y aunque al final los demócratas salieron vencedores, les supuso pocas ventajas. Es lo que sucede en la guerra y nada se gana minimizando sus horrores, pero no era culpa de los sofistas. Una causa más profunda era la lucha entre ricos y pobres en la mayoría de las ciudades griegas, y las carestías y sufrimientos por ella ocasionados lo hacían más patente.

El siglo v, en Atenas, fue una época de agitación intelectual, de cambio y de logro. Los sofistas contribuyeron a la agitación e hicieron mucho en favor de nuevas ramas del conocimiento, como la teoría política, la retórica y la lógica, pero no produjeron una filosofía fundamental. Aristófanes vio su punto flaco y lo atacó en su no totalmente falsa caricatura de Sócrates, en su debate entre lo Justo y lo Injusto en las *Nubes*. En el siglo siguiente Platón los asoló porque pensó que habían minado el saber y la moralidad. Vio sus puntos buenos y se sintió más fuertemente atraído hacia ellos de lo que él mismo creía. Sugirió antídotos a sus errores, pero podemos dudar de que los sofistas fuesen, de hecho, tan influyentes como él pensó. La decadencia que siguió a la caída de Atenas en 404 se debía a la derrota y al agotamiento que la precedió. Si los sofistas tuvieron algún papel en esto, fue más bien como víctimas que como instigadores.

Las grandes figuras del siglo v son tan notables por su sinceridad como por su alcance intelectual y vigor creativo, e innegablemente ejercieron una vasta influencia sobre sus contemporáneos. Pudieron hacerlo a través del análisis intelectual, como Tucídides y Sócrates, o pudieron utilizar los re-

cursos de un arte noble, como los trágicos y escultores. Pero en ambos casos lo que cuenta es su poderoso esfuerzo para abarcar la realidad tal como es, no para rehuir sus complejidades o conformarse con respuestas. Por supuesto, sólo los más grandes pudieron elevarse a este nivel, pero incluso criaturas inferiores como el Viejo Oligarca intentaron a su manera ver los hechos tal y como eran. Esta estima en la que se tenía a la verdad era en gran parte el resultado del pensamiento científico y filosófico de los jonios. Si reemplazó parte del respeto para con lo dioses no era menos sublime, serio o digno de confianza.

# 10. La guerra inconclusa

De 446-445 a 431, Atenas se mantuvo en paz con los peloponesios. La acaparaban sus problemas, especialmente la sublevación de Bizancio y Samos en 440-439, que costó someter pero que no trajeron ninguna contrariedad seria a su prosperidad. Fueron sus años culminantes en las artes hacia la paz. El Partenón se empezó en 447 y la estatua en oro y marfil de Atenea se estableció en 438. Era la época de la *Antígona* de Sófocles y la *Medea* de Eurípides; hacia 445, Heródoto estaba en Atenas declamando fragmentos de su historia; la vieja comedia, personificada en Cratino, escupía fuego, furia y grosería sobre hombres de todo tipo. Atenas no había relegado el arte durante la guerra, pero durante la paz halló el grado pleno de su polivalente genio y se afanó todo lo que pudo para convertirse en escuela de la Hélade. Sus dotes multiformes dieron con un esquema en el que cada una se complementaba e iluminaba a las demás. Parecía probable que continuase su carrera creativa durante muchos años, y hasta cierto grado lo hizo. Si no hizo aún más fue por culpa de la política griega. Tensiones y rivalidades políticas impedían una seguridad permanente, y una vez más la guerra devoró las energías que podían haber engrandecido la escena viviente.

La paz entre Atenas y Esparta en 446-445 no resolvió ningún problema sino que dejó a ambas partes recelosas y resentidas. Atenas, que en 458 había entrado en guerra con proyectos de establecer un dominio sobre Grecia, había fracasado en ello. Se había perdido el imperio terrestre; se había aniquilado las esperanzas de una nueva base de poder en Egipto; Atenas había perdido el punto estratégico de Mégara y el mismo Pericles debe de haber visto que Atenas no podía mantener un imperio terrestre además de un imperio marítimo. La división de Grecia en dos bandos, ateniense y espartano, apenas si era una solución de compromiso; era una incómoda aceptación de una situación con pocas perspectivas de paz durable. Ambos sentirían que, para que Grecia realizase todas sus posibilidades, debía de estar de alguna manera unida; o de otro modo, sus energías dispersadas nunca hallarían la plenitud de lo que eran capaces. Naturalmente, cada lado pensaba que sólo él podía proporcionar el tipo justo de unión. En estas circunstancias, la paz nunca era segura y, aunque la mayoría de los griegos lo aceptasen como inherente al orden de las cosas, era un desagradable escollo para la resolución e invención. La perspectiva era más sombría porque la división de Grecia en dos grandes alianzas significaba que, cuando se produjese la guerra, no sería un asunto local sino que involucraría en breve a casi todos los estados griegos. La situación de Grecia en esta época no era distinta de la de Europa en 1914. Las alianzas estaban tan cuidadosamente entrelazadas que un único par de combatientes podía arrastrar tras de él a la guerra un cierto número de otros, aunque sus problemas les importasen muy poco.

La cuestión capital no resuelta era el equilibrio de fuerzas. ¿Debía estar Grecia siempre dividida en dos grupos principales? ¿O podía, ya fuese Esparta, ya fuese Atenas, derrotar al otro y controlar todo el país? Ninguna posibilidad era totalmente convincente. Por supuesto, podía mantenerse el equilibrio existente, pero esto era casi un argumento de desesperación no deseado por ninguna parte, ya que Esparta temía el efecto que la propaganda y el ejemplo ateniense pudiese tener sobre los ilotas y mesenios. Y Atenas consideraba a Esparta la negación de todo lo que representaba su sociedad libre. Permanecer como en el momento presente significaba que cada parte accediese a la perpetuación de un sistema político que odiaba. Sin embargo, aunque esta solución care-

cía de atractivo para los más sinceros espíritus en ambos campos, no era inconcebible. Incluso Pericles parece haber jugueteado durante mucho tiempo con una versión modificada de ella. Cuando, después de la pérdida de Beocia en 447, se dio cuenta de que Atenas no podía ser una potencia terrestre y debía hacer algún tipo de acomodación con Esparta, decidió que las ciudades griegas debían actuar íntimamente unidas, y para ello existía el precedente de la cooperación contra Persia. Esto parece haber estado ya en su mente cuando, hacia 449, presentó un proyecto en la Asamblea por el que todos los griegos en Europa y Asia habían de ser invitados a mandar diputados a un consejo en Atenas. El primer objetivo sería discutir la restauración de los santuarios y templos quemados por los persas y el cumplimiento de los votos de sacrificios. Pero el segundo objetivo era discutir la libertad de los mares en el sentido del derecho a navegar por todas partes y la obligación de mantener la paz. El objetivo de todo esto era hallar algún medio por el que las ciudades griegas pudiesen restaurar su quebrantada unidad y señalar su afinidad entre sí no meramente en religión sino también en política. Los enviados atenienses fueron mandados a las diferentes ciudades con el propósito de deliberar «para la paz y común bienestar de la Hélade» [1].

Ignoramos lo que impulsó a Pericles a tomar esta inesperada acción o lo seriamente que la trató. Puede, por supuesto, haber decidido que, ya que no podía derrotar a Esparta en la guerra, debía venir a un arreglo con ella en una coalición. Esto parecía, sospechosamente, una vuelta a la política de Cimón, pero puede que Pericles pensase que tal coalición podía estar controlada por Atenas. Si había de guardar la libertad de los mares ningún poder otro que Atenas tenía barcos para hacerlo. Sin embargo, es difícil de creer que Pericles accediese a una política tan derrotista cuando sus dos recursos principales estaban no sólo intactos sino además en aumento —una potente marina y un amplio saldo del tributo—. Cada año fortalecía su posición, y si trató esta nueva política seriamente fue seguramente como un recurso hasta estar preparado para tomar la ofensiva. Todo fracasó. Las pequeñas ciudades ajenas a las dos alianzas estaban disconformes con aceptarlo porque Esparta era hostil a ello, y lo era porque temía que un éxito diplomático ateniense a tal escala sólo podía aumentar su poder. Pudo también, con alguna razón, haber sospechado que Pericles jugaba de debi-

lidad, que los recientes reveses sufridos por Atenas le habían hecho más dispuesto a transigir y que no era el momento de ceder a él. Pericles debe de haber previsto esto y conocido que, aunque su propuesta había fracasado, podía utilizar su fracaso para mostrar lo irrazonable que era Esparta y lo poco deseosa de llegar a un acuerdo para el bien general de Grecia.

Este fracaso, si realmente fue un fracaso, afianzó a Pericles en su convicción de que Atenas no podía dominar a toda Grecia cooperando con Esparta sino que debía, en lugar de ello, consolidar su imperio existente y extenderlo donde pudiese. Tales consideraciones subyacen en su manipulación del proyecto de Turios en 443 y la fundación de Anfípolis en la costa Tracia en 436. Hacia esa época había una gran expedición naval al mar Negro, estableció amigables relaciones con establecimientos griegos en sus costas y dio un grandioso despliegue de potencia naval para mostrar que Atenas era plenamente capaz de vigilar el abastecimiento de cereales por el Norte. Parece, en general, haber puesto los ojos sobre los bordes del mundo griego conocido al Norte y al Oeste. En tanto en cuanto que podemos deducir una política de sus acciones, estaba dispuesto a aceptar, fuera lo que fuere, en el momento actual la dominación de Esparta sobre una amplia parte del continente, pero no estaba dispuesto a hacer concesiones o a dejarse intimidar por ella. Al mismo tiempo buscaba lugares para expansionarse y acaso pensase que si Atenas aumentaba suficientemente sus fuerzas, podría, a la larga, aplastar a Esparta y a sus aliados. Esta política carecía de encanto y no era más que una solución de emergencia. Pericles había asimilado las lecciones de la reciente guerra contra Esparta. Al principio, puede que sintiese que Atenas iba, positivamente, a ganar; al final comprendió que no había ganado y que acaso podía no hacerlo nunca. Entonces intentó la reconciliación, pero lo halló también inútil. La única política que quedaba era mantener a Atenas fuerte y vigilar si aparecían problemas de modo que pudiese defenderse ventajosamente cuando surgiesen. Atenas puede haber perdido su primitiva confianza pero permanecía resuelta y temible.

El punto muerto que surgió del igualado equilibrio entre Atenas y Esparta significó que, a la larga, nunca estuviese Grecia suficientemente unida para convertirse en una potencia mundial excepto durante unos pocos años bajo Alejandro que, a pesar de sus aspiraciones helénicas y de su poderoso

ingenio, no era una personificación de los ideales de Pericles. Grecia, consideramos, pudo seguramente haberse unido bajo Atenas como Italia bajo Roma; entonces, realmente, los destinos del mundo mediterráneo habrían sido diferentes. Los diferentes pueblos de Italia que Roma puso bajo su dominio eran lingüística y culturalmente más dispares entre sí que las diferentes ciudades-estados de Grecia, todas las cuales hablaban un lenguaje común y compartían unas tradiciones comunes. Sin duda, la geografía hacía más difícil la unificación de Grecia que la de Italia, donde las hileras de montañas eran menos obstructivas, pero la verdadera causa del fracaso fue la insoluble antítesis entre Esparta y Atenas en una época en la que Atenas estaba en su apogeo y preparada para asumir nuevas tareas. Los griegos eran conscientes de la necesidad de unirse, y en el siglo siguiente hallaron un elocuente portavoz de ello en Isócrates (436-338), quien les urgió a resolver sus desavenencias y a unirse en una campaña común contra Persia. Cuando hizo su alegato era demasiado tarde, porque Filipo de Macedonia se preparaba para imponer a Grecia la unidad que ella se negaba a imponerse a sí misma. La unión bajo Atenas resultó un sueño. Sus diferencias con los estados peloponesios eran demasiado acusadas para permitir cualquier entendimiento eficaz con ellos y cualquier división del poder habría sido una fuente perpetua de querellas. No todos los otros estados habrían sido igualmente recalcitrantes. Incluso Corinto tuvo momentos, inspirados por la prudencia o el realismo, en los que mitigó su odio a Atenas, aunque tenía bastantes buenas razones para ello, ya que Atenas estaba constantemente usurpando sus avanzados puestos comerciales. Tampoco era posible que Atenas se mostrase como un socio fácil o razonable. Se empeñaba en controlar a sus aliados actuales y a menudo era su comportamiento altanero y severo. Cualquier nuevo aliado podía esperar ser tratado de la misma manera. Incluso si hubiese sido capaz de conquistar a sus enemigos, es difícil ver cómo podría haberlos mantenido sujetos sin desplegar la mayoría de sus hombres y recursos para hacerlo, y entonces la unidad se habría comprado a un precio demasiado elevado.

La paz entre las dos guerras dio lugar a una guerra fría, en la que cada lado se esforzó en molestar, impedir que lograse sus propósitos y humillar al otro. Tales conflictos terminaban a menudo en violencia abierta, porque hacían la perspectiva de esto tan familiar que todos lo daban por

sentado y casi se sentían aliviados cuando sucedía. Pericles deseaba mantener una neutralidad armada con Esparta, aislarla en su propia esfera de influencia y limitar la expansión ateniense a regiones fuera de ella. Esparta podía quejarse de que se estaba interfiriendo en su terreno, pero no estaba dispuesto a hacer concesiones a la arrogancia espartana o a los celosos temores de sus aliados. Fue por el último de éstos como eventualmente se produjo el estallido, y se produjo propiamente en las áreas externas del mundo griego, en el noroeste y en el noreste. En ambos estaba envuelta Corinto como parte ultrajada y quejosa, y era lógico porque era la única entre los aliados de Esparta que poseía una poderosa flota que usaba para proteger su comercio en el Oeste con Sicilia y el sur de Italia.

El conflicto empezó con oscuros sucesos en un oscuro rincón del mundo griego. Epidamno, en la costa de la actual Albania, era una colonia de Corcira, a su vez colonia de Corinto. Epidamno tenía problemas con unos aristócratas exiliados y pidió ayuda a Corcira. Corcira se negó y Epidamno llamó a Corinto, que le envió barcos. Esto suponía que Corcira y Corinto entrasen pronto en guerra; Corcira derrotó a Corinto en el mar y recuperó Epidamno. Corcira, y no Corinto, era ahora poderosa en el mar Jónico. El conflicto era un asunto de familia; envolvía a tres generaciones de ciudades y hasta aquí nadie más había entrado en él. Corcira, por el momento, era importante y la humillación de Corinto era un golpe para la liga espartana, de la que era un miembro principal. El conflicto creció cuando se vio claramente que Atenas no estaba al margen. Esta parte del mundo estaba lejos del centro de la política griega y Atenas, viendo que estaba situado en el camino al Oeste, había ido adelantando sus relaciones allí. Cuando Corinto se preparó para la venganza construyendo nuevos barcos, Corcira se asustó. Carecía de aliados y era probable que la derrotase un Corinto plenamente armado. Su solución era pedir una alianza a Atenas. Enviados de ambas, Corcira y Corinto, vinieron a Atenas y expusieron sus casos a la Asamblea. El historiador Tucídides, que estaba probablemente presente, describe con sus palabras lo que se dijo. Los corcirios, que hablaron primero, dieron por sentado que la guerra entre Atenas y los peloponesios no tardaría en estallar, porque los espartanos temían a los atenienses y escuchaban las belicosas mociones de los corintios. Interesaba a ambas, a Corcira y Atenas, anticiparse

al ataque. A esta luz la alianza parecía atractiva. Corcira estaba emplazada en el camino del Oeste; si los corintios se apoderaban de la flota corciria, una armada mucho mayor se opondría a Atenas. Cualquiera que en Atenas estuviese preocupado por los temores celosos de Corinto y Esparta vería el ofrecimiento corintio como una bendición inesperada en un mal momento.

La respuesta corintia a los corcirios es, inevitablemente, más bien ineficaz. Recordaron los servicios pasados hechos a Atenas, pero estaban contrapesados por perjuicios. Más realistamente, los corintios señalaron que, al aliarse con Corcira, Atenas, de hecho, violaría la Paz de Treinta Años con Esparta. El resultado fue que Atenas aceptó la alianza, pero la limitó a propósitos defensivos; Atenas ayudaría a Corcira si esta última estaba amenazada. En esto podemos ver la mano refrenante de Pericles, que no deseaba precipitarse en una guerra con Esparta, pero sabía que Esparta podía imponerle la guerra, y en ese caso debía estar preparado para ella. La armada corciria parecía un recurso prometedor contra una coalición peloponesia en la que Corinto era un miembro principal. Se enviaron a Corcira diez barcos como prueba de fuerza con órdenes de no luchar, a menos que Corcira fuese atacada. Pronto estalló el conflicto y Atenas envió más barcos. La batalla de Sibota, acaecida en 433, dos años antes de que estallase la guerra total, mostró lo rápida que era Atenas para poner en práctica sus decisiones y lo poderoso que incluso un pequeño escuadrón de barcos atenienses podía ser, porque atemorizaron a los corintios, que se retiraron a su ciudad.

Casi al mismo tiempo que esta crisis en el noroeste, Atenas y Corinto entraron en conflicto en el noreste, en la península calcídica. La ciudad de Potidea estaba en una situación admirablemente estratégica. Estaba a caballo en la estrecha cintura de la punta más occidental y prosperaba al tener tierra fértil. Era una fundación corintia y recibía magistrados anuales de Corinto, que era más de lo que hacía Corcira. Pero era también un aliado, sujeto a tributo, de Atenas. En vista de esos peligrosos lazos, Atenas, inmediatamente después de la batalla de Sibota, pidió que los potideanos echasen por tierra las murallas de la ciudad por el lado sur, donde no eran necesarias para protegerse contra Macedón, y dejasen de tomar magistrados anuales de Corinto. Para los atenienses eran precauciones prudentes. Corinto era más que un posible

enemigo; los barcos atenienses habían luchado contra los corintios en Sibota. Una plaza fortificada en esta zona podía perfectamente ser fuente de conflictos. Los potideanos, envalentonados por la promesa de Esparta de invadir el Atica si los atenienses atacaban a Potidea, se negaron. Era la primera vez que Esparta había lanzado un ofrecimiento semejante y Corinto debe de habérselo arrancado. La situación era crítica para Atenas y se hizo aún más crítica cuando Perdicas, rey de Macedonia, que se había peleado con ella por defender a sus hermanos contra él, empezó a organizar una sublevación general de Calcídica contra Atenas, convenciendo a sus habitantes de que echasen por tierra sus ciudades en la costa y concentrasen sus fuerzas en la ciudad interior de Olinto. Otra tribu, los botieanos, se unieron a ellos y Atenas se enfrentó con una sublevación a gran escala.

De nuevo fue inmediata la respuesta ateniense. Un ejército avanzó contra Potidea y derrotó al general corintio. Perviven tres lápidas para los atenienses caídos, cada una con un cuarteto elegíaco al modo tradicional, pero con su carácter propio, como si tres poetas diferentes las hubiesen compuesto. Uno se basa en la comparación de los atenienses a sus contrarios:

El cielo recibe sus almas, la tierra sus cuerpos;
Murieron al pie de las puertas de la ciudad de Potidea.
Algunos de sus enemigos están en la tumba, y otros
Hallaron en la muralla su más segura esperanza de vida [2].

La última línea alude a la huida de los enemigos a la ciudad, que entonces capturaron los atenienses, demostrando que «la más segura esperanza de vida» era ilusoria. Los corintios vieron que, sin ayuda, no podrían resistir a Atenas e invitaron a los espartanos a declararle la guerra. Pericles, que vio que iba a producirse un ataque, replicó con un duro golpe económico. Puesto que Mégara había ayudado a Corinto en Sibota, los atenienses excluyeron a los megarianos del mercado ateniense y de los puertos del imperio. Esto suponía la ruina de Mégara y golpeaba a toda la liga peloponesia, de la que Mégara era económicamente un miembro importante. El decreto megariano no fue la auténtica causa de que se produjese la guerra, pero sí la ocasión activa de ella, una respuesta al comportamiento peloponesio en Corcira y Potidea. Al considerarlo retrospectivamente, unos siete años después, Aris-

tófanes pudo, con cierta justificación, declarar que Pericles inició la temible conflagración:

Así, antes de que la desgracia le alcanzase lanzó la chispa
Poniendo en llamas todo el mundo por su decreto sobre Mégara.
Tan amargo humo ascendió mientras soplaban las llamas de la [guerra
Que de todos los ojos en la Hélade en cualquier lugar sacó lá- [grimas [3].

El decreto era la culminación de una serie de acontecimientos. Después de él la guerra era inevitable. Podía objetarse que ambas, Atenas y Esparta, habían roto la paz —Atenas al luchar en Sibota, Esparta al prometer invadir el Atica—. En todo esto vemos a Corinto trabajar para conservar su poder intacto de interferencia ateniense y convenciendo a Esparta de los peligros de la política ateniense. Pero incluso esto no fue definitivo, como vio Tucídides:

La verdadera razón por la que los espartanos entraron en guerra, aunque no fuese una de las que ellos expusieron en público, era el temor que había causado en ellos el crecimiento del poder ateniense [4].

Lo que este temor significaba para los espartanos es narrado dramáticamente por Tucídides en los debates que precedieron el estallido de la guerra y dan una perspicaz valoración de la situación. El más concluyente tuvo lugar en Esparta en una conferencia de los aliados espartanos. El sentimiento general era que debía declararse la guerra a Atenas, y los corintios lo habían favorecido enviando sus embajadores a todos los aliados urgiéndoles a votar la guerra. Ya que Esparta había ya declarado la guerra a Atenas, los corintios tenían una tarea fácil, que consistía en convencer a los aliados a unirse a ellos, y su más poderoso argumento es que Atenas, si se le dejaba hacer, dominaría las rutas comerciales y paralizaría el comercio de toda Grecia. A esto añadían la amenaza de los horrores que traería la dominación ateniense:

Y estamos seguros de que la derrota, por muy terrible que pueda parecer, no puede significar nada peor que la total esclavitud [5].

Adelantan razones que permiten suponer posible la victoria y alcanzan su clímax cuando dice:

En cuanto a la ciudad dictadora que se ha establecido en la Hélade, convenzámosnos de que está ahí para dominarnos igual-

mente y de que está planeando subyugar lo que aún no ha sido subyugado[6].

No era cierto, pero se creía comúnmente. Atenas no estaba planeando subyugar al resto de Grecia, porque sabía que era incapaz de hacerlo. Pero la propaganda corintia lo necesitaba como tema, y movía a los temores espartanos.

Habiendo decidido la guerra, Esparta procedió a enviar una sucesión de embajadas a Atenas, cada una con un ultimátum diferente. Tales maniobras son corrientes antes del estallido de las guerras, y no podemos concluir que pretendiesen hacer algo más que dar a Esparta un poco más de tiempo para prepararse y desarmar las críticas, pretendiendo, no muy convincentemente, actuar razonablemente. No implicaban seguramente que existiese un partido antiguerra en Esparta o que el rey Arquidamo, que había aconsejado precaución en las primeras discusiones, no hubiese aceptado la decisión de guerra. Cada embajada vino con una petición diferente. Atenas debía echar fuera la maldición de una diosa que pesaba sobre la familia de los alcmeónidas. Ya que Pericles estaba emparentado con ellos, era una puñalada contra él, hábilmente oportuna por la histeria religiosa que había estallado recientemente y que ya habían explotado contra él sus adversarios políticos. Los atenienses replicaron que Esparta tenía que purificar la Casa de Bronce de Atenea, en la que había muerto de hambre Pausanias. A continuación los espartanos pidieron que Atenas abandonase el sitio de Potidea y diese la independencia a Egina, y añadieron que la guerra se podía evitar si Atenas revocaba el decreto megariano. Finalmente vino un ultimátum: «Esparta desea la paz. La paz es aún posible si concedéis la libertad a los helenos»[7]. Con cada petición, los espartanos aumentaban sus pretensiones como si se envalentonasen y se sintiesen mejor preparados para la guerra. No hemos de creer necesariamente que las peticiones eran serias, ya que incluso si, inconcebiblemente, Atenas las hubiese concedido hasta la última y hubiesen rendido su imperio, se habría pensado que estaba tan débil que se habría emprendido un ataque sobre ella. El resultado puede haber sido previsto. Pericles no tenía intención de hacer concesiones y estaba dispuesto con sus categóricas negativas a ello. En estos horribles intercambios, Esparta y sus aliados fueron los agresores, y Atenas, con buenas razones, no hizo ningún simulacro de complacerles o de ofrecer la menor apa-

riencia de reconciliación. Había llegado el momento en el que cada uno sabía lo que se había sospechado mucho tiempo, que los dos grupos estaban preparados para una violenta confrontación, y, si alguno tenía dudas, parecían haber sido suprimidas. En esta política hostil Corinto jugó un papel primordial y sus motivos eran en gran parte económicos. Su riqueza provenía de su comercio marítimo, y Atenas era una amenaza más que seria. Pero tales argumentos pueden haber tenido poco interés para los espartanos con su economía agrícola o para otros de los aliados peloponesios. Para ellos la verdadera causa era el temor a la democracia ateniense con su sentido de misión y su desdén por las antiguas aristocracias. Esto sería igualmente poderoso en Corinto, donde la clase dominante era altamente selectiva y consciente de sí misma y realmente tan temerosa de perder su ascendiente sobre el populacho, como sus provechos del comercio. La mayoría de los griegos, entonces como ahora, deseaban extender su comercio, pero los decididos esfuerzos para humillar a Atenas estaban dirigidos más por odio que por avaricia. Los hombres no se volverían tan histéricos en una lucha puramente comercial, y en el primer discurso que presta a los corintios Tucídides indica lo profundamente que odiaban y temían a los atenienses, como culpables de que Grecia no fuese lo que debía ser. Algunas de las palabras que les presta son tal vez demasiado admirativas para ser genuinas, pero al menos muestran una admiración nacida del odio y la envidia:

Si se proponen algo y no lo consiguen, piensan que se les ha privado de lo que ya les pertenecía; mientras que si su empresa tiene éxito, miran ese éxito como nada comparado con lo que harán a continuación en una empresa; inmediatamente hacen buena la pérdida poniendo sus esperanzas en alguna otra dirección [8].

Los desahogados príncipes, comerciantes de Corinto, se sentían incómodos con este pueblo, siempre en movimiento y turbando la noble quietud que es el supuesto ideal de la aristocracia griega. Al final era demasiado para ellos, y sus temores e irritaciones no podían hallar otra salida que la guerra.

En respuesta a esto Pericles dejó claro a su pueblo que en los últimos diez años aproximadamente había sido enteramente consecuente en su política:

Atenienses, mis puntos de vista son los mismos de siempre: estoy en contra de hacer ninguna concesión a los peloponesios [9]

Es seguro que los peloponesios fueron los agresores y que Atenas estaba en su derecho y debía llevarlo a cabo. Aunque se había mantenido a la defensiva durante años, no había menguado nada su amor por su país o su confianza en él. Había reflexionado mucho sobre la estrategia de la guerra que iba a venir y había resuelto cómo había de ser. Primero, sostenía que los peloponesios, viviendo de sus tierras y confinados a ellas, estarían en desventaja por falta de dinero. En segundo lugar, tenían poca experiencia en el mar y les resultaría difícil adquirirla. Por otra parte, los atenienses tenían grandes cantidades de dinero y una larga y variada experiencia en el mar. Porque es rica, Atenas está más capacitada para sostener una guerra larga que Esparta, y porque tiene una amplia flota puede atacar al enemigo en cualquier punto que elija, así como imponer un bloqueo. Pericles admite que Esparta es fuerte en tierra, pero, no muy convincentemente, sugiere que Atenas es igualmente fuerte. Pero revela su postura cuando formula una regla fundamental de su estrategia:

> Tal como están las cosas, debemos considerarnos como si fuésemos isleños; debemos abandonar nuestros campos y casas y proteger el mar y la ciudad. No debemos, a causa del enojo de perder tierras y hogares, trabar batalla con las fuerzas muy superiores de los peloponesios [10].

En otras palabras, Pericles aboga por una estrategia defensiva en tierra y una estrategia ofensiva en el mar. Esto era consecuente con su política durante el tiempo de paz después de la pérdida de Beocia. Había sido cuidadosamente claro observando las superioridades y limitaciones del poder ateniense.

Esta doble estrategia no prometía ningún resultado decisivo. La única esperanza residía en alguna circunstancia afortunada que pusiese al enemigo en auténtica desventaja y permitiese a Atenas explotar la ocasión con su flota. En líneas generales, la estrategia de Pericles consistía en convertir la ciudad de Atenas, la zona incluida en las grandes murallas y el Pireo en una fortaleza; dentro de la cual los campesinos del Atica vendrían a protegerla, mientras que sus tierras y hogares eran devastados por los espartanos. Y, tal como lo esperaba, los espartanos invadieron el campo anualmente, haciendo todo el daño que podían. Algunos eran fácilmente reparables, pero la destrucción de los olivos, cuya repoblación requería muchos años, era un golpe duro. Entretanto, los alimentos llegaban sin contrariedades por mar al Pireo y, por

las Grandes Murallas, a Atenas, pero indudablemente nunca en grandes cantidades, y muchas familias sufrieron la escasez. Pero peor que esto era la horrenda superpoblación de la ciudad, que acarreó consecuencias que Pericles no había previsto ni habría podido prever. Estas condiciones hicieron que Atenas fuese una víctima fácil de enfermedades contagiosas que le infligieron daños más temibles y perdurables que cualquier campaña militar.

En 430 asoló a Atenas una plaga, que duró alrededor de dos años y reapareció por un corto período en 427-426. Su origen y naturaleza son desconocidos, pero debió seguramente de agravarse considerablemente por las apiñadas condiciones de vida en la ciudad. La suciedad, la falta de higiene, los piojos, la mala alimentación, la escasez de agua fresca se unieron para extender el contagio y aumentar el número de muertes. La contaminación era a menudo inevitable y, en una ciudad sitiada, el número cotidiano de muertos y la presencia de cadáveres insepultos en las calles acrecentaba terriblemente una situación desmoralizante. Es muy difícil hacerse una idea de la magnitud de la catástrofe, pero parece probable que, cuando la plaga terminó, un tercio de las tropas de choque atenienses habían muerto a causa de la enfermedad y muchos otros estaban mutilados, mientras que el número de bajas civiles nos es desconocido. Atenas nunca volvió a recuperar la superioridad numérica que poseía al comienzo de la guerra, y esto era de importancia capital para conducir operaciones a gran escala, tanto terrestres como marítimas. Tucídides, que fue una de sus víctimas y la analizó con ojos escudriñantes, sugiere que, por horripilantes que fueron sus efectos físicos, sus consecuencias psicológicas fueron peores. Los atenienses, que basaron gran parte de su vida sobre el honor personal y hallaron en él todo un sistema de valores, cesaron, según Tucídides, de creer en él:

> En cuanto a lo que llaman honor, ninguno se mostraba deseoso de adherirse a sus leyes, tan dudoso era el que uno sobreviviese para gozar la fama del honor[11].

No necesitamos llevarlo demasiado lejos, pero es relevante para la situación militar. La política de defensa y de poco más que defensa tenía un peligro especial para los soldados ardientes, que pronto se aburrían y desmoralizaban de una rutina que no ofrecía ni aventura ni gloria. Incluso el sentirse a salvo tenía sus riesgos, ya que los inducía a perma-

necer a la defensiva en vez de lanzarse a la batalla a campo abierto. El único remedio disponible para los atenienses era planear pequeñas expediciones por mar, porque éstas, al menos, harían algo para mantener la moral y podían evitar el contagio mortal de la plaga.

La armada mantuvo viva a Atenas, asegurándole provisiones. También le permitió continuar su comercio y ayudó a pagar las mercancías importadas, así como los víveres. Estratégicamente hizo aún más. Cuando la ancha isla de Lesbos se sublevó en 428, el envío de barcos la volvió al orden. No era como mandar un acorazado e incluso un cañonero en la época moderna. Los barcos griegos no podían disparar andanadas o, de hecho, hacer más que transportar tropas. Si una flota se encontraba con otra lo único que podía hacer era chocar violentamente unos barcos contra otros o acercarse, engancharse unos a otros y entrar al abordaje. El principal empleo de la armada ateniense era transportar tropas para hacer una ofensiva, y para esto servía admirablemente. Podía también piratear y bloquear la costa del Peloponeso mediante patrullas regulares. Esto perjudicaba al enemigo al impedir las importaciones de víveres —aunque no era muy importante para una región agrícola— y de material bélico, especialmente de armas, o los metales necesarios para fabricarlas. Un bloqueo de este tipo nunca podía ser total, pero podía causar molestias. Estas eran las utilizaciones normales de una armada en tiempo de guerra, y Atenas podía sacar de ella el mejor provecho posible. Proporcionaba una opción briosa al implacable tedio de esperar en una ciudad cercada. Sin embargo, aunque Pericles defendía su doble política, ésta no agradaba a todos los atenienses, y la plaga aumentó el descontento común. En 430 fue depuesto del cargo de general, multado y luego reinstaurado. La pasajera impopularidad de Pericles puede haber surgido del sentimiento de decepción de los ciudadanos, del resentimiento de que esta política que exigía tales sacrificios nada daba que valiese la pena a cambio.

La plaga puede explicar una expedición algo misteriosa que Pericles condujo en 430. Parece como si fuese algo más que una mera incursión o reconocimiento o demostración de fuerza. Con su flota atacó la costa de Argólide, especialmente Epidauro, Trozen, Hermione y Halieis. Con ella venían cuatro mil lanceros y trescientos de caballería. Era una fuerza formidable que crearía la impresión de que Atenas no estaba

en absoluto quebrantada por la plaga, sino capaz de tomar la ofensiva casi en medio de ella. El momento estaba bien elegido, porque las tropas de Epidauro estaban fuera con sus aliados espartanos invadiendo el Atica. Epidauro, de haber sido capturado, habría sido una base excelente para acosar a Corinto y Mégara, para acosar a los ejércitos espartanos por el costado y, tal vez, para inducir a Argos a una alianza. Pero algo falló. No se tomó Epidauro y Pericles regresó con poco que mostrar a cambio de sus esfuerzos. Tucídides es extrañamente reservado sobre toda la campaña, e inevitablemente sospechamos que está encubriendo a Pericles del peso del fracaso. De hecho, el fracaso es más sorprendente porque Atenas se enfrentaba no con Esparta, sino con una ciudad pequeña de poca importancia. Deja suponer, al menos, que Atenas aún no había aprendido cómo conducir la lucha marítimo-terrestre y que la plaga había causado más daños de los que el hábil gesto de Pericles podía ocultar. Tal vez la explicación sea más sencilla. En esta guerra la técnica de sitiar ciudades estaba más atrasada de lo que cabría esperar. La defensa era generalmente más fuerte que el ataque y capaz de mantenerla a raya durante largos períodos, así como en 1914-1918 el sistema de trincheras fortificadas hacía una ofensiva casi imposible, excepto sacrificando gran número de vidas. Los espartanos necesitaron dos años para tomar la pequeña ciudad de Platea; los atenienses fracasaron por completo en tomar Siracusa. Podían tomarse las ciudades por sorpresa o traición, pero un asalto abierto, prolongado, rara vez tenía éxito, a menos que el bloqueo y el hambre lograsen lo que las máquinas de asedio no lograban hacer. Al tratar con aliados recalcitrantes, Atenas podía lograr tomar una ciudad, pero era porque tenía amigos en ella. En los más duros procesos de la guerra tenía menos éxito, e incluso en este primitivo punto del conflicto era claro que no ganaría intentando dominar al enemigo en su propio terreno.

Este fracaso militar puede contrastarse con la notable habilidad de la armada ateniense mostrada el año siguiente, en 429. Atenas mantenía una flotilla en el golfo de Corinto, donde tenía una buena base, bien protegida en Naupaco, y podían hacer un trabajo excelente impidiendo el transporte de peloponesios por el golfo y el paso de barcos corintios al Oeste. En 429, los corintios se hicieron a la mar rumbo Oeste, pero toparon con el almirante ateniense Formión, con veinte barcos contra sus cuarenta y siete. Formión dejó al

enemigo navegar hasta mar abierto, ya que esto se adaptaba mejor a sus métodos de ataque. Allí dispuso sus propios barcos en fila y navegó alrededor de los corintios, encajonándolos en un espacio muy estrecho, hasta que colisionaron entre sí y sufrieron serios daños. Cuando la confusión era total, los atenienses se dedicaron a matar, y lograron una victoria completa. Este resultado horrorizó a los espartanos, que no podían entender cómo una fuerza más pequeña podía derrotar a otra mayor. No renunciaron a la lucha, pero ensayaron nuevas tácticas, colocando una flota en el lado sur del golfo, mientras Formión estaba en Rión, en el lado norte. Los peloponesios esperaban inducirlos a luchar en el angosto estrecho, donde su maestría contaría menos que en mar abierto. Al principio les salió bien, y al atacar a los atenienses cuando iban hacia Naupacto en fila india encallaron a algunos de ellos. Entonces los atenienses hundieron a un barco de mando peloponesio, y el curso de la batalla cambió. La delantera peloponesia cesó de remar y esperó a que llegasen los otros. Los atenienses, que habían alcanzado Naupacto, volvieron inmediatamente, cayeron sobre ellos y consiguieron de nuevo una victoria total. Por alguna oscura razón no se volvió a emplear a Formión después de esto, pero en estos breves episodios demostró la maestría e ingenio de los atenienses en el mar. Desgraciadamente, no era en este elemento en el que se decidiría la guerra.

Poco después murió Pericles a consecuencia de la epidemia, y, según el historiador Tucídides, fue un terrible golpe para Atenas. Al principio sus sucesores mantuvieron las principales directrices de su estrategia. Atenas dominaba plenamente el mar, pero parecía incapaz de enfrentarse con un ejército completo espartano en tierra. El problema era, para ambas partes, hallar un lugar apropiado donde se pudiese atraer al otro e infligirle una derrota decisiva. Aunque la moral ateniense había recibido un duro golpe con las primeras invasiones espartanas, pronto se recuperó. En estos años Atenas siguió fortaleciendo su periferia, especialmente en las rutas marítimas hacia el Oeste. Tomó en 430 la isla de Cefalonia, en 427 Minoa, frente al puerto de Mégara, Eniade al noroeste del golfo de Corinto y Citera, frente al sureste del Peloponeso, en 424. Ninguno de estos movimientos era efectista o decisivo, pero contribuían a contener a Esparta por mar. En 424 Atenas le asestó un golpe mayor cuando ocupó Nicea con las Largas Murallas, desde Mégara

al golfo de Sarónica. Este triunfo ayudó a sostener el ánimo ateniense y a aumentar su posición en el mar, pero aún la dejó lejos de una victoria final.

Si Atenas no podía tomar a Esparta en una batalla abierta, aún podía golpearla a través de sus aliados, y, entre ellos, Beocia era una elección obvia, a la vez porque tenía una frontera con Atica y porque tenía fama de no estar militarmente entre los mejores. El emprendedor general Demóstenes trazó un plan para atacar a Beocia por detrás, atravesando la región montañosa en el lado norte del golfo de Corinto. Aquí Atenas tenía amigos en Acarnania, Lócride y Fócide, lo suficientemente fuertes como para detener a los espartanos de Doris y Heraclea. El transporte por el golfo era fácil, porque Atenas tenía Naupacto. Pero existían dificultades. Los etolios eran hostiles. El terreno abrupto era poco apropiado para los hoplitas atenienses, pesadamente armados. La «puerta trasera» para Beocia estaba protegida por anchas montañas. En la primera etapa de la campaña, Demóstenes fracasó. Su infantería fue destrozada por los lanzadores de jabalina etolios. Tuvo que retroceder ante ellos, y salvó a Naupacto justo a tiempo de una incursión espartana desde Heraclea. Pero el invierno siguiente remedió su fracaso adentrándose más allá en el noroeste y derrotando a los espartanos en Olpae, en el golfo de Ambracia. Los espartanos intentaron traicionar a sus aliados, pero éstos lo descubrieron a tiempo e infligieron una severa matanza a los traidores. Era un duro golpe para Esparta, y tras él no se volvió a hablar por el momento de atacar a Beocia. Probablemente se consideraba que todo avance ulterior en Beocia era demasiado arriesgado para que mereciese la pena intentarlo. Si Atenas hubiese alcanzado Beocia con un ejército cansado y reducido podía muy bien haber sufrido un revés, especialmente ya que los beocios eran menos insignificantes en la lucha de lo que los atenienses daban en pensar.

Este alejamiento de la estrategia de Pericles no era un fracaso ni tampoco un éxito decisivo. Significaba que los generales atenienses seguían pensando en atacar a Beocia, pero entretanto sucedió algo que parecía ser precisamente lo que Pericles tenía en mente. La suerte daba a Atenas una oportunidad que podía haber llevado al fin de las hostilidades. Militarmente sacó el máximo partido de ello, políticamente casi nada. En 425 Demóstenes, navegando hacia el Norte, se presentó con un ejército en Pilos en el suroeste del Peloponeso

y tuvo que detenerse por el mal tiempo. En buena parte para tener a sus hombres ocupados los puso a fortificar la plaza, que se extendía a través de un angosto estrecho hasta el norte de la larga y árida isla de Esfacteria. Los espartanos mandaron una pequeña fuerza a luchar con él. Lograron bloquear a los atenienses, pero nada consiguieron, porque una escuadra ateniense llegó, derrotó a los barcos espartanos en la bahía y, a su vez, bloqueó a los espartanos en Esfacteria. Las autoridades espartanas no querían perder a esos hombres, que procedían de buenas familias y eran considerados tropas selectas. Enviaron una embajada a Atenas ofreciendo estipulaciones de paz. La Asamblea, viendo que su país estaba, por fin, en una posición fuerte, las rechazó. En la Asamblea, Cleón sostuvo firmemente la continuación de la guerra, pero no deseaba que se le encomendase el mando de una nueva expedición a Pilos. A pesar de ello lo eligieron, y para sorpresa de todos y disgusto de muchos obtuvo una victoria absoluta. Los espartanos en Esfacteria fueron ofuscados por un fuego en el monte bajo, perdieron su disciplina y sentido del orden y se rindieron. La gloria de la victoria en gran parte correspondía a Demóstenes, pero Cleón la reclamó para sí mismo no sin cierta justificación. Había visto una oportunidad y la aprovechó. Pilos daba razón a la estrategia de Pericles, que se dio cuenta de que la centralización del poder espartano era tal que un golpe nocivo en una parte débil podía desorganizar o desmoralizar el conjunto. La suerte dio la oportunidad y los generales atenienses, apoyados por la Asamblea, sacaron hábiles provechos militares de ello. Políticamente, Atenas desaprovechó una paz que podía haber hecho con grandes ventajas para ella.

Si, en conjunto, Atenas evitaba empresas arriesgadas, Esparta, por su parte, no logró obligar a Atenas a una lucha a gran escala en tierra. Incluso la anual invasión por Esparta del Atica se hacía contando con que la ciudad de Atenas era inexpugnable y con que el ejército atenienses no tenía intención de salir a luchar fuera de ella. Los espartanos sobrestimaban probablemente la valía guerrera de los atenienses, que podían ser buenos en pequeñas escaramuzas en terreno difícil, pero cuya carencia de entrenamiento profesional hacía que no fuesen contrincantes para los espartanos en un encuentro cuerpo a cuerpo. Esparta podía también temer la pérdida de demasiadas de sus mejores tropas que formaban el corazón de su ejército y lo mantenían a su alto nivel. En cual-

quier caso, la política que siguió en los primeros años no le conducía a ninguna parte. Sus invasiones anuales conseguían que volviesen menos de los que fueron, pero no se entablaba una batalla importante. Lentamente empezó a cambiar su estrategia. Primero, Tebas le convenció de que atacase la ciudad de Platea, situada en la frontera entre el Atica y Beocia, que Tebas odiaba por su lealtad a Atenas. Los espartanos la cercaron en el otoño de 429, y allí permanecieron hasta el verano de 427. En el invierno de 428 algunos plateanos escaparon de noche y huyeron salvos, pero el resto de los habitantes fueron obligados a rendirse en el verano siguiente. Los espartanos se comportaron con brutal dureza, ejecutaron a doscientos plateanos y arrasaron la ciudad. Sin duda, los tebanos, que acariciaban viejos resentimientos, inspiraron esta salvajería, pero era la primera de una serie que ensombreció los últimos años de la guerra. Lo sorprendente es que Atenas nada hizo para ayudar a Platea. Tal vez tuviese demasiadas cosas entre manos para equipar una expedición adecuada; tal vez no se atreviese a enfrentarse en campo abierto, incluso con una pequeña fuerza espartana. En cualquier caso, su comportamiento confirma la opinión de que, en tierra, en esos momentos Atenas era excesivamente precavida.

El fracaso de Platea, sin embargo, parece haber estimulado a los atenienses a decidir que tenían que hacer algo. Habían conquistado Beocia en un pasado no muy lejano y seguramente podrían volver a imponerles su voluntad. Era un cambio total de la juiciosa política de Pericles, y el resultado mostró que éste tenía razón. El plan para invadir a Beocia en 424 era al menos ingenioso, pero se vino abajo casi al empezar, primero, por el fracaso en sincronizar la llegada de un ejército terrestre bajo Hipócrates con la de una fuerza transportada por mar bajo Demóstenes; en segundo lugar, por falta de seguridad, lo que permitió que un focio revelase el proyecto a los jefes beocios, quienes entraron en acción y atacaron a Demóstenes después de su desembarco. Hipócrates, tomando como base Delio, presentó una dura lucha, pero sus tropas fueron derrotadas y él mismo resultó muerto. Delio confirmó que Atenas no podía dominar Beocia y, en ese momento, ni siquiera conquistarla. Su ejército, entrenado en pequeñas incursiones, carecía de experiencia para batallas a gran escala, y además Beocia contaba con el consejo y la

ayuda de Esparta. Hubo un tiempo en el que Pericles pensó que Atenas vencía por su falta de profesionalismo:

> Tiene algunas ventajas, pienso, nuestra manera de arrostrar el peligro voluntariamente con una mente desenvuelta en vez de con un entrenamiento laborioso, con una valentía natural más que inducida [12].

Esto puede haber parecido cierto antes de la guerra, pero hacia 424, cuando hacía cinco años que Pericles había muerto, ya no era cierto en modo alguno. Si los beocios podían salvar su país de Atenas, otros pueblos podían hacer otro tanto.

Después de su victoria en Pilos en 425, Atenas había tenido la oportunidad de firmar una paz aceptable. Podía, incluso, haber persuadido a Esparta para que le dejase conservar las ganancias considerables que había hecho durante la guerra. Pero la paz no llegó. Los aliados de Esparta, especialmente Corinto, deseaban la guerra hasta una definitiva y completa humillación de Atenas. Del lado ateniense la nueva generación de líderes populares quería ganar gloria y poder mediante nuevas victorias. Su anhelo había sido estimulado por el éxito en Esfacteria. No querían creer que no podía repetirse, a mayor escala, en cualquier otro lugar, aunque Delio debía haberles enseñado que no era probable que lo hiciesen. Pero los bandos guerreros, ambiciosos en ambos lados, desecharon todo intento de paz y, buscando nuevas posibilidades, modificaron el carácter general de la guerra.

Con el tiempo este cambio llevó a Atenas y Esparta a enfrentarse abiertamente, no simplemente a través de sus aliados, aunque aún no a plena escala. Se debía a la iniciativa de Esparta. En el Egeo norte la posición de Atenas parecía segura, pero fue aquí donde atacó Esparta, en una campaña de ostentosa originalidad. Pocos líderes espartanos parecen haber tenido una personalidad extraordinaria, pero con Brasidas Esparta produjo un diestro soldado con aptitud para la diplomacia y la política. Por invitación del rey de Macedonia se le envió al Norte, por tierra, con un pequeño cuerpo de tropas entre los que había espartanos que no eran de pura cepa. Al llegar a Macedonia se puso a trabajar para inducir a los aliados atenienses a sublevarse contra Atenas. Esta audaz política trajo inmediatas recompensas. Se proclamó a sí mismo el protector de las libertades de la Hélade contra Atenas, y los partidos oligárquicos locales se unieron a él. Tras triunfar en Acanto y en las pequeñas ciudades de Estagira y

Argilo por la diplomacia, se hizo dueño de Anfípolis, la más importante, con mucho, ciudad ateniense en estas zonas. Se tomó por sorpresa y ofreció condiciones generosas que fueron rápidamente aceptadas por los habitantes. Ellos habían previamente enviado un mensaje pidiendo ayuda a Tucídides, el historiador, que estaba encargado de siete buques de guerra en Tasos. Al punto se puso en camino, pero llegó la tarde de la rendición. Por ello fue destituido y exiliado, y en su ocio forzoso recogió materiales para su historia y empezó a escribirla. Brásidas prosiguió su incontenible avance, capturando la ciudad de Torone, asentada sobre una colina junto al mar, y tratando a sus habitantes con su habitual caballerosidad.

Este cambio total de la estrategia espartana era brillantemente exitoso, en gran parte porque Brásidas era muy distinto a la mayoría de los jefes espartanos. Pero, aunque causó serios daños a los intereses de Atenas, no le asestó ningún golpe decisivo. No pudo golpear en el centro de su poder o, incluso, en ninguna línea vital. Los atenienses, aunque con retraso, vieron el peligro de la situación en Tracia, y en el verano de 422 enviaron treinta barcos con mil doscientos hoplitas y trescientos soldados de caballería. A su mando iba Cleón, que desde la muerte de Pericles era el orador de mayor éxito en la Asamblea y había mostrado recientemente valor y capacidad en Esfactería. Empezó bien, tomando Torone y a su gobernador espartano. Luego se dirigió a Eión, en la desembocadura del Estrimón, para esperar refuerzos. Brásidas entró en acción, y Cleón, preocupado por el estruendo de sus tropas, inexpertas en la acción, las condujo a la cima de una colina, cercana a Anfípolis. Atrapado entre el pequeño ejército de Brásidas y otro ejército que surgió de la ciudad, los atenienses presentaron una buena resistencia, pero Cleón fue mortalmente herido por una jabalina, según se dice, mientras huía. Brásidas ganó, pero él también había recibido una herida mortal, y murió después de haber sido trasladado a la ciudad. Su muerte privó a Esparta del único jefe que podía haber logrado una victoria importante, mientras que la muerte de Cleón arrancó a Atenas su principal obstáculo para la paz.

Las negociaciones de paz fueron llevadas, por parte de Atenas, por Nicias, un hombre del centro. La paz se firmó en 421, y era evidente que habría hecho mejor Atenas si la hubiese firmado inmediatamente después de Esfactería. Para

ambas partes la paz era un intento de devolver a Grecia el *statu quo* de 431. Ambos aceptaron devolver la mayoría de los lugares ocupados durante la guerra, de respetar la paz durante cincuenta años y devolver todos los prisioneros. Para ambas partes la guerra había sido inútil, porque no alteró la situación esencial en beneficio de uno de los dos. Los espartanos no habían asestado un golpe mortal a Atenas, incluso los sensacionales triunfos de Brásidas carecían de importancia. Esparta no podía derrotar a Atenas hasta que no la venciese en el mar. Para Atenas era evidente que su ejército terrestre no era capaz de ninguna campaña prolongada o extendida, y que en tierra era inferior no sólo a Esparta, sino a los beocios. Los temores por la lealtad de los aliados no estaban tan justificados como muchos habían prevenido. La única sublevación seria era la de Lesbos, y se sofocó sin un esfuerzo excesivamente prolongado. Aunque algunas ciudades se uniesen a Brásidas por decisión propia, era más probablemente por prudencia que por odio a Atenas, y después de la paz volvieron a sus viejas alianzas. La guerra demostró que el peligro de los aliados era mucho menos la deslealtad que la lucha civil entre ricos y pobres, acentuada por el apoyo ateniense a los pobres. (El Viejo Oligarca, a quien desagrada su política, puede no hallarse lejos de la verdad cuando dice que los atenienses odian a los aristócratas, y «esto es el motivo de que priven de sus derechos a los aristócratas, les quiten su dinero, los destierren y los maten»)[13]. Después de la muerte de Pericles, sus sucesores, a veces, se alejaron de su política, y cuando lo hicieron, como en Delio, sufrieron la derrota. Fuera de esto, al principio no lo hicieron muy mal. La victoria de Esfacteria fue una victoria efectiva; era totalmente consecuente defender a los aliados contra Brásidas en Tracia. El imperio permanecía más o menos intacto. El insoluble punto muerto mantenido durante la guerra persistió después de ésta. En tanto en cuanto Atenas se conformó con su imperio marítimo y no deseó extender su dominio en el continente, la política de Pericles se adaptaba a sus posibilidades.

La guerra duró demasiado tiempo, en gran parte porque Atenas quería otro triunfo como el de Esfacteria. En vez de ello dio a Esparta la oportunidad de mejorar su situación, lo que ella hizo a través de Brásidas. Al estallar, la guerra no había sido impopular en Atenas y, mientras duró, los atenienses lucharon con un valor admirable y con la pericia adecuada. Pero parece como si en los últimos años hubiese un rela-

jamiento de la disciplina que podría explicar el descuido que permitió a Brasidas penetrar, sin oposición, en Anfípolis. Es más, en esos años había un partido que, aunque no ansioso de dejar en paz al enemigo, juzgaba innecesario acosarlo demasiado. Era capitaneado por el rico Nicias, que gozaba de simpatías generales. Su adversario Cleón prosiguió la guerra con la esperanza irrealizada de ganar más triunfos, y por ello murió en la batalla, en lo que pueden no haber sido circunstancias particularmente gloriosas. Su espíritu belicoso le hizo ganarse muchos enemigos, entre otros, Tucídides y Aristófanes, pero seguía teniendo un importante séquito. Aunque Aristófanes escribió cinco de sus comedias conservadas durante la guerra, no hemos de interpretar demasiado literalmente sus ataques a ella. Por supuesto, no le agradaba, denunció sus privaciones, sus generales fanfarrones, sus mezquinos delatores y la brutalidad de Cleón, pero escribe para hacer reír, y no podemos, por lo tanto, deducir que todas sus afirmaciones fuesen en serio, y aún menos que fuese una especie de pacifista. Sus sarcásticos comentarios sobre la guerra y sus fastuosos sueños de paz y abundancia, después de ella, son los comentarios y sueños normales de todos los soldados que superan el horror de su sombrío y peligroso presente, denunciando a políticos y generales y complaciéndose en ricas fantasías de sibaritismo cuando estén desmovilizados. Aristófanes estaba mucho más cerca de Nicias que de Cleón, y cuando llegó la paz la celebró con la obra que lleva este nombre. Sin embargo, aunque no debemos empeñarnos en tomar todo al pie de la letra, insinúa que la guerra siempre ha sido infructuosa, y confía en que haya terminado para siempre. Estos eran sus puntos casi desde el principio, incluso cuando Eurípides brillaba con bello patriotismo. Posteriormente, cuando Eurípides consideró las cosas más agriamente, Aristófanes seguía riéndose de ellas, pero las bromas eran, en ocasiones, mortales. Lo malo de la guerra fue que dejó las cosas no como estaban, sino peor. Ambos bandos habían gastado vidas, dinero y esfuerzos, y no tenían nada importante que mostrar a cambio. La causa de esto provenía de que el equilibrio de poder era tal que ningún lado podía derrotar al otro. Hasta que este equilibrio no se rompiese, Grecia seguiría como antes, pero los dos bandos en los que estaba dividida se contemplarían con un recelo y un odio no disminuidos.

En nuestra afición por lo que «podía haber sido» podemos

perfectamente desear la unión con Atenas de Grecia. Tampoco es esto meramente un deseo de precisión. Es porque Atenas era la más creadora de todas las ciudades griegas, por lo que lamentamos que no lograse compartir sus dotes con ella. Ella, que era la «Hélade de la Hélade», no realizó la plenitud de sus posibilidades a causa de una incompatibilidad de temperamento con Esparta. Una Grecia unida bajo la dirección ateniense habría acrecentado el esplendor normal del helenismo. Para su plena realización era indispensable la elevada moral de la época de Pericles, y aunque en los últimos siglos Atenas fue, indiscutiblemente, el centro intelectual y artístico de Grecia, nunca recuperó el entusiasmo primitivo que la sostuvo en los años abarrotados del siglo v. La larga guerra con Esparta la había puesto tan espantosamente a prueba que perdió algo para siempre, y el resto de Grecia compartió su pérdida. Aunque fueron grandes los logros griegos en los siglos sucesivos, sobre todo en filosofía, matemáticas y ciencia, no estaban extendidos sobre un amplio campo y carecían del alcance y fuerza del siglo v. La existencia de una división permanente entre dos bloques de estados griegos y el fracaso de ambos bloques para poner fin a esta situación pueden perfectamente haber sido decisivos en la decadencia política del mundo griego. Tampoco las conquistas de Alejandro y el largo período de monarquías semigriegas que él inauguró compensaron el fracaso de los griegos a hacer una unidad de sí mismos. Durante un corto espacio de tiempo, en el siglo v, pareció como si fuese posible. Pericles puede, incluso, haber acariciado esta esperanza cuando estalló la guerra en 458; y también haber alimentado esperanzas moderadas de cierto tipo de predominio ateniense cuando la guerra volvió a estallar en 431, pero por entonces había aprendido algunas duras lecciones y se conformaba con planificar una honrosa supervivencia con la esperanza de que llevaría a algo más. Las divisiones entre los estados griegos y el fracaso de cualquiera de ellos por establecer una hegemonía durable sobre el resto debilitó a Grecia, primero, contra Filipo y Alejandro; luego, aún más desastrosamente, contra Roma. Es tal vez irónico que Roma, en su día más débil que Atenas, no obstante, triunfase en lo que Grecia había fracasado, construyendo un imperio universal que salvaguardó la paz romana.

# 11. Consecuencias y conclusiones

La paz de Nicias, que Aristófanes había saludado calurosamente, nunca se cumplió totalmente. Aunque Esparta deseaba la paz y la necesitaba para lograr dominar a sus levantiscos aliados, los aliados mismos sintieron que les habían traicionado y se negaron a observar las cláusulas que los concernían. Los calcidios no querían renunciar a Anfípolis, y esto estimuló a los atenienses a seguir dominando a Pilos y Citera. La situación en el Peloponeso era peor para Esparta, porque su larga paz con Argos estaba terminándose y existía el peligro de que pronto tuviese un enemigo en su frontera noreste. Por el momento parecía como si la estrategia de Pericles hubiese, después de todo, triunfado, como si Esparta hubiese sido suficientemente debilitada como para perder parte de su dominio sobre sus aliados y así estar incapacitada para reanudar la ofensiva. Estaba, seguramente, inquieta, y los atenienses moderados, como Nicias, podían concluir razonablemente que cuando los diversos puntos en litigio en el tratado de paz hubiesen sido resueltos Atenas y Esparta podrían sentarse amigablemente en una Grecia abatida por un exceso de guerra.

Nada semejante sucedió. En Atenas el partido de Nicias fue vencido por los imperialistas demócratas, capitaneados,

primero, por Hipérbolo, que estaba hecho de la misma madera que Cleón. De mayor relieve era el joven Alcibíades, pupilo de Pericles y miembro de su clan. Apuesto, rico, extravagante, listo y capaz, Alcibíades pareció durante mucho tiempo el heredero de Pericles enviado del cielo, que podía resucitar su manera de liderazgo con un entusiasmo renovado y una imaginación fresca. Alcibíades tenía, por supuesto, algunas cualidades notables. La elevada confianza que Pericles fomentaba en los atenienses se adaptaba al modo de ser de Alcibíades. Había luchado en Delio y entendió el arte de la guerra como tal vez ningún otro ateniense de su época. Era un orador extraordinariamente brillante en la Asamblea y capaz de hacerle aceptar sus propuestas. Más equívoca era su relación con los sofistas y su enseñanza. Era amigo de Sócrates y lo admiraba extraordinariamente, pero no compartía su respeto por las leyes o su integridad moral. En la práctica, Alcibíades se asemejaba a esos jóvenes de Platón que discutían para su interés propio y se interesaban más por sí mismos que por su país. Despertaba admiración y asombro, pero no confianza. Aunque poseía muchas de las cualidades que hicieron a Atenas grande, tenía otras que podían llevarla a la ruina. En 420, en medio de la desilusión general causada por el fracaso de la paz, fue elegido general, sin duda porque prometió lograr que se hiciese algo, romper el punto muerto que la paz había ratificado como condición normal de las potencias griegas y planear una política por la que Atenas pudiese regirse más plena y gloriosamente de como lo había hecho en los últimos años de la guerra.

Alcibíades creía que Esparta podía ser derrotada, y decidió que esto era posible y ni siquiera muy difícil si se le oponía una fuerza suficiente. En 418 pensó que obtendría lo que quería, no por medio de una gran concentración de armas atenienses, sino mediante la adquisición de aliados en el Peloponeso, especialmente Argos, cuya paz con Esparta estaba ahora a punto de terminar. Esparta vio el peligro y envió un ejército al mando del rey Agis a la Argólide. Pero en uno de los extraños tiovivos de la historia griega, los dos generales, con el feroz descontento de sus tropas, hicieron una tregua de cuatro meses. Poco después se presentó Alcibíades en Argos con una embajada. Persuadió a los argivos de que rompiesen la tregua y reanudasen la guerra con cierta ayuda ateniense. Pero las cosas no salieron como él planeaba. En la batalla de Mantinea, en 418, los espartanos alcanzaron una resonante

victoria, más completa que ninguna de las ganadas por cualquiera de los dos bandos en la guerra precedente y plenamente merecida por su estricta disciplina y espíritu luchador. Tucídides describe un pequeño pero característico detalle de la batalla:

> Los espartanos se acercaron despacio y al son de muchos flautistas. Esta costumbre suya nada tiene que ver con la religión; está destinada a hacerles llevar el paso y avanzar firmemente sin romper las filas, como los ejércitos numerosos hacen a menudo cuando están a punto de entablar batalla[1].

El adiestramiento espartano triunfó. Aunque en el ala izquierda espartana los mantineanos fueron derrotados, el resto de la línea resistió, y el contingente ateniense habría sido cercado si Agis no hubiese sido distraído por tener que enviar ayuda a su ala izquierda. Esparta, cuya reputación se había hundido, estaba rehabilitada, y Argos cambió su amistad con Atenas por su amistad con Esparta. El poderío espartano en el Peloponeso estaba restaurado, y los intentos atenienses de desbaratarlo en tierra habían mostrado de nuevo ser inútiles.

Alcibíades había acarreado a Atenas una seria contrariedad. Era cierto que, como alardeaba, había construido una coalición contra Esparta. Pero no era lo suficientemente fuerte como para derrotarla. Cuando declaró que Atenas, pareciendo estar desgastada por la guerra, había afirmado su fortaleza, era falso; porque ni por la diplomacia ni en el campo de batalla había obtenido ningún triunfo. Cualquiera que hubiese pensado que era igual a Esparta sabría ahora que no lo era. La consecuencia era inevitable. Atenas no hizo intentos posteriores para entrar en combate con Esparta en el continente o disminuir su influencia seduciendo a sus aliados. En este punto la precaución de Pericles mostraba ser acertada.

Si se excluía el continente, podía hallarse una opción en Sicilia y en el sur de Italia, y Alcibíades ahora defendía esto. Habría sido más prudente para Atenas no hacer nada y dejar que se recuperasen sus hombres y finanzas. Pero esto no atraía a Alcibíades o incluso al ateniense medio, que sentía que sus esfuerzos habían sido insuficientemente recompensados y que con nuevos empeños podía asegurarse prodigiosos beneficios. Pericles había aprobado el uso del poder marítimo para extender el dominio de Atenas, lo que Alcibíades ahora defendía. Pero Atenas ahora estaba desviando su atención de Es-

parta hacia metas más inciertas y más vastas. No cabe duda de que se creía que si hacía grandes conquistas en el Oeste sería lo suficientemente fuerte como para derrotar a Esparta sin dificultad. Entretanto Esparta, algo imprevisoramente, se dejaba a la buena de Dios. Alcibíades tenía una elevada visión de la conquista de Siracusa por Atenas y la fundación de un nuevo imperio en el Oeste que conquistaría a Cartago y dominaría los mares sicilianos desde su fuerte avanzada en Africa. Arrastró de su parte a los atenienses y fueron aprobados amplios preparativos. La armada zarpó con el mayor optimismo en 415; a principios del otoño de 413 toda la expedición, tanto hombres como barcos, era aniquilada por los siracusanos en Sicilia. Era el final de la expansión ateniense y la histórica conclusión de la misión imperial de Atenas. La continuó durante casi diez años, pero no pudo lanzar nuevas ofensivas a escala importante.

La campaña ateniense en Sicilia es relatada en todos sus desastrosos fracasos por Tucídides, quien emite un veredicto sobre ella:

> En este caso, el yerro no era tanto un error de juicio con respecto a la oposición que se pensaba encontrar, como un fracaso por parte de los que estaban en la patria para dar ayuda apropiada a sus fuerzas de ultramar[2].

En su opinión, los políticos de Atenas entorpecían el pleno desarrollo de la guerra. Sin embargo, al principio equiparon la expedición muy abundantemente, y más tarde enviaron hombres y dinero en grandes proporciones. No cabe duda de que tiene razón al pensar que el plan era practicable, aunque retrospectivamente podemos ver la magnitud de su fracaso. En ciertos aspectos repite lo que sucedió en Egipto en 454, cuando grandes refuerzos llegaron demasiado tarde y fueron destruidos poco después de su llegada. La expedición de Sicilia, como la británica a los Dardanelos en 1915, se había concebido con jactanciosas esperanzas, que parecen haber sido frustradas por un maléfico destino. Nicias, que rebatió el proyecto en la Asamblea, fue elegido general y todo el tiempo se mostró desastrosamente vacilante e incompetente. De sus dos colegas, Alcibíades fue depuesto casi inmediatamente por una acusación de irreverencia sin relación con la guerra, y el capaz general Lamacho resultó muerto en la primera pelea. Alcibíades desertó a Esparta y dio excelentes consejos sobre cómo derrotar a los atenienses. Atenas había sido engañada

al principio acerca del estado de cosas en Sicilia, dando a los siracusanos un tiempo invalorable para fortalecer sus defensas. La armada se deterioraba, mientras permanecía varada en el puerto de Siracusa, y al final estaban tan desmoralizados que los siracusanos los engañaron con ardides muy sencillos. Nada salió bien, y en las últimas semanas la moral de las fuerzas atenienses se hundió en una decadencia fatalmente baja. Atenas fracasó en Siracusa, no porque la tarea sobrepasase sus posibilidades, sino porque cometió demasiados errores.

El fracaso de los atenienses en Sicilia ha sido a menudo atribuido a su sistema democrático de gobierno, y esto halla cierto apoyo en Tucídides. Es una explicación fácil, pero fuera de la destitución de Alcibíades no es definitiva, ni siquiera acertada. La democracia griega podía cometer equivocaciones como cualquier otro gobierno, pero igualmente tenía grandes aciertos, como ocurrió en Atenas durante cincuenta años. No era la democracia como tal lo que fracasó, sino ciertos programas políticos y determinadas personalidades. La Asamblea estaba, por supuesto, muy influenciada por figuras destacadas a las que sería fácil atacar de demagogos, pero que, de hecho, habían sido elegidos generales. Alcibíades defendió la expedición, Nicias la atacó y ambos fueron elegidos para el mando supremo. Esto no se hizo frívolamente. Hasta aquí Nicias había sido afortunado en la guerra, y su muy alabada cautela y moderación fueron consideradas muy útiles en contraste con la testaruda obstinación de Alcibíades. Era difícil prever que Nicias padecería una enfermedad de riñón que arruinaría sus dotes de mando. No menos serio fue el comportamiento popular con respecto a Alcibíades, que primero fue aclamado como general y luego emplazado en Atenas bajo un cargo de irreverencia en relación con la mutilación de estatuas de Hermes. Mientras unos atenienses creían en Alcibíades, otros lo odiaban y deseaban quitarlo de en medio. Un estallido de comportamiento irreligioso proporcionó el pretexto, pero el hecho de que se concediese a esto tanta importancia no es específico de un régimen democrático; podía haber ocurrido igualmente en una oligarquía. Sin duda, si Pericles hubiese vivido habría intentado contener el histerismo popular contra Alcibíades, pero esto no supone que lo hubiese conseguido. Ninguna de las equivocaciones en la expedición de Siracusa era un fallo peculiar de la democracia. Eran más bien los fallos de una sociedad que durante

mucho tiempo se había esforzado hasta el máximo, y ahora, al emprender de nuevo una enorme tarea, carecía del número suficiente de hombres preparados.

Atenas era también un imperio, y esto es muy significativo para sus ambiciones en Sicilia. Atenas estaba ya tan acostumbrada a la expansión y a la adquisición de dominio que no podía detenerse. No había tenido ninguna disputa reciente con Siracusa; la atacó únicamente porque era rica y estaba muy bien situada para nuevas expansiones. El que un estado atacase a otro así a sangre fría puede haber causado remordimientos entre algunos griegos, pero sucedía tan a menudo entre ellos como entre nosotros. Es notable que Tucídides no diga nada acerca de esto y se limite a considerar que el plan era viable. Siracusa era una rica presa y Atenas ni siquiera presentó la excusa de que quería hacerle pagar tributo. No buscó alianza, sino conquista. Los siracusanos no se hicieron ilusiones en este punto y vieron desde el principio cuáles eran las intenciones de Atenas. Atenas había perdido su moderación. En tales circunstancias los siracusanos no podían pensar en llegar a un acuerdo o ceder a ninguna demanda. Tucídides hace a su jefe, Hermócrates, desenmascarar los planes atenienses y decir a la gente de Camarina:

> El hecho es que así como ganaron un imperio en la Hélade, así están intentando ganar otro aquí y exactamente por los mismos métodos [3].

Atenas no ofrecía a Siracusa otra cosa que la esclavitud, y esto muestra cómo sus ambiciones imperiales se habían endurecido y se habían hecho más despiadadas. No existía el pretexto de unirse para luchar contra un enemigo común, aunque Cartago no se hallaba demasiado lejos y podía muy bien haber sido invocada como un posible peligro en un futuro próximo. Los siracusanos odiaban a los atenienses por intentar esclavizarlos, y sobre esta cuestión no había división entre las clases. Es por lo que cuando los atenienses se retiraron de Siracusa y fueron derrotados en el río Asinario no hubo clemencia, y los generales Nicias y Demóstenes fueron brutalmente asesinados. Si la democracia bajo la tutela ateniense no tenía atractivo para los siracusanos, el imperialismo ateniense suscitaba un odio virulento, y pusieron en acción todos los recursos para derrotarlos. Atenas se había convertido en una gran potencia con el establecimiento de la democracia; al final fue arruinada por el odio que su deseo de dominación le

acarreó. Se mantuvo hasta 404, e incluso entonces su caída fue casi accidental, porque la flota fue destrozada cuando las tripulaciones se hallaban fuera, saqueando. Sin su flota tenía que morir de hambre o rendirse, y decidió rendirse. Su grandeza duró tanto como su flota, y cuando esto ocurrió ya nada podía hacer.

Atenas tenía motivos para pensar que la rendición le traería una venganza terriblemente cruel, pero, de hecho, Esparta les impuso penas menos duras de lo que muchos debían de haber esperado. Su más cruel acción fue establecer un gobierno de treinta tiranos, que cometió todo tipo de atropellos y desafió toda sanción, pero pronto fue revocado y expulsado a pesar de Esparta. En el siglo IV Atenas sobrevivió con numerosos cambios, pero al menos sobrevivió. Incluso restauró algunas partes de su imperio y mostró que había aprendido de sus errores pasados a no imponer su voluntad demasiado crudamente sobre sus aliados. Pero la rendición de 404 fue el sepelio del ideal ateniense. Había empezado a marchitarse antes, y tal vez no volviese a ser el mismo después de los desengaños de la paz de Nicias. Sin embargo, de 421 a 404, el sistema de Pericles permaneció más o menos intacto, y Atenas impidió que se desintegrase. Los hombres luchaban por su ciudad con el mismo ardor y el mismo vigor que se manifestaban en las artes y en las letras. Pero hacia 404 la concepción de Atenas como una potencia directora en Grecia, basada en la democracia y guiada por su genio innato, había sobrevivido. La suntuosa vitalidad que había inspirado tantos elementos en la vida ateniense estaba muy desvirtualizada, y ya no estaba unida por un único ideal vivificador. Un gran capítulo se había cerrado, porque el prodigioso derroche de temple que había sostenido a Atenas durante casi un siglo no podía ser mantenido en circunstancias que estaban, tanto material como espiritualmente, empobrecidas. En lugar de *amplios intentos de crear un estado* plenamente satisfactorio de la ciudad real, Platón desvió los esfuerzos a descubrir por medio de un agudo pensamiento lo que una ciudad ideal debía ser. Tenía que combinar una juiciosa selección de virtudes espartanas y atenienses, y no es sorprendente que nunca se llevase a la práctica. El prodigioso experimento ateniense llegaba a su fin, pero esto no significaba que hubiese fracasado. Lo que contaba era lo que Atenas hizo en los años de su orgulloso predominio, y es por esto por lo que debería ser juzgada.

En el discurso que Tucídides atribuye a Pericles en la Asamblea en el último año de su vida, Pericles intenta endurecer la resistencia a Esparta proclamando que sus compatriotas han ganado:

el mayor poder que nunca existió en la historia, un poder tal que será recordado siempre por la posteridad[4].

Es una declaración enérgica y a primera vista no plenamente justificada. Incluso si Pericles no mira más allá del mundo griego y pasa por alto no sólo Persia sino el imperio de Cartago, que crece rápidamente, sus palabras no reflejan toda la verdad de Atenas. Había tenido sus grandes triunfos en las guerras médicas y aún se recordaban Maratón y Salamina. Pero incluso esas victorias no eran mayores que la de Esparta en Platea. En los años centrales del siglo v Atenas había ciertamente desplegado poder a una escala formidable, cuando sometió a Egina, Eubea y partes de Chipre y sostuvo un imperio terrestre en Beocia y Mégara. Pero perdió su imperio terrestre; entregó Chipre a Persia, y Eubea era, después de todo, un aliado voluntario que se había sublevado. Sus intentos de fundar un imperio fuera de las aguas griegas fracasó catastróficamente en Egipto, como después iba a fracasar en Sicilia. Si la grandeza de una potencia política ha de ser juzgada por sus éxitos militares, Atenas no era evidentemente muy superior a otros estados griegos. Pero no cabe duda de que Pericles quiere decir algo más que eso, y si juzga el poder por el temor y queja que despierta, tiene parte de razón, porque durante la mayor parte del siglo v Atenas era temida por una gran parte de Grecia. Pericles habla en un momento anterior al comienzo de la decadencia ateniense y se hace eco, del lado ateniense, de lo que el lado espartano diría con hostilidad. Está orgulloso de que se tema a los atenienses y desea que se den cuenta de lo importante que es.

Pericles buscó el poder ateniense como algo intrínsecamente deseable y una prueba innegable de la valía de su país. En las agudas rivalidades de las ciudades-estados griegas, tales ambiciones eran inevitables y el reconocimiento de sus exigencias necesario para sobrevivir. El interés de su política radica en sus consecuencias incidentales, en las ideas que fomentó y sus resultados prácticos. En la Atenas de Pericles no podemos disociar la potencia ateniense de toda la cuestión de unir a Grecia bajo una única autoridad. Esto no sig-

nificaba necesariamente la tiranía de un único estado, ya que cierto tipo de confederación sería posible, y preferible a las rivalidades existentes. Creando un imperio, Atenas aportó su contribución a una solución de este problema. No triunfó porque, incluso en su cumbre, el imperio ateniense, basado en gran parte en el poder marítimo, no podía vencer a la liga espartana, basada en gran parte en el poderío terrestre. No sabemos hasta qué punto Pericles pensó que podía derrotar a Esparta tan contundentemente como para obligarla a entregar gran parte de su poder a Atenas. No era imposible que sucediese pero tampoco probable. Por supuesto, puede que Esparta, con menos poder, hubiese estado más dispuesta a cooperar con Atenas y esto habría sido, hasta cierto punto, un paso adelante hacia una Grecia unida. Puede que Pericles pensase en tales resultados, pero incluso entonces los estimaría principalmente por el honor que reportaría a Atenas. Su creencia en la gloria era el centro de su sistema y de esto se seguían importantes consecuencias.

La concepción de Pericles de la gloria abarcaba tanto a la ciudad como a sus ciudadanos. La fuerza especial del modo de vida ateniense bajo su liderazgo consistía en que aplicaba el viejo sentido griego del honor en una nueva dirección. Un hombre vivía continuamente para su propia dignidad y hallaba en ello un código más exigente que la mayoría de los códigos de moralidad, pero también se identificaba con su ciudad y su honor con el suyo. El heroico Aquiles vivió para sí mismo sólo, por su propia gloria y dignidad, pero el hombre de Pericles creía que debía mantener su nivel personal para ganar honor para su ciudad. Inevitablemente, pero no exclusivamente, se lograba por la guerra, porque la guerra era el medio más decisivo por el que una ciudad podía mostrar su superioridad frente a las otras. Pericles tuvo otras pretensiones para la superioridad de Atenas y era consciente de que podía y debía jactarse de más cosas que el éxito en la guerra, pero éste era, no obstante, fundamental porque de él dependían otros tipos de éxitos. Al hacer creer a los atenienses en su ciudad, Pericles les hizo creer en sí mismos. Explicó por qué tenían razón al hacerlo y, al basarlo en la fuerza y poder de Atenas, tenía motivos para ello. Porque sin la seguridad garantizada por su supremacía militar y naval y sin la confianza en sí misma engendrada por éxitos sobre otros estados, Atenas no podría haber sostenido la elevada moral que inspiraba su bienestar, aunque, de hecho, esto no

hubiese sido incompatible con un trato más generoso de los aliados.

Su inigualada confianza en sí misma había empezado con el establecimiento de la democracia por Clístenes. Sin duda, debía algo a la liberación de los tiranos, que en sus últimos años habían dejado de ser benéficos autócratas y asumieron los duros métodos de los déspotas. Pero se acentuó considerablemente al percatarse la plebe ateniense que ahora tenía los mismos derechos políticos que sus antiguos dueños y podían imponer su política. En la exuberancia de su euforia atacaron a sus vecinos y extendieron los territorios atenienses en parte porque ésta era su respuesta instintiva a la liberación, en parte porque sus adversarios apoyaban sistemas oligárquicos de gobierno que mantenían en sujeción al populacho. Esta nueva confianza en sí mismo era en gran parte responsable de la victoria de Maratón y fue reforzada y sostenida por ella. Persistió a lo largo de los primeros años de la liga con sus arrogantes victorias sobre los persas. Los atenienses creían en su propio valor y esto los hacía adversarios poderosos. Pero también tenían adversarios en el interior. El nuevo espíritu que la democracia daba a Atenas no era probable que permaneciese ocioso, dejando de reclamar más poder para el pueblo. Cuando esto se puso en marcha, sorprendió a los ricos establecidos, quienes pensaron que ya se había hecho bastante por el pueblo y que sus poderes debían ser refrenados. Fue este conflicto lo que dio a Pericles su oportunidad cuando subió al poder y renovó sus planes de acción, desacreditados con la caída de Temístocles. La marca de la auténtica era de Pericles es la enorme energía que Atenas desplegó en todos los aspectos de la vida, y esto era la consecuencia directa de su sistema democrático que alentaba a todos a sacar el mayor partido de sus oportunidades. Actualmente no se les imponía desde arriba sus esfuerzos, sino que se les exhortaba y aprobaba. Así respondía la Atenas democrática a los ideales que se le presentaban.

Para las generaciones posteriores y, por supuesto, para ellos mismos, tal vez el rasgo más sorprendente de la Atenas de Pericles es su estimulada confianza con la que emprendió muchas clases de actividades. Todos los empeños de sus ciudadanos parecen haber sido ejecutados hasta el máximo de sus capacidades, y aunque puede, en ocasiones, haber producido obras inferiores, los restos de sus artes plásticas sugieren que no era corriente. Es cierto que su cerámica pin-

tada que, a principio de siglo, era, a menudo, obra de grandes maestros, pierde algo de su distinción conforme avanza el siglo, pero puede deberse sencillamente al exceso de producción. Es también verdad que tanto la escultura como la arquitectura en el último cuarto del siglo se hicieron menos grandes y más graciosas, pero nada perdieron de su perfección u originalidad. Tales cambios en las artes plásticas son naturales. Un arte maduro, que tiene que modificar su estilo para no decaer, se hace con gran facilidad más sutil y menos noble al abandonar sus grandes logros para explorar nuevas complejidades. Si aplicamos pruebas semejantes a la política, es evidente que la democracia ateniense se mantuvo en marcha por el ardiente entusiasmo de los demócratas atenienses. Sus adversarios no hicieron serias irrupciones hasta casi el final e incluso entonces fracasaron. Lejos de sentirse fastidiados por las tareas legales o administrativas, los atenienses disfrutaban con ellas y veían en ellas la salvaguardia de sus libertades. Lo mismo sucedía con la asistencia a la Asamblea. También podía haberse hecho cansado y el público podía haber dejado las decisiones a unos pocos profesionales que disfrutaban de este tipo de cosas. Pero nada semejante ocurrió. Se asistía en pleno a los debates en la Asamblea hasta el final y los cuestiones serias se discutían seriamente. Era fácil para las generaciones posteriores denigrar la influencia de los demagogos, pero esto sólo significaba que los asuntos se trataban con apasionado interés; y si se presentaban malos argumentos, no siempre prevalecían; de lo contrario, Atenas habría caído mucho antes de lo que cayó. El primero y más sorprendente rasgo de Atenas en el siglo v es el entusiasmo y ardor con el que se dedicaban a las actividades públicas. Era el resultado de su elevada confianza, la cual, a su vez, era el resultado de una democracia consciente y vehemente.

El ideal humano ateniense no se alcanzó sin una considerable lucha y costo. Al hacer a la democracia digna de sus pretensiones, la clase aristocrática tenía que quedar reducida en riqueza y poder. El Viejo Oligarca lo lamenta, pero lo mira como una política natural para los demócratas, tanto en Atenas como en ciudades aliadas. Pero en este caso Pericles no fue muy lejos, y es notable que en esos años Atenas no estuviese sacudida por disputas sangrientas entre los ricos y los pobres como asolaron a Corcira. A la larga, Atenas salió ganando, porque los demócratas absorbieron muchos

de los gustos y maneras de los aristócratas y templaron su jactanciosa estimación propia con cierta responsabilidad y refinamiento. Atenas, por supuesto, tenía sus divisiones políticas y los aristócratas, como Tucídides, el hijo de Melesias, estaban dispuestos a mantenerse en la persecución de sus metas, pero rara vez a llegar a verdaderas matanzas. La democracia creció a pesar de la peligrosa oposición. Nunca estaba enteramente a salvo sino que tenía que estar alerta contra intentos de desbancarla. Esto supuso que los atenienses debiesen, en último término, luchar por ella y éste era el tema capital en sus luchas contra Esparta y contra sus protegidos oligárquicos como Corinto. El respeto de sí mismos que la democracia trajo a Atenas supuso que todo hombre se viese como un campeón y estuviese contento de demostrar su hombría en el campo de batalla. Sin duda, ganó por medio de la adquisición de tierras, de la apertura de nuevos mares a sus barcos, por el embellecimiento de su ciudad a costa de los aliados. Pero esto era sólo parte de la historia. Igualmente importante era la creencia de que el triunfo en la batalla o una derrota gloriosa en ella era un fin en sí mismo e indisolublemente vinculado a la dignidad personal. La gloria que Atenas ganaba con estos triunfos era compartida por todos sus ciudadanos. De ello sacaron sólidos provechos y un enriquecimiento de su experiencia. La democracia ateniense se sometió a prueba al principio de la guerra y se equilibró mediante la guerra durante toda su carrera. Los atenienses se ajustaban a la regla de que si el pueblo realmente cree en algo, estará dispuesto a luchar por ello. Puesto que creían en su manera de vivir y sus ventajas, estaban dispuestos a luchar no simplemente para conservarlo sino también para hacerlo extensible a toda la Hélade. Es inútil decir que creían en ello muy firmemente; porque sin esta creencia nada habrían hecho.

Ningún griego condenaría una guerra como ésta, y la mayoría de ellos pensarían que las guerras mantenidas en defensa de sus propios países eran justas. Las proezas personales en la batalla eran muy estimadas porque requerían la fuerza de los miembros, la presteza de ojo, la rapidez de decisión e indiferencia al peligro. El combate en la batalla requería el esfuerzo del hombre completo. Se asemejaba a una prueba atlética, pero se luchaba por metas mucho más elevadas y proporcionaba una animación aún más atrayente. La guerra, al no estar mecanizada, daba a cada hombre la posibilidad

de probarse a sí mismo ante los ojos de sus compañeros y del enemigo. No era cuestión de manejar armas invisibles a largas distancias. Es más, la guerra jugó un amplio papel en el desarrollo de pequeñas unidades de gobierno en otras más grandes. La confederación ateniense había nacido del temor a un ataque persa; la liga espartana se imponía a sus miembros mediante acciones belicosas o amenazas de ellas por Esparta. La más pequeña unidad era absorbida por la más amplia, y la pena es que ésta no se fundiese en algo más grande aún. Los males de la guerra fueron reconocidos y a menudo deplorados, pero se consideraban un elemento ineludible en la vida humana y muy preferible a la deshonrosa inactividad o a la rendición. Se distinguió entre guerras justas e injustas, y generalmente cada parte estaba convencida de que su causa era justa, mientras que la de sus antagonistas no lo era. La distinción puede haber sido útil, influenciando a la opinión pública fuera de los estados beligerantes, pero probablemente poco hizo para evitar que persiguiesen su propia conveniencia. La mayoría de los estados, y por supuesto también Atenas, creyeron que, una vez que estaban en guerra, era obligación de sus ciudadanos defenderlos. Lo que contaba era su prontitud para hacerlo. Una ciudad con el renombre de estar presta a defender sus derechos por las armas obtenía lo que quería más eficazmente que una que rehuía poner a prueba sus decisiones. Pericles sabía que Atenas, con su repugnancia a someterse a ninguna afrenta o desaire, actuaba como debía hacerlo una ciudad orgullosa. Era un signo del espíritu que la mantenía en acción e inspiraba todas sus actividades.

Esto no significa que la guerra estuviese regulada por regulaciones internacionales o incluso por el decoro o moderación. Conforme la guerra del Peloponeso continuó, incitó progresivamente horrorosas atrocidades. El miedo provocó la furia y la matanza. Incluso al empezar, los espartanos mataron a todos los comerciantes extranjeros encontrados en su territorio. Cuando en 428 Mitilene se sublevó contra Atenas, la Asamblea, impulsada a una venganza violenta por Cleón, decidió matar a toda la población masculina y esclavizar a las mujeres y niños. Era el castigo más cruel, con mucho, que Atenas había impuesto hasta aquí a un aliado rebelde, y estaba en gran parte dictado por el temor a que otros aliados se sublevasen si Atenas no los disuadía por medio de un ejemplo sanguinario. Sin embargo, esto parecía excesivo a

algunos atenienses y al día siguiente se revocó la decisión, no por motivos humanitarios sino porque era improcedente. Se envió un barco a toda prisa a los generales atenienses en Mitilene, y en vez de toda la población masculina, mil prisioneros, considerados los líderes de la sublevación, fueron ejecutados. Cosas peores vendrían después. En 427, la pequeña ciudad de Platea, tras resistir a un largo sitio de los espartanos, se rindió. Impulsados por los tebanos, los espartanos mataron a todos los plateanos que no habían ayudado a Esparta o a sus aliados. En 423 Escione, que se había sublevado como Mitilene, fue tratada como Mitilene estuvo a punto de ser tratada, matando a los hombres y haciendo esclavas a las mujeres. Esto también fue defendido por Cleón, quien repitió la segunda parte de la fórmula cuando, en 422, Torone, que se había pasado a Brásidas, volvió a Atenas. En el invierno de 416-415, los atenienses, habiendo capturado la isla neutral de Melos por razones meramente estratégicas, infligió la misma pena a sus habitantes, que eran inocentes de sublevación o traición. La circunstancia horrorizó a Eurípides, quien en la primavera siguiente hizo del trato a los conquistados en la guerra el tema principal de las *Troyanas*. En el otoño de 413, a los atenienses que se rindieron en Siracusa les mataron o bien en el acto o lentamente a través de horribles condiciones de cautiverio en canteras de piedra, excepto unos pocos que lograron ciertas mitigaciones por ser capaces de recitar a Eurípides a sus conquistadores. Una atrocidad engendra otra, y a medida que cada bando se sentía menos seguro de sí mismo y de sus posibilidades de victoria, extendía el alcance de su crueldad. La guerra se hizo tan temible para los civiles como para los soldados, tal vez incluso más ya que se convirtió en una cuestión política exterminar a toda la población masculina.

Esta decadencia en el comportamiento civilizado no pasó desapercibida, y aunque la mayoría de los atenienses lo aceptaron como necesario para su supervivencia, algunos, al menos, se asquearon de él, especialmente Eurípides, quien perdió su amor por Atenas y la abandonó para pasar sus últimos años en Macedonia. Este cambio de conducta fue un tremendo fallo en una época de grandes logros, pero, pese a todo, no puede ocultar sus grandes realizaciones. La gran gloria de la Atenas de Pericles es haber llevado a su apogeo y compaginado en una sociedad coherente tendencias diversas y poderosas. En un tiempo en que la mayoría de los

estados estaban dominados por afianzadas oligarquías, Atenas creó la democracia pero no descendió a su nivel cultural y gusto. Esta democracia estaba estrechamente unida a fines imperiales que la inspiraban y fortalecían. De este modo, el apogeo ateniense marcó el final de un largo período de experimento y desarrollo en la mayor parte de Grecia. Atenas se abrió paso a través de la barrera que parecía impedir avances ulteriores a otras ciudades. En este proceso Pericles fue a la vez un audaz inventor y un respetuoso tradicionalista. Esta idea de una Atenas heroica tiene sus raíces en los comienzos de la historia griega y en un mundo perdido de reyes-guerreros; su ideal del imperio estaba en parte configurada por el pensamiento científico de su tiempo. Nunca volvió Atenas a alcanzar un grado tan rico de realización, y aunque siguió siendo la principal ciudad de Grecia, había perdido la capacidad de tratar las cuestiones políticas al más elevado nivel. Si se sentía desprovista, otras ciudades se sentían más desprovistas y ninguna de ellas logró ocupar su lugar como «faro de Grecia». Las diversas fuerzas que Pericles reunió en Atenas eran la herencia común de Grecia, pero su título particular era que ella dio un nuevo significado y una nueva vida a muchas cosas que parecían sin importancia. El esfuerzo fue enorme, y lo que Atenas hizo en el siglo v podía perfectamente ser fatal para una sola ciudad, cualquiera que fuese. Sin embargo, aunque perdió la guerra y con ello gran parte de su confianza y entusiasmo creador, siguió teniendo fuerza suficiente en reserva para concluir muchas cosas de valor perdurable. Sobre todo dejó un recuerdo de muchas más cosas que los triunfos militares que Pericles tanto admiraba. En acción y en reflexión sobre la acción, en la búsqueda de la verdad y su representación bajo formas poéticas, dio un ejemplo que apenas si volvió a ser igualado.

La grandeza de Atenas depende en gran parte de su democracia, y así atrajo el servicio pleno y voluntario de sus ciudadanos. La democracia no fue realmente recusada hasta el verano de 411, cuando un consejo de cuatrocientos fue puesto en el poder, pero sobrevivió sólo unas semanas. Incluso en ese momento difícil, los atenienses no deseaban eludir sus responsabilidades o entregar sus decisiones a unos cuantos hombres de supuesta superioridad social. La fuerza de la democracia ateniense era que era verdaderamente democrática. A diferencia de las democracias modernas representativas, el gobierno no estaba en manos de diputados ele-

gidos sino en todo el pueblo, que tenía la última palabra en todas las decisiones de cierta importancia. Esto se ha repetido muy de vez en cuando en la historia, cuando un estado ha sido lo suficientemente pequeño para que todos sus ciudadanos pudiesen encontrarse en un único lugar, como era posible en Atenas. Una democracia directa de este tipo tenía sus fallos. Cuando las decisiones quedan en manos de todo el conjunto de los ciudadanos, es difícil seguir una política consistente, y para los votantes, no ser aturdidos o atemorizados impulsándolos a decisiones precipitadas de las que pronto se arrepienten. Esto sucedió en Atenas con la decisión de matar a todos los mitilaneanos varones, pero, afortunadamente, la Asamblea cambió de opinión. En otros casos no se cambió de opinión y fueron cometidas atrocidades injustificadas. Fueron, generalmente, inspiradas por políticos que sabían que podían enardecer al pueblo jugando con su vanidad o sus temores. Pero la paradoja de la democracia ateniense era que en ocasiones cometía enormes errores, y en conjunto mantenía una política estable.

Conocemos los demagogos que alcanzaron el poder después de Pericles a través de las groseras burlas de Aristófanes y de la aristocrática desaprobación de Tucídides. Pero deben de haber existido hombres mejores que Cleón, cuyos nombres se hayan perdido para nosotros, pero que fueron capaces de observar una política coherente. En cualquier caso, la democracia ateniense cometió menos errores que la oligarquía ateniense, incluso cuando la última lo tenía todo en sus manos.

Teniendo presentes estas consideraciones, no es absurdo preguntarse qué habría sucedido si Pericles hubiese sido derrotado y condenado al ostracismo por su oponente Tucídides, hijo de Melesias. No se estaba muy lejos de ello en 443, pero Pericles volvió las tornas y Tucídides fue condenado a ostracismo en vez de serlo él. Si las opiniones del Viejo Oligarca son características de la oposición ateniense, los aristócratas triunfantes habrían estado encantados de derribar la democracia tanto en Atenas como entre los aliados. En el segundo caso podemos ver, por los acontecimientos de Corcira, cuán duramente trataría cada bando al otro y cuán difícil sería llegar a una conclusión pacífica; en el primer caso cualquier intento de limitar el número de ciudadanos con privilegios políticos habría llevado a la crueldad y al caos. La clase que habría sufrido más sería la que tripulaba la armada,

y sin ella Atenas pronto habría sido reducida al hambre y derrotada. Los vencedores podían perfectamente haberse dirigido a Esparta pidiendo ayuda, pero lo que Esparta habría hecho probablemente puede deducirse de su instalación de treinta tiranos en Atenas tras su rendición en 404. Fue un fracaso total porque todos los atenienses estaban en contra de ellos, y pronto llegaron a términos adecuadamente desastrosos. La democracia era la fuerza inspiradora de Atenas en el siglo V y sin ella nunca podía haber hecho tanto como hizo. Incluso sus escultores y arquitectos no habrían mostrado el pleno nivel de sus posibilidades, ya que los grandes edificios de la Acrópolis nunca se habrían encargado. Tampoco parece probable que ni la tragedia ni la comedia hubiesen alcanzado su especial esplendor. La primera no habría tenido estímulo para suscitar preguntas fundamentales sobre las posibilidades y limitaciones del estado; a la segunda no se le habría permitido mofarse de los exclusivistas caballeros que pretendían gobernar la ciudad. La democracia estaba ahora enraigada en el carácter ateniense, y cuando sistemas diversos fueron elegidos o impuestos, empezaron mal y terminaron peor. En el siglo IV, cuando Atenas empezó a resurgir, prefirió una democracia modificada a un sistema más restrictivo. Podemos dudar de que los admiradores posteriores de la democracia ateniense entendieron lo anómala y distinta de los sistemas posteriores que era, pero su recuerdo pervivió mientras muchas cosas se habían olvidado.

La mayoría de nosotros conocemos a Atenas principalmente por sus obras de arte o su literatura. Aunque sólo una pequeña proporción de éstas han sobrevivido, es suficiente para proyectar un encanto especial y demostrar de un modo concluyente la fuerza del genio ateniense. Si sólo tuviese esto sería recordada y estimada, pero no podrían justificar por sí solos los encomios casi inigualables que rendimos a Atenas. Su atractivo está realzado en gran medida por ser parte de un complejo conjunto, de una sociedad viva en la que jugaron una parte importante, pero en modo alguno preponderante. Casi tan importante como esto es la influencia que Atenas tuvo sobre el pensamiento posterior y sobre la transformación del pensamiento en acción. Aunque distante y diferente la democracia moderna de la de Pericles, existe una verdadera conexión entre ellas. La concepción ateniense de la democracia ha desaparecido para siempre jamás y ha sido sustituida por otras concepciones de gobierno ba-

sadas en supuestos bastante diferentes. Pero ha sido mantenida viva por allegados inesperados, por los filósofos estoicos y los teólogos cristianos, por los pensadores de la Ilustración y los padres fundadores de la república norteamericana. Dondequiera que los hombres hayan pensado seriamente en un gobierno justo, han tenido, en el fondo de sus mentes, reminiscencias, no necesariamente amistosas, del descubrimiento ateniense de que la primera tarea del gobierno es tratar a los hombres como fines en sí mismos. Sanguinarios y bestiales sistemas de los tiempos modernos han hecho de esto el blanco de su odio destructor, y esto muestra cuán fundamental es. Detrás del respeto por el gobierno democrático yace el respeto por el individuo, y ésta es la gran contribución ateniense para el mundo. A menudo ha sido olvidado, a menudo sumergido, nunca ha sido hecha sincera o completamente y no lo era ni siquiera en Atenas. Pero una vez que un ideal semejante ha sido traído a la vida, no puede ser totalmente eliminado. Subsiste en pequeñas cuestiones cuando ha desaparecido en las grandes; se convierte en una cuestión para la religión y la moral cuando la política lo descarta totalmente. Era el centro inspirador de la realización ateniense en sus más vigorosos días y de él procede la inigualable vitalidad y su entusiasmo creador, la creencia de los atenienses en su ciudad y en sí mismos. Cometieron errores; no siempre vieron lo mucho que habían emprendido; la fuerza de los acontecimientos era a menudo demasiado fuerte para ellos, pero incluso cuando reconocemos sus fracasos en humanidad y en prudencia el prodigioso logro permanece no exactamente como Pericles lo imaginó, pero en cierto modo más amplio, más rico y más duradero. Bajo su dirección el ideal del «hombre cabal», anhelado por las generaciones más antiguas, más aristocráticas, permaneció intacto, pero sus elementos se desarrollaron con un nuevo vigor y un nuevo fin. La Atenas de Pericles dio el ejemplo de lo que podía hacerse si las facultades humanas están liberadas de trabas y estimuladas a seguir su particular inclinación. Atenas esperaba que sus hijos trabajasen para ella, pero estaba contenta si este trabajo era algo que ellos elegían por sí mismos y practicaban por afición a él tanto como para el beneficio de su ciudad.

# Cuadro cronológico

A. C. 528. Hipias sucede a su padre, Pisístrato, como tirano de Atenas.

514. Hiparco, hermano de Hipias, es asesinado por Harmodio y Aristogitón.

510. Hipias es expulsado de Atenas por los alcmeónidas con la ayuda espartana.

508. Reformas constitucionales de Clístenes en Atenas.

508-06. Los atenienses desbaratan los intentos espartanos, beocios y calcidios de intervenir en los asuntos atenienses.

499-94. Sublevación de los jonios contra Persia y fracaso subsiguiente.

490. Los persas invaden Grecia y son derrotados por los atenienses en Maratón.

487. Se emplea por vez primera en Grecia el ostracismo.

483-82. Descubrimiento de nuevos filones argentíferos en las minas de Laurion.

482-80. Construcción de la Gran Flota ateniense, a instancias de Temístocles.

480. Atenas amnistía a los ciudadanos condenados a ostracismo.
Agosto: Jerjes entra en Grecia. Batallas de Artemision y de las Termópilas.
Septiembre: batalla de Salamina.

479. El ejército persa es derrotado en Platea y la armada persa en Mícale.

478-76. Son reconstruidas las murallas atenienses.
478. Pausanias, en Chipre y Bizancio.
Formación de la Liga de Delos bajo dirección ateniense.
476-75. Cimón toma Eion.
472. Los *Persas*, de Esquilo, subvencionada por Pericles.
471. Naxos intenta separarse de la Liga, pero se le obliga por la fuerza a regresar a ella.
470. Temístocles, condenado a ostracismo. Marcha a Argos.
469. Victoria de Cimón sobre los persas en el Eurimedón.
466-65. Temístocles es condenado. Huida al noroeste y luego a Persia.
465-63. Es aplastada la sublevación de Tasos contra la Liga.
464. Terremoto en Esparta y rebelión de los mesenios.
?-463. Las *Suplicantes*, de Esquilo.
463-62. Cimón marcha con un ejército a sofocar la sublevación mesenia, pero es rechazado por los espartanos.
Efialtes y Pericles, en el poder en Atenas. Disminución de la autoridad del Areópago.
461. Ostracismo de Cimón.
Asesinato de Efialtes.
460-45. Guerra entre Atenas y Esparta (primera guerra del Peloponeso).
459-54. Expedición ateniense a Egipto, que terminó en desastre.
459. Atenas defiende a Mégara, que ya era su aliado.
459-58. Batallas de Haliaes y Cecrifalea.
458. *Orestíada*, de Esquilo.
Batalla de Egina.
Construcción de las Grandes Murallas desde Atenas al Pireo.
457. Victoria espartana en Tanagra.
Otoño: victoria ateniense en Enofita y conquista de Beocia.
457-56. Conquista ateniense de Egina.
454. El tesoro de la Liga es transferido de Delos a Atenas.
453-46. Partes de Aquea incluidas en el imperio ateniense.
451. Tregua de cinco años entre Atenas y Esparta.
451-50. Ley de la ciudadanía en Atenas.
450. Muerte de Cimón en Chipre.
449-48. Atenas invita a los griegos a restaurar los templos y a unirse en un tratado de paz.
447. Comienza la construcción del Partenón.
Atenas, derrotada en Coronea; pérdida de Beocia.
Cleruquías enviadas al Quersoneso y Eubea.
447-46. Sublevación y reducción de Eubea. Atenas pierde Mégara.

446-45. Paz de los Treinta Años entre Atenas y Esparta. Fundación de Nueva Síbaris.
443. Fundación de Turios.
Ostracismo de Tucídides, hijo de Melesias.
c. 441. *Antígona*, de Sófocles.
440-39. Sublevación y reducción de Samos y Bizancio.
438. Estatua de Atenea Partenos colocada en el Partenón.
437. Proceso de Fidias.
436. Fundación de Anfípolis.
c. 432. Expedición de Pericles al mar Negro.
436-35. Conflicto en Epidamo.
435. Primavera: victoria naval de Corcira sobre Corinto
c. 432. Alianza defensiva de Atenas con Corcira.
Batalla de Sibota.
432-31. Asambleas en Esparta deciden la guerra.
431. Primer año de la Guerra del Peloponeso
Marzo: ataque tebano a Platea.
Mayo: invasión peloponesia del Atica.
Atenas expulsa a los eginetas de Egina.
430. Aparición de la plaga en Atenas.
Segunda invasión del Atica.
Expedición de Pericles a la Argólide y fracaso en Epidauro.
Pericles, depuesto del cargo de general, juzgado, multado y reelegido.
Rendición de Potidea.
429. Los peloponesios cercan Platea.
Victorias navales de Formio.
Muerte de Pericles.
428. Tercera invasión del Atica.
Sublevación de Mitilene.
427. Cuarta invasión del Atica.
Rendición de Mitilene a Atenas.
Rendición de Platea a Esparta.
Lucha civil en Corcira.
Atenas toma Minoa.
426. Demóstenes actúa en Etolia.
425. Quinta invasión del Atica.
Ocupación de Pilos y rendición de los espartanos en Esfacteria.
*Los Acarnienses*, de Aristófanes.
424. Atenas toma Nicea con las Grandes Murallas de Mégara; y Citera.
Invasión ateniense de Beocia y derrota en Delio.
Brásidas, en Tracia.
Exilio de Tucídides, el historiador.
*Los caballeros*, de Aristófanes.
423. *Las nubes*, de Aristófanes.

422. Batalla de Anfípolis, muertes de Brásidas y Cleón.
*Las avispas,* de Aristófanes.
421. Paz de Nicias.
*La paz,* de Aristófanes.
420. Intrigas de Alcibíades en el Peloponeso que desembocan en la alianza entre Atenas y Argos.
418. Esparta derrota a Argos y a sus aliados en Mantinea.
416-15. Saqueo ateniense de Melos.
415. *Las troyanas,* de Eurípides.
Expedición ateniense a Sicilia.
Destitución de Alcibíades; busca asilo en Esparta.
414. Sitio de Siracusa.
413. Refuerzos atenienses enviados a Sicilia.
Derrota de los atenienses en el puerto de Siracusa.
Destrucción de las fuerzas atenienses.
411. Revolución oligárquica en Atenas; seguida de una oligarquía más moderada.
410. Restauración de la democracia.
405. Destrucción de la flota ateniense en Egospótamos.
404. Rendición de Atenas.
Esparta impone a Atenas el Gobierno de los Treinta.
403. Restauración de la democracia y amnistía general.

2. La democracia ateniense antes de Pericles

[1] Heródoto, 5.66.2.
[2] *Idem,* 5.66.1.
[3] Esquilo, epigrama 3.
[4] Aristófanes, *Acarnienses,* 180-181.
[5] Timocreón, fragmento 1.5-8.
[6] Tucídides, 1.138.3.
[7] Esquilo, *Persas,* 353-354.
[8] Esquilo, *Siete contra Tebas,* 592-594.
[9] Hiller von Gaertringen, *Historische griechische Epigramme,* núm. 42.
[10] Eupolis, fragmento 208.
[11] Cratino, fragmento 1.
[12] Aristófanes, *Las ranas,* 1021-1022.
[13] Plutarco, *Cimón,* 16.9.

3. El gran cambio

[1] Plutarco, *Cimón,* 16.9.
[2] Píndaro, *Olímpica,* 8.54-55.
[3] Píndaro, *Nemeana,* 8.32-34.
[4] Tucídides, 2.41.4.
[5] *Inscriptiones Graecae,* I.[2] 909.
[6] Esquilo, *Euménides,* 292-298.
[7] Píndaro, *Istmica,* 7.26-37.

[8] «Jenofonte», *La Constitución ateniense,* 3.11.
[9] Aristóteles, *Política,* 1302b 25.
[10] Tucídides, 1.69.4.
[11] Tucídides, 1.70.3.
[12] «Jenofonte», *La Constitución ateniense,* 2.1.

## 4. La democracia de Pericles

[1] Jenofonte, *Memorabilia,* 1.2.46.
[2] Aristóteles, *Etica a Eudemo,* 1215b 7.
[3] Platón, *Fedro,* 268 e.
[4] Plutarco, *Pericles,* 8.8.
[5] Aristóteles, *Retórica,* 1411a 16.
[6] *Ibid.,* 1407a 5.
[7] *Ibid.,* 1365a 32.
[8] Aristófanes, *Las ranas,* 530-531.
[9] Eupolis, fragmento 94.
[10] Plutarco, *Pericles,* 8.5.
[11] Tucídides, 2.65.5-10.
[12] Platón, *Leyes,* 694a-701d.
[13] «Jenofonte», *La Constitución ateniense,* 1.10.
[14] *Ibid.,* 1.2.
[15] Herodoto, 3.81.1-3.
[16] Tucídides, 2.65.8.

## 5. El nuevo imperialismo

[1] Tucídides, 2.39.1.
[2] *Ibid.,* 1.23.6.
[3] *Ibid.,* 2.11.2.
[4] *Ibid.,* 3.37.2.
[5] *Ibid.,* 5.99.1.
[6] *Ibid.,* 2.63.2.
[7] «Jenofonte», *La Constitución ateniense,* 1.14.
[8] Tucídides, 1.144.1.
[9] Tucídides, 2.62.2, traducido por Rex Warner.
[10] *Ibid.,* 2.36.2-3.
[11] *Ibid.,* 2.64.3.
[12] Aristófanes, *Los caballeros,* 1111-1114.

## 6. La filosofía del imperio

[1] Tucídides, 1.128.7.
[2] Eurípides, *Las suplicantes,* 576-577.
[3] Tucídides, 1.70.9.

[4] Píndaro, fragmento 64
[5] Plutarco, *Pericles,* 8.9.
[6] Tucídides, 2.40.1.
[7] *Ibid.,* 2.41.1.
[8] *Ibid.,* 2.43.1.
[9] Esquilo, *Euménides,* 913-915.
[10] Sófocles, *Ajax,* 1217-1223.
[11] Eurípides, *Medea,* 824-845.
[12] Tucídides, 2.37.3.
[13] Jenofonte, *Memorabilia,* 1.2.42.
[14] Tucídides, 2.38.1.
[15] *Ibid.,* 2.41.1.
[16] *Ibid.,* 2.41.3.
[17] *Ibid.,* 2.61.1.
[18] Plutarco, *Pericles,* 38.4.
[19] Tucídides, 2.40.2.
[20] Aristóteles, *Política,* 1253b 27
[21] Tucídides, 2.30.3.
[22] *Ibid.,* 20.40.4.
[23] Esquilo, *Euménides,* 976-987.
[24] Tucídides, 2.60.3.
[25] *Ibid.,* 2.64.5.
[26] Píndaro, *Pítica,* 1.85.
[27] Píndaro, fragmento 64.
[28] Píndaro, *Istmica,* 7.43-48.
[29] Píndaro, *Pítica,* 11.36-37.
[30] *Ibid.,* 8.8-12.
[31] *Ibid.,* 98-100.

## 7. Poesía y política

[1] Tucídides, 2.41.4.
[2] *Ibid.,* 2.61.4.
[3] Esquilo, *Persas,* 241-242.
[4] *Ibid.,* 401-404.
[5] Aristófanes, *Las ranas,* 1020-1022.
[6] Tucídides, 2.42.4.
[7] *Ibid.,* 2.40.4.
[8] Esquilo, *Euménides,* 707-709.
[9] *Ibid.,* 861-4.
[10] Tucídides, 2.43.2.
[11] *Athenische Mitteilungen,* LVII (1932), 142.
[12] Sófocles, *Edipo, rey,* 906-910.
[13] Sófocles, *Antígona,* 450-460.
[14] Eurípides, *Las suplicantes,* 321-327.

## 8. La oposición ateniense

[1] Aristóteles, *Constitución de Atenas,* 28.5.
[2] Plutarco, *Pericles,* 11.1.
[3] *Ibid.,* 12.3-4.
[4] Tucídides, 1.10.2.
[5] Plutarco, *Pericles,* 12.2.
[6] Herodoto, 3.80.3.
[7] Tucídides, 2.37.1.
[8] *Ibid.,* 2.40.1.
[9] Platón, *Menon,* 94d.
[10] Plutarco, *Pericles,* 32.2.
[11] Diógenes Laercio, 1.8.
[12] Tucídides, 2.45.2.
[13] Aristófanes, *Acarnienses,* 703-712.
[14] «Jenofonte», *La Constitución ateniense,* 2.18.
[15] Cratino, fragmento 71.
[16] *Idem,* fragmento 240.
[17] D. L. Page, *Greek Literary Papyri,* I, p. 198.
[18] Temístocles, fragmento 42.
[19] Cratino, fragmento 241.
[20] Eupolis, fragmento 98.
[21] Aristófanes, *Acarnienses,* 524-534.
[22] Tucídides, 2.37.2.

## 9. La revolución intelectual

[1] Demócrito, fragmento 116.
[2] Tucídides, 2.40.1.
[3] «Hipócrates», *Sobre la enfermedad sagrada,* 1.
[4] Protágoras, fragmento 4.
[5] Heráclito, fragmento 53.
[6] Tucídides, 5.105.1-2.
[7] *Ibid.,* 1.76.2.
[8] Platón, *República,* 338 c.
[9] Protágoras, fragmento 1.
[10] Platón, *Las leyes,* 10.889 a.
[11] Eurípides, fragmento 910.
[12] Jenófanes, fragmento 18.
[13] Platón, *Protágoras,* 322 d.
[14] Sófocles, *Antígona,* 365-375.
[15] Tucídides, 2.53.4.
[16] *Ibid.,* 3.82.3.
[17] *Ibid.,* 3.82.3-4.

## 10. La guerra inconclusa

[1] Plutarco, *Pericles,* 17.3.
[2] F. Hiller von Gaertringen, *Historische griechische Epigramme,* núm. 53.
[3] Aristófanes, *La paz,* 608-611.
[4] Tucídides, 1.23.6.
[5] Tucídides, 1.122.2.
[6] *Ibid.,* 1.124.3.
[7] *Ibid.,* 1.139.3.
[8] *Ibid.,* 1.70.7.
[9] *Ibid.,* 1.140.1.
[10] *Ibid.,* 1.143.5.
[11] *Ibid.,* 2.53.4.
[12] *Ibid.,* 2.39.4.
[13] «Jenofonte», *La Constitución ateniense,* 1.14.

## 11. Consecuencias y conclusiones

[1] Tucídides, 5.70.
[2] *Ibid.,* 2.65.11.
[3] *Ibid.,* 6.76.2.
[4] *Ibid.,* 2.64.3.

# Indice